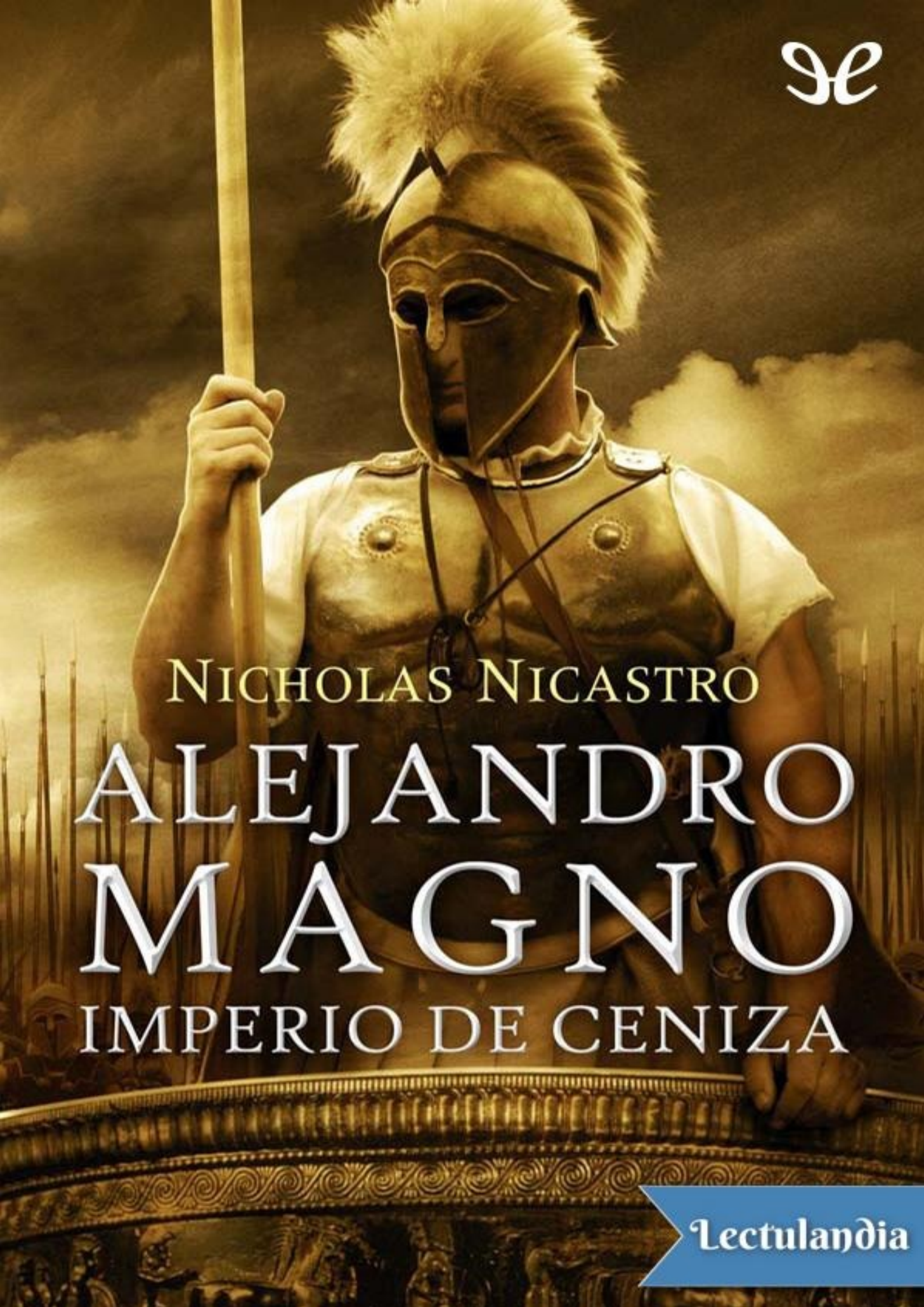
Nicholas Nicastro
Alejandro Magno
Imperio de ceniza
Lectulandia

Alejandro de Macedonia fue el niño de oro que cumplió el viejo sueño griego de vencer a los persas y de paso conquistó en tan sólo once años el imperio más grande que el mundo había conocido hasta la fecha. ¿Pero quién fue realmente Alejandro Magno, y qué se oculta tras la leyenda?

Años después de muerto, en una Atenas en la que los viejos ideales democráticos se resisten a desaparecer, el juicio de Macón, que fue uno de los amigos más queridos del macedonio, desvelará la verdadera cara de Alejandro y revelará al mundo entero el hombre detrás del mito.

Lectulandia

Nicholas Nicastro

Alejandro Magno. Imperio de ceniza

ePub r1.0
FLeCos 09.08.16

Título original: *Empire of Ashes*
Nicholas Nicastro, 2004
Traducción: Carlos Gardini

Editor digital: FLeCos
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Dedicado con amor a mi esposa, Maryanne:
sine qua non

Nota sobre las unidades de medida

El texto utiliza una mezcla de unidades de medida antiguas y modernas. Por comodidad, se usan unidades modernas cuando tienen cierta similitud con sus equivalentes antiguas (pies, horas, meses). Por motivos de verosimilitud, he incluido varias unidades antiguas que son comunes en las fuentes históricas. Entre ellas destacan el estadio, una unidad griega de distancia que equivale a unos 600 pies modernos (unos 180 metros), y de la cual deriva nuestra palabra «estadio», y la parasanga, una unidad persa equivalente a la distancia que una persona podía caminar en una hora. En general la segunda equivalía a treinta estadios griegos o tres millas y cuarto modernas (aproximadamente seis kilómetros). Un ejército de la época podía recorrer seis parasangas por día.

La unidad monetaria común es la dracma ateniense, cuyo valor equivale a seis óbolos. Las unidades más grandes son la mina, que vale 100 dracmas, y el talento, que equivale a 6000 dracmas. El darico, una moneda de oro acuñada por Darío, era la unidad monetaria común fuera del mundo helénico, y equivalía a veintiséis dracmas.

Sabemos que una casa aceptable en un suburbio de Atenas a fines del siglo V antes de Cristo costaría de 500 a 1000 dracmas (cinco a diez minas); un galón de aceite de oliva, más de tres dracmas; un buen par de zapatos, unas diez dracmas; un esclavo adulto sano, de 300 a 500. Aun así, por diversas razones, expresar el valor de una dracma en la moneda actual no es tan sencillo como encontrar equivalentes modernos para la distancia. Según una norma informal citada a menudo, el salario del trabajador medio en la Atenas clásica era de una o dos dracmas por día. Un talento, pues, equivale a casi veinte años de trabajo o, en términos modernos, alrededor de un millón de dólares. El tesoro de ciento veinte mil talentos que Alejandro obtuvo presuntamente en Persépolis equivale pues a unos setecientos veinte millones de días-hombre de trabajo. Ésta es una cantidad impresionante incluso para un gobierno moderno como el estadounidense.

En cuanto al calendario, el lector notará que no se dan fechas absolutas para los acontecimientos que se describen. Ello se debe al simple hecho de que no existía un sistema universal hasta tiempos recientes (y hasta podemos alegar que aún no existe, pues los calendarios chino, musulmán y judío todavía están en uso). Los años se designaban contando el tiempo transcurrido desde un acontecimiento importante, o según quién ocupara magistraturas importantes en la época (en Atenas, los años se contaban por los arcontes llamados «epónimos»). Por ejemplo, Alejandro nació en el año del arcontado de Elpines, que duró de julio de 356 a junio de 355 antes de Cristo. El caso judicial que describimos aquí tiene lugar en el mes de *pianopsion* (equivalente ático de octubre), en el año de Kefisodoros (323 a. C.); los acontecimientos narrados en el juicio de Macón ocurren en años anteriores a la campaña de Alejandro y durante dicha campaña, desde la primavera de 334 hasta la

primavera de 323.

Prólogo

Olimpia examinó el rostro que se reflejaba en su espejo de bronce. «Qué rasgos tan anodinos», pensó, mirando con el ceño fruncido la imagen teñida de azafrán, creyendo ver en ella las penurias de cada invierno epirota sufrido por sus antepasados. Limitó el examen a los ojos, vislumbrando un destello de interés en ellos mientras se miraban a sí mismos.

—Sí, los ojos están bien —dijo—. Pero el resto no tiene remedio.

Ante ella, desplegadas como tropas en un campo de batalla, se hallaban las herramientas de un oficio despreciado pero lucrativo: depilatorios, astringentes, demulcentes, emolientes, pomadas, perfumes, bálsamos. Junto a un frasco lleno de un ungüento sirio de grasa vacuna, tomillo y excremento de gaviota, tenía una pócima de un afeite preparado con aceite de sésamo y trementina. Había un polvo egipcio que olía a adelfa y estaba tan finamente molido que fluía como líquido entre los dedos; aunque era blanco, le enrojecía la mejilla cuando lo aplicaba. También probó un curioso adminículo inventado por un siracusano que, con un solo chasquido, cortaba todo el vello de la ceja a una longitud uniforme.

Esto se sumaba al habitual polvo de natrón, la base de mercurio metálico, el kohl para los ojos, el perifollo para el aliento: todos los atributos de una cortesana consumada. Ninguna mujer respetable, instalada en la gloria doméstica de su hogar, necesitaría crear una tez seductoramente lánguida tocándose la piel con plomo, o remedar un sonrojo con lápices ocres. Esa libertad era el don de la ignorancia.

Así que esa tarde Olimpia, consorte del rey de Macedonia, hija de la casa real de Épiro, iniciada de alto grado en los sacros misterios de Deméter, los Cabiroi y la Gran Madre, se maquilló como una vulgar prostituta.

Antes esto no era necesario. Filipo había sido vulnerable a su atractivo desde que se conocieron. Se habían encontrado en Samotracia, donde afrontaron los célebres misterios, pero Olimpia se le presentó como un enigma fácil de resolver. Cuando se casaron, él interrumpía sus incesantes campañas y asedios para pasar noches con ella. Aguardaban con ansiedad un heredero que extrañamente no había llegado.

Al principio ella atribuyó esta demora a su tendencia a los orgasmos prematuros, con frecuencia varios antes de que su compañero pudiera hacer su aportación (relativamente breve). Quizá su placer ahuyentara los humores masculinos necesarios para la concepción, decían los médicos. Así que se refrenaba.

Pero algo parecía andar mal, algo que impedía u obstaculizaba el proceso. Con frecuencia el rey abandonaba el lecho en cuanto la cortesía lo permitía, moviendo los labios en silencio, con una mueca de fastidio.

—Muchos murmullos, poca fecundación —se dijo Olimpia mientras mezclaba el kohl con la cucharilla. El irritante resultado era una cuna vacía.

Filipo fue a verla justo cuando había concluido sus preparativos. Tenía un aura de

exasperación, la expresión que adoptaba cuando un asunto de estado lo alejaba de las partidas de dados y las francachelas. Apenas la miró hasta que ella se volvió hacia él, el rostro glaseado de blanco como una urna funeraria, las mejillas como charcos de sangre seca.

—Pareces una buscona —le dijo.

—¿Me lo quito? —preguntó ella, levantándose.

No por casualidad, su túnica se entreabrió. El aire de opaca distracción abandonó la cara de Filipo cuando él echó una ojeada a lo que veía.

—No, supongo que no.

Cuando él la tocaba, era siempre igual, como un viajero que tomara la misma ruta por un paraje poco conocido. Su primer movimiento consistía en desnudarle el hombro izquierdo y cogerle el seno. Eso hizo. Ella no dejaba de mirarlo, cambiando de posición en concordancia con las atenciones que recibía.

Filipo podía fulminar con los ojos a generales y enviados. Pero cuando estaba a solas con Olimpia, no podía sostenerle la mirada. Ella no era tan tímida, y le escrutaba el rostro cuadrado, engañosamente amable, midiéndose con él. Él la obligó a darse la vuelta para combatir esta persistente distracción, y la empujó hacia abajo.

—Tu espalda es aún tu mejor lado… y diría que el más económico.

—Tres óbolos por cabalgata, si es todo lo que tienes —respondió ella, apretando los labios.

Él le subió la túnica, mirando el anca hendida que se curvaba en las caderas en su descenso hacia esa cavidad de lúbrica feminidad. Un montículo de auténtica dulzura, pensó él, aunque con esa blandura sofocante de su sexo, la pantanosa perspectiva de que lo succionaría pegajosamente. Pero esto era como dormir sobre una almohada mullida después de semanas de campaña, una adaptación que la impaciencia no le permitía. Así que cogió la otra senda.

Ella dio un respingo, y se volvió para mirarlo. La sodomía al estilo del campamento no era el objetivo de sus labores de esa tarde.

—Pero si prefieres, quizá tengamos un precio especial para el «caballo de carreras»… —dijo, obligándolo a sentarse en el diván.

«Esto vale la pena», pensó él mientras ella lo montaba como un jinete. Olimpia se había quitado la túnica y lo miraba a través de cimbreantes ondulaciones de cabello dulzón, los pechos erguidos y libres, evaluándolo con los ojos. Esto lo fastidiaba, pero no demasiado dentro de ese blando estrujón. Ella desvió la cara mientras comenzaba a mecerse, no por pasión sino para evitar su aliento, que apestaba a arenques y al vino que le teñía el gaznate.

—¿No brinco briosamente? —le preguntó.

—Como una experta, como una experta.

Comenzó de forma placentera. Pero la fricción entre ellos rara vez era acertada, y pronto ambos sintieron frustración. Ella podría haberse corrido fácilmente, pero no se atrevía. Él quería terminar de una vez por todas, pero no podía. Esa posición era

singular pero poco práctica para él, pues necesitaba usar las caderas.

Al fin se levantó del cojín, bombeando desde abajo hasta que terminó. Olimpia lo aferró con los muslos como un auténtico jinete, endureció el cuerpo, se aflojó sobre él. Luego se acostó, echándole una pierna encima.

Tras cumplir su deber monárquico, el rey le plantó un beso de preaviso en la coronilla y se dispuso a marcharse. La pierna rígida y arqueada lo retuvo.

—Déjame ir —dijo—. Tengo que hacer.

—Una partida de dados, sin duda.

—No te corresponde juzgar el mérito de mis ocupaciones. Deja que me levante.

—¿Y qué hay de esta ocupación?

Él abrió la boca para responder, pero quedó atónito al ver que ella frotaba la mejilla contra el real instrumento. Al apartarse, ella reveló una pátina de plomo blanco trasladada de su rostro al glande. Sonrió con deleite infantil, con la mejilla cubierta con un emplasto rosado de ocre, metal y semen.

—Maldición, mujer, ¿qué me estás haciendo?

Ella usó los dedos para embadurnarlo con el resto de la pintura.

—¡Tan quisquilloso! Mira, he hecho una estatua con tu mejor parte…

—¡Chambelán! ¡Feredipnos! ¡Trae agua! —exclamó él.

Ella se apoyó en el codo, como un bebedor en un ágape.

—Ay, Filipo, ¿por qué me desprecias tanto?

El chambelán abrió la puerta y entró, pero se paró en seco al ver la mirada fulminante de Olimpia. Luego se retiró.

—Eres demasiado orgulloso, mi señor —le dijo ella a Filipo—. Tu serpiente es bonita, pero también la mía…

Él notó que ella le palpaba la nuca y extraía algo de debajo de la almohada. Ahora mecía un objeto largo y colorido frente a su rostro. Mirando con atención, se encontró con los ojos turbios de una pequeña serpiente.

—Sísifo, saluda a tu rey —le dijo ella a la serpiente.

Sísifo abrió la boca, revelando una cavidad azul y un par de colmillos afilados.

Filipo se levantó de golpe, arrojando a Olimpia al suelo.

—¡Por los dioses, tendrías que vivir en una jaula! ¡Debería enviarte a ese árbol de Dodona del que te caíste!

—Amor mío, espera —rió ella—. La serpiente es inofensiva, sólo un bebé…

Él se marchó dando un portazo.

* * *

Una hora después Filipo estaba tendido junto a su general Parmenión en un diván. La habitación era pequeña y deliberadamente difícil de encontrar, contigua al fondo del pórtico que daba sobre la parte baja de la pujante capital del rey. Ya entrado en copas,

Filipo pensaba en cómo llenar la laguna de Pella con una flota propia.

—Los contratistas atenienses pagan un talento y medio por cada navío, sin contar los honorarios y las provisiones —le dijo Parmenión.

—Quizá podamos reducir un poco los honorarios…

La perspectiva de una capacidad militar barata e ilimitada hacía brillar los ojos de Filipo como los de un novio impaciente.

—Peligroso. Los atenienses tienen hombres motivados en los remos, incluso ciudadanos…

Parmenión se interrumpió. Bajando la copa, Filipo vio por qué: Olimpia los había encontrado.

Su esposa estaba allí, impúdicamente desnuda. No se había limpiado después de sus retozos, y tenía los ojos embadurnados de negro, la mejilla aún manchada con la simiente regia. Filipo miró de soslayo a Parmenión, que bajó recatadamente los ojos, aunque tenía una sonrisa en los labios.

Filipo no sabía qué decir.

—Mujer, eres una plaga —suspiró al fin.

Olimpia miraba hacia arriba y a lo lejos, alzando los brazos.

—¡Alégrate, oh Macedonia! —exclamó.

El rey abrió la boca para llamar al chambelán, pero las palabras murieron en su garganta. Pequeños objetos caían entre los muslos de Olimpia. Eran duros, redondos. Cada uno era expulsado con fuerza, y botaba y rodaba en las baldosas.

—¡Soy un roble! ¡He concebido en Zeus!

El estupefacto Filipo se quedó boquiabierto mientras la reluciente pila de bellotas se amontonaba a los pies de la reina.

I

¿Qué cosa envejece pronto? La gratitud.

Aristóteles

El día amaneció frío en la plaza desierta. Tendido a la sombra del Himeto, Golondrina observó el ascenso del sol otoñal sobre el monte. Una cuña radiante alumbró las bocanadas del humo de las factorías y las incrustaciones broncíneas de la Acrópolis. Mientras se abrían las tiendas del mercado, el cálido y familiar manto de bruma levantado por miles de pies se posaba sobre la ciudad. Enfilando hacia el mercado, sus compatriotas atenienses (¡benditos fueran!) miraban con desdén su cuerpo tendido.

Se levantó cuando los primeros rayos llegaron al pavimento. Quitándose la manta, se dispuso a vaciar la vejiga a través de la erección matinal. Las muchachas del mercado hicieron muecas, evitando mirar su desnudez abolsada y velluda, pero hacía tiempo que no le interesaba impresionar a esas gazmoñas.

—¡Fíjate en los zapatos, hermana! —le gritó a una de ellas—. ¡No es calzado barato!

Aliviado al fin, recogió la manta y se vistió. Como era día de tribunal, la plegó en lo que él consideraba un estilo formal, doblándola por la mitad y con el borde echado sobre el hombro izquierdo, como un estadista. Al concluir (y orgulloso de lo que consideraba su aire de filósofo), se metió el índice izquierdo en el ano. Escarbó hasta encontrar la tetradracma de plata que guardaba en ese escondrijo.

—Buenos días, pequeño búho —saludó a la moneda. ¡Que aquellas esclavas desdeñaran eso!

Prefería la esquina noroeste del mercado para pernoctar porque recibía las primeras luces de la mañana, y el altar de la encrucijada le permitía cierta intimidad. Pero además era un sitio ideal para evaluar el ánimo del día. Tras años de observación, detectaba muchos elementos de la atmósfera reinante en los primeros momentos de la mañana. La velocidad y disposición de los cuerpos humanos, su cantidad, la presencia de magistrados: todo era una clave.

A juzgar por la creciente muchedumbre, se avecinaban acontecimientos decisivos. Había muchos macedonios a la vista, reconocibles por sus capas y su gusto por la vulgar exhibición de oro en público. Los cadetes salían en tropel del cuartel de la cuesta de la Acrópolis, marchando hacia las puertas de la ciudad. Los comerciantes parecían agobiados con una carga de comestibles superior a la habitual. Notó que se comportaban con ansiedad.

Al este de la Vía Sacra había un tenderete de vinos que abría temprano. El lugar vendía la mayor parte de sus productos de calidad —blancos secos de Quíos y tintos de Tasos— a granel, y a proveedores que venían de lugares remotos. Por un óbolo, el

tabernero ofrecía una jarra de vino local que era bastante bueno para combatir el frío de la madrugada. Sólo había que tener cuidado con el agua sucia. Una vez Golondrina había empinado una copa de ático dulce que estaba mezclado con efluvios de la curtiduría contigua.

Iba por la segunda copa cuando lo saludó su amigo Déuteros.

—¿Golondrina? ¿Has oído la noticia?

—¿Antípatro se monta a tu esposa?

Déuteros sonrió lánguidamente y sacó la copa que guardaba bajo la vestimenta. Golondrina le sirvió dos dedos de vino.

—Hoy habrá un gran juicio. Está anunciado en el centro del calendario. Y no es un mísero pleito por una herencia…

Déuteros bajó el vino, miró en torno nerviosamente. Hacía años que iba con Golondrina a los tribunales, y había compartido su copa un sinfín de veces, pero nunca había mostrado el efecto de la bebida. Siempre sobrio, y siempre con ese aire de perseguido. Quizá fuera porque se había casado con una muchacha demasiado simpática y bonita. Aunque esto era envidiable para Golondrina (qué va, para la mayoría de los hombres), Déuteros se las había apañado para estar fuera de la casa mucho tiempo desde la boda. Aún parecía mantener una vigilancia constante en las calles, como si temiera que su esposa saliera en público para humillarlo.

Golondrina le sirvió otros dos dedos.

—Dime por qué te estoy convidando a estos tragos, Déuteros, cuando vives en una vistosa casa colina arriba.

—El acusado es Macón.

—¿El amigote de Alejandro?

—El mismo. Y el fiscal es Esquines.

—¿Qué, ha vuelto?

—Así parece. Las acusaciones son «traición de la confianza pública» y algo así como «impiedad».

—Típico de Esquines. Pero ya debe de estar bastante viejo. Y regresar después de tanto tiempo…

Como su amigo estaba de pie y pensaba en vez de beber, Déuteros se sirvió más vino de la copa de Golondrina.

—Semejante juicio tiene muchos bemoles. ¿Juzgar a alguien de la plana mayor de Alejandro, cuando el ejército del regente nos respira en la nuca? A mi entender es una necedad, querido Déuteros. Antípatro podría venir aquí con su chusma. ¿Qué tendrá en mente el viejo?

El otro resopló por la nariz mientras bebía.

—O quizá de eso se trate —continuó Golondrina—. Si Macón se enemistó con el Efebo, quizá Esquines crea que su condena nos ganará el favor de Antípatro. Aun así, me parece demasiado riesgo. ¡Nada detiene a esos perros macedonios! Por si las dudas, deberíamos votar «culpable» si nos ponen en el jurado, ¿verdad?

—¿Me preguntas a mí? —preguntó Déuteros, mirando en torno furtivamente.

—¿Con quién estoy hablando?

—Claro, culpable… supongo.

—¡Vaya, todo un acólito de Temis! —Golondrina rió, palmeando el hombro de su amigo—. ¡La justicia ateniense está a salvo con hombres como tú, Déuteros!

Se dirigieron al tribunal. Allí ya se agolpaba una muchedumbre de hombres, aunque sólo unos pocos serían escogidos. El palco de espectadores estaría lleno.

—¡Buena suerte! —exclamó Golondrina, y luego susurró al oído de Déuteros—: Recuerda el veredicto.

Se despidieron, y cada uno se dirigió a la entrada designada para su tribu: Golondrina a KEKKOPS, Déuteros a ERECTEO. En el interior, el primero arrojó su plaqueta de jurado en la caja. El asistente del arconte sacó la plaqueta, escrutando el nombre.

—¡De nuevo tú! El estado no puede costearse tu civismo… a menos que empecemos a encargarte que fumigues el lugar.

—Me ofendes —replicó Golondrina, ajustándose la manta de un modo que evocaba las pausas dramáticas de Demóstenes. Esto provocó la carcajada de los demás candidatos.

—¡Lárgate de mi vista! —rezongó el secretario, arrojando la plaqueta en la caja.

Antes de que comenzara la selección, Golondrina se cruzó con alguien que le resultaba menos grato en el jurado que el pequeño Déuteros. Etéocles de Kikina lo vio al mismo tiempo, y frunció el ceño al reconocerlo. Golondrina no tuvo más remedio que ir a saludarlo.

—¡Mi querido Etéocles! No me sorprende verte aquí para este magno acontecimiento. ¡Y parece que no estás solo!

Etéocles estaba con otros dos nobles emperifollados, y todos tenían un dulce aroma a cuero y carne de caballo. Ni se dignaban mirar a Golondrina. Con un esnobismo inverso totalmente apropiado, Golondrina despreciaba a los que montaban a caballo, el vehículo de la antigua, ociosa y rastrera idiotocracia, amante de la tiranía y del pescado.

—Es una sorpresa verte —se burló Etéocles—, cuando tu amado Demóstenes no participa en el caso.

—Pero participa tu amado Esquines… ¡y después de tantos años de ausencia! A todos nos deleita su oratoria, empalagosa como un colmenar abierto. Me muero por escucharlo.

—¡Que disfrutes del espectáculo, querido Golondrina! Quién sabe cuánto tiempo estos juicios permanecerán abiertos para gentuza de tu calaña.

—¡El sentimiento es mutuo! Por mi parte, yo echaría de menos la encantadora futilidad de tus ambiciones.

Antes de que la conversación iniciara su habitual descenso hacia el insulto desembozado, se inició la selección de jurados. El magistrado de la puerta entregó la

caja de plaquetas al joven arconte que estaba a cargo de las designaciones. Las plaquetas se insertaban en las ranuras del frente de la máquina, y cubos blancos y negros bajaban por el tubo de metal del flanco. El secretario extraía fichas del extremo del tubo, y el color indicaba la aprobación o el rechazo de cada hilera de plaquetas.

Se echaron suertes diez veces. Eso sumaba cincuenta ciudadanos elegidos al azar por cada tribu, así que el jurado tendría, lamentablemente, sólo quinientos miembros. Golondrina lamentaba que no fueran mil o dos mil, pues los jurados numerosos solían tener una democrática mordacidad que resultaba refrescante.

Una vez que se leyó el último nombre, Golondrina no pudo reprimir el impulso de burlarse de Etéocles.

—¡Parece que los dioses me han favorecido, querido amigo! Supongo que tú regresarás a tu establo.

—Estaré con los espectadores. ¡Respeta tu buena fortuna, Golondrina!

Fue una réplica inesperadamente refinada, y Golondrina se avergonzó de haberse pavoneado.

II

El juicio se celebraba en la cámara que tenía más espacio para los espectadores. Los jurados estaban apiñados en la entrada, empuñando varillas de madera pintada del mismo color rojo que el dintel de la puerta. Golondrina acababa de entregar este emblema al asistente cuando miró hacia atrás y vio que su amigo agitaba una varilla roja desde el fondo de la multitud. Ambos habían sido escogidos.

Golondrina reservó un banco de la primera fila para Déuteros. Como los bancos sólo estaban cubiertos de paja, los jurados inexpertos perdían los preciosos minutos previos al inicio de la sesión buscando cojines. Pero Golondrina sabía que la clave de la comodidad en el tribunal era olvidarse de las posaderas y ocuparse del estómago. Era un juicio importante y ya empezaba a horas tardías; lo más probable era que el veredicto se diera después del ocaso y que todos se fueran a casa en la oscuridad (el «hogar» de Golondrina, afortunadamente, no quedaba lejos). Previendo las inevitables demoras, llevaba en el pliegue del manto un trozo de queso blanco y un puñado de aceitunas. Viendo esta abundancia, Déuteros asintió aprobadoramente y abrió su capa para mostrar una hogaza de buen pan.

—¡Lástima que no permitan traer vino!

El actuario dio martillazos para imponer orden. Tratándose de un tribunal ateniense, esta tarea requería varios intentos. Un patán había entrado con un cordero enfermo de contrabando, sin duda oculto bajo la capa, que se zafó y correteaba bajo los bancos. Hubo cierta conmoción mientras arrinconaban al gemebundo animal; el tumulto brindó a los alguaciles escitas, que parecían osos vanidosos con su pieles de animales y sus joyas de ciudad, la ansiada oportunidad de empujar a la gente. El cordero fue expulsado pese a las enérgicas objeciones del propietario, que también insistía en marcharse aunque las puertas estaban cerradas y no se permitía la entrada ni la salida de nadie. La disputa se zanjó mediante un mazazo en la cabeza del revoltoso. El hombre, desmayado, fue devuelto a su asiento, y cabía esperar que reviviera a tiempo para aportar su voto.

Entre tanto Golondrina no dejaba de mirar a Esquines, que ocupaba el banco del fiscal, a la derecha de la tarima del magistrado. El viejo maestro estaba muy erguido, revisando sus anotaciones, moviendo levemente los labios, como en el ensayo final de un discurso preparado.

Parecía en buen estado para ser un hombre de casi setenta años. Su piel relucía como la de un labrador en verano, una consecuencia, sin duda, del reciente viaje marítimo desde su puesto académico de Rodas. Su tez bronceada contrastaba con su abundante cabello níveo y un reluciente quitón blanco adornado por una faja de borde púrpura. Allí sentado, serenamente indiferente a las andanzas del cordero suelto, desempeñaba el papel de un personaje que dormía muy bien de noche, aunque importantes preocupaciones pesaran en su testa coronada de plata. Al menos

eso pensaba Golondrina, que tenía edad suficiente para recordar la carrera teatral de Esquines, que se había especializado en reyes, dioses decadentes y cadáveres insignes en funerales de gala.

El martillo volvió a sonar, esta vez empuñado por el juez. Asombrosamente, no ocupaba el puesto un funcionario joven, sino el rey arconte en persona. Los únicos juicios que él presidía solían relacionarse con actos de especial depravación, como el parricidio y la profanación de los misterios.

—¿Ése no es Políclito? —susurró Déuteros, reparando en esa irregularidad.

—En efecto. Conque han traído de vuelta a Esquines, y han puesto a Políclito al mando. Alguien tiene gran interés en liquidar a Macón. Quizá debamos modificar el veredicto…

—¡Silencio en la sala! —ordenó Políclito—. El actuario leerá la acusación.

—¡Oye, oh Atenas! Este tribunal se congrega en pleno acatamiento de la tradición, bajo la debida supervisión de quienes cumplen esa función y están presentes, ante un jurado escogido apropiadamente, y en el nombre de Temis, portadora de los platillos, y Atenas protectora, y de Aglaros, Hestia, Enio, Ares Enialios, Talo, Auxo, Hegémone, Heracles y los espíritus del trigo, la cebada, las viñas y los higos, y dentro de los límites del Ática. Hoy estamos reunidos, en este segundo día de pianopsion, bajo el arcontado de Cifisodoro, para oír y juzgar al ciudadano Macón, hijo de Agatón, de la deme Escambónidas, por los cargos aquí enumerados…

El actuario tuvo que hojear sus notas, que parecían estar desordenadas. Ahora reinaba silencio en la sala, y todos ponían la oreja y erguían la espalda, con la única excepción del dueño del cordero, que se deslizó del banco y cayó al suelo con estrépito. Nadie lo ayudó.

—Las acusaciones son, primero, que contravino las instrucciones que le diera la Asamblea doce años atrás, cuando partió en campaña con el dios conocido en su faceta humana como Alejandro III de Macedonia; y segundo, que cometió impiedad contra dicho dios, que fue deificado por decreto de la Asamblea del Pueblo el dieciséis de metagitnion del año pasado. Éstos son los cargos.

—¿Quién efectúa la acusación? —preguntó Políclito.

—Yo, por los dioses —dijo Esquines, poniéndose de pie. Su voz tenía la profundidad típica de los actores, pero con el brío de un orador. Estremeció al público como el fragor de una roca al caer: abrupta, ineludible.

—Inicia tu declaración. Poned el agua.

El actuado destapó la clepsidra. Al principio, la fiscalía tenía la palabra por veinte minutos, con tiempo adicional a discreción del arconte. Los charlatanes e incompetentes eran tratados con pocos miramientos; Esquines, por cierto, recibiría todo el tiempo que él quisiera.

Atenienses, hoy me presento ante vosotros tras una prolongada ausencia. En aquellos años que pasé entre extranjeros tuve muchas oportunidades de observar las

costumbres de otras gentes, y de sopesar sus respectivos rasgos a la luz de lo que sé como ciudadano de esta ciudad. Y en ese tiempo nunca perdí la fe en la superioridad básica de nuestras instituciones, por mucho que se abuse de ellas, ni en el rechazo innato de nuestro pueblo por la indecencia y la injusticia, por ubicuos que hoy parezcan estos vicios. Y hoy comparezco con plena confianza de que volveréis a juzgar rectamente cuando os describa los hechos. Compréndase, por favor, que hago estas acusaciones con renuencia, y que sólo las he hecho con reservas en el pasado, porque no creo que los actos frívolos o malignos beneficien a nuestra ciudad. Estos procedimientos, en cambio, deben reservarse para causas de suma gravedad, y con pruebas fehacientes, y sé que coincidiréis en que así ocurre con nuestro amigo Macón.

Sé esto porque en esta ciudad se sobreentiende que los juicios de este tipo, juicios por impiedad, tienen graves implicaciones no sólo para el acusado sino para cada ciudadano, pues los dioses no discriminan entre el impío y aquéllos que lo apoyan. En este sentido, la ciudad toda está sometida a juicio. Huelga recordaros que circulan peligrosos rumores, y que quienes nos han conducido al desastre en el pasado han vuelto a erguir la cabeza tras la muerte de Alejandro. Dado que un ejército extranjero está a pocos días de marcha del Ática, y que los emisarios de esa potencia foránea están hoy presentes aquí, mi deber y mi amor por mi ciudad natal me obligan a recordaros que ella se debe primordialmente a sí misma. Cuando os presente estas verdades, vuestra tarea consistirá meramente en percibir, pues al percibir lo que ha hecho Macón, lo juzgaréis correctamente.

Mientras Esquines se refería a los emisarios de Antípatro, echó una ojeada a la galería de espectadores. Golondrina distinguió fácilmente a los macedonios que había en la multitud: no tenían barba, llevaban el pelo corto al estilo de Alejandro, con una expresión de obstinada superioridad en la cara rústica. Sin duda pensaban que en Pella no habría motivos para un litigio tan aparatoso. Sólo una orden secreta transmitida a un subalterno, y luego a unos ávidos matones de ojos saltones llegados de las afueras. Aquí se hacían las cosas de otra manera.

La primera acusación que describiré es la impiedad de Macón. Sin duda recordáis la resolución de la Asamblea, hace poco, en respuesta a un mensaje en que Alejandro requería honores divinos. Me han dicho, pues yo no estaba presente, que el debate sobre esta medida fue uno de los menos controvertidos que se celebró en esa institución. Hasta Demóstenes lo respaldó, aunque con su habitual desprecio por los hombres de calidad, diciendo: «Que Alejandro sea el efebo de Zeus. Y también de Poseidón, si tanto le place». La medida se aprobó por simple aclamación. Lee la resolución, por favor.

El asistente detuvo el reloj y el actuario leyó el documento en que la ciudad otorgaba honores divinos a Alejandro. Golondrina recordaba bien el día en que se aprobó la resolución. No fue controvertida, en efecto, aunque no porque existiera un gran amor por Alejandro, a quien los demócratas de la ciudad llamaban el Efebo.

Muchos de ellos habían pasado la última década ansiando con cada fibra del cuerpo que el rey fuera derrotado en Persia. Bandadas de pájaros y rebaños de ovejas y cabras se sacrificaron para que los dioses tomaran partido por Darío, el rey persa. No parecía haber más opción que satisfacer la demanda del Efebo, pues el ejército de su lacayo Antípatro estaba dispuesto a respaldar, como hoy mismo, sus caprichos adolescentes. Más aún, la mayoría de los miembros de la Asamblea consideraban el requerimiento como una broma, la exigencia de un respeto que Alejandro no podía obtener de los griegos ni siquiera con mil victorias. Golondrina no se opuso.

Como he dicho, yo no estaba en la ciudad cuando se aprobó esta medida. No puedo afirmar si los motivos que llevaron a la aprobación eran sinceros o cínicos. Sólo puedo decir que por cualquier rasero, trátese de la gloria con las armas, o del mecenazgo en las artes, o de esa virtud básica del temperamento hacia la cual todos los hombres deberían orientarse como marinos hacia la estrella polar, Alejandro merecía tales honores. Atenienses, ¿acaso no debemos esta ciudad a su munificencia? Dos veces los macedonios pudieron haber asolado Atenas. Primero, después de Queronea, cuando el desastre que yo predije tanto tiempo ocurrió al fin, y Demóstenes, por cierto, rehuía el campo de batalla. Recordemos que Filipo pudo haber continuado su marcha al sur hasta aniquilarnos. Pero no sufrimos una invasión, sino que recibimos a nuestros prisioneros sin exigencia de rescate, y las cenizas de nuestros soldados caídos. El príncipe Alejandro en persona nos visitó como emisario de la paz. La segunda vez fue después del asesinato de Filipo, y algunos de la Asamblea sostenían que había llegado el momento de liberarnos del yugo macedonio, aunque, según mis limitados conocimientos de labranza, ningún yugo fue tan leve como el que Filipo forjó para nosotros. Por cierto, nuestra ansia de acción nos marca tan profundamente como nuestra democracia; como escribió Heródoto, es más fácil impulsar a treinta mil atenienses a la guerra que a un solo espartano. Así ha sido, y quizá así sea siempre.

Alejandro, ahora rey en vez de príncipe, apareció en Beocia con su ejército, y sitió Tebas. Como es típico de los réprobos y los cobardes, la chusma antimacedonia perdió las agallas al afrontar una fuerza aguerrida. Pero Alejandro compartía el disgusto de su padre por la venganza contra Atenas. En cambio invadió Persia, y tras subyugar ese reino nos devolvió las imágenes de los tiranicidas, robadas por Jerjes. Muchos habéis pasado ante esas estatuas al venir a esta cámara esta mañana, aunque me pregunto cuántos os habéis detenido a considerar a quién debemos estas reliquias de nuestro patrimonio. ¿Alejandro merecía la divinidad? Por amor de Atenas, ¿quién la merecía más?

Recuerdo la visita de Alejandro después de Queronea. Aunque yo había conocido al príncipe cuando él era niño en la corte de su padre en Pella, esa ocasión no me preparó para todo el esplendor de su persona. A los dieciocho años, su belleza esclavizaba a hombres y mujeres. Su cabello era rubio y brillante como la melena de un león, y ondeaba sobre su delicada frente. Aunque era bajo de estatura, su espíritu

se erguía sobre el de todos los hombres de la sala, incluidos los oportunistas políticos enviados a saludarlo, entre ellos, a la sazón, Macón. Y esa no era la única característica leonina del príncipe. Cuando se reía, y lo hacía con frecuencia, mostraba sus dientes afilados como los de un león joven.

En los ojos de Alejandro relucía el auténtico genio. Yo recuerdo que eran de distinto color, azul el derecho, negro el izquierdo. El sentido de esta característica nunca fue obvio, pero parecía prometer un destino singular, que el príncipe cumplió fácilmente. Ese espíritu se manifestaba en un aroma dulce que parecía manar de él dondequiera iba, impregnando con su perfume su ropa, todo lo que tocaba, todo lo que lo rodeaba, incluso al pobre Macón.

Por primera vez, Golondrina reparó en el hombre que ocupaba el banco del acusado. Su postura no mostraba el aplomo teatral de su oponente; estaba encorvado, aislado, como si quisiera desaparecer. En esa posición era imposible distinguir si era alto o bajo, aunque Golondrina había visto a Macón en la Asamblea años atrás y recordaba que era de talla modesta, con pelo negro y rizado que mantenía largo al estilo lacedemonio, para que cayera desde su yelmo de soldado. Tenía un rostro tosco, con la nariz rota a la derecha. También los ojos eran negros, pero no opacos. Centelleaban como sólo centellean los ojos más oscuros, por la combustión interna de una personalidad. Mejor dicho, así brillaban muchos años atrás, antes de que partiera al Asia con Alejandro.

Mientras Esquines hablaba, el impávido Macón clavaba los ojos en el suelo de madera. Su actitud era tan pasiva que Golondrina se preguntó si la magnitud de las circunstancias lo habría abrumado. Había mucho en juego: la condena por impiedad suponía la pena de muerte, mientras que la violación de la confianza de la Asamblea suponía una pena indeterminada que al menos incluiría la confiscación de sus propiedades ancestrales. Esquines sólo arriesgaba su carrera: si no lograba obtener al menos un quinto de los votos a favor de la condena, debería pagar una multa de diez minas y perdería para siempre el derecho a ejercer la fiscalía en el futuro. Continuó.

Vale la pena preguntarse quién es Macón, hijo de Agatón. Muchos de vosotros tenéis referencias de su papel en la vida pública. Lo conocéis como un hombre acaudalado que cumplió con distinción sus funciones voluntarias, como al financiar una tragedia de Kántaros para las Grandes Dionisias hace quince años, por la que obtuvo el tercer puesto. Rara vez habla en la Asamblea o el Consejo, y en tal caso sólo se refiere a asuntos militares. No ha sido magistrado, aunque quizá recordéis un acontecimiento en que figuró: hace unos años era presidente del concejo el día que un incendio estalló en un almacén de El Pireo. Aunque las llamas se limitaban a tierra, Macón vaciló y no atinó a convocar suficientes cadetes, así que el fuego se propagó a la flota anclada. Ocho cascos ardieron, con daños que superaron los veinte talentos. He aquí una situación en que nuestro amigo, que se ufana de tener cierta pericia en la movilización de hombres, tuvo una oportunidad de demostrar su capacidad… y falló.

Quizá por eso, cuando solicitó el puesto de general de su tribu ese año, fue rechazado por abrumadora mayoría.

Pero conociendo a Macón tal como he llegado a conocerle, no me sorprende su ineptitud. Su padre, Agatón, tuvo mayor éxito como funcionario público, y dos veces actuó como contratista naval, pero el origen de su riqueza no está nada claro. Corría el rumor de que tenía vastas sumas acumuladas en la casa, para evitar servicios públicos adicionales. Agatón otorgaba préstamos con tan poco esfuerzo como la mayoría entrega los condimentos durante la cena, y cobraba intereses con implacable eficiencia, mas ¿dónde está ahora su fortuna? Ciertamente, Macón la ha heredado. En tal caso, ¿las producciones teatrales chapuceras son todo lo que puedes ofrecernos con tu herencia, Macón? El pueblo quiere saber.

En cuanto a su madre, cuanto menos se diga, mejor. Sostener que era una mujer de reputación cuestionable sería una exageración. Sería más acertado decir que era una ramera común; todas las noches se podía ver su rostro (mejor dicho, otros aspectos selectos de su anatomía) en la Puerta Sacra. Después de gozarla con sus amigos en algún tugurio, Agatón se divirtió comprando su libertad. Pero no para liberarla, desde luego, sino para aumentar su propio placer al ponerla en deuda con él. Esa boda degradante fue el último acto de una triste y larga farsa.

La secuela fue nuestro amigo, el acusado. Como os he mostrado, destaca mucho menos que su padre en la escena pública, pero en otro sentido es astilla del mismo palo. Poco después de partir hacia el Asia, Macón organizó una fiesta para sus amigos que aún hoy se recuerda con escándalo. La velada comenzó con inocencia, dicen, pero al abrir la quinta crátera, Macón trajo a un bonito muchacho corintio libre, para que tocara el arpa. La habilidad del niño, se dice, entusiasmó a los invitados, y todos querían besarlo. Pero el niño era respetable, sólo un músico. Esto enfureció a Macón. Gritando que lo habían engañado, tumbó al chico de un golpe en la cara. Allí estaba esa criaturilla, y no podía hacer nada para escapar, pues los criados habían atrancado las puertas, y es aterrador enfrentarse a un Macón ebrio.

Por su parte, los cómplices del acusado no objetaron a esta conducta. Al contrario, los podríamos comparar con una manada de chacales hambrientos que rodearon al niño caído y le arrancaron lascivamente la túnica. Macón ordenó a sus lacayos que fueran al establo a buscar fustas. En cuanto al resto, os lo podéis imaginar. El anfitrión y sus invitados se deleitaron en arruinar la delicada piel del joven, ejecutando su propia música al son de los alaridos. No diré más sobre este episodio. Hurgad en vuestra memoria y recordaréis los rumores.

Golondrina miró inquisitivamente a Déuteros, que ladeó la cabeza negativamente. Ninguno de los dos había oído mencionar semejante historia sobre Macón, aunque los rumores sobre episodios semejantes circulaban en Atenas cada tantos años. No quedaba claro si esa exposición de Esquines perjudicaba la causa del acusado: el efecto fue azuzar el interés del jurado, provocando murmullos jocosos en la sala. Macón, por su parte, tuvo una sola reacción: alzó la cabeza

enarcando las cejas cuando Esquines llamó ramera a su madre. Luego siguió estudiando el suelo.

Por tanto, veis que la sustancia de los cargos no desentona con el pasado perverso del acusado. Aun así, declaro que Macón tiene derecho a regodearse en su cinismo, sus odiosas opiniones políticas y sus vicios, pues cada hombre debe ser libre de satisfacer sus apetitos en privado. Pero me opongo enfáticamente a que semejantes sujetos ocupen puestos en que su necedad puede poner en peligro el bienestar de la ciudad, y en este caso el bienestar de todos los griegos. Si Macón alcanzó dicha posición, no fue por obra de ninguno de los presentes, sino por las intrigas de una facción de peligrosos fanáticos que no pensaban en las consecuencias de sus designios. Sólo los motivaba el odio, y el resultado aún puede ser el desastre. Estoy decidido a denunciarlos, por los dioses, pero para ello necesitaré más tiempo, y lo solicito humildemente.

Políclito hizo una marca en su tablilla de cera.

—Tu solicitud es reconocida y otorgada, siempre que la fiscalía acceda a atenerse sólo a las acusaciones pertinentes.

Esquines se apoyó la mano en el corazón.

—Juro que será así.

—Volved a poner el reloj, por favor.

III

¿Hubo en el mundo alguien semejante a Alejandro? ¿Hubo alguna vez un hombre cuyas hazañas contaran a tal punto con la bendición de los dioses? ¿Acaso los helenos no hemos perdido todo temor a otra invasión persa desde que Jerjes fue expulsado de nuestras costas? ¿Acaso los griegos de Jonia, Éfeso, Mileto, Assos, Priene, no gimieron bajo los tiranos designados por Persia? ¿Acaso no crecíamos, envejecíamos y moríamos bajo la sombra de ese engendro que llamábamos el Gran Rey?

Ya no es así. El Imperio persa, las satrapías subalternas, el peligro que representaban para Atenas, todo fue eliminado. Alejandro lo logró, y en el tiempo que nuestros antepasados tardaron en someter una sola ciudad, Troya. Antes de Alejandro, ni siquiera osábamos soñar con semejante proeza. ¿Cuánto tiempo hablaron los griegos de unirse para eliminar esa amenaza? ¿Cuántos bonitos discursos se pronunciaron, cuántos panfletos elocuentes se publicaron? Pero hemos visto que los discursos y los panfletos no pueden realizar esos trabajos, sólo hombres como Alejandro.

Recordad que Atenas se opuso a su liderazgo, y que por envidia siguió siendo una cloaca abierta de confabulaciones y conspiraciones mientras él estaba en Asia luchando por los griegos. Pero todos hemos gozado de los beneficios de sus conquistas. Nunca más el Gran Rey volverá a confabularse con lacedemonios, ilirios y escitas contra nosotros. Nunca más los puertos jónicos estarán cerrados a nuestro comercio. Nunca más nuestras provisiones de grano del Mar Negro serán amenazadas desde el flanco. Orgullosa Atenas, ¿no puedes aceptar una dádiva tan imprevista como generosa? ¿No puedes regocijarte?

Nunca hubo mejor paladín de la humanidad, nunca una luz más radiante entre los bárbaros. Con Alejandro, todo era posible. La India temblaba ante su proximidad, y habría caído en sus manos, como habrían caído Cartago, Italia, Sicilia. Su imperio se habría extendido hasta ambas costas del ilimitado Océano, un vasto hogar común para los griegos que habría hecho de nuestra ciudad la reina del mundo.

Digo «habría» porque Alejandro ha muerto. Tras entender lo que él logró, y la promesa de su reino inminente, podéis preguntaros cómo este héroe, este joven dios, tan favorecido por el Cielo, pudo haber fenecido de modo tan prematuro, a los treinta y dos años. Podéis preguntaros si la mano del hombre débil y mezquino contribuyó al asesinato del futuro. Y podéis preguntaros qué tiene que ver esto con nuestro amigo Macón. ¿Cuál fue exactamente la naturaleza de su impiedad? Escuchad, pues, y os lo contaré.

Macón estuvo presente en Queronea. No tengo testimonios independientes sobre su conducta allí, salvo que fue capturado y, a merced de Filipo, fue devuelto a Atenas con otros dos mil prisioneros. Tras su liberación, se emprendió una investigación

sobre los motivos de la derrota. Siendo uno de los altos oficiales que sobrevivieron a ese triste día, Macón compareció ante una comisión de la Asamblea. Su testimonio fue notable. Aquí tenemos todo su discurso. Es un documento tedioso, demasiado largo para leerlo hoy, lo cual es lamentable porque dice mucho sobre el carácter de nuestro hombre. En lo esencial, es una maraña de acusaciones rencorosas e infundadas que culpan por el desastre a nuestros generales, nuestros soldados, nuestro equipo, nuestros aliados… en síntesis, a todos y cada uno menos a Macón. Hay una sección, empero, que es muy relevante para los cargos que examinamos. Léela, por favor.

El actuario tomó el manuscrito. «Por los motivos que he descrito, será muy difícil derrotar a este enemigo. Nuestra ciudad no puede realizar las reformas necesarias para afrontar a los macedonios en pie de igualdad, como la fundación de un ejército profesional permanente, pues esto requeriría cambios en nuestro sistema de gobierno que serían mal vistos por la ciudadanía. En el futuro, habrá que emplear métodos más sutiles que la confrontación directa, si deseamos eliminar esta amenaza crónica para Atenas. Me comprometo a colaborar en este proyecto de todos los modos que pueda».

Esquines interpeló directamente a Macón.

Ciertos hombres nunca dejan de maravillarme: rugidos de coraje en tiempos de paz, pero balidos de pesimismo ante el primer revés. ¿Qué significa, Macón, que Atenas no puede enfrentarse al enemigo en pie de igualdad? ¿Cuestionas el coraje de nuestros camaradas caídos? ¿Acaso los hijos de Erecteo sólo pueden pelear con tallos de hinojo? ¿Acaso su sangre es como calostro? Esta afirmación de la inferioridad de Atenas debería abochornarte, tal como abochornó a la comisión, que rechazó tu exabrupto.

Nótese la frase clave. Él dice que «habrá que emplear métodos más sutiles que la confrontación directa, si deseamos eliminar esta amenaza crónica para Atenas». ¿A qué se refiere? ¿Qué otro método, salvo el choque de las armas en el campo de batalla, sería digno y viril? ¿Hemos de recurrir a confabulaciones mujeriles ante cada derrota? Por cierto, dudo que alguien haya tomado en serio sus palabras. Es evidente que no fue así, pues Macón no fue castigado por su necedad.

No es difícil adivinar en qué se inspiró Macón para hacer esta valiente convocatoria al subterfugio. Poco después, Demóstenes recorrió la ciudad afirmando que Zeus le había enviado una visión en que Filipo había muerto. Esa invocación facciosa de un dios habría parecido típica del egoísmo inveterado de ese hombre, y se habría desechado como tal, hasta que Atenas se enteró de que Filipo, en efecto, había muerto en un atentado. Cuando el rey entró en el teatro de Egas con ocasión de la boda de su hija, fue apuñalado por un miembro del séquito. Toda Grecia quedó azorada ante esta noticia. Dejando de lado la sugerencia de que Zeus sólo revela sus intenciones a Demóstenes, nadie sabe cómo se enteró de este acontecimiento antes que nadie en la ciudad, incluso antes de que los correos llegaran al Ática. Pero a la

luz de la exhortación de Macón al uso de tácticas furtivas, queda clara la connivencia de Demóstenes con este asesinato.

A la muerte de su padre, Alejandro heredó un reino cuyo gobierno superaba la capacidad de cualquier mortal. Se extendía desde las márgenes del Danubio hasta Tesalia, y desde los Balcanes hasta Bizancio. Pensando que el nuevo rey, un joven de sólo veinte años, no podría compararse con el viejo en habilidad y resolución, los oportunistas instigaron revueltas entre las tribus de Iliria, en Grecia misma, así como entre los tebanos y aquí en Ática. La vergüenza manchará siempre este cínico proyecto: ¡hombres civilizados de Tebas y Atenas, que habían jurado respetar el liderazgo del rey de Pella, ligando el destino de Atenas al de bárbaros vestidos con pieles! ¿Acaso no habíamos convenido, como todas las ciudades de Grecia salvo Esparta, ayudar a Filipo en su plan de humillar al Gran Rey? El pacto se selló en Corinto, poco después de Queronea, y tengo en la mano las condiciones.

Reparad en las partes estipuladas en el convenio. Dice que «los griegos respetarán el mando de Filipo y sus descendientes». ¿Acaso se puede ser más claro? ¿Podría existir un rumbo más pérfido que el propuesto por los antimacedonios, que se las apañaron para que Atenas volviera a estar en pie de guerra, encaminándose a otro desastre? Nótese que el propósito de la Liga de Corinto era vengar a Grecia de los persas. No exigía nada a Atenas: ni botín, ni levas, ni guarnición en nuestra ciudad. Filipo sólo esperaba confianza, una demanda que cualquiera consideraría la menos onerosa para hombres cabales. En cambio, Demóstenes, Hipérides, Caridemo y su gentuza sedujeron a la Asamblea hablando de derrocar al «Efebo», de marchar hasta Pella. ¡Cuánta soberbia! ¡Cuántas patrañas! Y cuánta consternación sintieron estos cobardes cuando Alejandro sometió a los ilirios sin pérdida de tiempo: no sólo derrotó sus fuerzas dentro de los límites de su reino, sino que su ejército cruzó el Danubio en embarcaciones de cuero y obtuvo la lealtad de las tribus de la otra margen. ¿No es una campaña impresionante para un mero efebo?

Y luego, más pasmosamente aún, Alejandro marchó al sur a través de las Termópilas e incendió Tebas antes de que Demóstenes atinara a aclararse la áurea garganta. «Demóstenes me tildó de “mero niño” cuando avanzamos sobre Iliria», dijo Alejandro a sus tropas, «y de “mero joven” cuando atravesé Tesalia. ¡Garantizo que cuando me vea al pie de los muros de Atenas, será como hombre!»

Naturalmente, los planes para nuestra gloriosa marcha sobre Pella se abandonaron. En vez de un ejército, los antimacedonios enviaron juramentos de lealtad eterna. Demóstenes en persona se ofreció para encabezar la delegación de paz que visitó el campamento de Alejandro. Fue aclamado por su valentía, y tras aceptar estos encomios (pues jamás rechazó las adulaciones baratas) se marchó de la ciudad triunfalmente… y luego se esfumó.

Teníamos muchos motivos para esperar lo peor de Alejandro. Desde las cuestas del Himeto veíamos el fulgor de Tebas en llamas. Se habló de reunir a la flota, de evacuar al pueblo, de volver a fundar la ciudad en otra parte. Más patrañas, pues esta

cháchara no tenía en cuenta el carácter divino de este nuevo rey, que nunca intentó invadir el Ática. En cambio, sólo pidió una renovación del pacto de Corinto, y la detención del peor de los demagogos. Y ni siquiera insistió en esta estipulación. Demóstenes fue perdonado. Ante esto, aun los enemigos más acérrimos de Alejandro quedaron estupefactos. ¿Éste era el líder contra quien Atenas había conspirado tan arteramente? ¿Cuándo Atenas había demostrado tanta misericordia hacia un súbdito revoltoso de su imperio?

Pero la contrición de estos fanáticos duró sólo mientras el ejército macedonio estuvo en Beocia. Tras haber eliminado al padre, conspiraron contra el hijo. Lamentablemente para ellos, Alejandro era un blanco demasiado rápido, y se desplazaba con su ejército a lo largo y ancho de su reino, como ya he descrito. Más tarde, el joven rey se consagró al proyecto de invadir Asia, tal como deseaba su padre. Esta campaña sola habría bastado para refutar las absurdas afirmaciones de Demóstenes y su facción, pues Alejandro no se demoró en Grecia el tiempo suficiente para afligir a nadie con impuestos, opresión, esclavitud u otras calamidades. Mas en vez de deponer su odio por Alejandro, concibieron un plan más sutil para «eliminar esta amenaza crónica», como pedía Macón.

Hoy es obvio que la solución de ellos era una especie de caballo de Troya. Atenas, como la mayoría de las grandes ciudades, envió naves y efectivos para respaldar la expedición a Persia. Se organizó una fuerza terrestre de mil ciudadanos sin tierras, equipada por decreto de emergencia con el Fondo Teórico. Macón, a sugerencia de Demóstenes, quedó al mando de esta fuerza. Yo no estaba presente en la Asamblea cuando se tomó esa decisión. Sobre ella sólo puedo decir que es un magnífico ejemplo del lastre que agobia a nuestra democracia, cuando personalidades fuertes pueden desbaratar una decisión manifiestamente correcta, y en este caso subvertirla por completo. ¿De qué otro modo hemos de entender que se nombrara a Macón para este puesto, cuando él había expresado claramente sus prejuicios en su testimonio sobre Queronea? Podemos disculpar el candor de los más honorables, que quizá creían que esto era un ejemplo de mero amiguismo de Demóstenes, cuando su designio era aún más siniestro. Macón llegó a tener el descaro de alzar la mano y mentir frente a nuestra Asamblea cuando le describieron sus órdenes.

En cada punto, la intención de estas órdenes era clara. Macón debía respaldar a Alejandro «por todos los medios que estuvieran a su alcance»; el cometido de su misión era «traer honor a Atenas por todos los medios disponibles». Obviamente estas órdenes se aplicaban tanto a Macón como a cualquier hoplita de menor rango, aunque Macón era responsable de su cumplimiento. Pero todos conocemos el final de la historia de Alejandro, su muerte prematura en Babilonia, en circunstancias más que sospechosas. También sabemos que el amo de Macón, Demóstenes, no era reacio a lograr mediante un complot lo que no podía conseguir en el campo de batalla. Así que debo plantear estas preguntas. ¿Macón respaldó a Alejandro «por todos los medios que estuvieran a su alcance»? ¿Su conducta trajo honor a Atenas? Si vuestras

respuestas a estas preguntas coindicen con las verdades que he expuesto, ya tenéis vuestro veredicto por el segundo cargo, la acusación de violar la sagrada confianza de sus órdenes.

La fuerza expedicionaria ateniense fue presentada a Alejandro en su campamento. Con cierta justificación, dada la tradición de artimañas legada por los antimacedonios, el rey rehusó aceptar nuestro contingente en su ejército. ¡Qué pasmosa deshonra para las armas atenienses, ser abandonadas en la costa en el inicio de la mayor campaña que jamás se organizó en Grecia! Pero no todo estaba perdido para Macón y sus ladinos patrocinadores: Alejandro, siempre considerado, rescató el honor de nuestra ciudad aceptando a un ateniense, Macón, en el círculo íntimo de los Compañeros. Fue un fatídico infortunio que el rey derrochara su generosidad en semejante sujeto.

Parece que Macón no debió su posición en la plana mayor de Alejandro a su conocimiento de asuntos militares, sino a su pluma. Esto es curioso. No conozco a nadie que pueda atestiguar la competencia del acusado como historiador; Macón nunca ha recitado, ni ha publicado nada importante. Bien podemos imaginar, pues, la sarta de mentiras que le habrá dicho a Alejandro para convencerlo de su talento. En este punto particular, más que vanas protestas de inocencia, estoy sumamente interesado en oír la declaración del acusado.

La invasión comenzó. Alejandro fue el primero en saltar a la costa asiática, reclamándola como territorio ganado a punta de lanza, y luego continuó hacia las ruinas de Troya. Los graciosos que estaban en casa se rieron al enterarse de que Alejandro honró a su antepasado Aquiles ofreciendo sacrificios al pie de las desconchadas almenas; se rieron al oír que Alejandro y su favorito, Hefestión, se desnudaron, se ungieron uno al otro con aceites, y corrieron siete veces alrededor de la ciudadela. Lo ridiculizaron por su presunción de pedir prestada la armadura de Aquiles en el templo de Atenea. Los sofisticados de todas partes se burlaron de la reverencia del rey por la historia… pero los sofisticados no ganan guerras. Estos ritos fueron inspiradores para las tropas. ¡Ojalá muchos más griegos de hoy fueran más reverentes y menos sofisticados!

La opinión de los dioses sobre las ofrendas de Alejandro quedó en evidencia en el primer topetazo con las tropas empleadas por Darío. Digo tropas «empleadas», no persas, porque la mayor parte del contingente enemigo estaba compuesta por mercenarios griegos. He aquí otra prueba de la decadencia del honor de nuestra raza, ya que es el colmo que haya griegos que reciban oro para defender un reino bárbaro. Es evidente que Alejandro entendía esto tan bien como Darío: a fin de cuentas, los persas no podían vencerlo por sí solos. Sólo los griegos pueden derrotar a los griegos.

La primera batalla se libró al pie de las colinas del monte Ida. En la otra margen del río Gránico, los griegos se enfrentaron a un ejército casi tan numeroso como el de ellos, que les cerraba el paso en barrancos altos, fuertes y seguros como un castillo. Enfrente había jinetes persas con sus malignos corceles, envueltos en pieles blindadas

que relucían al sol de la tarde, las cimitarras y jabalinas cruzadas solemnemente sobre el pecho. Detrás se agolpaban veinte mil mercenarios griegos enarbolando sus picas.

Ante este espectáculo, una mortaja de aprensión cubrió el ejército de Alejandro, pues no sólo tendrían que derrotar a la ordenada hueste enemiga, sino también a la rápida corriente del río. Parmenión, un general veterano, aconsejó al rey que demorase su ataque hasta la mañana. Sostuvo que la posición del enemigo era inexpugnable, y que las márgenes del río eran traicioneras: aunque lograran cruzar esa corriente, los griegos no podrían consolidarse en las laderas lodosas mientras luchaban cuesta arriba contra enemigos a caballo. Eran palabras sabias, y cualquier líder de mera estatura mortal les habría prestado atención. Hasta Filipo las habría acatado.

Todos miraron a Alejandro, que al principio no decía nada, sino que parecía sumido en sus cavilaciones, como si no pudiera tomar una decisión. Pero cuando al fin habló, fue con las palabras del poeta. Cantó:

Y el pez plateado se giró y mordió
las tiernas carnes del difunto Licaón.
Troyanos, todos pereceréis cuando
yo suba luchando a las sacras torres de la lejana Ilión.
Si corréis, mi rápida espada os flagelará la espalda.
¡No habrá escapatoria para quienes se oculten
bajo el oleaje turbulento del Escamandro!
Ningún sacrificio, ningún toro ensangrentado en la orilla pedregosa,
ningún caballo de rubia crin arrojado al río,
os salvará ahora. Ataviados de dolor,
pagaréis un precio de sangre
por Patroclo y los griegos que perecieron
junto a las cóncavas naves
mientras yo estaba ausente…

Al principio los griegos no reaccionaron. Conocían esas palabras, desde luego, pero sólo como parte de una historia. Alejandro las usaba para escribir su propia épica, las estudiaba por la noche con el ejemplar escolar de la *Ilíada* que guardaba bajo la almohada. Desplegaba los versos de Homero como filas de soldados, exclamando:

—¡Así como Aquiles luchó contra el ancho Escamandro, encrespemos ese riachuelo con nuestras grebas!

Y cuentan que con esta arenga se puso en marcha y acometió contra la orilla.

IV

Varias horas después, y ya agotada la provisión de queso de Golondrina, Esquines parecía estar finalizando su exposición.

Con el deceso de Alejandro, el mundo quedó atónito. Dicen que aquel día una sombra pasó sobre Babilonia, acompañada por el susurro de grandes alas. Lejos y al oeste, en Siwa, se vio un águila que sobrevolaba el templo de Amón. A la misma hora, declaran los sacerdotes, otra águila entró en el santuario de Zeus en Dodona, posándose en el gran roble del oráculo. El ave permaneció allí un rato —llamando plañideramente, como si llorase a un hermano perdido— hasta que volvió a remontarse hacia las montañas. Por último, siempre en el mismo día, los custodios del altar de Zeus en Dion vieron una gran águila que llegaba del este. Descendió al altar, arrojó una guirnalda de laurel con las garras, voló en círculos y ascendió a su nido, en la cumbre del divino Olimpo. Pues aquel día de primavera, durante el arcontado de Hegesías en Atenas, cuando le faltaba poco para cumplir los treinta y tres años, murió el gran Alejandro.

Esquines hizo una pausa, pero no para aclararse la garganta. Sólo se quedó quieto unos instantes, la cabeza gacha, los hombros flojos. Cuando el jurado empezó a inquietarse, reanudó su discurso, en una voz muy menuda que sin embargo llegaba al fondo del tribunal.

Doy por hecho que el rey murió envenenado. Después de su segunda y tercera bodas, su primera esposa Roxana tenía motivos para desear su muerte, y muchas oportunidades para causarla. Recordaréis que los babilonios ordenaban a un catador que probara el agua que ella le llevaba. Aunque este hombre no murió después de beber, sufrió agudos dolores abdominales. Quizá la causa de estos dolores no fuera fatal para un hombre sano, pero sí mortífera para alguien debilitado por la enfermedad. Como todos sabemos, los envenenadores expertos no atacan aisladamente, sino que aguardan a que una enfermedad natural oculte su intervención.

Podéis juzgar los motivos y el carácter de esta mujer por lo que sucedió el día en que murió Alejandro: Roxana falsificó una carta en la que el rey ordenaba a su segunda esposa, Barsina, que lo visitara en Babilonia. Esta carta llegó a Susa antes de que la noticia de la muerte se conociera allí. Barsina fue asesinada cuando se sumó confiadamente a la escolta real, que en realidad era una pandilla de matones pagados por Roxana. Como Roxana, ella llevaba en el vientre a un hijo de Alejandro. Entiéndase que no me propongo tomar partido en la actual disputa sobre la sucesión. En lo concerniente a los motivos de Roxana, y de Macón, sólo es preciso aclarar que Roxana ha dado a luz a un varón, y que el niño hoy tiene una relevancia que no habría tenido si Barsina hubiera vivido.

Nada más diré sobre Alejandro. Ya lo he alabado en demasía para el cometido de este juicio. Baste decir que el mundo jamás volverá a ver a un hombre semejante, y

que nos fue arrebatado demasiado pronto. Los envidiosos dicen que tenía defectos, y sin duda tienen razón, pues lo que había en él de divino, como en todos nosotros, estaba mezclado inevitablemente con aquello que nos hace mortales. Nunca dije que fuera perfecto, sólo que era un dios.

Sin duda Macón se defenderá de nuestras acusaciones con sofismas. Argumentará que es imposible que un mortal como él corrompa a un ser divino. Para que conste, diré que creo que Macón es un ser perverso y débil que no podría haber destruido a Alejandro por su cuenta. Antes bien, afirmo que fue una influencia corruptora que trabajó sin cesar para socavar lo que era bueno en ese hombre, y alentar lo que era destructivo. Os recuerdo que Macón no está acusado de matar a Alejandro. En cambio, el buen pueblo de Atenas lo acusa de impiedad contra un dios, y de violar la orden de respaldar a Alejandro de un modo que trajera honor a esta ciudad. Decidme, atenienses: tras oír esta historia, ¿os sentís cubiertos de honor?

Con lo que he puesto en evidencia, quizá valga la pena recordar los muchos modos en que Macón traicionó vuestra confianza. En Sardes, mintió acerca de su asociación con Demóstenes, que era un conocido enemigo de Macedonia. En Gordio, fomentó la ambición de Alejandro de desatar el célebre nudo, instándolo a correr un riesgo que sólo se superó gracias a la sutileza del rey. Después de Isos, alentó a Alejandro a abusar de su cautiva, Estatira. Antes del sitio de Tiro, fue derrotista. En Egipto, sabemos por sus propias palabras que denunció los «defectos» de Alejandro. En las Puertas de Susa, instó al rey a cometer lo que él consideraba un error necio, aunque quedó frustrado cuando Alejandro logró cruzar el paso de todos modos. En Maracanda, alentó al rey a matar a su amigo Clito, y se ufanó de haber inducido a Alejandro a creer que cualquier ofensa se consideraría justa a ojos del Cielo. En esa misma carta a Demóstenes, se regodea en el desmoronamiento de Alejandro. Sabemos, partiendo de una carta que Macón escribió en Sogdia, que se proponía valerse de Roxana para cumplir sus designios. También tenemos pruebas concretas de que recibió dinero de Harpalo, el ladrón, en moneda persa. Por último, y fatídicamente, sabemos que alentó activamente a Roxana a temer las intenciones de Alejandro. En esto, fue como si la instigara a actuar contra él.

Esquines adoptó un ritmo que se transformó casi en una danza, apoyándose ora en un pie, ora en otro, mientras enumeraba estos puntos. Golondrina y los demás jurados se balanceaban con él, muy entretenidos, hasta que Esquines se interrumpió con una acusación final y dramática.

En la vida de nuestra democracia, mucho tiempo se consume en trivialidades. Podría parecer que nuestra disputa con Macón es una cuestión baladí: palabras que se dijeron en el momento inoportuno, en el lugar inoportuno, o que no se dijeron; los alardes de un hombre mezquino, provisionalmente magnificado por circunstancias que él no merecía ni comprendía. En cuanto a los vicios y virtudes de Alejandro, podéis creer lo que queráis, pues no es a él a quien enjuiciamos. Nos hemos reunido para juzgar a este hombre, Macón, a la luz de las responsabilidades que él aceptó

solemnemente como agente de esta ciudad. Y digo que en el cumplimiento de dichas responsabilidades ninguno de nosotros —magistrado, jurado, fiscal o acusado— tiene derecho a juzgar qué acusaciones son importantes o triviales. Nuestros ancestros han tomado esas decisiones por nosotros. Yo esperaría que se me aplicara el mismo criterio, si estuviera en el lugar de Macón.

Pronto oiréis las palabras del propio acusado. Aunque él adopte el papel del soldado lacónico, no os dejéis engañar: es tan sutil como cualquier embaucador de la estoa, tan diestro con las palabras como inepto con las herramientas de la guerra. No obstante, tiene su trabajo hecho. Teniendo en cuenta que Alejandro ha muerto prematuramente, y que Macón había jurado servir a Atenas al servir a Alejandro, parece que sólo tiene dos opciones: o bien debe confesar su mala fe, o alegar absoluta incompetencia. En ninguno de los dos casos elude su culpa. Por tanto, os ruego que escuchéis su alegato y lo juzguéis con la sabiduría que es digna de nuestro legado ateniense. Hecho eso, no me cabe duda de que se hará justicia, que es nuestro propósito el día de hoy.

Esquines concluyó exactamente cuando la última gota de agua caía en el reloj. Esto impresionó a los jurados expertos tanto como sus palabras, pues era difícil lograr esta hazaña sin que el discurso pareciera estirado o truncado. Volviéndose hacia sus colegas, Golondrina les vio en los ojos que el veredicto sobre Esquines ya estaba dado: era un regreso triunfal.

—¡Se pone el reloj para un receso de un cuarto de hora! —anunció el actuario.

Los jurados usaron una letrina reservada para ellos en el callejón que había detrás del tribunal. Era una pared ciega con un canal tallado en la piedra, por donde circulaba agua corriente. Mientras ocupaba su lugar en la fila, Golondrina estudió los surcos y cauces abiertos en la mampostería, pensando en las generaciones de jurados que al orinar allí se habían ganado una suerte de inmortalidad. Cuanto más profunda la hendidura, dedujo, más verborreicos los oradores. Por su parte, Golondrina prefería el estilo en vez de la fuerza, e intentó escribir su nombre en la pared mientras escuchaba las reseñas del juicio hasta el momento.

—¡Odiaría ser Macón en este momento, pobre desgraciado! —dijo alguien.

—¡Se lo tiene merecido, con ese corte de pelo!

—Pero guardó silencio durante todo el alegato… ¡Es más de lo que yo habría soportado!

—Esquines le entregó la exculpación con esas pamplinas. ¡No tiene la menor sustancia!

—Por eso su acusación es tan buena… Fue recitada para el tribunal, no para el aula.

—Esto no es un problema de justicia, sino de política.

—Habló más de ese imbécil de Alejandro que de otra cosa.

—Un abuso de entimemas.

—Nunca los he visto tan generosos con el reloj.

—Alguien quiere liquidar a este tío.

—Si su discurso dura más de dos horas, seré yo quien querrá liquidarlo.

—¡Yo creo que el cordero se llevó la palma!

Risas.

Déuteros estaba junto a él cuando Golondrina se acomodó la túnica, mordiéndose el labio inferior.

—No veo ningún motivo para modificar nuestro voto —dijo.

—¿Por qué íbamos a modificarlo? —respondió Golondrina—. La defensa aún no ha hablado.

—¿Crees que importará?

—A mí me importará. Dame ese pan.

—¿Qué opina Golondrina sobre el juicio? —preguntó alguien. Otros secundaron la pregunta, hasta que todos volvieron el rostro hacia él. Como era uno de los jurados con mayor experiencia, se suponía que había visto y oído todo desde la dictadura de los Treinta. Golondrina sabía que era una exageración (¡no era tan viejo!), pero tampoco desalentaba esa estimación.

—Nada me sorprende en Esquines —dijo—. Salvo el momento de la acusación. ¿Por qué presenta los cargos ahora, tan pronto después del regreso de Macón? ¿Por qué no aguardó a que más testigos volvieran del oriente con declaraciones directas? No me siento cómodo inculpando a un hombre por algo que se dijo en una carta.

Los jurados cavilaron ante el surco.

—Creo que lo que se esperaba que entendiéramos no figuraba en el discurso —dijo Golondrina—. Y el ganador, si el veredicto es «culpable», no será Esquines.

El silencio se prolongó mientras sus conciudadanos asimilaban el sentido de estas palabras, o bien comprendían que no las entenderían nunca. Luego la discusión giró en torno a la escuela retórica en la que convenía clasificar el discurso de Esquines.

Cuando regresaron a sus asientos, el hombre del cordero seguía inconsciente en el suelo. Se había perdido todo el alegato, y se lo veía cómodo tendido allí, dispuesto a perderse también la defensa. Parecía haber cierta justicia en esto.

Esquines estaba sentado, con una bandeja de higos y bayas de mirto. Comía fijando los ojos en Macón, que tampoco se había movido, sino que clavaba los ojos en sus pies, como si rehusara complacer a su oponente con una mirada furibunda. Mientras el actuario pedía orden a martillazos, el acusado alzó la vista, escrutando a la muchedumbre que decidiría su destino. Aunque Golondrina creía que la exposición de Esquines era una maraña de presunciones e insinuaciones, el orador había dicho una cosa que era cierta: Macón tenía el trabajo hecho.

—Tras haber escuchado el alegato de la fiscalía —dijo Políclito—, el tribunal escuchará la defensa. ¿El acusado desea hablar?

—Reclamo ese privilegio —dijo Macón, levantándose. Resultó ser de baja estatura, tan baja que muchos jurados del fondo de la sala no lo verían. Y su voz era

mucho más atiplada de lo que sugería su apariencia marcial.

—Muy bien. Tendrás el tiempo habitual.

Por un instante Macón no habló, sino que permaneció con las palmas hacia arriba, como invocando al Cielo, o expresando su asombro ante el dilema que les planteaba Esquines. Se oyeron risitas a la izquierda de la sala, y Macón, con astuto aplomo, las recibió con un guiño. Golondrina miró a los macedonios que ocupaban el palco de espectadores: fruncían el ceño. De pronto Golondrina sintió gran interés, y se inclinó hacia Déuteros.

—Esto puede ser interesante —susurró.

V

¿Alejandro muerto? ¡Imposible! Su cadáver impregnaría el mundo con su pestilencia.

Demades, orador ateniense.

¡Vaya, qué actuación! Valió la pena esperar a que Esquines regresara del extranjero para escuchar este alegato. No sé qué dirán los demás, pero yo ardo en deseos de votar. ¡Condenemos a Macón! ¡Aprehendamos a ese granuja para colgarlo!

Macón hizo una pausa mientras el jurado lo celebraba con carcajadas. Aunque Golondrina disfrutaba de los juicios rutinarios, disfrutaba aún más de las defensas innovadoras. Con ese tono desenfadado, el orador pisaba un terreno peligroso: si daba un traspié, si irritaba a muchos jurados, pagaría un alto precio. El último que corriera semejante riesgo había sido Sócrates cuando, ante su condena, sugirió la «pena» de recibir comidas gratuitas del estado el resto de su vida. Este sarcasmo sulfuró tanto al jurado que la mayoría votó a favor de su muerte. No era un precedente legal prometedor para Macón. Pero, aunque no se saliera con la suya, nadie podía negar que ofrecía un espectáculo ameno, como un acróbata trabajando sin red.

Lamentablemente, creo que no puedo ayudaros a encontrar al Macón de Esquines, porque no le conozco. Ese Macón es un canalla conspirador. Este Macón es un simple soldado que, como muchos hombres presentes en esta sala (¡aunque no tú, Esquines!), luchó por su patria en Queronea. Esquines describe a un hombre lleno de arrogancia. Este Macón vive tan modestamente como lo permite su debilidad, paga sus impuestos y contribuye al gobierno de la ciudad, como todos vosotros. Esquines inventa a alguien que está inmerso en las intrigas políticas. Este Macón no pertenece a ninguna facción. No ambiciona tener más importancia de la que tiene. Es verdad, rara vez coge la guirnalda de mirto en la Asamblea, y sólo cuando se habla de asuntos militares. Ocurre que este Macón limita sus declaraciones públicas a cosas sobre las que sabe algo… a diferencia del célebre Esquines. Más aún, el orador excluyó lo que se puede considerar el mayor logro del acusado en política: un decreto de la Asamblea, aprobado por votación oral unánime, de que todo el equipo usado de los navíos de guerra destrozados se ofreciera primero a los contratistas públicos, antes de que fuera reclamado por los pescadores y otros intereses privados. Esta moción ha ahorrado al contribuyente miles de dracmas en costes de reemplazo. Así que mientras Esquines desea saber dónde está el dinero de mi padre, yo le recuerdo que he contribuido a mantener los dineros públicos en el lugar que les corresponde.

La primera pregunta, pues, es por qué estamos aquí. ¿Por qué se emprende esta acción contra una figura tan insignificante? Hay por lo menos dos respuestas fáciles. Sugiero que la primera es el miedo. La muerte de Alejandro ha renovado las

esperanzas de los que ansían resistirse al poderío macedonio. Otros temen que Atenas sufra el mismo final que Tebas, si estalla un conflicto armado. Ningún punto de Grecia está a más de dos días de marcha para el ejército de Antípatro. Aquí se requiere un ejemplo, el sacrificio de alguien que presuntamente está asociado con la facción antimacedonia, para demostrar que Atenas no es una amenaza.

La segunda razón es mera venganza. No es preciso que me explaye sobre la animadversión de Esquines hacia Demóstenes. En ocasiones anteriores ya se ha rebajado a atacar a los amigos de Demóstenes en vez de al hombre mismo. Es fácil demostrarlo: cuando Esquines publique su alegato, como siempre lo hace, contad cuántas veces hace referencia a Demóstenes. El ejercicio será muy revelador. Quizá os inste a preguntar a quién se juzga aquí, aunque sea mi cuello el que está en el lazo.

Pero existe una razón más amplia y menos obvia. Hela aquí, oh Atenas: algo anda mal en nuestra ciudad. Todos lo intuimos. Sentimos el tirón de los acontecimientos y pensamos que debemos hacer algo, pero dondequiera miramos hay aullidos de protesta, o graves peligros, o consecuencias imprevisibles. Es como si estuviéramos en la cima de una alta montaña, rodeados por un precipicio, y picos más altos a lo lejos. Queremos ascender, pero tememos coger la empinada senda. Así que nos aferramos al lugar donde estamos. Y admiramos a hombres como Alejandro, pues en nuestra fe pueril creemos que él desafiaría todos los límites.

No digo estas cosas para demostrar que soy más listo que los demás. Las observo como un hombre que ha estado lejos de casa mucho tiempo, y pasaba al menos un rato de cada día pensando cómo regresaría. A veces una mirada renovada nos brinda una visión más clara. Me pregunto si mi oponente coincide conmigo, pues también él acaba de regresar del exilio. ¿Te parece que ésta es la misma ciudad que dejaste, Esquines? ¡Sé sincero! Entiendo que aquí la hegemonía de Alejandro no se recuerda como una época de gloria, sino de hambre y escasez. ¡Cuán pronto algunos están dispuestos a olvidar las desdichas causadas por sus guerras! Al principio de tu declaración, comentaste que la belleza de Alejandro esclavizaba a los hombres. Coincido contigo en que muchos atenienses fueron esclavizados, aunque dudo que la belleza tuviera que ver con ello.

Pasaré por alto la mayoría de las calumnias de mi oponente, salvo para señalar que, a pesar de la sensibilidad de Esquines, mi madre era en verdad una liberta, y el amor de mi padre por ella no era una farsa. En cuanto a las fiestas desenfrenadas y la azotaina de muchachos, es fácil sortear este obstáculo, pues él no presenta ninguna prueba. ¡Claro que Esquines nunca consiente que ese pequeño problema se interponga con sus acusaciones! Esas mentiras, pues, no significan nada para mí. El sabio, como bien dicen, se conforma con permitir que los asnos rebuznen. Confío en que los miembros del jurado conozcan bien este establo, para saber dónde pisar.

A mi entender, lo único que importan son las acusaciones. Esquines y sus patrocinadores me acusan de impiedad porque han recibido noticia de ciertos presuntos actos míos en el oriente que sugieren que yo trataba a Alejandro como un

hombre, no como un dios. También me acusan de violar mi juramento a la Asamblea, porque juré ayudar a Alejandro y él terminó… bien… más cerca de los dioses que cuando empezó. ¡Qué cosa extraordinaria, un soldado que muere en campaña!

Más carcajadas, y más movimientos nerviosos de Políclito y los macedonios. Esquines, por su parte, se arrebujaba en su capa como una tortuga encerrándose en su concha.

En todo caso, Esquines dice que yo debo confesar mala fe o incompetencia. Pero se olvida de una tercera posibilidad: un fracaso de buena fe. ¡Es verdad que no adulé a Alejandro, con sus pretensiones de divinidad! ¡También es verdad que no logré rescatarlo de las consecuencias de sus propias contradicciones! Si éstos son delitos punibles, acepto mi culpa sin más reparos. Pero deseo señalar que si el mero fracaso justificara la intervención de nuestros magistrados, estos tribunales estarían en sesión sin pausa.

Ahora el jurado esperaba las bromas de Macón, y se reía antes de que él redondeara las frases. Políclito le hizo un gesto al actuario, que golpeó el suelo con el cayado hasta restaurar el orden.

—Se ordena al acusado que se abstenga de burlarse de este proceso. ¡Esto no es una sátira!

Mis disculpas. También pido al jurado que me perdone por haberme adelantado en mi exposición. Sólo quería señalar que mi conducta era apropiada para las circunstancias de la campaña, que serví al rey del mejor modo posible. Atenas no debe temer por su honor, pues en aquellos tiempos el deshonor cundía por doquier. Pero para demostrarlo os debo contar qué sucedió realmente en la campaña de Alejandro. Algunos se sorprenderán cuando oigan esto; lo más probable es que nunca hayáis oído la verdad, y que nunca volváis a oírla, pues mi historia no es tan complaciente como la del pobre Calístenes, ni las de esos escritorzuelos que han brotado de la sangre y la ceniza que Alejandro propagó desde aquí hasta la India.

Mi historia comienza en Queronea. Como muchos de vosotros, yo marché hacia la batalla con toda la alegría de un novio que va a ver desnuda a su prometida. Liberarnos súbitamente de la tensión de aquellos años —la incertidumbre de nuestra confrontación con Macedonia— nos llenaba con un amor por nuestra ciudad que nos nutría. Creíamos que el patriotismo sería nuestro alimento en la marcha… con la victoria como postre. Evocad ese espectáculo: veinte mil atenienses en la herrumbrada armadura de sus abuelos. Gente del campo y la ciudad inundando las encrucijadas, saludándose como parientes que se reencuentran. Los viejos servían por última vez, con una mirada acerada y las manos trémulas sobre las picas, recibiendo el beso de mujeres jóvenes que estaban a la vera del camino. Nos dirigíamos a Beocia, teatro de tantas batallas que el tebano Epaminondas la llamó con justeza «la pista de baile de la guerra». Y, al igual que los tebanos que afrontaron el poderío espartano en Leuctra, los atenienses al fin iban a bailar con el rey Filipo y sus aborrecidos macedonios.

Por la noche nuestras fogatas se extendían durante millas. Vivaqueábamos sin centinelas, sin orden ni cautela. Corría el rumor de que un hombre llamado Estratocles estaba al mando. Se decía que era un genio de la estrategia, y que tenía un plan para descalabrar a los macedonios, pues ya era hora de humillarlos. ¡Un brindis por la victoria! ¡Y otro por Estratocles! Más y más brindis, hasta que los fuegos eran superfluos y agotábamos en el baile la energía que no nos había quitado la macha.

Este alegre contingente llegó a Tebas y rodeó las murallas, pensando que el ejército tebano saldría a abrazar a sus nuevos aliados. Pero las puertas permanecieron cerradas, y los guardias de las torres nos miraban con cautela. Al otro lado de la ciudad vimos un pulcro cuadrado de hombres con armadura aguardando en el camino. No era todo el ejército tebano, sino la mejor parte: teníamos a la Banda Sagrada de Tebas de nuestra parte, trescientos hombres. Desde los días de Pelópidas, esta banda nunca había perdido una batalla. Luchaban en pareja, y cada hombre estaba consagrado a su amante en las filas. Fue un éxito para Demóstenes haber conseguido que comprometieran esta apreciada unidad por nuestra causa. ¿Para qué necesitábamos estrategia, táctica, seguridad? ¡Adelante, hacia la victoria! ¡Y luego a Macedonia, para aplastar a esos advenedizos semibárbaros que osaban esclavizar a los auténticos griegos! Los tebanos daban la única nota amarga: aunque invictos por más de una generación, marchaban de mala gana, sin alegría ni confianza en el semblante. Algunos pensaron que se sentían deshonrados al compartir el camino con nosotros. Debimos haber sospechado que ellos tenían mejor idea del temple de nuestros oponentes.

Nuestros exploradores avistaron al enemigo en un valle angosto del norte de Beocia. A partir de entonces, los acontecimientos de ese día fueron un borrón para mí. Resultó ser que Estratocles no tenía ninguna estrategia en mente. Oficiales de distintas unidades llegaron corriendo para organizarnos en falanges de ocho escudos de profundidad, luego dieciséis, luego de vuelta a ocho. Primero nos plantábamos aquí, luego allá. Corrió la orden de marchar hacia la planicie, pero la orden llegó sólo a la mitad del ejército, dejando grandes brechas en nuestras filas. Nuestro ánimo pasó de la felicidad al frenesí, pues todos querían que se hiciera algo, pero nadie estaba claramente al mando, y las brechas exasperaban a los oficiales, que les gritaban a los gallardos pero frustrados jóvenes, y a los viejos. En medio de estos incordios caímos en la cuenta de que teníamos los pies magullados y, aunque habíamos tenido un festín de patriotismo, también teníamos hambre. Los buenos momentos de la marcha cedieron a las pendencias mientras los hombres se hacinaban. Los únicos que conservaban la cabeza fría eran los tebanos, que marchaban en orden preciso a nuestro flanco derecho y se instalaron allí, apoyando sus característicos escudos rizados en el suelo, contra la pierna.

Entretanto los macedonios estaban agrupados en sus pulcras filas, observándonos mientras forcejeábamos para formar nuestras líneas. Aún no había indicios de la caballería de los Compañeros, ni de Filipo y Alejandro. Alguien de la vanguardia

observó que el enemigo sólo tenía escudos diminutos que colgaban del hombro, y que sólo usaba corazas de cuero. Entre las filas cundió el rumor de que los macedonios no contaban con la menor protección, y por un momento toda la incomodidad se olvidó, pues el enemigo había dejado sus escudos en Pella, y sería un día de fácil matanza para los griegos.

Al fin nos organizaron y señalaron la dirección correcta. Yo estaba a la derecha, junto a la Banda Sagrada, en la sexta fila de una falange de ocho escudos de profundidad. Recuerdo que ya era tarde para iniciar una batalla; el sol me calentaba el casco con tal inclemencia que podía oler el forro que se cocinaba dentro. Para mantener las manos secas sobre las lanzas, los hombres de toda la fila se enjugaban las palmas sudorosas en el peto, o procuraban agacharse para recoger tierra.

Al sonar las señales, avanzamos con cierto orden. Éramos un ejército ruidoso, que rechinaba con cada paso, cantando el peán. Los macedonios, en cambio, se desplazaban por el campo de batalla en un silencio casi total. La tensión crecía a medida que se aproximaban los ejércitos. Desde lejos veíamos que las picas macedonias, las sarisas, tenían el doble de longitud que las nuestras. Los gritos y abucheos de los griegos se redujeron; nuestras líneas se contrajeron mientras cada soldado se apretaba contra el camarada de la derecha, procurando refugiarse detrás de su escudo. Esto obligó a cada escudero a moverse a la derecha, hasta que toda nuestra línea se desplazó hacia el norte, en ángulo oblicuo frente al enemigo. Como no tenían auténticos escudos, nuestros enemigos no podían agazaparse detrás de sus camaradas, sino que marchaban en línea recta. Observándolos entre los hombros de mis camaradas, pude verles la cara: los macedonios parecían serenos, hasta aburridos.

El enemigo detuvo el avance cuando nuestras tres primeras filas bajaron las lanzas. Nuestros muchachos continuaban, soltando el grito que aterró a los persas en Maratón y Platea: ¡*eleleu eleleu*! Ante eso, los macedonios dieron media vuelta y se replegaron deprisa. No parecía que nadie les hubiera dado una señal. Simplemente lo hicieron, con tanta calma como si practicaran maniobras en la plaza de armas.

A diferencia de Maratón, nuestras filas delanteras no estaban integradas por nuestros hoplitas más recios, sino por los más entusiastas. El repliegue macedonio confirmaba lo que siempre habían imaginado: ¡los bárbaros no tenían estómago para luchar contra los ciudadanos libres de una ciudad civilizada! Nuestras filas se disolvieron mientras intentábamos alcanzar al enemigo en retirada; agobiados por antiguas panoplias, los griegos se extenuaron tratando de perseguir a los macedonios, vestidos con atuendo liviano. Nuestros oficiales aullaban, procurando organizar un avance ordenado. Pero nuestro glorioso comandante Estratocles, que quizá estuviera ebrio, celebraba la desbandada, cabalgando con la espada en alto, gritando:

—¡Los pusimos en fuga! ¡Muchachos, sigamos hasta Pella!

Con la sola excepción de nuestros aliados tebanos, que protegían nuestra derecha sin la menor muestra de emoción, toda semblanza de organización desapareció entre los griegos. Nuestro ejército se abrió como una cebolla hervida, y las filas se

desprendieron de la falange una por una. Algunos hoplitas, medio ciegos de sudor bajo yelmos que no calzaban bien, tropezaban en piedras y terrones; cuando intentaban levantarse, eran pisoteados en el polvo por sus jubilosos camaradas. Era escalofriante el contraste con los macedonios, cuyos miles de efectivos daban media vuelta sin que cayera un solo hombre. ¡Ni uno solo!

Todos sabéis lo que siguió. A un trompetazo, cesó el repliegue enemigo. Lo que había sucedido, por cierto, era que los macedonios no escapaban, sino que se habían retirado detrás de una nueva línea formada por sus mejores hombres. Tras haber engañado a muchos griegos con esta treta, empuñaron las picas y bajaron las puntas. La pica macedonia es tan larga que los hombres que están cuatro o cinco escudos del frente de la falange pueden llegar al enemigo. Muchos atenienses fueron impulsados por mera inercia hacia esa aglomeración de lanzas. Cercados por sus camaradas, cientos recibieron un lanzazo en pleno rostro que les partió la nariz o la mandíbula. Así aprendí que la penetración de una punta de metal en la cara desprotegida de un hombre hace un ruido especial, una combinación de crujido con estampido. Tuve la oportunidad de oírlo muchas veces mientras los supervivientes procuraban girar, chocando con las filas que embestían, hasta que fuimos un desvalido barullo de hombres y chicos exhaustos y ciegos, tan aterrados que nos defecábamos encima de miedo, o llamábamos llorando a nuestra madre.

En este punto el enemigo rompió el silencio. Soltaron un grito que no puedo imitar, en ese extraño dialecto de ellos, un grito tan concertado que se elevó sobre el continuo bullicio de escudos y corazas, helando la sangre de cada combatiente griego. Luego los macedonios reanudaron el avance, pisando a los griegos caídos, despachando a los heridos con la punta de hierro del cabo de la lanza. Recuerdo ver un rostro que reconocí entre los heridos: era el maestro que me enseñó a leer hacía décadas. No le había visto desde entonces, y no lo volví a ver, salvo en ese instante. Yacía sin quejas al pie de los macedonios, el contenido de los testículos derramado en el faldón, la barba gris ungida con el polvo del sacrificio.

En ese punto aún había cierta distancia entre el enemigo y lo que restaba de las filas atenienses. Para mérito eterno de mis conciudadanos, la mayoría permanecieron firmes mientras los adversarios se aproximaban. Otros, previendo su muerte inminente, y encontrándose cercados por todas partes por la falange, sucumbieron al pánico. Sólo un puñado de estos cobardes que pugnaban por zafarse bastaba para desbaratar largos tramos de nuestra formación. Y en el ínterin los macedonios seguían avanzando, con esas malditas sonrisas de seguridad… sonrisas como las que vemos allí.

Macón señaló con el dedo a los observadores macedonios del tribunal, que en efecto sonreían mientras escuchaban la descripción de un momento descollante de la historia de su nación. Las sonrisas se marchitaron cuando quinientos pares de ojos rencorosos se les clavaron.

Quizá penséis que pinto una imagen demasiado tétrica de los sucesos de aquel

día. Para quienes no estuvieron allí, aclaro que nos parecía que la batalla distaba de haber concluido. Aún quedaba la oportunidad de cambiar la suerte del enemigo: atrincherarse, clavar el cabo de la lanza en tierra, y empalar a esos perros que acometían.

Confiábamos en que podíamos lograrlo, y nos preparamos, pues todos entendíamos lo que estaba en juego. Ya habíamos aprendido, a fin de cuentas, que no había estrategia defensiva contra gente como Filipo: no podíamos refugiarnos en los Muros Largos y esperar el mal tiempo. ¿Recordáis lo que contaban nuestros abuelos sobre la guerra contra Esparta, que esos palurdos llegaban cada año en la misma época, sacudían el puño ante los Muros Largos, incendiaban algunos henares y se iban? ¿Recordáis cuán temibles nos parecían esos lacedemonios cuando éramos niños? Pero todos sabíamos que nos esperaba algo mucho peor si las hordas de Filipo invadían el Ática. Para Filipo, las ciudades amuralladas eran como ostras sin abrir, y la guerra no se detenía por la cosecha, por el mal tiempo ni por ningún otro motivo. Sus soldados no eran voluntarios ni mercenarios a sueldo, sino profesionales de la intimidación, la violación y la matanza.

No nos quedaba más remedio, pues, que apoyar el hombro en el escudo y empujar con fuerza contra la línea. Aceptaríamos las horas de agotamiento en nuestras viejas panoplias, el calor, el terror a la sofocación y el temeroso chorro de orina de nuestro vecino. Empujaríamos, y seguiríamos empujando, hasta que los macedonios huyeran a sus montañas, y hundiríamos la lanza en la espalda de todos los que pudiéramos.

Pero no sucedió así. La batalla no finalizó en horas sino en minutos, pues la caballería macedonia irrumpió a retaguardia. Los Compañeros de Filipo atravesaron al galope una de las grandes brechas de nuestra línea y comenzaron a lanzar tajos a nuestra fila trasera. Ese día el ejército griego parecía haber marchado sin caballería, así que nuestros flancos no tenían ninguna defensa.

El ala derecha griega se desmoronó. Los hoplitas soltaron las lanzas, se quitaron la armadura y echaron a correr. Los jinetes les hicieron pagar su indisciplina: los desertores fueron perseguidos y masacrados por los aristócratas macedonios. Por cierto, éstos estaban alegremente ataviados con sus capas moradas orladas de oro. ¡Y cómo disfrutaban de la faena de exterminar a padres y abuelos que habían ido a luchar por la libertad de sus hijos! El destino quiso que ésta no fuera la última vez que observaba a los macedonios en esta tarea favorita.

Atrapado en el centro de la falange que se desintegraba, yo era empujado de aquí para allá por oleadas de hombres aterrados que braceaban. Los que han tenido esa experiencia conocen el peligro: en el hacinamiento de cuerpos con armadura, era difícil hasta respirar. También era difícil mantenerse erguido para no sufrir el destino de los que fueron pisoteados por sus camaradas. En aquel trance me hallaba cuando por primera vez avisté al príncipe Alejandro.

No sé cómo supe que era él, pues estaba demasiado lejos para verle el rostro. Quizá adiviné su identidad porque cabalgaba a la cabeza de un cortejo, o porque su

capa tenía los colores invertidos, oro orlado de púrpura, o porque sólo él usaba la cabeza de gorgona en el peto. O quizá fuera por la misma razón por la que el perro pastor destaca en el rebaño: su modo principesco de cabalgar, trotando de aquí para allá, dirigiendo sus fuerzas, dando enfáticos puñetazos, demostrando su disconformidad cuando no se cumplía una orden.

Lo observé hasta que lo perdí de vista detrás de un obstáculo. Poco después comprendí que ese obstáculo era la Banda Sagrada, que estaba rodeada. Los tebanos habían formado un cuadrado defensivo, con cada lado erizado de lanzas. Contra ellos los lanceros enemigos se formaban en columnas de treinta y dos escudos de profundidad. Cuando estuvieron preparados, los macedonios acometieron a la carrera, con los soldados de las últimas filas empujando a los de las primeras. Esta clase de ataque generaba un impulso potente, un ímpetu que permitía que las lanzas horizontales perforasen la armadura de hombres inmóviles. Los macedonios lo repitieron una y otra vez, dando a cada regimiento fresco la oportunidad de embestir a los tebanos; los defensores, que habían trabado los escudos, pudieron aguantar un tiempo, pero carecían de la fuerza del movimiento de avance, y sus lanzas eran demasiado cortas. Inevitablemente, a medida que les perforaban o quebraban la armadura, los tebanos comenzaron a caer. El camarada protegía el cuerpo del caído con el escudo, o con su propio cuerpo, según el caso. El cuadrado cedió a medida que los macedonios continuaban el ataque; los griegos mirábamos con lágrimas en los ojos mientras esta gloriosa banda, cuya historia no estaba maculada por la derrota, era triturada en el polvo.

Por último, cuando sólo quedaba un tozudo par en lo que se había convertido en un túmulo funerario, el príncipe Alejandro avanzó en su célebre montura, Bucéfalo. Apuntando con su lanza, y en un alarde de habilidad ecuestre, acometió contra ese montículo de carne muerta y lanceó a uno de los tebanos en el pecho. Como el otro estaba resignado a limitarse a mirar, Alejandro sacó la lanza del cuerpo del compañero, retrocedió un poco, y derribó al último tebano con el caballo. Los macedonios rugían mientras Bucéfalo abandonaba el montículo, y Alejandro desplegó sus trenzas castañas y alzó triunfalmente la lanza ensangrentada.

Éste no fue el fin de la masacre de ese día. A despecho de la tradición, las tropas de Filipo exterminaron a los atenienses en retirada el resto de la tarde, persiguiéndolos hasta las colinas, los trigales y los graneros, por tejados y dentro de cuevas. Sí, el rey tuvo el gallardo gesto de quemar los cuerpos que quedaron en el campo de batalla y de entregarnos las cenizas. Pero los cuerpos de cientos de otros, los que huyeron, nunca se recobraron ni recibieron los ritos apropiados. Los dejaron pudrirse donde habían caído. Los atenienses, por nuestra parte, no hicimos preguntas embarazosas a los vencedores, sino que nos limitamos a agradecer a los dioses lo que nos daban.

Como muchos de vosotros, yo estuve en Queronea para salvar a mi patria. Pero, a riesgo de alentar las extravagantes especulaciones de Esquines, concedo que tenía

segundas intenciones. Siempre había sido mi ambición escribir historia. Recordaréis que Tucídides y Jenofonte fueron soldados, e iniciaron sus crónicas porque creían que el relato de los conflictos de su tiempo sería instructivo para las generaciones futuras. Yo creía, y creo aún, que lo mismo vale para nuestras guerras. Así como Tucídides tuvo a Pericles, Cleonte y Alcibíades, en nuestra época tenemos a Demóstenes, Filipo y sí… ¡Esquines! Aunque mi oponente ponga en tela de juicio esta ambición mía, sólo revela su desprecio por el arte de la historia. ¿Cuántos hombres de aquí se dedicarían a escribir si tuvieran los medios y la oportunidad? Para tu vergüenza, Esquines, mira cuántas manos se levantan.

—El acusado no puede hacer preguntas al jurado —objetó el juez.

—Señoría, ¿esa regla se aplica a preguntas que podemos caracterizar como retóricas?

—Puedes hacer preguntas retóricas sólo si indicas claramente que no quieres que sean respondidas.

—Señoría, ¿debo entender que si hago una pregunta retórica, y el jurado opta por responder, debo hacerme responsable de una transgresión que yo no he cometido?

Los jurados se enzarzaron en una acalorada discusión. Políclito, enrojeciendo de rabia, exigió orden. La sala tardó un rato en silenciarse.

—El acusado no hará preguntas, y el jurado no responderá. ¿Está claro para todos?

—Perfectamente. También solicito tiempo adicional, dada la interrupción.

—¡Concedido! Adelante, por favor.

En síntesis, fui a Beocia como soldado, pero también con el ojo de un cronista, pues consideraba que era un momento singular en los asuntos de los hombres. Afortunadamente para mi proyecto, no perecí en la batalla, sino que me tomaron prisionero. Junto con varios de miles de atenienses y aliados, me encerraron en una estacada a poca distancia del campamento macedonio. Era un corral precario, construido con palos finos y arbustos, con agua de zanja para beber. Filipo nos alimentó con cebollas podridas tomadas de la mochila de los muertos; tan famélicos estaban los atenienses que se peleaban por esas magras raciones. Es afortunado para los hombres de Asia que Alejandro no heredara la tacañería de su padre.

Previendo la ventaja de tomar notas en campaña, había llevado conmigo varias tablillas de plomo y un estilo, que guardé en el hueco de mi escudo. Hacía dos días que estaba detenido sin comida, y el hedor de los retretes abiertos se elevaba a nuevas alturas, y cundía el rumor de que todos iniciaríamos una breve y desdichada carrera de esclavos en las minas del monte Pangeo, cuando consideré que estaba bien embebido de mi asunto y podía empezar a componer.

No había avanzado mucho en mi registro de las impresiones de la batalla cuando una voz peculiar me interpeló.

—¿Cuál es tu menester, escriba? —preguntó.

Notando que la pregunta venía del lado macedonio de la cerca, y en el dialecto arcaico de esos norteños atrasados, no le presté atención. Un par de pies con botas entró en mi línea de visión mientras yo miraba mi tablilla.

—¡Seas poeta o prosista, oh hijo de Teseo, una respuesta has de darme! —dijo la voz.

Resignándome a lo inevitable, alcé los ojos. Ante mí se erguía nada menos que el príncipe Alejandro.

VI

Quien se atenga a la descripción que nos dio Esquines de este adolescente se llevará una imagen muy errada. Él habló del cabello luengo y delicado, lo cual es bastante preciso, pero omitió mencionar que era ensortijado y aceitoso, y daba la impresión de estar siempre mojado. Aún oigo hablar del pelo «rubio» o «claro» de Alejandro, cuando era innegablemente castaño. Caía en rizos desmelenados alrededor de la cara, una cara que no carecía de cierta dignidad, aunque era tosca y huesuda y estaba llena de hoyuelos. Los ojos no eran azules, ni tenía un ojo azul y uno negro, sino que ambos eran, una vez más, meramente castaños. Os aseguro que a esa distancia no olí ese perfume natural que presuntamente impregnaba su cuerpo. Sus rasgos más notables eran sus labios carnosos, casi femeninos, y un par de ojos separados que enfocaban su objetivo con notable intensidad.

Ese día sólo tenía dieciocho años, y estaba radiante tras su primera victoria en combate. Por primera vez lidiaba con gran cantidad de atenienses, que a pesar de su rivalidad política con Macedonia conservaban cierto prestigio en ese reino primitivo. Aún hoy, las gentes de Pella cuentan con orgullo que Eurípides pasó allí sus últimos días, produciendo sus *Bacantes* en el santuario de Dion, a la sombra del mismísimo monte Olimpo. Por esto, él me interpelaba con una inquieta mezcla de superioridad y veneración, siendo yo un genuino exquisito ateniense.

—¿Tu madre te otorgó lengua además de dáctilos?

—En efecto —respondí—. Pero no entiendo en qué te conciernen mis asuntos, extranjero.

El príncipe lleno de hoyuelos se irguió en toda su altura, apenas cinco pies.

—¡Considérame un hombre que te sobrepujó en la lid, amigo, pues parlamentas con el príncipe heredero de Macedonia!

Tras haberos sugerido cómo hablaba Alejandro en aquellos días, en aras de la claridad ahora traduciré sus afectaciones arcaizantes a nuestra lengua moderna. Por cierto, al margen de cierta torpeza inicial, la comunicación nunca fue un problema entre nosotros. Llegó a adoptar una modalidad menos antigua con el paso del tiempo, y mi oído para su dialecto norteño mejoró. Pero a pesar de las lecciones de elocución, a pesar de la tutoría de Aristóteles, para el griego sofisticado él siempre tuvo algo de palurdo de las serranías, aunque usara la diadema del Gran Rey en Susa.

—Bien, alteza, diré que tú no «parlamentas» con nadie, pues yo soy meramente Macón de Atenas, hijo de Agatón.

—¿Y profesas el arte de la escritura, Macón hijo de Agatón? Dime, ¿conoces estos versos?

La palabra «moderación»
complace el oído más que «renombre»,

y los mortales que la practican la hallan superior,
pues el renombre, cuando se lleva al extremo,
no es ventaja para los hombres…

—Me insultas, alteza. ¿Qué ateniense confesaría que no reconoce esas palabras de Eurípides, del prólogo de *Medea*?

—No pretendía insultarte, pero en mi opinión hay muchos charlatanes que usan los atributos de tu noble vocación. ¡Si yo no fuera Alejandro, sería poeta!

—¡Hay muchos en Atenas —respondí— que os alentarían a ti y a tu padre a cultivar esa ambición!

Alejandro se rió con lo que parecía genuina soltura, sin el menor rastro de timidez adolescente. En cierto nivel, me agradó de inmediato, y esta reacción ante él no era inusitada en aquellos años. No carecía de encanto.

—¿Sabías que vuestro Eurípides halló asilo en la corte de Macedonia?

—Lo he oído decir.

—Te vi en el campo de batalla. Luchaste bien.

—No tanto como era necesario, al parecer.

En ese momento me pareció imposible que el príncipe recordara haberme entre visto entre miles de otros en medio de la confusión de Queronea. Más adelante obtendría la reputación de recordar una cantidad asombrosa de rostros y nombres. Esquines mismo ha repetido esta afirmación. La verdad es un poco más complicada, como pronto os diré. Pero, una vez más, no pude dejar de sentirme complacido por este halago.

—Debes saber que no estoy escribiendo poesía. Es una crónica de esta guerra.

—¿Qué estilo prefieres, entonces? ¿Heródoto o Tucídides?

—Heródoto es para niños.

—Exacto. Pronto necesitaré hombres como tú, Macón. Historiadores serios.

Con esas palabras, dio media vuelta y regresó hacia su caballo, que era sostenido por un joven asombrosamente apuesto. Luego supe que era Hefestión. El príncipe pareció dar una orden a su amigo, y éste me midió con la mirada. Antes de marcharse, Alejandro lanzó un grito en mi dirección.

—¡Sólo espero no ser el malvado de tu historia!

Sonreía, pero en su voz había un matiz oscuro que era inequívoco.

Pronto conocí las instrucciones que Alejandro le había dado a Hefestión en lo concerniente a mí: me trasladaron de la estacada a una pequeña tienda de campaña para oficiales. En su interior había un catre, una silla, un escritorio y una funda con papiros egipcios. ¡Un regalo realmente extravagante!

A decir verdad, quizá fuera demasiado generoso. Después de vivir varios días al raso, y sin haber manejado nunca materiales tan finos, ese cómodo entorno pasó a ser una distracción. En el corto tiempo que transcurrió antes de mi regreso a casa, no escribí nada serio.

A pesar de lo que os ha dicho Esquines, yo no estaba entre quienes recibieron al príncipe durante su misión de paz en Atenas. Más aún, Foción y Demades, amigos de Esquines, estaban en ese grupo, aunque no descenderé al nivel de difamación de mi oponente para llamarlos escritorzuelos. Baste decir que yo estaba demasiado relacionado con quienes se oponían al poder macedonio antes de Queronea como para merecer una invitación. Entiendo que Alejandro mencionó mi nombre en varias ocasiones, para bochorno de sus huéspedes. Al asistir a un sacrificio en el altar de Atenea Partenos, preguntó si Macón estaba en la muchedumbre, y pidió que alguien me señalara.

Luego, al inspeccionar la Estoa Pintada, comentó: «Creo que las pinturas son muy bonitas, pero me pregunto qué opinaría de ellas mi amigo Macón».

Entiendo que se refirió a mí tantas veces que Demades hizo serias averiguaciones para saber si sufría algún retraso mental. Lo cierto es que Demades no entendía la mente macedonia. Alejandro no preguntaba por mí porque fuera un simple, sino porque la tradición así lo dictaba durante una visita a mi ciudad. De hecho, me envió una nota comunicándome su decepción porque yo no estaría presente en las festividades, y su esperanza de que mi trabajo de cronista siguiera avanzando. Presento estos testimonios de su buena voluntad, y de mi vocación de historiador, como pruebas.

—Como tales se aceptan —respondió el actuario.

Transcurrieron más de dos años hasta que volví a ver a Alejandro. Fue después de su ascenso al trono de Macedonia, tras el asesinato de su padre, y poco después de la destrucción de Tebas. Estaba reuniendo fuerzas para invadir el Imperio persa; por respeto a su posición de capitán de todos los griegos, nuestra Asamblea decidió enviar mil hombres en respaldo de su causa. Esquines tiene razón al señalar que Demóstenes fue quien más respaldó mi mando de esta fuerza. Pero no podría equivocarse más al atribuir motivos malignos a mi designación. Fui recomendado por el simple hecho de que Alejandro había demostrado cierta preferencia por mí, y este sentimiento podía ser útil para inducirlo a superar su desconfianza por los atenienses. ¡Por otra parte, Foción, que era mucho más apto, no quería ese puesto!

Fui a recibirlo en Dion, el santuario macedonio de Zeus. En el momento en que llegué él celebraba un festín con sus oficiales bajo una gran tienda, cerca del teatro. Era un festín suntuoso, al estilo de todas sus celebraciones: la tienda cubría una superficie mayor que este edificio, y estaba bordeada por filas de divanes dorados dispuestos alrededor de una galería, donde se reclinaba el rey Alejandro. Superando a todos los demás anfitriones, servía a sus invitados el mejor vino de Quíos con cráteras espolvoreadas con nieve traída del Olimpo; se brindaba en copas doradas incrustadas con joyas. Un lado de la tienda estaba ocupado por trofeos de su reciente expedición contra los tribalios del Danubio: pilas de pieles de oso y de buey, escudos confeccionados con enormes troncos, cinturones que goteaban abalorios de ámbar. Sin embargo, no había botín del saqueo de Tebas. Que yo sepa, este acontecimiento

nunca se mencionó.

—¡Macón, amigo mío! ¡Ven a abrazarme!

Me saludó como a un viejo camarada, y me ordenó que me sentara junto a él. Su entusiasmo era excepcional en ese grupo. Cuando se dignaban mirarme, los demás macedonios me clavaban los ojos con obvia suspicacia. Hefestión, sentado en un diván cercano, no ocultaba su hostilidad, y no dejaba de observarme.

—¡Háblame de tu libro! ¿Lo has terminado?

—Francamente, no. Hasta ahora lo único que tengo es un prólogo.

—¡Te falta un protagonista!

Me miró con una expresión significativa en los ojos, haciendo rodar la copa entre las manos. Los años transcurridos habían mejorado su apariencia: su rostro, aunque todavía lampiño, había perdido su blandura adolescente, y ya no tenía hoyuelos. Su cabello ceroso brillaba de tal modo a la luz de la lámpara que podía tomarse por rubio.

—Quizá tú y yo podamos darnos mutua ayuda en nuestros proyectos.

Lo distrajo un criado que le susurró algo al oído. Logré captar el mensaje: su madre, Olimpia, reclamaba su presencia. Con un suspiro que sugería algo más que simple fatiga, se levantó para ir a verla.

—Luego hablaremos —prometió.

No volví a verlo por un rato, después de que hubieron traído la tercera ronda de cráteras. En el ínterin permanecí a solas, atrayendo miradas más glaciales que el hielo que usaban para enfriar el vino. Como precaución contra el mal de ojo, cerré los dedos de la mano derecha sobre el pulgar y escupí en el suelo. Los macedonios que me rodeaban respondieron escupiendo el suelo a su vez. Esto provocó la reacción de los comensales que los rodeaban, que trazaron un ancho anillo concéntrico de escupitajos, hasta que todos los hombres de la tienda humedecieron el suelo.

Un hombre canoso con muchas cicatrices en la cara se me acercó. Sin presentarse, y tambaleándose de ebriedad, se plantó ante mí y me señaló con un dedo acusatorio.

—¡Te vi en Beocia! ¡Mantenías una fila de hoplitas contra tres cuñas de jinetes!

Sin saber qué decir, me encogí de hombros. El beodo se inclinó hacia delante, con una expresión de sorprendida gratificación.

—¡Tú sabes luchar!

Alzó la copa, brindó por mí y se marchó a trompicones. Mucho después supe que me había interpelado Clito, hijo de Drópidas, también llamado Clito el Negro, y que esa alabanza era un raro honor.

Alejandro regresó. Volviendo a ocupar su sitio, reanudó nuestra conversación como si no nos hubieran interrumpido.

—Ya tengo un historiador para el viaje a Asia. ¿Has oído hablar de Calístenes de Olinto?

—¿El hijo de Aristóteles?

—El sobrino.

—No sé nada de él, salvo su nombre.

—Te confieso que la reina madre no le tiene simpatía, aunque no te aburriré con los motivos, salvo para decir que él no es soldado. ¡Tráela aquí, hijo!

Interceptó a un sirviente que llevaba una jarra de vino, y se la quitó para llenar su copa. Aunque la corte macedonia pareciera anacrónica a ojos atenienses, era tan informal que obligaba al rey a procurarse sus tragos. Por contraste, Darío de Persia tenía tres criados consagrados a la gestión de sus libaciones.

Nos sentamos juntos, mirando el parrandeo de sus oficiales. Aquí y allá las copas se vaciaban en los gaznates o las mejillas, y los citaristas se mecían en sus atuendos plisados, y las blusas de las cortesanas eran arrancadas en feliz e inocente libertinaje. El rey chocó mi copa con la suya.

—¿No te sientes como un semidiós entre salvajes, bebiendo con estos macedonios? —preguntó.

¿Cómo podía responder esa singular pregunta? Parecía una invitación a insultarlo. Opté por guardar silencio.

—Dime pues, Macón, si puedes sumarte a la partida.

—Para eso me enviaron.

—No como comandante. ¡Ya tengo comandantes de sobra! Necesito oficiales que puedan cargar con su mochila, pero también que puedan congregar huestes de otro tipo… las que pueblan los pergaminos. ¿Te agrada mi metáfora?

Tardé un instante en comprender que me hacía esta pregunta con toda seriedad. Le dije que admiraba mucho su metáfora, lo cual le agradó.

—¿Cuán larga es la campaña en que piensas?

—Para liberar a las ciudades jónicas para siempre, no más de dos años. ¿Sabes montar a caballo? ¿No? ¿Te nombramos oficial de los Escuderos? Ptolomeo, ¿tiene altura suficiente para la primera compañía?

—¡No!

—¡La segunda compañía, entonces! ¡Tráele un yelmo!

La orden fue de un diván al otro y salió por la puerta, por donde entró un picudo yelmo frigio de la armería, que también pasó de un hombre al otro hasta llegar a mí.

—Mi señor Alejandro, aunque agradezco que requieras mis servicios, he visto demasiado combate entre soldados para ser un cortesano.

—Nuestros Escuderos no son cortesanos —dijo Hefestión con impaciencia—. En nuestro ejército, son la infantería ligera que mantiene a la caballería en contacto con la falange. Recibes un honor.

Alejandro me puso el yelmo sobre las piernas y me palmeó la espalda.

—¡Bienvenido a los hipaspistas del rey, Macón hijo de Agatón!

Pasé el resto del festín acompañado sólo por el yelmo. Era viejo, y sus marcas y melladuras contaban la historia de diecisiete años de implacables incursiones, batallas y sitios realizados por Filipo. Y ahora parecía que esta conducta se repetiría en el hijo. Como para muchos de vosotros, para mí era un alivio que la maquinaria

macedónica se dirigiera al este, contra los bárbaros. Entre tanto, aunque el puesto de historiador de la expedición no era el papel que yo había ido a desempeñar, me daría sobradas oportunidades para observar e informar a la Asamblea.

Mi decisión de aceptar este ofrecimiento quedó justificada cuando todos los atenienses salvo yo fueron enviados a casa. Aunque tenía gran estima por los artistas y filósofos de Atenas, Alejandro consideraba que los soldados de nuestra ciudad eran una especie de mal olor. Esquines sugiere que temía una traición, pero no estoy de acuerdo: había muchos contingentes de aliados griegos, como los tesalios, a quienes mantenía a sus espaldas sin esa preocupación. En cambio, creo que él y sus camaradas temían el aire de derrota que percibían en las armas atenienses. Durante muchos años los macedonios sólo habían conocido la victoria, y en el inicio de una campaña difícil, y siendo de mente provinciana y supersticiosa, sólo querían la compañía de ganadores.

El puesto de cronista terminó por ofrecerme enormes ventajas. Alejandro, desesperado por recibir aclamación, ponía pocos límites a mis movimientos y mis conversaciones. Su intención no era que yo escribiese cosas embarazosas sobre él. Habría una versión oficial de cada acontecimiento descollante de la marcha. Sin embargo, la composición de su leyenda se lograba principalmente sumergiendo al escritor por completo en los asuntos del rey, sus desafíos y sus alegrías, la sustancia cotidiana de su gran empresa, de tal modo que el historiador sólo pudiera simpatizar con su asunto. La acogida en el círculo áureo de los Compañeros significaba un poder que Alejandro sabía utilizar. Como prueba, señalo los manuscritos de Calístenes que ya habían aparecido en las tiendas de libros. Sí, aun Calístenes, que a la postre sería asesinado por Alejandro, presenta a su protagonista como el mayor héroe de la historia.

Empecé a disfrutar de este privilegio justo antes de que el ejército partiera para el Asia, y reparé en comentarios perturbadores de su círculo íntimo. A costa de mucho tiempo y dinero, Alejandro acababa de erigir una espléndida tumba para su padre. Aunque padre e hijo estaban distanciados en los últimos años, el joven rey cumplió su deber con devoción, mostrando esa reverencia por la tradición que signaría su conducta en años venideros. Yo estaba en el cementerio real de Egas antes de que la fachada pintada de la tumba se cerrara para siempre y se sepultara bajo la colina. Tras recoger los huesos de Filipo de la pira y bañarlos con vino, Alejandro los depositó en una urna de oro y selló la cámara interior. Con sus propias manos, Alejandro puso un par de grebas de Filipo en la puerta de su última morada, dejándolas allí como si su padre acabara de entrar para echarse una siesta.

Los cínicos cuestionarán sus motivaciones. Dirán que hizo una ofrenda tan generosa a la memoria del padre no por sentimiento genuino, sino para probar a los nobles macedonios que las fincas y privilegios que habían ganado con Filipo estaban a salvo. Aun así, para ningún hijo puede ser fácil afrontar la muerte prematura del padre. Añádase la sospecha de que Filipo procuraba, hacia el final, quitar legitimidad

a las aspiraciones monárquicas de Alejandro con su intención de casarse de nuevo, y podemos empezar a comprender los confusos sentimientos del joven. Parece que Olimpia complicó sus preocupaciones con un solemne anuncio: Filipo no era el padre de Alejandro.

De esta escena sólo tengo rumores, pero son convincentes. La reina, que aún era hermosa, había reclamado una nueva visibilidad con el ascenso de su hijo. Ya no era Olimpia, sino Atenea de los Ojos Relampagueantes, y se paseaba por el palacio con botas, un yelmo perfumado y una coraza hecha de plumas de grulla. La legitimidad de Alejandro, declaraba, no surgía de su matrimonio con Filipo, que a fin de cuentas era un mero mortal, sino de su unión con el mismísimo rey de los dioses. Luego intentó justificar su versión con detalles embarazosos. La polla de Zeus, afirmaba, era gruesa como el antebrazo de un hombre, y se curvaba levemente hacia la izquierda. Con las mujeres mortales follaba como Pan, por detrás. Cuando él se corría, los robles se mecían, y el trueno rodaba en las montañas, y una sensación fulminante la estremecía por dentro. Su madre machacaba con estos detalles hasta que Alejandro, tapándose las orejas, escapaba gruñendo de la habitación. No volvió a verla más, y que yo sepa jamás lo lamentó.

Sin duda Olimpia se proponía ensalzar a su hijo en vísperas de la expedición. Pero esa mujer conocía mejor los genitales de los dioses y los demonios que los sentimientos de los seres humanos que compartían su mundo. En abstracto, la paternidad divina puede parecer halagüeña. Sin embargo, tomada en conjunto con el gusto de la reina por los excesos báquicos, su historia sólo parecía un eufemismo de la condición de bastardo de Alejandro. Así como suavizamos la muerte de un ser querido diciendo «los dioses se lo llevaron», algunas mujeres adornan la ilegitimidad diciendo «un dios lo engendró». Digo esto sin haber hablado con Alejandro sobre ello. Él nunca mencionaba el asunto. Pero si hubierais visto su semblante al recibir esta noticia, como yo, no diríais que estaba satisfecho con ella.

Este incidente también es importante porque el episodio del santuario de Amón en Egipto no se puede entender sin él. Tras haber tenido un topetazo con su padre, como le sucede a todo adolescente que llega a la edad viril, las historias acerca de un origen divino deben de haberle atraído. Como hombre, es probable que Alejandro supiera que su madre estaba loca. Pero mientras se asombraba de obtener un triunfo tras otro, superando sobremanera a Filipo en el alcance de sus conquistas, la versión de Olimpia dejó de ser un bochorno y cobró sentido. No me refiero sólo a su valor propagandístico, sino a que lo liberaba de los interrogantes que lo desvelaban. Cuando fue a Siwa quedó muy gratificado, pues aunque el oráculo le dijo lo mismo que Olimpia, lo hizo sin los excesos ni la egolatría de su madre. Sin duda no fue el mero valor propagandístico lo que le impulsó a pedir, en sus últimos momentos, que lo sepultaran en Egipto, cerca del oráculo, y no que lo devolvieran a su patria y su madre.

En esta época él me dio a entender que la guerra contra Persia era idea suya. Pero

esta pretensión sonaba vana. Había heredado esta guerra de Filipo, que ya había enviado tropas al Asia un tiempo antes, al mando de Atalo, hijo de Cleocares. Atalo había sufrido derrotas a manos de Memnón, el mercenario griego del Gran Rey. Los macedonios iban a ser echados al mar. La expedición de Alejandro, pues, era una especie de operación de rescate.

Los macedonios hicieron una virtud de la necesidad al transformar la llegada de Alejandro al suelo asiático en un acontecimiento teatral. Mientras el verdadero ejército cruzaba en otra parte al mando de Parmenión, el rey navegó a las costas de Ilión en un barco ceremonial adornado con guirnaldas que se zamarreaba bajo el peso de oficiales y dignatarios aliados. Los historiadores recibieron un sitio privilegiado en la proa para presenciar la culminación del programa del día: el desembarco de Alejandro. Ésta fue la primera vez que vi a Calístenes. Él se había acicalado, al parecer, como una versión en miniatura de su tío Aristóteles, incluida la barba rizada. Me habría gustado dialogar con él, pero la presencia de lo que él tomó por un historiador rival le frenó la lengua. Luego diré más sobre él, y sobre las acusaciones de Esquines de que yo fui responsable de su triste destino. Por ahora, digamos que sólo tenía sentimientos de camaradería por él, como devoto de nuestra musa común, Clío. Si había resentimiento entre nosotros, era sólo por parte suya.

El plan era que la nave llegara a aguas poco profundas para que el rey caminara hasta la costa. Antes de tocar el agua, arrojaría su jabalina a la playa, transformando todo el continente asiático en territorio conquistado. Cuando llegamos al lugar que los exploradores habían escogido para el desembarco, Alejandro lucía su inmaculada coraza de cuero y sus grebas de bronce repujado, y su cabello largo y fino ondeaba en la brisa de primavera. A una señal del capitán, el rey arrojó la lanza, que voló a tierra y se clavó en la arena. Al bajar a la rompiente, sin embargo, tropezó, mojándose el cabello. Como era inconcebible que tomara posesión del continente con la cabeza mojada, regresó a bordo para intentarlo de nuevo.

Tras tomarse un tiempo para secarse, permaneció en la proa mientras la nave ocupaba su posición. El capitán asintió, y Alejandro volvió a arrojar su arma. Esta vez no necesitó bajar al agua, porque la lanza no quedó clavada en la arena. Los oficiales y emisarios reunidos gruñeron; el rey miró severamente a los dos historiadores, que dejaron de mirar la lanza caída como si nunca hubieran visto que la arrojaban. No puedo hablar en nombre de Calístenes, pero tuve la incómoda sensación de que este espectáculo se montaba para nosotros dos, como ojos y oídos de las generaciones futuras.

El tercer intento salió bien. La jabalina voló raudamente y se clavó a la perfección, y Alejandro conservó el equilibrio a pesar de los embates de la rompiente. Al salir del agua, caminó virilmente hacia la lanza y la enarboló con una expresión confiada y resuelta. Hefestión le gritó que todo andaba bien y Alejandro se relajó, sentándose en la arena para esperar el desembarco de la tripulación.

Ptolomeo, hijo de Lago, apareció entonces detrás de Calístenes y de mí.

Desconfié de este personaje, con su frente de escarabajo y su barbilla maciza, desde que lo vi por primera vez. Aun hoy, cuando se dispone a ocupar el trono de Egipto, tiene el encanto de un chacal, y peores modales. Parecía surtir un efecto similar en Calístenes, que se levantó torpemente y se sentó, sin saber qué hacer. Ptolomeo sonrió.

—¡Qué acontecimiento han presenciado nuestros dos escribas! ¡Y pensar que salió perfectamente al primer intento!

—Sí, notable —dijo Calístenes.

Yo no dije nada. Él me miró con dureza, quizá sin saber que un hombre que había afrontado lanzas enemigas en combate nunca se amilanaría ante una mirada severa. Pero también supe que mi silencio ya me había granjeado la hostilidad permanente de Ptolomeo.

La última gota de agua cayó del reloj.

—El acusado se ha quedado sin tiempo —declaró Políclito.

—Así es. De acuerdo con la costumbre, solicito el favor de una extensión.

—No veo motivos para otorgarte más tiempo —dijo el rey arconte con los ojos cerrados—, si continúas con asuntos que tienen poco que ver con tu defensa.

—No fue mi responsabilidad, señoría, que toda mi carrera con Alejandro se haya presentado como prueba contra mí. Me veo obligado a refutar la versión que la fiscalía dio de estos hechos.

—Tus obligaciones no son relevantes aquí —dijo Políclito, mirando de nuevo a los dos espectadores macedonios. Muy claramente, Golondrina vio que el más bajo de los dos movía discretamente la cabeza. Políclito continuó—: Y el tribunal no se atendrá a ellas. Cuentas con una medida de tiempo para terminar tu declaración.

—¡Señoría, debo protestar!

—Llenad el reloj. Prosigue con tu defensa.

Macón iba a insistir con su objeción cuando Golondrina batió las palmas con fuerza, y de nuevo segundos después. Déuteros lo imitó, y luego todos quienes los rodeaban.

—Los miembros del jurado deben guardar silencio.

Los quinientos hombres del jurado lanzaron una lenta ovación. Él los miró atónito un instante, como si pensara un modo de castigarlos.

—¡Basta de aplausos! —gritó en cambio—. ¡Mi decisión es definitiva! ¡Basta de aplausos!

El rey arconte volvió a mirar a los macedonios. Ambos se encogieron de hombros, mirando el suelo.

—Muy bien, pues —concedió Políclito—. Como es habitual ser generoso en estos casos, tienes la misma cantidad de tiempo que tuvo la fiscalía… ¡pero ni un segundo más!

—Agradezco tu ecuanimidad —dijo Macón con una tensa sonrisa. Clavó los ojos en Golondrina, que entendió que el acusado le agradecía la intervención y agitó la

mano como restándole importancia.

VII

Mientras el ejército macedonio cerraba sus formaciones e iniciaba la marcha tierra adentro, me asombró la falta de resistencia organizada a la invasión. La armada persa, a fin de cuentas, estaba constituida por diestros reclutas fenicios y sidonios, y juntos duplicaban el número que podía reunir Alejandro. Para esta fuerza habría resultado fácil cerrar el Helesponto, interceptar a los transportes de tropas macedonios o ejecutar cualquier plan que el enemigo concibiera. Al menos, así le parecía a un ateniense acostumbrado a pensar en términos de poderío marítimo.

Ningún sátrapa nos aguardaba en la costa con sus soldados embozados y sus jinetes con cota de malla. Tampoco incendiaron las granjas y aldeas de la fecunda tierra que cruzábamos, para impedir que las provisiones cayeran en nuestras manos; al contrario, los graneros estaban abarrotados con la cosecha del año anterior. Para los jóvenes infantes macedonios, la invasión era tan fácil como ellos la veían en sus sueños pueriles. Pero para cualquiera que entendiera algo, esta tranquilidad resultaba ominosa.

Sólo mucho tiempo después, al conversar con cortesanos persas que en esa época estaban en Susa, me enteré de la verdad: aunque el Imperio persa era vasto, estaba infestado de problemas. El Gran Rey, Artashata, también conocido como Dariavaush III, o Darío, era un debilucho que había irritado a la mayoría de los nobles al envenenar a los rivales que competían por el trono. Cuando Alejandro arrojó su lanza en la playa de Ilión, la flota persa acababa de aplastar una revuelta en Egipto. Bien podríamos decir que Alejandro tuvo suerte de llegar cuando llegó, o que fue astuto al desembarcar cuando la mayor parte de Persia miraba hacia otro lado. No podemos afirmar, empero, que su mera llegada representara una gran victoria.

Aprovecharé esta oportunidad, mientras Alejandro se dirige hacia el Gránico, para corregir la impresión que os puede haber dado nuestro amigo Esquines. A juzgar por su relato, sólo Alejandro —junto con algunos actores secundarios y un ejército de comparsas— estaba presente en sus batallas. Pero se requieren muchos hombres extraordinarios para constituir un ejército. Varios compañeros de Alejandro tuvieron mucho que ver con sus victorias.

Pienso en Parmenión, el viejo veterano que también sirvió a Filipo. Claro que no era de esos actores histriónicos que complacen a los espectadores exponiéndose a riesgos tontos. Más aún, era demasiado gordo para montar a caballo. Pero sabía resistir contra un enemigo superior, algo que Alejandro nunca tuvo que lograr. Ya he mencionado a Ptolomeo y Clito. Eran dos personajes desagradables —auténticos matones—, pero eran leales e implacables, y tales hombres pueden lograr mucho. También incluiría a Peiton, hijo de Crateuas, aunque tenía más apariencia de erudito que de guerrero. Con el tiempo supe que su sapiencia consistía en la aplicación de una fuerza mortífera contra los desvalidos. Describiré algunas de sus notables obras a

medida que se presente la ocasión.

Si mal no recuerdo, Esquines menciona sólo una vez a Pérdicas hijo de Orestes, y esto es extraño, pues ahora ocupa el trono de Alejandro en Babilonia. En muchos sentidos era del mismo paño que Alejandro: el rostro lleno de socarrona arrogancia, nacido para hacer la guerra, cazar con frecuencia y beber el vino puro. Incluso procuraba cortarse el pelo igual que Alejandro. Debo conceder que era un aceptable comandante de falange en los primeros años, y subió por la escalera de la influencia con pocos traspiés. Pérdicas no parecía ambicioso, pero los acontecimientos siempre lo favorecían. A pesar de su semejanza con el rey, carecía de un rasgo importante: la curiosidad de Alejandro, que ansiaba comprender el mundo que estaba destruyendo.

Hubo muchos otros que tuvieron sus momentos en el escenario durante los doce años siguientes: Peucestas, Koinos, Nearco, Crátero, Aristandro el augur, y Filotas, a quien Esquines sólo menciona en relación con las ridículas acusaciones que condujeron a su muerte. Si estuviéramos compartiendo un trago, os hablaría de todos ellos, desde sus mejores momentos hasta los peores, y de cómo contribuyeron al éxito de la leyenda de Alejandro. Pero hoy sólo tenemos tiempo para hablar de Macón, un personaje menor. Aun así, si os digo que Alejandro era más una corporación que un hombre, y que su mito fue obra de muchos autores, es porque estuve allí. ¡Sólo aceptaré las objeciones de aquéllos que marcharon conmigo!

Hefestión es otro actor de segunda en la narración de Esquines. Alejandro nunca lo habría consentido. Eran amigos desde la infancia, y amantes desde esa época. Alejandro iba «abajo», y Hefestión, que era más robusto y más fuerte, iba «arriba». Olimpia rogó a su hijo que engendrara a un heredero antes de partir para el Asia, pero él estaba demasiado enamorado de Hefestión para funcionar como hombre. De esa pareja, Hefestión era el más ambicioso. Fue él quien alentó a Alejandro a continuar la marcha después de Isos, para tomar todo el Imperio persa, y quien más favoreció la invasión de la India, aunque ningún otro coincidía con él. Tan grande era su influencia sobre el rey que casi logró que invadiera la llanura del Ganges.

Pero entre estos personajes olvidados el más importante es Arrideo, el hermanastro de Alejandro. Ya os veo la cara: ¡no me creéis! Tened paciencia, y ya veréis.

Os han ofrecido una versión edificante de la batalla del Gránico. Felicito a mi oponente por su destreza para la descripción. Al escucharle evocar esa escena, fue como si estuviera allí, hasta que caí en la cuenta de que había estado allí, y no se parecía en nada a lo que él describía.

Imaginad esto: los macedonios en una margen de un río hinchado por los deshielos de primavera, los persas a caballo en la otra, respaldados por un ejército griego. Alejandro, tras una enérgica invocación a Homero, acomete por su cuenta contra la línea persa… ¡y sobrevive! Los macedonios lo siguen, y aplastan al enemigo golpeando «como el martillo de Hefesto». Millares de persas mueren, y los mercenarios griegos, asombrados por este prodigio, aguardan a que los macedonios

crucen el río en gran número, se organicen y los rodeen. Los mercenarios también son exterminados. ¿Y las bajas del ejército de Alejandro? Sólo veinticinco muertos, dice Esquines.

La mayoría de nosotros somos veteranos de guerra. ¿Nadie huele gato encerrado? ¿Los jinetes solitarios acometen contra ejércitos enteros y sobreviven? ¿Cómo es posible que los macedonios cruzaran un torrente, avanzaran cuesta arriba contra su enemigo, acometieran contra las líneas persas a estocadas, y perdieran sólo veinticinco hombres? Tras haber visto la caballería cruzar míseros arroyos lodosos, esperaría que más de veinticinco muriesen tan sólo por caerse del caballo. Dudar de esto no es incurrir en lo que Esquines llama «sofisticación». Es valerse del sentido común.

He aquí lo que en verdad sucedió: nuestros exploradores nos informaron de que los persas estaban reunidos en el río Gránico, y Alejandro avanzó con sus oficiales para inspeccionar la posición. Observaron que el enemigo bloqueaba sólo el vado, y que su formación, sobre un peñasco de la otra orilla, provocaría bajas espantosas entre los macedonios. Parmenión recomendó pues una estrategia más sutil. Los persas, explicó el viejo general, procuraban resguardar a sus caballos de los ladrones durante la noche, así que acostumbraban amarrarles las bridas y las patas. Como estas precauciones les impedían ensillar y montar con celeridad, estaban obligados a establecer sus campamentos lejos de sus enemigos. En este caso los persas vivaquearían por la noche fuera de contacto con sus exploradores del río. ¿Por qué no esperar hasta el alba, preguntó Parmenión, cruzar el río con sigilo, y cogerlos por sorpresa?

Alejandro se opuso, argumentando que no había cruzado el poderoso Helesponto para dejarse detener por un riachuelo. Hefestión declaró que la estrategia era para los débiles, y que los bárbaros se desperdigarían ante el primer destello del acero. Pero era innegable que el río era torrentoso y profundo, que las brillantes armaduras persas eran numerosas, y que los infantes macedonios estaban aterrados. Aunque lograran atravesar la fila de jinetes, al menos veinte mil mercenarios griegos aguardaban detrás, cada uno desesperado por redimir la reputación de las armas griegas contra Macedonia. Más importante aún, una derrota o una victoria costosa en el principio de la invasión condenaría toda la empresa.

El rey siguió el consejo de Parmenión. Por la noche, se enviaron nadadores para silenciar a los vigías persas. Y cuando el primer arrebol del alba despuntó en el cielo detrás del campamento enemigo, Alejandro ordenó que los Compañeros y la mayoría de los lanceros cruzaran el río, antes de que los persas los avistaran. En el crepúsculo se produjo un tumultuoso choque. Alejandro condujo a sus jinetes al encuentro del enemigo que se había despertado prematuramente y usaba sólo la mitad de la armadura. Marchando con los hipaspistas, llegué al campamento enemigo a tiempo para ver a Alejandro sentado en el suelo, atendido por un médico, pues había recibido un hachazo en el yelmo. Clito, que había salvado a Alejandro en el último momento,

estaba acuclillado con las manos sobre las rodillas, mirando al rey.

Fue entonces cuando reparé en algo extraño. El aturdido Alejandro estaba fuera de combate, pero alguien muy parecido a él, con la misma constitución, la misma estatura y prácticamente la misma voz, aún dirigía el ataque contra el campamento persa. Con infalible percepción del flujo de las fuerzas en el campo de batalla, dirigía a la caballería y la infantería en columnas raudas que descalabraban al desorganizado enemigo. Cuando el sol asomó sobre el horizonte, vimos la fuga de los desperdigados restos de la caballería persa, y muchos de los mercenarios griegos de Darío rodeados, aún con su ropa de campamento.

¿Quién fue el comandante que logró todo esto? Avistándolo de nuevo, lo seguí a cierta distancia. Su semejanza con Alejandro era asombrosa, tanto en el andar como en la voz, pero usaba más armadura que el rey, con coraza en los brazos y grebas. Acercándome más, comprobé que usaba mucha armadura, pero nada más: ni capa, ni túnica, ni taparrabos. ¡Mostraba las posaderas al mundo!

Este espectáculo me intrigó, pues esta aparición semidesnuda dirigía la implacable matanza de los mercenarios griegos. Al mediodía más de quince mil cuerpos formaban una enorme montaña de carne infestada de moscas. Pero en el tiempo que tardé en desviar la mirada hacia los muertos, el misterioso comandante desapareció. En su lugar estaba Alejandro, deliberando con sus oficiales sobre la ímproba tarea de incinerar semejante masa.

Realicé averiguaciones para saber lo que había visto. Los macedonios eran agresivamente reacios a comentarlo; Calístenes confesó que había visto la figura que yo describía, pero se negaba a explayarse. En los meses venideros, usando todos los métodos que se me ocurrían, incluido el soborno, pude enterarme de la verdad.

Ahora lo conocemos como Filipo Arrideo. Era el hermanastro de Alejandro, un bastardo nacido de la unión de Filipo con una concubina tesalia. Los historiadores oficiales detestan hablar de él, porque desde pequeño fue un idiota que apenas podía hablar ni cuidar de sí mismo. Tenía otros problemas raros, como la incapacidad para tolerar el contacto de otras personas, y una profunda aversión por el uso de ropa. En cambio, prefería el contacto del metal contra la piel. Por este motivo, siempre usaba armadura o andaba en cueros.

Pero poseía otros talentos. Su memoria era prodigiosa. A los tres años reconocía y enumeraba todas las unidades del ejército de Filipo. A los ocho memorizó todo el texto de la Ilíada. Conocía a miles de hombres por el nombre, y el nombre de los padres, y podía referir sus actos en batalla con toda precisión. En cambio Alejandro, aunque era muy seductor, no se entendía con los hombres del común. Cuando tenía que dialogar con ellos, nunca conocía sus nombres. Arrideo recordaba todo.

La guerra lo fascinaba. Desde su juventud, nada le complacía más que examinar mapas, planeando sus fantasiosas campañas. Como referiré, también era invencible en el campo de batalla, con talentos de estratega que no eran para nada imaginarios. Pero no quiero adelantarme. Baste decir que nunca leeréis sobre Arrideo en ninguna

historia oficial, porque la combinación de virtud marcial e idiotez total era incomprensible para los macedonios. Sentían, y sienten, profundo bochorno por lo que le deben.

Los orígenes de su enfermedad son oscuros. Algunos dicen que nació así; otros que Olimpia, temiendo la competencia por el trono futuro de Alejandro, ordenó poner veneno en la leche que ingería cuando era bebé. No se proponía matarlo, pues habría sido un crimen muy obvio, sino destruirle la mente. Me han dicho que hay preparados de mercurio o arsénico que podrían surtir dichos efectos si se usan en poca cantidad. Pero tened presente que no tengo pruebas de que lo hayan envenenado. Sólo sé que, dondequiera que actuara, y comoquiera que lo hiciese, se transformaba en el arma secreta de los macedonios.

La destreza de Arrideo fue descubierta por casualidad durante el ataque contra Tebas. Alejandro no esperaba tomar la ciudad, y sólo deseaba dar una lección a los tebanos. Arrideo, que se presentó en el campo con su armadura habitual, fue confundido con Alejandro cuando empezó a impartir órdenes. Captando la situación en un santiamén, despachó tropas hacia la parte más débil de la muralla tebana. La ciudad cayó.

La victoria cogió a Alejandro por sorpresa. En su confusión, no sabía qué hacer con ese trofeo, así que dejó la decisión en manos de los mezquinos y resentidos vecinos de Tebas. Ellos querían que la ciudad fuera arrasada. Alejandro accedió a ese deseo egoísta, una decisión que lamentaría toda su vida.

En batallas posteriores, llevaban a Arrideo a caballo, rodeado por una escolta de Compañeros, para ocultar su presencia al resto del ejército. Desde este capullo, el idiota despachaba órdenes a todo el campo de batalla. Con cada victoria de Arrideo, crecía la fama de Alejandro como invencible. El ingenioso Arrideo añadió el renombre de su hermano a su arsenal, utilizando a Alejandro como arma psicológica. «Enviad a Pánico allá», decía, o «Más Terror a la derecha». Si había algo más notable que su generalato, era la negativa de los macedonios a reconocerlo.

Macón hizo una pausa mientras los jurados se volvían como un solo hombre hacia los espectadores macedonios. Ellos sacudieron la cabeza en un gesto vagamente amenazador, como si con este testimonio el acusado hubiera sellado su destino.

Sea como fuere, los macedonios obtuvieron su victoria en el Gránico, y también se las apañaron para matar a la mayoría de los griegos que luchaban al servicio del Gran Rey. Nótese que, a diferencia de Esquines, hago una distinción entre ambos pueblos. Él habla de los griegos en Isos, de los griegos en Gaugamela. Os aseguro que había muy pocos griegos en la campaña de Alejandro en Asia, salvo un servidor, y algunos jinetes tesalios, que en general se mantenían en la reserva. Los macedonios no sabían qué hacer con los griegos, salvo matarlos. ¿Os parece una exageración? Coincidiríais conmigo si contarais las bajas griegas del enemigo en el Gránico e Isos. Es innegable que el ejército de Alejandro mató a más griegos que nadie en la historia.

¡E incluyo a Jerjes, Darío o cualquier otro rey extranjero!

Insisto, no repetiré cada palabra que ha dicho Esquines, salvo para señalar que él ha alabado el carácter de Alejandro, que era totalmente humano, hasta labrar una especie de bajorrelieve. Como admiraba Atenas y la historia, el rey me aceptaba entre sus camaradas como si yo siempre hubiera estado con él, en el opulento pero gélido palacio en que nació. Su franqueza era asombrosa. Por ejemplo, cuando le pregunté en privado por sus excesos con la bebida, me dijo que no importaba, pues esperaba morir hacia los treinta años. Cuando insistí sobre el asunto, supe que el magnicidio era la suerte admitida de los reyes macedonios, pues ninguno de sus predecesores había muerto de vejez. Cuando estaba más achispado, le pregunté por qué se molestaba en realizar una campaña si su futuro era tan turbio.

—¡Precisamente por eso, mi querido Macón! ¡Si muero en combate, los dejaré sin rey para asesinar!

Sus respuestas en estos asuntos no siempre eran coherentes. En ocasiones expresaba sin rodeos su deseo de morir; en otras, sólo aspiraba a privar a sus oficiales del placer de matarlo. En otras manifestaba una pena abrumadora por la destrucción de Tebas, pues creía que era un pecado que los dioses nunca perdonarían. En el campo de batalla, este fatalismo lo impulsaba a cometer actos temerarios. Sus enemigos percibían esta desesperación, esta certeza de su propia muerte, y se apartaban. Esta singular combinación, la locura de Arrideo y la desesperación de Alejandro, propiciaba el triunfo de los macedonios. Ningún ejército podía lidiar con ambas.

Lo que aprendí sobre él da otro sentido a la vieja anécdota sobre Alejandro y su médico. Según la leyenda, Alejandro sufría una enfermedad cuando recibió la advertencia escrita de Parmenión de que el galeno de la corte, Licio, había aceptado un soborno de Darío para matarlo. En el mismo momento en que Alejandro leía la carta, Licio le administraba un emético para beber. Dicen que el rey entregó jovialmente la advertencia de Parmenión al médico. Licio leyó la acusación, y se disponía a negarla cuando vio que Alejandro ya había tragado la droga. Y aunque el brebaje era desagradable, y estaba destinado a revolverle el estómago, el rey se limitó a aplacar la consternación de Licio, pues este sujeto inocente estaba seguro de que lo ejecutarían.

Ignoro si esta anécdota es cierta, pero presuntamente muestra la confianza implícita de Alejandro en sus hombres. Quizá muestre, en cambio, su fe en su propia destrucción. Recordad estos versos del *Alcestis*: «Mi madre fue maldita la noche en que me trajo al mundo, y languidezco de envidia por todos los muertos». Por cierto, Eurípides fue siempre el poeta favorito de Alejandro; su predilección por Homero es un embuste perpetuado por Ptolomeo.

Alejandro encaró el desciframiento del nudo gordiano como una especie de acrobacia. El episodio terminó en un fiasco que de algún modo se ha transformado en triunfo. Esquines dice que yo lo alenté a desentrañar el enigma para provocar su

caída. En realidad, le pedí que no ofendiera a los dioses con la pretensión de resolverlo. Él respondió que el desafío le enseñaría algo sobre sí mismo. Discutimos en su tienda mientras él se preparaba para ir, y nuestra riña continuó fuera, frente a testigos, y yo no podía hablar con toda libertad. Al fin alcé las manos.

—¡Adelante, pues! ¡Descarga la cólera del cielo sobre nuestra cabeza!

Él se puso una mano detrás de la coronilla, meneando los dedos como si formara el aura trémula de una divinidad.

—¡Te olvidas de quién soy, amigo mío!

Con una carcajada, enfiló hacia el templo de Zeus, donde guardaban la carreta de Gordio. Yo presentía un desastre, pero no podía perderme el espectáculo. La reliquia estaba a la sombra del gran túmulo funerario de Midas, en el templo de Zeus; un vehículo de apariencia tosca, muy parecido a los rudimentarios carretones que Alejandro debía de haber visto en sus maniobras de juventud en los campos de Pella. Se decía que este carro había trasladado al padre de Midas desde su granja de Macedonia hasta el trono de Frigia. El nudo, una gran pelota de corteza, sujetaba el pesado yugo doble a la vara. El hombre que lo desatara estaba destinado a adueñarse del trono del Gran Rey.

A cierta distancia, observé mientras él caminaba alrededor del carro, quizá comprendiendo la magnitud del intríngulis en que se había metido. Generaciones de aventureros habían intentado desatar el nudo y habían fracasado. Toda la población de Gordio parecía aguardar frente al templo; también estaban allí los oficiales macedonios, que aún no habían perdido su pueril fe en el rey.

Hacía tanto tiempo que nadie tocaba el nudo que de él colgaban telarañas. Alejandro comenzó a palparlo, como tratando de hallar un cabo suelto para desovillarlo. Pero hay un motivo por el cual nadie afronta los desafíos públicos durante siglos: en este caso, el nudo estaba tenso como un tambor, y parecía afianzado por una especie de pegamento. Alejandro intentó meter un dedo bajo una de las correas de cuero pero patinó, partiéndose una uña. Maldijo. Los sacerdotes jadearon al oír esta blasfemia en el santuario. Alejandro no les prestó atención y desenvainó la espada. Metiendo la punta entre dos mechas, procuró ensanchar la abertura, pero el Nudo se movía demasiado, y él no podía empuñar el arma con firmeza. El rey sintió frustración, y lanzó tajos sobre esa cosa tambaleante hasta que se arreboló y todos sintieron vergüenza por él. Los nerviosos susurros de los espectadores se intensificaron, y Hefestión parecía dispuesto a intervenir. Entonces Alejandro alzó la espada y se puso a hachar el nudo como si cortara leña.

Era una espada grande, y aunque Alejandro era bajo, tenía un brazo fuerte. Pero necesitó más de veinte mandobles para hendir la masa de cuero, y al final tenía los ojos desencajados, sudaba a mares y no prestaba atención a la expresión de horror de los nativos. Con un aire triunfal que era tan absurdo como infantil, alzó las dos mitades tronchadas del nudo. Los integrantes de su plana mayor aplaudieron, y miraron a los oficiales jóvenes para que los imitaran, hasta que todos los macedonios

se pusieron a aplaudir.

Fue un momento tenso, pues la actitud de los nativos y los extranjeros ante ese triste espectáculo era muy diferente. Pero prevalecieron los que empuñaban las armas, y el rey gozó de una ovación que parecía eterna. La celebración se interrumpió cuando se oyó un trueno encima del templo. De inmediato volvió el nerviosismo, y algunos incluso pasaron a burlarse del rey, creyendo que los dioses habían manifestado su reprobación ante lo que había hecho. Pero Pérdicas saltó sobre un plinto y zanjó la cuestión.

—¡Zeus ha arrojado su rayo! ¡El nuevo rey de Asia está coronado!

Al instante el péndulo osciló de la incertidumbre al servilismo. Los soldados arrancaron el antiguo carromato de sus amarras, pusieron a Alejandro en su interior, y lo empujaron triunfalmente por el santuario. Mientras el templo se vaciaba, me quedé para observar al sumo sacerdote. El hombre se arrodilló ante las mitades del nudo, se cubrió la cabeza con la capa y lloró.

Tras este «triunfo» de Alejandro, parecía haber una urgencia por largarse de Gordio cuanto antes. El ejército se dispuso a avanzar sobre Ancira, veinte parasangas al este. Mientras levantábamos campamento, reparé en una silueta diminuta encima del gran túmulo del rey Midas. Al acercarme vi que era Alejandro, sentado con una jarra de vino y la espada clavada en el suelo. Me saludó cuando me acerqué.

—¡Macón! ¿No tienes mejor ocupación que trepar colinas?

—La colina que ambos hemos trepado es notable.

Y lo era. El túmulo, que según dicen está construido sobre una fabulosa cantidad de tesoros ocultos, dominaba la meseta en millas a la redonda. Alrededor de la ciudad se extendía una cuadrícula de granjas divididas por la tortuosa cinta del río Sangario. El campamento macedónico era una constelación de antorchas a orillas del río. Desde aquella distancia, en el ocaso, no veíamos a los ocupantes de la ciudad ni del campamento. Parecíamos estar a solas, el monarca y su cronista o, en la perspectiva de Alejandro, el rey y la Historia misma.

—Me pregunto si alguien lo habría logrado.

—¿Logrado?

—Desatar el nudo de veras. ¡Y no pongas esa cara de pasmo, amigo mío! El narrador no tiene por qué creer sus propias historias.

Alzó la copa. Me senté, y juntos terminamos la jarra mientras el sol se hundía en la planicie. Me volví hacia el este, hacia Ancira; allá el cielo estaba más oscuro, un índigo sucio con la luz moribunda y el humo de las fogatas. Alejandro se puso de pie.

—Mañana iremos allá. ¡Veremos qué nos depara!

Al entrar en la ciudad, nos enteramos de que Ptolomeo y Crátero estaban desesperados por saber adónde había ido el rey. Los soldados colmaban las calles, derribando las puertas de cada vinería. Con un guiño, el rey se tapó la cabeza con la capa y desapareció en un callejón. No lo volvieron a ver hasta bien entrada la mañana siguiente, cuando lo hallaron durmiendo en su cama.

Con la caída de la resistencia persa en la mitad occidental del Asia Menor, se cumplió la promesa de Alejandro de liberar a los jonios. Si bien la facilidad de la victoria tentó a los macedonios a adueñarse de todas las tierras persas, también es cierto que la invasión había cobrado su propio ímpetu, y que otras fuerzas influían para mantenerla en marcha. Las ciudades que estaban en el camino de Alejandro se rendían antes de que él hubiera llegado, obligándolo a avanzar hacia el este para resguardarlas de la anarquía. Esta circunstancia se repitió muchas veces, hasta que pareció que el oriente succionaba a los macedonios, alejándolos cada vez más de su hogar, su familia y, en cierto sentido, de sí mismos.

Así llegamos a Isos. ¿No estamos cansados de oír descripciones de batallas? El héroe siempre es valeroso, el enemigo siempre forma hordas. Aunque los griegos superan a los demás pueblos en las artes de la guerra, jamás debemos poner en duda la valentía de los persas en cuanto que hombres. Lo cierto es que nuestros enemigos contaban con un liderazgo displicente. Para el Gran Rey era más fácil encontrar cien mil soldados que un solo comandante de compañía aceptable. Darío, que al fin se presentó para defender su reino, sólo era competente para organizar tropas para la batalla. Carecía por completo de la habilidad esencial de prestarse a las adaptaciones que son inevitables en cualquier enfrentamiento.

Darío dispuso sus fuerzas en un desfiladero sobre las márgenes del río Pinaro, desde las colinas del monte Amano, a su izquierda, hasta el mar. El centro estaba ocupado por mercenarios griegos que ardían por vengar la humillación del Gránico. Los barrancos de este río eran aún más empinados en el centro persa que en aquella última batalla; Darío aumentó sus probabilidades de éxito usando cuadrillas de esclavos para amontonar más tierra, de modo que los mercenarios nos enfrentaran desde gran altura. A su derecha Darío dispuso una multitud de jinetes con coraza. Detrás de este estrecho frente se desplegaba una horda de arqueros, honderos e infantes nativos.

Esquines fue minucioso en este asunto, así que no desperdiciaré tiempo en los detalles. Lo cierto es que Alejandro se presentó tarde en la mañana de la batalla porque tenía resaca. Cuanto más bebía la noche anterior, más seguro se sentía de que estaba condenado a morir, a manos de los persas o de sus propios hombres. Sus compañeros de juerga, Hefestión, Parmenión y Clito, complacían esta fantasía preguntándole cómo dispondría de su nuevo reino. Él respondía que sólo le interesaba disponer de sí mismo, pues sus preferencias no importarían en lo más mínimo cuando se hubiera ido.

No murió en Isos, desde luego. Pero sus palabras eran proféticas, como lo demuestran los conflictos actuales en torno a la sucesión.

Era inesperado que Darío presentara batalla en un valle tan angosto. Los macedonios, que se habían preparado para afrontar una numerosa fuerza de caballería en terreno abierto, no entendían que el Gran Rey se negara a aprovechar esa ventaja. Sospecharon que había una treta en esa estrategia.

Los ejércitos permanecieron mirándose cierto tiempo, hasta que pudieron llevar a Arrideo al campo. De un vistazo el idiota distinguió la debilidad del orden de batalla persa: un vacilante cuerpo de infantería ligera en el flanco enemigo izquierdo. Allí iría Terror, dijo, y con él la batalla.

Alejandro fue adonde le decían. Y tal como había previsto Arrideo, la izquierda persa se quebró. El rey se extralimitó, sin embargo, al girar a la izquierda y acometer contra el centro enemigo, donde estaba el cortejo de Darío. Desde sus puestos, los generales macedonios miraban con impotencia mientras Alejandro corría el riesgo de transformar la victoria en derrota.

Procuro imaginar lo que habrá sentido el Gran Rey, de pie en su carro adornado con guirnaldas. Situado en el centro, él habría tenido una visión de sus fuerzas rompiendo el avance de las célebres falanges, mientras a su derecha la masa de su caballería prometía quebrar la línea de Parmenión. En la confusa polvareda causada por cientos de miles de pies, él apenas habría reparado en una perturbación al norte. Por encima del bullicio de los escudos que chocaban delante de él, habría oído un tenue coro de alaridos. Quizá alguien de su cortejo le habría dicho que les habían quebrado el ala izquierda; quizá incluso lo esperaba, pues allí había apostado tropas débiles para alejar a Alejandro de lo que él esperaba fuera la acción principal. Haría virar el ala izquierda macedonia, flanqueando la infantería de los Compañeros, y hacia el anochecer le llevarían en cadenas a su antagonista, ese advenedizo de mejillas lampiñas.

Quizá pensara en estas cosas cuando vislumbró a la caballería de los Compañeros a través del polvo, apartando a los persas mientras se abalanzaba contra la guardia real. Alejandro habría sido inconfundible en su vanguardia, con su yelmo donde ondeaba un penacho blanco, la lanza apuntada a Darío.

Debió de haber poco tiempo para pensar mientras los macedonios arremetían y el destino de un continente pendía de un instante. La silueta dorada de Alejandro apuraba el ataque, abriéndose paso entre las cimbreantes cimitarras como un jinete que elude las ramas que cuelgan sobre un sendero. Darío habrá visto el temor de los miembros de su cortejo —el relampagueo del miedo en los ojos— al ver que no podían detener ese embate. El Gran Rey habrá contenido el aliento mientras otra figura a caballo, con la panoplia de su casa real, al fin detenía a Alejandro. Estalló una breve lucha cuando los corceles chocaron de flanco. Las crujientes placas de metal rechinaban mientras las bien entrenadas monturas giraban una en torno a la otra. Alguien jadeó cuando la lanza de Alejandro encontró una brecha en la armadura del oponente. Así cayó el defensor del Gran Rey, pero Darío tuvo poco tiempo para llorar la muerte de su hermano. Vio que el vencedor se volvía hacia él.

La maniobra relámpago de Alejandro había tomado por sorpresa a los Inmortales, la guardia real persa. Mientras ellos cedían terreno, Darío quedó expuesto con asombrosa facilidad, una circunstancia que nadie había previsto. Pero no todas las sorpresas favorecían a los macedonios: en ese momento nadie sabía que Darío era

famoso por su destreza para el combate singular. A través de Clito, supe que Alejandro acometió contra la carroza real, atacó con la lanza y erró. Darío, que se erguía sobre el campo de batalla con su picudo bonete de cuero, tenía preparada una jabalina. Con un alarido bárbaro, la arrojó mientras Alejandro pasaba, acertándole en la pierna encima de la rodilla.

Todo el campo de batalla pareció detenerse cuando Alejandro fue herido. Era como si todos creyeran que la guerra terminaría al instante: que los combatientes, ya sin motivos para luchar, interrumpirían la lucha, se darían la mano y se irían a casa. Sólo Darío seguía frenético, pidiendo a gritos otra jabalina. Sabíamos que antes de la batalla el Gran Rey ingería *haoma*, un extracto de una planta efedrácea que se bebe con leche. Dicen que esta droga provoca euforia y, en mayor cantidad, una percepción extasiada de los secretos del universo. También infunde gran vigor, aunque a costa de una mente trastornada. Los persas la usaban en la adoración de sus dioses, así como los griegos usan el vino en los ritos de Dioniso. ¡En este sentido, ambos reyes acudieron a la batalla en gran estado de devoción!

Quizá el *haoma* hubiera permitido al Gran Rey arrojar la jabalina con tal destreza. Sin embargo, cuando Alejandro logró arrancarse el proyectil de la pierna, se mostró la desventaja de la droga: de inmediato, sin que nadie lo hubiera tocado, Darío fue presa del pánico. Antes de que los macedonios lográramos organizarnos, vimos la parte trasera de la carroza. La masa del ejército persa se desbandó en una retirada. Alejandro, que aún buscaba un final espectacular para su vida, lanzaba tajos y mandobles por doquier.

El día terminó tal como había terminado en el Gránico, con el campo en manos de los macedonios y el terreno sembrado de cuerpos de persas y de mercenarios griegos. Los médicos impidieron que Alejandro, que lamentaba que su herida fuera superficial, se lanzara en persecución de Darío. El solo hecho de que estuviera herido representaba un desastre para los macedonios, sobre todo para Ptolomeo y Hefestión; habrían preferido perder cinco mil hombres a afrontar la menor insinuación de que el joven conquistador era mortal. Como veis, ya estaban pensando en fomentar la leyenda de que Alejandro era invencible porque era un dios.

Para su vergüenza, Darío no sólo abandonó a sus tropas sino a su séquito. Todos habéis oído hablar del gran lujo que Alejandro vio en el campamento de Darío. La tienda de campaña del Gran Rey era más esplendorosa que la tumba real de Filipo en Egas. Darío no tocaba nada que no fuera precioso: copas de oro, platos de oro, tina de oro con grifos, respaldo de oro. Sus fosas nasales aspiraban el perfume de maderas aromáticas de Arabia que ardían en braseros de oro; sus pies pisaban alfombras tejidas con hilo de oro, mullidas como muslos de mujer. Para las funciones oficiales, ocupaba un trono criselefantino con tantas piedras preciosas como astros hay en el cielo nocturno. Los macedonios miraban con atónita reverencia, pues nunca habían imaginado semejante boato.

Este oro influyó sobre la voluntad macedonia de seguir hasta Persia. No quiero

exagerar su importancia, pero todos se preguntaban qué prodigios aguardaban al brioso conquistador que se adueñara de los palacios reales de Susa, Persépolis y Ecbatana, dado que el campamento de Darío era tan suntuoso. La afirmación de que los macedonios fueron tan al este por consideraciones estratégicas es una verdad a medias; la simple promesa de botín era igualmente válida para los oficiales medios, sin los cuales Alejandro no habría podido convencer al ejército de ir a ninguna parte.

No puedo pasar por alto el modo en que mi oponente presenta mi comentario al ver la tienda de Darío: «Conque esto es un rey». Una vez más, su pretensión de atribuirme designios siniestros es más cínica que convincente. Los testigos interpretaron mi comentario como una broma, pues eso era. ¡Avergüénzate de atribuirle segundas intenciones, Esquines! Que yo sepa, el sentido del humor aún no es una ofensa punible en los tribunales atenienses.

VIII

Entre los tesoros capturados estaban los integrantes de la casa de Darío, incluidas sus esposas y concubinas y su hijo de cuatro años. La madre del Gran Rey, Sisigambis, con sus ojos oscuros, se presentó para ponerse a merced de Alejandro. Era la primera integrante de la corte persa que veían los macedonios, una mujer apuesta y orgullosa de sesenta años, enjoyada y ataviada de seda con un fasto con el que Olimpia apenas podía soñar. Afrontó con rostro impasible el destino que esperaba para sí misma y su nieto. Entró en la cámara y apoyó la frente en la alfombra, no ante Alejandro, que aún estaba acostado, sino ante Hefestión.

Este desliz provocó un jadeo. Hefestión, que era más alto que el rey, la instó cortésmente a levantarse y la condujo ante Alejandro, que la observó mientras ella repetía su prosternación. Su expresión habrá delatado la consternación que sentía por su error, pues Alejandro se sintió obligado a tranquilizarla:

—Poco importa. Hefestión también es Alejandro.

Luego la abrazó como si fuera su propia madre, comprometiéndose a protegerla a ella y su familia; incluso prometió que enviaría mensajeros al fugitivo Darío para avisarle de que sus seres queridos no serían insultados. Habrá sido un acto incomprensible para la anciana Sisigambis, que debía de esperar las vejaciones propias de un bárbaro.

El retrato que hace Esquines de Sisigambis es atinado. Quizá, por ser actor, tiene una fina comprensión de las ancianas. Pero me temo que exagera al hablar de la galantería con que Alejandro trató a Estatira, la esposa principal de Darío. ¿Por qué debería esto sorprendernos? Claro que Alejandro protegió a la casa real: cada una de esas almas era de su propiedad.

Alejandro solía ser recatado en sus tratos con las mujeres. Los difamadores han sostenido pérfidamente que su galantería revelaba ciertos defectos de carácter respecto de los placeres que los hombres obtienen con los hombres. La presencia de Hefestión, su mejor compañero, se presenta como prueba de la intemperancia de Alejandro en este sentido. Pero también podría argumentarse lo contrario, pues el rey mantuvo un solo favorito en aquellos largos años. Por cierto, se espera que un hombre deje atrás esos amoríos con el paso del tiempo. Hay otros atributos de la madurez, como esposa e hijos, que Alejandro también tardó en adoptar, pero éstos nunca han sido objeto de chismes baratos. ¡Por los dioses, hay muchos otros motivos para criticarlo! En lo concerniente a la índole de sus amoríos, creo que un hombre como Alejandro, que sacrificó muchos placeres sensuales en una breve vida pasada en campamentos militares, merece esa pequeña complacencia.

Por mi parte, fui testigo de un episodio que sugiere que Estatira no fue tratada tan virtuosamente. Fue poco después del encuentro inicial. El rey y sus amigos pasaban la velada en su posición habitual: horizontales, como buenos bebedores. Aún eran los

comienzos de la campaña de Alejandro para cambiar el mundo, antes de que el peso de los acontecimientos agriara el vino. ¿Acaso las revoluciones no empiezan siempre así, con todos unidos en alegre camaradería, hasta que surgen las dificultades? Y las dificultades siempre surgen.

El episodio comenzó cuando Crátero tuvo la idea de invitar a la mujer más bella de Asia a la fiesta. Alejandro, que ya estaba ebrio, accedió. El otro salió, y los criados corrieron a buscarla.

Esta llamada se hizo a horas tardías de la noche. Es probable que por este capricho la hayan levantado de la cama. Como imaginaréis, la mujer se temía lo peor, y trató de demorarse. Pero esto sólo dio tiempo a los juerguistas para embriagarse más. Sus expectativas aumentaron, y repitieron la invitación con mayor insistencia.

Cada par de ojos le rindió homenaje cuando ella apareció en la entrada de la tienda. El guardia había arrancado el velo de Estatira, revelando un rostro tan sublime que los hombres quedaron embelesados como cuando miran eclipses, volcanes u otras maravillas. Su tez era de un soleado matiz del oro, sin la menor mácula; su cabello era negro y lustroso como la noche que sigue a un día despejado. Estaba ataviada con un vestido de lino que no revelaba nada salvo la forma de los brazos y las piernas. Esto parecía realzar su atractivo, pues los macedonios sabían poco de la forma femenina desnuda, y en cambio les gustaba llenar sus casas con estatuas de ninfas semidesnudas y ménades desmelenadas.

Si no habéis visto a una aristócrata persa, no podéis saber que existe una especie de belleza doliente que sólo les pertenece a ellas. Jamás, en ninguno de los países que he recorrido, vi mujeres tan agraciadas con un aspecto tan desdichado. La única imperfección de Estatira, diría yo, era su perfección, que en cierto modo le restaba carácter. No parecía ser una mujer que un mortal pudiera amar.

Por su parte, Estatira permaneció totalmente impasible, sin mirar a nadie y sin reparar en su entorno salvo para aproximarse al diván contiguo al de Alejandro. Allí se sentó, erguida como una pica, sin aceptar comida ni bebida, y sin decir nada. La forma de su nariz expresaba resentimiento contra el aire que respiraba. Una desolación de mujer anciana acechaba en sus ojos.

El aura de Estatira, la atracción de su belleza y de su aflicción, dejó estupefactos a todos los hombres. Fue Clito quien rompió el silencio, preguntando cómo un hombre podía abandonar semejante joya, o llevarla tan cerca de la batalla como para exponerse a esa pérdida.

—Confieso que estoy defraudado —replicó Peiton—, pues esperaba que fuera más joven.

—En el caso de ella, no importa.

—¡Con las mujeres siempre importa! He aquí el secreto para no ser esclavo de una bonita doncella, muchachos: recordad que dentro de cinco o diez años se marchitará. Es inevitable. Es la maldición de su sexo.

—¿Y los varones no envejecen? ¿Los hombres no se marchitan?

—¿Quién está hablando de hombres?

Con estas palabras, Peiton echó una ojeada a Alejandro, y luego a Hefestión, que había demostrado poco interés en invitar a Estatira, o en su presencia. Clito no profesaba esa reticencia.

—Para mí no hay comparación. Lo tenido todo, lo he hecho todo desde aquí hasta Kérkira, y para mí sólo valen las mujeres.

—Las mujeres tienen su utilidad —replicó Peiton—, pero no para inspirar auténtico deseo. Eso no se puede negar.

—Yo lo niego… Es posible sentir pasión por las féminas.

Clito y Peiton siguieron discutiendo, debatiendo las virtudes de cada sexo, hasta que Pérdicas miró al rey.

—¿Y qué dice Alejandro de todo esto?

El rey bajó su copa, sonrió.

—Diógenes no recomendaba mujeres ni efebos, sino la masturbación. ¡Es como satisfacer el hambre con sólo frotarse el estómago!

Durante este diálogo Estatira estaba presente, y como la presencia era agradable, nada más se exigía de ella. Pero al abrirse la quinta crátera los hombres tenían la mirada turbia y requerían una forma más animada de entretenimiento. Le preguntaron si cantaba, si bailaba, si recitaba los poemas épicos de su pueblo. Ella respondió a cada una de estas preguntas con un leve movimiento de la cabeza que interpretamos como una negación.

—Bien, ¿qué sabes hacer?

Crátero hizo esta pregunta mirando hacia abajo de un modo que evidenciaba su auténtico sentido. Los presentes, incluido Alejandro pero no Hefestión, soltaron una carcajada; Filotas, siempre dispuesto al jolgorio, insistió con el asunto.

—¡Sin duda tocas la flauta! ¡Todas las mujeres tocan la flauta!

Más risas, y más tragos. Mientras el ánimo festivo aumentaba, los ojos de Estatira comenzaron a humedecerse a la luz de las antorchas, hasta que ella ocultó el rostro con las manos. Filotas apoyó la copa en la mesa ruidosamente.

—¡Ahórranos tu falso pudor, mujer! El matrimonio de los bárbaros no es como el nuestro. No eres más que una concubina de lujo.

—Considérate afortunada de que no te entreguemos a los guardias —advirtió Clito.

La esposa de Darío rompió a llorar a través de sus dedos cubiertos de alheña, y las lágrimas despertaron la faceta más noble de Alejandro.

—¡Claro que ella toca la flauta! Empero, ese privilegio es sólo para reyes. ¡Ahora, fuera de aquí, todos!

Hubo un momento de vacilación en que todos se preguntaron si hablaba en serio.

—¡Fuera, he dicho!

Los celebrantes se levantaron como podían, volcando sus copas de vino. Hefestión precedía la marcha hasta que Alejandro lo llamó.

—Tú no, amigo mío.

—Debo atender cierto asunto…

—¡Ven aquí! ¡Recuerda que tú también eres Alejandro!

Hefestión obedeció, la cara roja de rabia y humillación, mientras el resto de la partida festejaba y le palmeaba el hombro. A partir de ese momento comprendí cuán impopular era Hefestión entre los suyos. Le tenían tanta inquina por su relación con Alejandro que es un milagro que en todas sus batallas nunca haya terminado con una flecha macedonia en la espalda. Lo último que vi fue a Hefestión desde atrás, plantado torpemente junto a la entrada de la tienda, mientras Estatira le clavaba los ojos con creciente temor. Cerraron la entrada.

Recuerdo que Aristóteles le aconsejó a Alejandro que fuera un líder para los griegos pero un amo para los bárbaros. Estatira no dijo nada sobre este episodio, naturalmente. Pero cuando murió casi dos años después, no fue debido a los rigores de la vida en el camino, como ha dicho Esquines. En cambio, sé de buena fuente que murió al dar a luz. No sé nada sobre el destino de su hijo. Ni siquiera Sisigambis lo sabía, o al menos nunca divulgó nada. ¿Fue respetada la honra de Estatira? Juzgad por vosotros mismos.

Me entretuvo mucho la descripción que dio Esquines del sitio de Tiro. El problema era que la flota persa aún navegaba sin oposición en el Egeo, libre de fomentar la resistencia y hostigar a las guarniciones macedónicas. Para lidiar con esta flota, Arrideo sugirió una nueva estrategia: Alejandro no la atacaría directamente, pues su armada era pequeña y el enemigo utilizaba navíos tripulados por curtidos marinos fenicios y chipriotas. En cambio, desgastaría a la armada del Gran Rey privándola de un puerto seguro. Esto requeriría no sólo el cierre de todos los puertos del Asia Menor, sino el sometimiento de las ciudades fenicias de la costa levantina. El viejo Parmenión disentía, y favorecía el combate naval, que al menos sería menos costoso y prolongado que la conquista de cada puerto. Alejandro oyó este consejo, lo evaluó y ordenó desbandar su flota. Lo apostaría todo a la estrategia terrestre de Arrideo.

Aunque el ejército de Alejandro avanzaba deprisa, la noticia de sus victorias siempre lo precedía. Marato, Biblos y Sidón le abrieron las puertas, y los emisarios de Tiro, el más rico de los puertos, prestaron juramento de neutralidad. Alejandro aceptó los regalos de los tirios, vituallas y una corona de oro, y sólo pidió que le permitieran entrar en la ciudad para hacer un sacrificio a Heracles.

—Ay, no podemos permitir tal cosa —suspiró teatralmente el jefe de los emisarios—. El Gran Rey lo consideraría una violación de nuestra neutralidad.

—Quizá él lo considere así, pero yo no aceptaré una negativa. Ahora no hay neutralidad posible.

No mencionó su obvia preocupación: cualquier puerto que no le jurase lealtad mientras él marchaba al este podía ser usado por la flota enemiga para respaldar operaciones contra su retaguardia.

—¿Podemos sugerir una alternativa para vuestro ritual, oh rey? El templo de Heracles Paleotiros, por ejemplo.

—¿Está dentro de la ciudad?

—Majestad, está dentro de nuestro territorio, pero extramuros.

—Si el sacrificio no se celebra intramuros, la otra posibilidad será ingrata para vosotros.

Los altaneros tirios, cuya ciudad se erguía en una isla frente a la costa, rodeada por altas murallas, abandonaron todo remedo de humildad. Se rieron en la cara de Alejandro.

—A menos que los griegos naden como peces, Tiro jamás será capturada.

Alejandro les aconsejó que se prepararan para defenderse.

IX

El rey convocó a un consejo de guerra para escuchar la opinión de sus generales. Le dijeron que Tiro se hallaba en una isla a media milla de una costa ventosa. Estaba protegida por enormes fortificaciones de ciento cincuenta pies de altura en el lado que daba a tierra, y un poco más bajas en el lado marítimo. Como Alejandro había despachado sus únicas naves, sería imposible tomar la ciudad por agua.

—Entonces debe hacerse por tierra —concluyó él.

Construir un espigón sobre el estrecho sería poco práctico, dijo su almirante Nearco, pues allí el canal era profundo.

—¿Qué profundidad tiene? —preguntó Alejandro.

Nadie lo sabía.

Nearco alegó que la flota persa aún estaba operando y podía aparecer en cualquier momento para respaldar a los tirios (lo cual era cierto) y que si pasaban de largo la ciudad no representaría ningún peligro (lo cual era falso). Pero sus objeciones sólo confirmaron la decisión de Alejandro: tomaría esa inexpugnable ciudad isla por tierra.

Los macedonios capturaron la costa continental del estrecho de Tiro. Se ordenó a batallones de infantes de los Compañeros y mercenarios que se quitaran la armadura y se pusieran blusas de fajina. Talaron bosques enteros para construir columnas, y todos los peñascos que se podían desplazar fueron atados, arrastrados y arrojados al canal para respaldar la construcción del terraplén más grande que se hubiera concebido.

Mientras se realizaban estos preparativos, una señal ominosa conmocionó al campamento macedonio: cuando los panaderos del ejército sacaron el pan de los hornos, hallaron gotas de sangre humana en las hogazas. Entre los griegos cundió un pánico que no se había conocido en las batallas del Gránico y de Isos. La campaña fue salvada por el augur personal de Alejandro, Aristandro de Telmeso. Aristandro interpretó que el pan ensangrentado no era un anuncio nefasto sino un buen augurio: como la sangre manaba dentro del pan, debía de significar que las fuerzas del interior de la ciudad estaban condenadas, no los atacantes. Como esto resultó razonable para la mayoría de los macedonios, se reanudaron las tareas con gran brío.

Alejandro buscó entre sus tropas nadadores fuertes que pudieran examinar cómo se hallaba el espigón debajo del agua. Como era trabajo peligroso, prometió a cada superviviente un talento por su molestia. Empero, los tirios confiaban tanto en el fracaso del asedio que se negaron a disparar contra esos exploradores cuando aparecieron al pie de sus murallas. En cambio se rieron, preguntando si el rey se consideraba el amo de Poseidón.

El espigón tenía anchura suficiente para que lo cruzara un frente de ocho infantes, y altura suficiente para estar por encima de las olas invernales. Trabajando por turnos

día y noche, los macedonios pronto terminaron el tramo que estaba sobre los bajíos. Mientras ellos trabajaban el enemigo envió botes con arqueros. Quizá pensando que Alejandro sólo se pavoneaba, al principio se limitaron a los insultos y las burlas, diciendo a los obreros que eran una raza de mulas, no de guerreros. Como esto no detuvo las obras, los arqueros blandieron sus arcos. Al fin comenzaron a disparar contra los obreros, obligándolos a abandonar el espigón. Alejandro llevó a arqueros cretenses equipados con flechas incendiarias, y ahuyentó a los botes. Para proteger a sus hombres, modificó el diseño del espigón, equipándolo con un par de torres rodantes, coronadas por catapultas, que se podían desplazar a medida que avanzaban las obras.

Como no podían aproximarse al espigón desde el agua, los tirios enviaron botes llenos de asesinos a la costa para atacar a las dotaciones de tierra adentro. Alejandro apostó a sus auxiliares ilirios para proteger a los obreros. El enemigo recurrió a la diplomacia, y pagó a las tribus árabes del monte Líbano para hostigar a los ilirios. En respuesta, Alejandro lanzó una campaña por tierra, y sometió a los árabes en sólo diez días.

La obra avanzó hacia zonas más profundas. La magnitud de la tarea parecía adquirir dimensiones absurdas mientras toneladas de piedras y árboles se hundían en las aguas. Era como sepultar el mar. La punta del espigón, entre tanto, ya estaba al alcance de los arqueros de las murallas, una proximidad que ellos usaban con efectos muy visibles. Alejandro respondió a los arqueros tirios erigiendo mamparos de lona alrededor de la punta del espigón, para ocultar a sus hombres a medida que se acercaban. Poseidón dio a entender de quién era aliado al enviar fuertes vientos por el canal para rasgar la lona, dejando a los trabajadores expuestos a los proyectiles enemigos. Alejandro reemplazó las lonas con gruesas pieles, retenidas en el fondo con troncos cortados que tenían la ventaja adicional de romper las altas olas. Poseidón gruñía y aguardaba el momento oportuno.

Con frecuencia Alejandro visitaba el espigón, exponiéndose al peligro, siempre dispuesto a dirigir palabras de aliento a sus hombres. Su fe parecía justificada, pues los macedonios veían que los cimientos del espigón subían hacia la superficie. El ánimo de las tropas mejoró; parecía que la empresa era posible, a fin de cuentas.

Entendiendo que éste era un momento clave, los tirios lanzaron su contraataque: un barco mercante pintado de azufre, despojado de todo lo que no ardiera, abarrotado de combustible y productos incendiarios. Para asegurarse de que el brulote se atascara contra el espigón, lo lastraron de popa, así que la proa se alzaba sobre el agua. Al siguiente día ventoso sus mejores remeros lo remolcaron al canal y, con animosos gritos de guerra, lo empujaron hacia el enemigo.

El barco chocó contra el blanco y estalló en una conflagración enorme. Con particular ingenio, los tirios habían colgado marmitas de pez hirviente entre los mástiles, para que éstos añadieran combustible adicional al desplomarse. Las llamaradas devoraron montículos de leña, cuerdas, lona y catapultas ociosas. El fuego

se propagó tan pronto que los guardias de las torres tuvieron que arrojarse al mar. Trirremes enemigas rodearon a los indefensos macedonios, y sus tripulantes los desmayaron a garrotazos antes de tomarlos como rehenes. Los arqueros tirios, entre tanto, ahuyentaban a los que iban a combatir el fuego. Todo el espigón se incendió hasta la línea del agua.

Entonces Poseidón aprovechó su oportunidad. Enviando una tormenta, castigó los cimientos del espigón hasta que se desmoronó en el fondo del mar. La estructura quedó tan destruida que cuando Alejandro fue a ver los daños causados por el ataque, se habían borrado todas las huellas de meses de trabajo, mojadas o secas. Yo estuve allí durante el episodio que describió Esquines, cuando los tirios se reunieron en la muralla para burlarse de Alejandro mientras el rey recorría la costa.

Estos acontecimientos provocaron nuevas protestas de Nearco, que alegó que nunca tomarían la ciudad si los tirios conservaban su dominio del mar. Esto estaba destinado a disuadir a Alejandro, pues el enemigo poseía una flota numerosa y los macedonios no tenían ninguna. No obstante, Alejandro ordenó que se reconstruyera el espigón, con el doble de anchura y doble cantidad de torres. Sus hombres, cansados y desalentados, talaron una superficie aún más grande. Entretanto Alejandro viajó al norte con su guardia personal. Estuvo ausente durante siete días.

Sólo los dioses sabrán qué pensaron los tirios de la desaparición de Alejandro. Cabe suponer que creyeron que había desistido y el asedio había terminado; lo mismo debió de suponer Poseidón, pues las tormentas de invierno cesaron y el mar se tranquilizó por un tiempo. En uno de esos días calmos sus vigías avistaron una flota que se aproximaba desde el norte. Dieron vivas de nuevo, pues pensaban que debían de ser los persas, que acudían a expulsar a los sitiadores de una vez por todas, o quizá una fuerza de refuerzo de Cartago, hija de Tiro, que iba al rescate de sus templos ancestrales.

Estas ilusiones se hicieron trizas cuando vieron los emblemas pintados en las velas. La flota, compuesta por doscientas naves, era una fuerza mixta de Sidón y Chipre; Alejandro iba en la proa del primer barco.

Ahora los macedonios podían dar vivas mientras sus adversarios rezongaban. Ante una fuerza tan abrumadora, los tirios llamaron a su flota dispersa, y también tomaron la acción defensiva de bloquear las bocas norte y sur del puerto con navíos mercantes. Los aliados sidonios de Alejandro mostraron su valía de inmediato al lanzar brulotes contra los navíos que les cerraban el paso; varios se incendiaron, pero el enemigo los reemplazó. Alejandro ordenó el bloqueo de la ciudad.

Con la flota enemiga neutralizada, el segundo espigón avanzó más deprisa que el primero. Los tirios respondieron erigiendo torres de madera sobre sus murallas, para aumentar el alcance de su artillería pesada. Con estas máquinas arrojaban rocas al mar, con la esperanza de estorbar el movimiento de las naves de Alejandro. Esta estrategia complacía a Alejandro, pues el enemigo le proveía materiales para sus cuadrillas. Envió trirremes a alzar las rocas y arrojarlas a la punta del espigón.

Reparando en su error, los tirios crearon una escuadra de naves con espolón para atacar a las trirremes. Eran barcos grandes y blindados, y hasta la vara de los remos estaba forrada en bronce. Aunque eran lentos y habrían volcado fácilmente en mares más encrespados, cogieron a los macedonios por sorpresa, hundiendo varias naves y llenando el canal con nuevas obstrucciones.

Los tirios, tras recobrar el control de las aguas del pie de las murallas, volvieron a amenazar el espigón. La lucha se reanudó a lo largo del terraplén, pues los hombres de Alejandro se refugiaron en sus torres. Los proyectiles de la artillería macedonia rebotaban sin causar daño en la piel de metal de las naves tirias. Alejandro, furioso, ordenó la construcción inmediata de una flota blindada. Ésta se completó en días, y se botó con tripulantes selectos de sus aliados sidonios y chipriotas. Superado en número, el enemigo se retiró.

Las trirremes aliadas volvieron a recoger las rocas. Para frustrarlas, el enemigo despachó a oleadas de nadadores que cortaban las sogas bajo el agua. Los nadadores tirios, que parecían retener el aliento durante periodos sobrehumanos, también atacaron el espigón desde abajo, usando garfios de metal para desprender las piedras de los troncos que los macedonios habían hundido allí. Estos ataques pusieron en jaque el plan de Alejandro. Como no tenía buzos de igual habilidad, ordenó que las maromas que sujetaban el ancla de las trirremes fueran reemplazadas por cadenas de hierro, y que botes con arqueros patrullaran el canal y mataran a los tirios antes de que pudieran sumergirse. La segunda táctica tuvo poco éxito, pero en todo caso los buzos no podían hacer nada contra las cadenas, y desistieron.

A medida que se estrechaba el cerco, los tirios intentaron romper el bloqueo atacando a las naves enemigas del norte de la isla. Una fuerza de los mejores combatientes de la ciudad se reunió tras un mamparo de lona erigido en la boca del puerto. Saliendo a media tarde, cuando los macedonios rotaban sus dotaciones, trece naves tirias navegaron en completo silencio y volvieron a sorprender al enemigo. Tomaron todas las naves del bloqueo, y las incendiaron o las dejaron a la deriva en la rápida corriente, hasta que encallaron en las rocas.

Al enterarse de este ataque, Alejandro fue deprisa a la flota que bloqueaba la bahía sur y le ordenó que se dirigiera al otro lado. Esta orden se acató tan pronto que los macedonios sorprendieron a los tirios cuando aún realizaban su tarea destructiva. Al ver los refuerzos, con Alejandro a la cabeza, los tirios hicieron frenéticas señales para que su fuerza desperdigada se retirase. Los macedonios se abalanzaron sobre ellos antes de que pudieran encontrar refugio en la bahía norte; sólo un puñado de enemigos escapó, y las bajas generales fueron parejas para ambos bandos. Pero era un empate que Alejandro podía soportar mejor que los tirios.

Entonces se inició una extraña inactividad entre los defensores; su artillería se silenció, y los arqueros sólo aguardaban en las murallas, observando cómo se aproximaban los macedonios. Para las cuadrillas del terraplén, esta quietud era sumamente ominosa.

De hecho, los defensores preparaban una nueva arma. Las hondas de sus catapultas de torsión fueron reemplazadas por escudos de bronce, y los proyectiles reemplazados por algo mucho más mortífero. Cuando el espigón llegó al pie de las murallas, se vio que las cuadrillas macedonias gritaban, se arrancaban la ropa y se arrojaban al mar. Intrigado, Alejandro fue a investigar. Pronto supo que los tirios usaban artillería para arrojar cargas de arena hirviente contra sus hombres. Esta arma enviaba una nube vasta y ardiente que destruía todo a su paso. Calcinaba los andamiajes, quemaba los pulmones y carbonizaba la piel mientras la arena penetraba en los costurones de las corazas.

No había modo de contrarrestar este horror. Las obras se abandonaron. Alejandro, desesperado, castigó a los tirios usando sus mayores catapultas contra las murallas. Dos días enteros de bombardeo continuo abrieron pocas fisuras en las fortificaciones, que los tirios pronto rellenaron desde el interior. El bombardeo se interrumpió.

Al parecer, no podíamos hacer nada más. El sitio había consumido el invierno y la primavera, y ya comenzaba el verano; sin duda Darío estaba aprovechando el tiempo para fortalecer su posición. Los espías de Alejandro en Grecia informaron de que los lacedemonios trataban de alistar a los atenienses en una alianza contra Macedonia; le llegaron versiones de que la flota persa abría por la fuerza el puerto de Mileto. Parecía que el consejo de Nearco era atinado, a fin de cuentas: debíamos pasar de largo y dejar Tiro.

Entonces apareció una señal inusitada. Las aguas del canal comenzaron a arremolinarse. Los curiosos de ambos bandos miraron maravillados el lomo oscuro de un enorme monstruo marino que hendía las olas. Dados sus reveses, esta aparición causó gran nerviosismo en las filas macedónicas, y cundió el pánico entre los aliados tracios e ilirios más ignorantes.

Alejandro fue a la costa para examinar a la criatura como un propietario que inspecciona a un buen caballo. Desechando toda cháchara sobre presagios, se negó a consultar a Aristandro, y en cambio refirió lo que su tutor, Aristóteles de Estagira, le había enseñado sobre estos monstruos.

—Me dijeron que una vez examinó a uno de los monstruos que había encallado vivo en las costas del golfo Térmico —recordó el rey—. Son animales con sangre, y sin dientes. Mientras él realizaba una vivisección, el bebé de un monstruo marino encalló en la costa junto al otro. El monstruo más grande puso una aleta sobre su cría. Ante esto, Aristóteles interrumpió sus investigaciones y dejó que esas inofensivas criaturas muriesen en paz.

Este relato pareció tranquilizar a sus hombres. Los tirios, en cambio, estaban enardecidos. Mientras el monstruo surcaba el canal, buscaron el favor de Poseidón, al que llamaban Yamm, degollando a sus prisioneros y arrojándolos al mar. Imploraban al monstruo que triturase las naves enemigas. En cambio, el animal nadó al pie de las murallas y se detuvo al sur de la isla, del lado del mar. Su nariz asomó en el agua como si apuntara a un sitio de las fortificaciones. Luego se zambulló en las aguas y

desapareció.

Alejandro brincó a su carro.

—¡Es una señal! —proclamó, para sorpresa de todos—. ¡Allí es donde atacaremos!

No puedo confirmar la verdad de este episodio. Yo no estaba allí para verlo, pues me hallaba en el interior, tratando de aprender algo más sobre Arrideo. Sospecho que fue él, y no un monstruo marino, el que tuvo el mérito de identificar el sector más débil de las murallas tirias. Pero esta historia tiene un elemento de verdad, pues los macedonios veían a Arrideo como un monstruo, una presencia inesperada, inexplicable, que los llenaba de espanto. Esto me despertaba curiosidad y acribillé a Calístenes a preguntas, pero su indiferencia ante este misterio era tan ferviente como mi curiosidad. Nada se podía aprender de él.

Indagar la conspiración que rodeaba al hermanastro del rey era peligroso. Pero yo no podía considerarme historiador si prefería las fábulas pueriles a las complejidades de los asuntos humanos reales. En consecuencia, decidí arriesgarme para aprender más, aunque con el tiempo aparecieran acusadores como Esquines para impugnarme y para decirme que yo no había cumplido mi juramento a la Asamblea. Que yo sepa, mi juramento nunca me obligó a transmitir mentiras a mis conciudadanos, vivos o por nacer. No me disculpo por esta decisión.

Con unas monedas de plata en las manos adecuadas, no fue difícil averiguar dónde guardaban a Arrideo. Estaba lejos de la costa levantina, y a prudente distancia del principal campamento del ejército, en una habitación del fondo del templo de Heracles Paleotiros. El lugar estaba custodiado por las tropas de mayor confianza de Alejandro, la primera división de hipaspistas. Como mi título en el ejército macedonio era el de oficial de la segunda división, fue bastante fácil valerme del rango y entrar antes de que los guardias fueran al campamento principal en busca de instrucciones. Sin embargo, la resistencia aumentaba cuanto más me internaba yo en el templo, así que temí que un superior acudiera a detenerme antes de que pudiera llegar a mi objetivo.

Sólo con la amenaza del látigo convencí al último centinela de cederme el paso. Con el corazón palpitante, abrí la puerta y aparté una cortina negra. Aunque era mediodía, en la habitación reinaba una oscuridad densa y sulfurosa. Al mirar dentro, vi un rincón calentado por braseros y alumbrado por una lámpara de aceite. Un tufo a letrina me pegó en la cara.

El hermano del rey estaba sentado en el suelo. Lo rodeaban estatuillas de hojalata: soldados, jinetes y máquinas de asedio que él había dispuesto en falanges opuestas. Su armadura —la única indumentaria que permitía sobre su piel— estaba apilada contra la pared a sus espaldas. Él estaba desnudo y se mecía con un ritmo lento, tarareando, tocándose distraídamente el glande.

Algo se movió detrás de él, y comprendí que no estaba solo: había allí una anciana, sentada en un cojín con un cubo y un estropajo. Miraba hacia mí mientras la

luz tenue del resto del templo penetraba en el santuario. Me habló, y su voz sonó muy cercana por efecto del espacio cerrado.

—Él no tiene hambre. Déjale la comida.

Arrideo no alzó la vista ni me mostró la cara, sino que siguió tarareando y balanceándose. Evidentemente se ensuciaba con su inmundicia y la vieja lo limpiaba. Y aunque no tengo pruebas de que su vida fuera siempre así, aparte de sus breves apariciones en el campo de batalla, no costaba creer en esta posibilidad. Si salía de su tumba en otras ocasiones, no era obvio; si se hacían otras concesiones a la compañía humana, yo no las vi.

Hubo una conmoción a mis espaldas, y ruido de botas en el mármol. Como no quería que me sorprendieran dentro de la cámara prohibida, me retiré.

Crátero se reunió conmigo al pie de la estatua de Heracles. Tenía una expresión socarrona, como si me hubiera derrotado en un juego. Lo acompañaban dos guardias, pero en vez de arrestarme se cuadraron y me dejaron pasar. Mientras yo me alejaba, Crátero habrá reparado en mi actitud, que lo obligó a dar una justificación a mis espaldas.

—Arrideo no es infeliz, Macón. Al contrario, él se cree que es un dios.

Mi acto no tuvo consecuencias graves. Arrideo no fue desplazado durante el resto de la duración del asedio, y aparte de una mirada larga desde su diván esa noche, Alejandro nunca reveló que se hubiera enterado del episodio. Sólo puedo inferir que el rey, por motivos que sólo él conocía, decidió eximirme de todo castigo que mereciera mi aventura.

Hubo una sola consecuencia: durante el resto de mi permanencia en la campaña —casi once años— Crátero o uno de sus oficiales me vigilaba constantemente. Nunca supe si Alejandro lo había designado mi «tutor» o si Crátero había asumido esa responsabilidad por su cuenta. Considerando que podían haberme matado, encarcelado o enviado de regreso por lo que había hecho, me pareció prudente no preguntar.

En la costa, Alejandro abordó una nave hacia el sur de la isla para investigar el punto débil que había señalado el «monstruo». Notó que la topografía de la costa hacía que ese tramo de las murallas tirias fuera el más bajo. Cuando regresó, puso a sus carpinteros a trabajar en la construcción de planchadas retráctiles para sus naves.

El día siguiente amaneció cálido y calmo. Se recargaron las catapultas del espigón. En el agua, Alejandro puso a todos los hombres disponibles al servicio de cada navío de la flota; los barcos zarparon y anclaron fuera del alcance de las catapultas tirias. Se cargaron brulotes con combustible y se apostaron en la boca de ambas bahías. En respuesta, el enemigo preparó su arma de arena. Ambos bandos presentían que el conflicto se zanjaría definitivamente aquel día.

Alejandro apareció en su nave insignia, con la armadura de Aquiles. A la vista de todos, ocupó su puesto en la cabeza de la planchada y cogió su lanza. Los vítores de sus hombres cubrieron el ruido del mar. Cuando el rugido era más estentóreo, él

asintió, y se dio la señal de ataque.

Los macedonios iniciaron un feroz asalto sobre la ciudad desde todas las direcciones. Las naves afrontaban el lado más débil, usando artillería para rajar la mampostería, obligando a los tirios a emplear hombres para las reparaciones. Cuando hubo espacio entre la superficie del agua y la pared, sus hombres desembarcaron e iniciaron operaciones de zapa en los cimientos. Los defensores arrojaban todo lo que podían (piedras, arena, agua hirviente, yunques) contra los ingenieros. Los aliados fenicios lanzaron sus brulotes, incendiando las obstrucciones de las bahías, sembrando el pánico entre los tirios, que intentaban salvar su flota.

Cuando el enemigo hubo extendido sus fuerzas más de la cuenta, las catapultas arrojaron piedras contra el lugar que había señalado el monstruo marino. Al rato la muralla se derrumbó. La primera nave macedonia que arrojó su planchada estaba al mando de un tal Admeto, que se introdujo por la brecha con una columna de Escuderos. No llegaron lejos, pues los tirios habían acumulado allí sus defensas, y abatieron a todos los invasores. Pero Alejandro los seguía de cerca, y cuando el enemigo lo vio llegar, cantando un peán mientras brincaba sobre los escombros, perdieron las agallas.

Pronto los macedonios irrumpieron en varios puntos. Yo entré por el extremo norte, y vi más de lo que quisiera relatar. La ciudad fue sometida tan rápidamente que los tirios no tuvieron tiempo de organizar una defensa final; después de un principio muy coordinado, el día culminó en una tarde de caos mientras los macedonios, tras meses de frustración en que habían perdido más hombres que en el Gránico e Isos sumados, se desquitaban con la gente. Los cuerpos se amontonaban mientras los tirios continuaban su resistencia desde portales y tejados y los macedonios, con igual obstinación, se abrían paso a mandobles en hogares, tiendas y templos. Al caer el sol, vi que las tuberías que llevaban aguas servidas al mar se teñían de rojo. Las aguas eran tan espesas que las aves marinas, embadurnadas de sangre humana, no podían volar.

Tras conceder a sus hombres su momento de venganza, Alejandro ordenó que los supervivientes fueran perdonados. La familia real entera fue capturada con vida en el templo de Heracles, junto con una partida de emisarios cartagineses. El rey tirio, Azemilco, fue liberado con su séquito, y los cartagineses fueron enviados a su patria, con el mensaje de que ahora Alejandro consideraba que esa ciudad era su enemiga. La población restante de Tiro, ricos y pobres, unas treinta mil almas, fue entregada en cadenas a sus rivales. Se decía que los mercados de Sidón estaban tan abarrotados de mercancía que se podía adquirir un esclavo por el equivalente de pocas docenas de dracmas. Un humilde granjero podía darse el lujo de comprar a un ex aristócrata o una dama elegante para aquello que le viniera en gana. He ahí el precio de la resistencia contra el «capitán de los griegos».

Macón dejó que los jurados asimilaran estas imágenes luctuosas. Golondrina miró a los macedonios del palco de espectadores: el orgullo era tan manifiesto en su

semblantes lampiños que tuvo ganas de escupirles.

Antes de abandonar las calles desiertas, Alejandro ofrendó un barco tirio como trofeo de la victoria, montándolo en el santuario con la inscripción que él mismo había redactado: *Dedicado al dios por Alejandro, hijo de Filipo, desde el interior de la ciudad*. Luego hizo lo que había solicitado largos meses atrás: celebró un sacrificio en el templo de Heracles, intramuros.

Alejandro tenía la esperanza de que el sitio y sus consecuencias redujeran las futuras bajas, pues menos ciudades se negarían a abrirle las puertas. Inexplicablemente, surtió el efecto contrario en la próxima ciudad grande que se encontró en su camino a Egipto. El sátrapa de la ciudad de Gaza, un árabe llamado Batis, había observado el sometimiento de Tiro y aprendió la lección opuesta: podía derrotar a Alejandro si le impedía usar su artillería.

Gaza se erguía en una gran colina, protegida por macizas murallas y rodeada por una arena floja y demasiado inestable para erigir torres o equipo pesado. Las máquinas de asedio se empantanaban. La ciudad estaba sita en un lugar tan alto que las catapultas no podían lanzar proyectiles contra las murallas en un ángulo efectivo desde ninguna parte de las inmediaciones. Los defensores estaban bien abastecidos, y los sitiadores tendrían que subsistir en una comarca seca e inhóspita. Batis aumentó las dificultades al quemar todos los campos circundantes antes de la llegada de Alejandro. Como Gaza no era una ciudad portuaria, y por ende no podía pertrechar a la flota persa, Batis habrá pensado que su enemigo se conformaría con una mera demostración de fuerza.

Huelga decir que se equivocaba. Al avanzar su campaña, Alejandro estaba cada vez menos dispuesto a tolerar la resistencia. Tampoco estaba dispuesto, nos aclaró, a desperdiciar medio año más reduciendo a otra ciudad recalcitrante. Su plana mayor debía hallar el modo de penetrar en ese lugar en cuestión de semanas, no meses.

Tras muchas deliberaciones, se convino en que los túneles eran la única táctica que permitía el terreno blando que rodeaba a la ciudad. En consecuencia, se iniciaron excavaciones en un lugar que estaba fuera de la vista de los defensores, para que Batis no supiera lo que se avecinaba. Para distraer al enemigo e impedir que organizara una defensa efectiva, Alejandro hizo construir un anillo de torres de asedio con grandes árboles trasladados desde el Líbano. Tuvieron que clavar los troncos a gran profundidad para dar apoyo a las máquinas. Los defensores mordieron el anzuelo: comenzaron a elevar el tope de las murallas para contrarrestar los trabajos del enemigo. Alejandro ordenó a sus hombres que erigieran construcciones más altas, y Batis ordenó lo propio, y los macedonios se elevaron al cielo hasta que la cima de ambas estructuras era tan alta que se veía desde el mar. Era una estratagema magnífica, pues el auténtico ataque se preparaba bajo tierra, sin que nadie lo viera.

Sucedió que un día Alejandro estaba entre sus ingenieros, sin yelmo a causa de la canícula, cuando el destino volvió a intervenir. Un cuervo que volaba desde el oeste pasó sobre él y soltó un objeto pesado sobre su cabeza. El rey quedó aturdido un

instante, y el pájaro, extrañamente, no escapó sino que se posó en una torre. El objeto que golpeó a Alejandro era un caracol que estaba cerrado cuando el ave lo soltó pero se abrió al chocar contra el suelo. Llamaron a Aristandro el adivino para explicar este acontecimiento; tras un rápido examen, demostró preocupación, diciendo que el hecho de que el caracol se hubiera abierto significaba que la ciudad caería, pero que Alejandro podía morir en el ataque si se descuidaba.

Este presagio causó cierta consternación en el campamento macedónico, pues la vida de Alejandro era mucho más valiosa que la sumisión de Gaza. Alejandro no se dejó amilanar, y sólo prometió que permanecería lejos de la primera línea.

No es tan fácil cambiar el destino. Mientras Alejandro estaba sentado a retaguardia, observando de mala gana desde lejos, le llevaron a un soldado de Gaza que había desertado. Se permitió que este hombre conservara su escudo para su entrevista con el rey. Arrojándose a los pies de Alejandro, rogó autorización para sumarse al ejército macedonio; el rey le ordenó que se pusiera de pie para ser aceptado. En ese instante el desertor —en realidad, un agente de Darío— extrajo una daga que llevaba oculta en el escudo y se abalanzó sobre Alejandro. El atacante fue abatido antes de que llegara a dañar al rey, que sólo recibió una herida leve en el cuello. Sin pensar en el peligro del que apenas había escapado, Alejandro llamó a Aristandro: como el tajo del asesino debía de representar la herida que él había profetizado, quizá pudiera regresar a la primera línea. Pero Aristandro meneó la cabeza, pues la herida era demasiado leve. Lamentando que el tajo no hubiera sido más grave, Alejandro volvió a sentarse en el trono, abatido.

Al ver que el sitiador había caído ese día, los defensores decidieron aprovechar la oportunidad. Esa noche salieron sorpresivamente, abatieron a los centinelas macedonios y casi llegaron a las torres con sus antorchas. Nadie se sorprendió cuando el rey olvidó su promesa y se arrojó a la refriega. Tras sufrir grandes pérdidas, los hombres de Gaza se retiraron, pero Alejandro recibió un flechazo en el hombro. En vez de preocuparlo, esta herida lo colmó de deleite: al fin se había cumplido la predicción de Aristandro, así que la ciudad debía caer.

Con redoblada energía, llevando a sus hombres al límite de sus fuerzas, Alejandro logró que las torres se elevaran y los túneles se hundieran en la tierra. A finales del mes de *maimakterion*, todo estaba preparado: a una señal del jefe, los mineros quitaron los soportes que habían instalado en los túneles, y un vasto tramo de muralla se desmoronó. Los macedonios invadieron la brecha en cuanto cayó la última piedra. El resto del día presenció fieros combates, pues los habitantes de Gaza conocían el destino de Tiro y no esperaban mejor suerte. Los diez mil hombres de la ciudad perecieron en la lucha; las mujeres y los niños fueron a los mercados de Sidón, donde los vendieron aún más baratos que los tirios.

Sólo se hizo una excepción con Batis. Se ordenó que el sátrapa fuera capturado con vida, y esto se logró, aunque él hizo lo posible por morir como un soldado. Cuando lo llevaron ante Alejandro, miró al conquistador a los ojos, negándose a

hincarse de rodillas.

—¿Qué haré con este hombre? —exclamó Alejandro, alzando las manos—. Con sólo una palabra podría salvarse, pero permanece de pie, burlándose de mí en el campo que le he arrebatado en buena ley.

En vez de suplicar, el árabe sonrió e hizo un gesto cortante sobre su gaznate. Impaciente, agotado en cuerpo y espíritu, Alejandro estalló ante esta insolencia.

—¡Cuentas con tu muerte pero, por los dioses, tu orgullo te ha ganado peor suerte!

Con estas palabras, pidió un carro. Los tobillos de Batis fueron perforados entre el hueso y el tendón (lo cual rompió su silencio) y atravesados con una correa de cuero. Los extremos de la correa se sujetaron al carro. Mientras Batis se contorsionaba en el suelo, Alejandro se irguió sobre él, citando a Homero.

Con el cuerpo de Héctor uncido al carro, la cabeza a rastras,
alzaba Aquiles los brazos relucientes
para fustigar los fuertes corceles, que galopaban
por la polvareda que la negra melena de Héctor
levantaba en el suelo de Ilión…

A diferencia de Aquiles, Alejandro no subió al carro, sino que dio una palmada al caballo delantero para azuzarlo. Todos observaron con curiosidad mientras el carro corría hacia el mar y la cabeza de Batis abría un surco sangriento en el polvo plagado de conchas. Al cabo unos jinetes fueron a buscar el carro. Los restos de Batis no fueron sepultados, sino que quedaron como alimento para los cangrejos.

El final de Batis puede parecemos cruel. Alejandro era proclive a tratar con misericordia a los enemigos dignos, como referiré más tarde, pero no soportaba la arrogancia de los vencidos. Cuando menos, enseñaría humildad a todos los persas. Algunos críticos, Demóstenes entre ellos, han enfatizado el presunto descenso de Alejandro al despotismo oriental, señalando la muerte de Batis como ejemplo notable. Pero en esta ejecución no hay nada que apeste a barbarie. En verdad, yo diría lo contrario: fue homérica, y creo que todos coincidimos en que no hay nada más griego que Homero.

Uno de los imponderables de esta campaña fue que la caída de Gaza, no la de Tiro, dio renombre universal a Alejandro. La pronta derrota de esta ciudad bien protegida, en menos de dos meses, dejó claro que las meras murallas no eran defensa contra él. Hubo otros asedios, por cierto, pero en los años venideros todas las grandes ciudades le abrieron sus puertas. Su nombre bastaba para neutralizar las murallas.

Egipto aceptó al joven rey. Como tenían milenios de experiencia en conceder a personajes débiles los atributos de un dios, los egipcios eran maestros del servilismo. No digo que Alejandro no fuera digno de sus adulaciones. Al contrario, era un gallardo conquistador hasta la médula, tan joven y seductor como el viejo sátrapa

persa había sido cobarde y rapaz. Por los motivos que describí antes, al salir del oráculo de Siwa estaba más convencido que nunca de su divinidad. El dinero y los favores manaban de él como légamo del Nilo. Emisarios de todo el mundo iban a rendirle homenaje, o a rogar su indulgencia en la resolución de sus pequeñas reyertas. En síntesis, desde el momento en que se reunió con su ejército para marchar sobre Damasco hasta el momento en que tomó posesión de Babilonia, fue en gran medida el héroe que describió Esquines. Este periodo duró menos de un año.

Sentó sus reales en la antigua capital de Memfis, agasajando a los nobles y obsequiándoles los mejores poetas y músicos de Atenas. Patrocinó un programa de competiciones atléticas en la llanura de Guiza. Al final del día, escaló la pirámide de Keops, la más alta, y oteó la extensión de su nueva provincia. Para una mente resuelta a afrontar todos los obstáculos, la linealidad de Egipto, que se hincaba como una cuña majestuosa en el corazón del África, era un tónico.

Navegó hasta la Tebas egipcia, y fue acogido en Karnak como un amo largamente perdido. Vestido con inmaculado lino blanco, recorrió el pasillo de la gran sala hipóstila, entre multitudes de sacerdotes de pelo trenzado que entonaban una salmodia. Entró en el templo a solas, para mirar la imagen del dios Amón reclinado en su pabellón de oro. Al día siguiente se puso la doble corona del Alto y el Bajo Egipto, y fue llamado Horus, Horus Dorado, el de la Juncia y la Abeja, el Hijo de Ra. Al final de la ceremonia los egipcios descubrieron una imagen del nuevo faraón: un coloso de basalto negro, entronizado con el cayado y el mayal. Esto impresionó a Alejandro, pues debían de haber empezado a esculpir la estatua mucho antes de que él entrara en el país. Los egipcios son previsores por naturaleza.

Aquí debo apartarme de mi historia para cuestionar el modo en que Esquines describió mi conducta en Egipto. Él hizo referencia a un informe que le envié al arconte Nicetes, y lo interpreta de modo totalmente erróneo. Según las órdenes de la Asamblea, mi deber era informar de lo que veía en compañía de Alejandro, aunque no fuera halagüeño para él. En consecuencia, si señalo que las tropas del rey se rieron a sus espaldas cuando vistió la indumentaria egipcia, es porque eso vi. ¿Esquines preferiría que mintiera a la Asamblea? Asimismo, escribí que el entusiasmo de Alejandro por los atavíos bárbaros era una debilidad de su carácter, y que esa debilidad podía acarrearle problemas. Dados los sucesos subsiguientes, ¿qué hay en ello salvo la absoluta verdad?

Recordemos que el rey Agis de Esparta vino a esta ciudad para ofrecernos una alianza contra Macedonia. Los atenienses se negaron, lo cual fue una suerte para nosotros, pues la revuelta de Agis fue aplastada por Antípatro en las llanuras de Megalópolis. Para quienes ansiaban el final de la hegemonía de Macedonia, mis informes sobre los defectos de Alejandro inspiraban la virtud de la paciencia: si el joven rey terminaría por destruirse a sí mismo, ¿para qué arriesgar la existencia de nuestro estado en la causa perdida de Agis? La información que obtuve, pues, os benefició a todos vosotros. Nótese que ello no significa que yo procurase destruir a

Alejandro. Si ése hubiera sido mi objetivo, tuve mil oportunidades de clavarle una daga en el corazón. Pregunto una vez más: ¿en qué he servido mal a mi ciudad?

Regresando al delta, el nuevo faraón viró hacia el oeste, hacia el gran oasis de Siwa. Anunció que se proponía consultar al dios Amón en su santuario, como lo habían hecho sus ancestros Heracles y Perseo. Echó a andar por la costa con un pequeño contingente de doscientos hipaspistas —entre ellos Hefestión, Aristandro y yo—, bordeando el lago Mareotis. En el camino, se detuvo en un paraje que le parecía ideal para una nueva ciudad, en un declive entre el lago y el mar. Quizá inspirado por su experiencia en Tiro, preveía que un espigón que llegara hasta la isla de Faros brindaría una cala profunda y apacible. Cualquiera que tuviera una pizca de ambición ya habría aprovechado ese sitio, declaró Alejandro, pero los faraones de antaño nunca habían pensado que otras tierras fueran dignas de conquista, y nunca construyeron un auténtico puerto marítimo desde el cual gobernar.

Estaba tan impaciente por fundar esta ciudad perfecta que de inmediato se puso a explorar la zona. Adelantándose a sus secretarios, dictó la futura ubicación de los templos, la plaza del mercado y el palacio. Para compensar la falta de puntos elevados en la región, recomendó la construcción de un faro de un estadio de altura en la isla, para guiar a las naves hacia el puerto. Nunca se había construido nada semejante, pero nadie dudaba que Alejandro cumpliría su cometido.

Sus asistentes alegaron que no tenían equipo de agrimensura, así que no podían consignar las sabias palabras del rey. Alejandro ordenó a sus hombres que usaran la harina de sus alforjas para marcar los límites. Los egipcios le advirtieron que no lo hiciera, pues la harina sería necesaria para el difícil viaje hasta Siwa a través del desierto. Alejandro no les prestó atención y usó cada pizca de harina para trazar las murallas y calles de la capital. Cuando hubo concluido, miró su diseño con satisfacción, hasta que llegó una gran bandada de gaviotas que se dedicó a comer la ciudad. Desplegó sus tropas para ahuyentar a las aves, pero era demasiado tarde: miles de patitas pisoteaban las líneas de harina.

—¿Qué puede significar esto? —le preguntó Alejandro a Aristandro.

—¡No temas, oh rey! —respondió el augur—. El esplendor de tu capital atraerá a los hombres del extranjero como gaviotas del mar, y harán de ella la reina de las ciudades.

—Los dioses están tan ansiosos de que se construya este lugar —añadió Hefestión— que quieren que marques los límites con algo más permanente, como piedras.

Ambas respuestas agradaron a Alejandro.

El viaje a Siwa nos llevó por un páramo tan desolado que nuestros guías tenían dificultad para orientarse. Tal desolación se desconoce en Grecia; allá la lluvia es tan infrecuente que hace tiempo que los lugareños dejaron de construir tejados para sus casas. Con poca agua y sin harina para alimentarse, los macedonios estaban en apuros, pero los dioses volvieron a intervenir. Zeus envió una gran lluvia. Luego

Hermes se manifestó en tierra con forma de áspid, y nos condujo directamente al oasis. Los egipcios estaban azorados ante estos sucesos, como si sus reyes dioses los tuvieran acostumbrados a una divinidad meramente nominal, sin auténticos milagros.

La comitiva de Alejandro fue recibida en el patio del templo por el sumo sacerdote. El griego de ese hombre era tan rudimentario que en vez de interpelar a Alejandro en el caso vocativo, «Oh hijo mío», usó el nominativo, diciendo «el hijo» o «el hijo de Zeus». Era una diferencia nimia en el sonido de las palabras, un error común entre los bárbaros, pero intrigó a Alejandro. El sacerdote, a su vez, observaba la expresión del rey.

Alejandro entró a solas en el sancta sanctórum. Permaneció allí un tiempo, como en larga conversación con el dios. Aunque nadie sabe qué le preguntó Alejandro al oráculo, ni la índole de las respuestas, lo que aprendió debió de confirmarle su nueva y creciente certeza de que poseía un destino singular.

Al regresar a Memfis, Alejandro nombró a sus gobernadores. En su sabiduría, entendía que Egipto es una tierra demasiado rica para confiarla a un solo hombre. En consecuencia dividió la administración entre dos gobernadores y tres comandantes de guarnición. Cada uno juraba servir no sólo al rey, sino respetar los gobiernos locales y las costumbres religiosas de los nativos. Luego condujo a su ejército de vuelta a Fenicia.

X

Semanas después el ejército llegó al río Eufrates a través de Damasco, y lo cruzó cerca de Tapsaco sin la menor oposición. Mientras el rey estaba en esa comarca, visitó Bambice, donde hay un templo consagrado a Derceto. Aparte de rendir homenaje a la diosa, quería ver una maravilla que le había mencionado Aristóteles: los asombrosos peces que vivían en el lago del santuario.

El lago está en el patio del templo. En el centro hay un altar de forma fálica, hasta el cual nadan los acólitos para decorarlo con flores durante el festival de primavera. En el agua hay peces (carpas, dicen algunos; bagres, dicen otros) que tienen el tamaño de un hombre, y son absolutamente mansos. Se aproximan a los visitantes y ruedan en el agua para que los rasquen; algunos dicen que los peces tienen cara humana. Los sacerdotes alientan esta leyenda adornándoles las aletas con joyas y oro, y conversando con ellos como si los peces hablaran. Muy pocos habían presenciado este milagro antes de la llegada de Alejandro.

Dicen que cuando el rey llegó los peces se agitaron, contorsionándose a sus pies como atrapados en una red. De pronto el más grande brincó fuera del agua. Se prosternó ante Alejandro, se irguió sobre sus aletas enjoyadas y dijo con voz clara, para que todos oyeran:

—Con gratitud, me consagro a la mesa del Gran Rey.

Con esas palabras, besó los pies de Alejandro y cayó muerto.

No puedo garantizar la veracidad de esta anécdota, pues yo no estuve allí. En todo caso, el suceso impresionó a los maravillados sacerdotes, que cayeron de hinojos. Alejandro, por su parte, no esperaba un regalo menor para el hijo de Zeus-Amón.

—Debemos honrar el sacrificio de este anciano —dijo, refiriéndose al pez—. ¡Cocinero, una marmita!

La propuesta del rey no tenía precedentes. Los sirios nunca consumen el pez en el lago de la diosa, pues lo consideran un pecado gravísimo. Aun así, el pez no podía haber expresado con mayor claridad el deseo de ser comido. Esa noche, pues, Alejandro y sus amigos cenaron una carpa sagrada de Derceto. En la larga historia del templo, fueron los únicos visitantes que gozaron de este privilegio excepcional.

En esa época Darío envió un emisario a Alejandro. Era un griego llamado Egocéfalo. Había vivido en Susa casi toda su vida, y declaraba (aunque no se sabía bien por qué) que dominaba por igual el griego, el persa, el elamita, el acadio y el arameo. Al comparecer ante Alejandro usaba el atuendo de un dignatario persa, con túnicas en capas que le llegaban hasta el tobillo y una toca chata y acanalada. Al recibirlo, Alejandro parecía más interesado en esta indumentaria llamativa que en el mensaje que llevaba ese hombre.

El emisario empezó por sugerir que no había motivos para que Darío y Alejandro fueran enemigos. ¿Acaso la paz no había reinado entre sus pueblos durante

generaciones, hasta que su padre Filipo envió un ejército al Asia? ¿Por qué Alejandro nunca había enviado emisarios a su corte para comunicar sus quejas, fueran cuales fuesen? Ante la súbita agresión de Alejandro, Darío se había levantado para defender a su pueblo, como cuadraba a un rey. Aun así, el restablecimiento de la paz sólo requería la buena voluntad de ambas partes. En este sentido, Alejandro encontraría un colaborador voluntarioso en el Gran Rey.

El ofrecimiento que siguió era innegablemente tentador. A partir de entonces, Alejandro gobernaría todas las tierras que había entre el río Eufrates y la costa del Egeo. Darío pagaría a los macedonios un tributo anual razonable, además de un rescate de diez mil talentos de oro por la liberación de su hijo, su esposa y su madre. Para sellar la alianza, Darío entregaría a su hija mayor en matrimonio a Alejandro.

Todos los presentes consideraron que estas condiciones eran sumamente favorables. Era la mayor conquista de territorio y riquezas lograda con tan pocas pérdidas y en tiempo tan breve. Todos estaban satisfechos, salvo Alejandro, que bostezó en la cara del emisario.

El rey despidió al griego para reflexionar sobre el ofrecimiento. En verdad, jamás lo tuvo en cuenta, pues Alejandro ya había tomado su decisión. Parmenión sacudió la cabeza.

—Si yo fuera tú —le dijo al rey—, aceptaría lo que él ofrece.

—Y si yo fuera Parmenión, también lo aceptaría. Traed de vuelta a ese hombre.

Hicieron entrar a Egocéfalo, quizá antes de lo que él esperaba. Al dar su respuesta a Darío, Alejandro le habló con voz imperiosa y condescendiente, señalándolo con el dedo.

—Primero —le dijo—, me interpelarás como Señor de Toda Asia, tal como corresponde. Tu jefe no es mi igual, sino un mero inquilino en las tierras que aún le quedan. No le corresponde ofrecerlas, pues me pertenecen a mí. Lo mismo se aplica a su dinero, y a sus mujeres, todo lo cual reclamaré como mío en el momento oportuno. Si desea reencontrarse con su familia, que venga a mí y ruegue por este privilegio. Nada debe temer, pues Alejandro es tan clemente con sus suplicantes como despiadado con sus enemigos. Dices que no hay motivos para que haya guerra entre nosotros, pero la memoria del persa sólo sirve a su vanidad. Sus ancestros desfiguraron Grecia con sus invasiones, pues saquearon e incendiaron sus santuarios más sagrados. Los reyes de Persia se inmiscuyeron en los asuntos de Macedonia desde antes de los tiempos de Filipo. Tu rey ha llegado a ufanarse de que él puso en marcha el plan que mató a mi predecesor. En verdad, tu jefe es un impostor, pues aquí se sabe que se valió del veneno para asesinar al heredero legítimo del trono persa. ¿No hay motivo para que haya guerra entre nosotros? ¿Cuántos más motivos necesitamos?

A estas alturas, Parmenión sintió tanta repulsión por tamaña arrogancia que abandonó la sala. El Alejandro que insultaba la hombría de su oponente llevaba la cicatriz de la jabalina que Darío le había clavado en la pierna en singular combate.

Igualmente irritante para los oídos macedonios era el modo en que evadió reconocer a Filipo como su auténtico padre, al llamarlo «predecesor». Pero Alejandro no había concluido.

—Si tu jefe se considera hombre, se ofenderá con mis palabras. En tal caso, que no huya de mí, sino que me enfrente y luche. Ten la certeza de que le daré todas las ventajas. Y si él obtiene el triunfo, debe saber que su enemigo no huirá, sino que aceptará el destino que decida el vencedor. Pero hasta ese día, que sepa que el Señor de Toda Asia lo considera poco más que un delincuente, y lo perseguirá hasta los confines de la tierra hasta que comparezca donde hoy está su siervo, de hinojos, y suplique mi perdón. ¡Ahora lárgate!

Pronto conocimos la respuesta del Gran Rey a estos insultos.

Esa noche Alejandro recibió informes de los exploradores enviados para hallar a Darío. No encontraron al enemigo ni resistencia digna de ese nombre, pero se enteraron de que se había despachado una convocatoria urgente a todos los rincones del imperio para que los reclutas nativos se reunieran cerca de Babilonia. Circulaba el rumor de que Darío no atribuía su derrota en Isos al liderazgo de Alejandro sino a la topografía cerrada que restringía los movimientos de la óptima caballería persa. Alejandro sonrió ante esta rebuscada explicación, pero debía arder por dentro; como oiréis, en Gaugamela su afán de no dejar a Darío ninguna excusa influyó en su táctica más que cualquier consideración militar.

Los macedonios cruzaron el Tigris sin la pérdida de un solo hombre. Una vez que el ejército acampó en la margen oriental, ocurrieron dos sucesos significativos. Primero, hubo un eclipse total de la luna, que apareció en lo alto del cielo con el cambio de guardia de medianoche. Los macedonios no estaban asustados por la aparición, sino preocupados por el sentido que podía tener en vísperas de una batalla tan importante. Aristandro interpretó el eclipse como prueba de que en el Cielo se libraba una gran contienda en que la luna era aliada de Darío y la tierra de Alejandro. Esa visión presagiaba la victoria definitiva de los macedonios.

El segundo suceso fue el eclipse de Estatira, la esposa de Darío. Aunque Parmenión había aconsejado que dejaran a la familia del Gran Rey en Sidón o Damasco, Alejandro había retenido a Sisigambis, Estatira y el resto. Para él, era una garantía de su honor como heredero de la casa real de los Aqueménidas. A pesar de su protección, la reina quedó encinta, y su embarazo estaba muy avanzado cuando llegó el final. No sé nada sobre las circunstancias de su violación, salvo que sucedió. Una noche vi su silueta curva perfilada contra la tela de la tienda. Una vez que enfermó, decayó rápidamente, a pesar de los esfuerzos de Filipo, médico personal del rey. Alejandro lloró esa muerte, y decretó que las exequias se realizaran según la más rancia tradición persa.

Presencié estos extraños ritos. Cubrieron el cuerpo con una mortaja blanca y lo dejaron expuesto tres días junto a lámparas de aceite aromático. En vez de cremar el cadáver de forma civilizada, los bárbaros prepararon una tumba profunda para

albergar los huesos. Los sacerdotes de Zoroastro, que creen que las deidades se interesan por la conducta moral de los seres humanos, entonaron una larga serie de cánticos en su lengua nativa, exhortando a sus dioses a permitir que la difunta entrara en su paraíso celestial.

Como los perros son sagrados para los persas, manadas de canes aullantes mantenían una algarabía continua. Les quitaron la trailla para practicar una costumbre particularmente exótica: el sacerdote rompió una hogaza en tres partes y puso los pedazos sobre el pecho, el estómago y la cadera del cadáver. Luego un perro fue invitado a trepar al catafalco y devorar el pan. Si esto tiene algún sentido, quizá esté inspirado en nuestro mito de Cerbero, o en el uso purificador de perros muertos por parte de los idiotas y las viejas, aunque estos ritos están muy distorsionados en la mente de los bárbaros.

Es notable que Alejandro haya participado en estos honores, poniéndose el atuendo fúnebre blanco y recitando algunas plegarias en persa. En vez de distribuir porciones de los animales sacrificados, prohibió el consumo de carne en el campamento macedónico. Estos bochornosos extremos indujeron a algunos a especular que Alejandro profesaba ciertos sentimientos afectuosos por la difunta. Nadie le habría negado su derecho a adueñarse de ella. Pero en la carta que envió para informar a Darío sobre la muerte de su esposa, el rey negó semejante relación. Que yo sepa, nadie fue testigo de ningún contacto entre él y la reina desde su primer encuentro. Los bien intencionados suponen que Alejandro observaba el rito persa para desalentar la resistencia a su reinado. Los mal intencionados pueden creer lo que quieran.

Darío reunió las fuerzas que decidirían su futuro en una planicie al este del Tigris, a poca distancia del villorrio de Gaugamela. Todos hemos oído hablar de las huestes que Jerjes trajo para humillar a Grecia en tiempos de Pericles: su ejército, sostiene Heródoto, sumaba cinco millones de hombres. Pero la cifra que usamos para ennoblecernos a ojos de nuestros hijos no tiene por qué engañarnos ahora. Jerjes no trajo más de cuatrocientos mil soldados a Grecia, y a la postre un número inferior fue derrotado en Platea por las ciudades aliadas. La afirmación de Esquines de que Darío llevó un millón o medio millón de hombres a su última batalla es igualmente ficticia.

El enemigo, procedente de todos los rincones del Imperio persa, dispuesto alrededor del Gran Rey, no sumaba más de doscientos mil efectivos. Os aseguro que desde el lugar donde estábamos, esto parecía bastante. Al mirar el terreno que Darío había alisado para la confrontación, veíamos una hueste multicolor que se erguía como una cordillera y se extendía hasta el horizonte. Había lanceros medos con sus túnicas y pantalones con cinturón, aguardando con dagas en los muslos y las lanzas apoyadas en el pie delantero. Había hacheros escitas con sus cascos puntiagudos, y jinetes bactrianos, partos y masagetas que superaban cinco a uno a las tropas macedonias. Había arqueros persas, carios y mardios, y licios con sus gorras de fieltro con cresta, e infantes y carros de las satrapías de Asiria, Babilonia y Susa, y

contingentes de sirios, albanos, capadocios, maquelonios, armenios, daeos, hircanos, uxianos y sarangos con sus botas de caña alta, y micios, utianos, paricanos, corasmianos y cisios con turbantes, y aracosios, cadusianos, arios, gandaros, sacesinios, gedrosianos, sogdianos, colquidios, sitacenos y etíopes y árabes vestidos con pieles de leopardo. Había doscientos carros con cuchillas, y quince elefantes de guerra con sus naires con taparrabos. Y por cierto había curtidos mercenarios griegos que ansiaban vengar la muerte de sus camaradas en Isos y el Gránico, incluso en Queronea.

Algunos enemigos (como el batallón de Inmortales llamado «Portador de Manzanas», que defendía a Darío) estaban ataviados con fina armadura de placas; otros llegaron al campo con escudos de mimbre, o desnudos, o empuñando sólo garrotes. No había oportunidad para estrategias sutiles contra esa fuerza tan variopinta. Los macedonios ignoraban cómo lucharían esos bárbaros. En cambio, Alejandro cumplió la promesa hecha a Egocéfalo y se limitó a presentar batalla, con una doble falange de Compañeros en el centro, Parmenión y la caballería tesalia a la izquierda, y los hipaspistas y los Compañeros a caballo junto a él, a la derecha. Estiró hacia atrás las restantes líneas de caballería, para impedir que lo envolvieran.

Mentiría si dijera que los macedonios afrontaron los trabajos de aquel día con plena confianza. Con su abrumadora ventaja numérica, Darío no tenía que prevalecer en el primer choque, ni siquiera el segundo, el tercero o el cuarto. Sólo necesitaba sostener su ejército el tiempo suficiente para desgastar a los macedonios, luego aplastarlos con sucesivas oleadas de reservas frescas. Éste no era un plan que requiriese un general sutil. Entre las filas de hipaspistas, percibí una inquietud que no había notado en Isos; muchos de esos hombres esperaban estar muertos por la tarde. Cuando vi a Alejandro esa mañana, no había rastros de la arrogancia con que había tratado al emisario de Darío. En cambio, estaba jovial hasta el delirio, como si al fin se cumpliera su deseo y pudiera evitar para siempre el puñal del magnicida. También noté que no corría el riesgo de estropear la armadura de Aquiles usándola en esta probable derrota.

Recordaréis que no pude guardar silencio ante las mentiras de Esquines cuando os habló de Gaugamela. Por cierto, Esquines no estuvo allí, así que quizá ignore hasta qué punto se ha distorsionado la historia de esta batalla. Mi grosería fue inoportuna, y me disculpo por ella. Pero tened por seguro que la lucha fue encarnizada, y fue espantosa, y aún hoy muchos macedonios pierden el sueño al recordar sus horrores.

Tomando la iniciativa, Arrideo dirigió la línea macedonia hacia delante. Sabía que eso era lo que esperaba Darío, que él se lanzara a la carga y quedara rodeado por ambos flancos. Pero su error era sólo aparente. En el momento oportuno, ordenó a los arqueros del ala derecha que girasen sobre los talones y enfilaran al sur, hacia una zona donde los persas habían allanado el terreno para sus carros. Su plan consistía en lograr que el enemigo extendiera sus líneas de forma indisciplinada, dejando brechas por donde irrumpiría Alejandro.

No funcionó. En cambio, la caballería bactriana de la izquierda de Darío afrontó al enemigo ordenadamente. En cambio, la línea macedonia se extendió hacia la derecha, dejando una amplia brecha entre los arqueros y los hipaspistas. La caballería masageta de Darío entró por ese hueco en un santiamén, hostigando la retaguardia macedonia. Fue una suerte que no penetraran en número suficiente para terminar la batalla allí mismo. En cambio, las filas traseras de los Compañeros de infantería dieron media vuelta y presentaron sus picas, obligando a los masagetas a encontrar presas más fáciles entre los animales de carga y la gente que acompañaba al ejército.

Darío envió a sus carros con cuchillas para ablandar el frente enemigo. A pesar de lo que ha dicho Esquines, los macedonios no derrotaron a estos temibles vehículos con sólo apartarse mientras pasaban. Las falanges intentaron sortearlos, pero los persas habían cambiado de táctica: en vez de avanzar desperdigados, los carros formaron una rauda cuña, demasiado ancha para eludirla. Una tormenta de proyectiles cayó sobre los carros, pero la mayoría logró pasar. Y los macedonios se toparon con otra sorpresa: los persas habían modificado los ejes para que los aurigas pudieran activar un resorte que extendía las hojas de hierro a los lados. Cientos de hombres fueron demediados. Aunque yo estaba a cierta distancia, hasta el fin de mis días recordaré los gritos de los macedonios. Luego, poco después de la batalla, vi el lugar por donde habían pasado los carros con cuchillas: en cientos de yardas sólo había extremidades y torsos tronchados. La muerte de esos hombres fue tan súbita que algunas piernas cortadas quedaron erguidas en el lodo, aún formadas en las filas rectas de la falange.

Lo que al fin detuvo a los carros fue la simple acumulación de cadáveres. Los torrentes de sangre que anegaban el suelo hicieron patinar a los caballos, mientras que pilas de cuerpos con armadura restaban velocidad a los vehículos. Con el tiempo las jabalinas y flechas macedonias hicieron su trabajo, y el último carro fue abatido. ¡Pero que nadie diga que fue tarea fácil!

Mientras sucedía esto, pequeños grupos de persas y algunos individuos mostraban su coraje saliendo al campo, retando a los macedonios. Con frecuencia, si un hoplita o hipaspista cometía la tontería de afrontarlos, los persas ganaban estos duelos. Pero cada una de estas victorias personales era una derrota, pues con su avance estos impetuosos persas abrieron brechas en sus líneas. Aquí, como en Maratón, Platea, Isos y un centenar de batallas más, los persas pasaron por alto el principio más importante de la guerra moderna: permanecer juntos, mantener la línea, aun a costa de parecer cobarde.

Arrideo no se dejaba amedrentar por reveses menores. Desde que yo había irrumpido en su escondrijo, parecía que se habían tomado más precauciones para que nadie descubriera su secreto. A diferencia de los demás macedonios, que usaban yelmos frigios o beocios que dejaban la cara expuesta, la cabeza de Arrideo estaba protegida por un yelmo de antiguo estilo corintio, con visera. Le habían quitado el penacho de crin de caballo, para que fuera menos conspicuo. Y también se alteró el

sistema de señales que usaba para impartir órdenes: en vez de enviar jinetes a comunicarse con los trompeteros, lo cual podía llamar la atención, los trompeteros estaban apostados al lado de Arrideo.

Llegó el momento en que el ojo infalible del idiota detectó una flaqueza significativa en la línea persa. Se dio la orden, sonaron las trompetas, y Alejandro avanzó en la punta de una cuña de caballería. Esta vez no usaba la panoplia de Aquiles sino la capa orlada de oro de la realeza macedónica, y debajo una cota de malla que había arrebatado al cadáver de un noble persa en Isos. Pero aunque hubiera estado desnudo, todos habríamos reconocido su modo de cabalgar agazapado, los hombros inclinados hacia el enemigo, la lanza en ristre.

Arrideo volvió a tener razón: la línea de infantería ligera que le cerraba el paso a Alejandro era demasiado delgada para detenerlo. Algunos enemigos fueron aplastados; los otros huyeron, abriendo un boquete en el frente persa. El boquete tenía poca profundidad, pues había miles de reservas detrás. Pero, inexplicablemente, los aliados de los persas no acudieron a tapar el agujero. En cambio, se quedaron petrificados en su sitio. Se negaban a pelear.

Aparte de los demás errores de Darío, este titubeo fue la causa de la derrota de los persas. Temerario y temible, Alejandro abatió una fila tras otra de tropas sin armadura, hundiéndose en medio del enemigo. Los hipaspistas oían su voz extraña y gutural.

—¡Matadme! ¿Quién de vosotros me matará?

Fieles a su tradición, los asiáticos rehuían esa aparición demencial y mortífera. Los hombres se desbandaron, desbaratando el ala izquierda persa. Cuando Alejandro se giró para buscar a Darío, la mitad del ejército del Gran Rey se había desperdigado en una retirada frenética y desordenada.

También hubo heroísmo en el otro extremo de la línea macedonia. La caballería de los partos y los medos asestaba duros golpes a Parmenión. Superada en número, su línea comenzó a desmoronarse bajo la presión. A fuerza de determinación, Parmenión logró que sus hombres sostuvieran la posición, hundiendo las picas en el suelo mientras los jinetes tesalios acudían al rescate. Fue una magnífica defensa en abrumadora inferioridad de condiciones, y el anciano la logró sin ayuda de Alejandro, pues no hubo ninguna arremetida de los Compañeros del Rey para salvar el pellejo de Parmenión. Cualquiera que hubiera estado allí sabría que esto es una fábula: esa línea tenía millas de longitud, y estaba erizada de obstáculos, como los restos de carros destruidos, cadáveres y elefantes desbocados. No, los aduladores de Alejandro no pueden cometer el despropósito de ensalzarlo como héroe del ala derecha y de la izquierda. Al concluir este juicio, sabréis con certeza al menos esto: Parmenión obtuvo la victoria de Gaugamela tanto como Alejandro.

El único objetivo del rey era un duelo final con Darío. Lo encontró aguardando en el centro, alto y desafiante en su carro. Como había perdido la lanza, Alejandro enarboló la espada, dirigiéndose hacia el Gran Rey. Darío estaba preparado, y

empuñaba una jabalina.

—¡Espérame, hermano! —gritó Alejandro, con lágrimas en los ojos.

—¡Ven a mí, querido muchacho! —respondió el embozado Darío.

Pero antes de que pudieran enfrentarse por última vez, el auriga del Gran Rey volvió grupas y huyó. No fue una orden de Darío. Al contrario, las protestas de Darío se oyeron con toda claridad, mientras fustigaba al auriga con su azote. No sé si Darío había ingerido *haoma* ese día, pero parece que el auriga sí. Todos los testigos hablaron de la expresión consternada de ambos reyes mientras aumentaba la distancia entre ambos. Aunque tuvieran diferentes motivos, ambos quedaron defraudados al verse privados de ese abrazo final.

Mi oponente ya se ha explayado sobre las consecuencias de Gaugamela, y no me demoraré en ellas. Lo más relevante para nosotros es que Alejandro quedó estupefacto ante su victoria. Luchaba como un hombre liberado de toda preocupación por el mañana, y al marcharse Darío afrontó súbitamente un universo de decisiones. El imperio del Gran Rey estaba finiquitado. Aquello que lo reemplazaría quedaba en manos de Alejandro. ¿Pero cómo podía un hombre que no creía en su propio futuro encarar la apropiación de un continente?

Cuando tenía dudas, Alejandro hacía regalos. Además de los diezmos habituales para los grandes santuarios, decidió que era su obligación honrar a cualquiera que hubiera realizado un acto de arrojo en los últimos ciento cincuenta años. Los descendientes de los caídos de Maratón recibieron sacos de dinero persa; se comprometió a reconstruir la ciudad de Platea por sus servicios contra Jerjes. Honró incluso a personajes oscuros, como Failo de Crotona, que había exhortado a sus compatriotas a enviar una trirreme para combatir en Salamina. No sé cómo se recibió aquí todo esto, pero a mí me parecía presuntuoso. De este modo Alejandro procuraba asociar su nombre no sólo con las victorias propias sino con todas las victorias, como si él hubiera inventado la valentía.

La partida de la corte de Darío había vuelto a dejar una estela de desechos suntuosos. Entre ellos destacaba Bagoas, el eunuco cortesano contra quien Esquines ha despotricado tanto, derrochando su precioso aliento. La única verdad que mi oponente ha dicho sobre él es que Bagoas sacrificó sus testículos. Aun en ese rubro, no sé cómo Esquines llega a la insólita conclusión de que Bagoas guardaba sus genitales secos, o que tenían el tamaño de garbanzos. ¿Por qué no el tamaño de aceitunas, Esquines? ¿O lentejas? Por mi parte, ignoro con qué clase de guarnición cabe comparar los cojones de Bagoas. A diferencia de Esquines, no daré testimonio sobre asuntos que desconozco.

Veo que todos ríen… y que el arconte vuelve a sospechar que me burlo de este proceso. Pero verá que yo no me río, y en verdad nadie debería reírse, ya que el tal Bagoas era una presencia turbadora en la corte de Alejandro. Pues es verdad que reemplazó a Hefestión en el lecho del rey, y en una época en que el lazo de Alejandro con su vieja vida de Macedonia se estaba debilitando. Es difícil describir la causa de

su encanto. Era hermoso, sí, pero con la astucia elusiva de un depredador. No podía ser confundido con una mujer, así como un capón no se confunde con una yegua. Pero para un hombre de los gustos y experiencias de Alejandro, debía de presentar lo mejor de la feminidad sin ninguna de las desventajas. No me detendré demasiado en ello; todos sabemos que los muslos blandos nunca son meros muslos blandos, sino que hay cien diferencias en tacto, olor y consecuencia cuando gozamos del varón más femenino o de la hembra más masculina. Alejandro, como he dicho, ocupaba el lugar de abajo con Hefestión. Con Bagoas, reclamó su lugar como jinete, y quizá empezó a imaginar mayores posibilidades para sí mismo, incluso montando mujeres, si era preciso.

El eunuco era un consumado bailarín y malabarista. También adquirió pericia en la manipulación de Alejandro. Cuando quería algo, sólo necesitaba decir «Darío me lo dio», y Alejandro se lo obsequiaba. Le bastaba con comentar que Darío había hecho alguna bobería para que Alejandro la imitara. A sabiendas, el monarca se convirtió en esclavo del eunuco. Habiendo jurado ayudar al rey, me ocupé de vigilar a Bagoas, y de ser necesario contrarrestar su influencia. Como veis, Esquines ha invertido la verdad: yo no conspiraba con Bagoas, sino contra él.

Podéis preguntaros qué pensaba Hefestión del nuevo compañero del rey. Sospecho que no le daba mucha importancia, aunque creo que el asunto era complejo, como casi todos los aspectos de su relación con Alejandro. El rey tenía la prerrogativa de tomar los amantes que quisiera; al margen de eso, la devoción de Hefestión por Alejandro era tan incondicional que los celos sexuales no tenían mayor sentido. Aun así, habrá existido la expectativa tácita de que la preferencia del rey por otro requeriría que Hefestión fuera compensado con una responsabilidad más independiente. Esto es precisamente lo que obtuvo.

En esta época nos llegaron noticias de Grecia que nos hablaban de la victoria de Antípatro sobre los rebeldes espartanos en Megalópolis. Se contaba que había sido una contienda feroz en que los combatientes terminaron luchando con las manos. Supimos que el rey Agis encontró una muerte gloriosa en la línea, mientras que Antípatro condujo personalmente a cuarenta mil Compañeros de infantería en la batalla, aunque tenía años suficientes para ser el abuelo de Alejandro.

La reacción en la corte de Alejandro fue ambigua. Al principio se temía que se tratara de un gran desastre. Cuando todos asimilaron que era una victoria, se produjo un gran bochorno, como si se hablara de algo malo. Los celos de Alejandro eran evidentes y perturbadores. Cuando el mensajero terminó de leer su recado, el rey agitó la mano como para desechar el asunto.

—¿En qué me atañe todo esto? ¡Son preocupaciones de ratones!

Pero la victoria de Antípatro sobre los espartanos era más impresionante que las ostentosas embestidas de Alejandro contra los persas. A fin de cuentas, era una batalla entre griegos, y cada antagonista defendía una tradición brillante y deseaba estar a la altura del legado de sus ancestros. A diferencia de Alejandro, Antípatro es

un hombre humilde. Celebró poco su victoria, y sólo profesó subordinación a su señor. Y a diferencia de Darío, el rey espartano inspiraba ferocidad en sus hombres. ¡Si Alejandro se hubiera enfrentado con algunos «ratones» como Agis en su camino, el viaje a la India habría sido muy largo!

Babilonia se rindió sin luchar, por la misma razón que Egipto: antaño había sido un lugar relevante pero su gloria se había disipado bajo el Gran Rey, así que nada le costaba cambiar un amo por otro. Al principio nos aproximamos a la ciudad por el Camino Real persa, y luego por las bien irrigadas llanuras mesopotámicas. En poco tiempo divisamos las almenas de una inmensa urbe, azul en la distancia. Estas fortificaciones infundieron humildad a los macedonios. Aplastar la línea persa era una cosa, pero reducir una ciudad con titánicos muros de ladrillo, con grosor suficiente para que dos carrozas circularan paralelas en lo alto, era otra historia.

La visión era aún más imponente de noche, pues las torres estaban muy iluminadas; más allá la corona de un radiante zigurat se elevaba a mayor altura aún. Algunos creyeron que la ciudad estaba en llamas, pues en Grecia se desconocen esas lámparas tan potentes, que generan un derroche de luz artificial. Pronto tuvieron la respuesta al acertijo, pues emisarios de la localidad de Menis llegaron al campamento y nos obsequiaron vasijas de arcilla llenas de *naphtha*. Se trata de un líquido negro que brota del suelo en ciertos lugares de esa comarca, entre ellos Menis, y se puede usar como aceite para lámparas, sólo que es mucho más potente. Los emisarios nos demostraron su poder rociando con esa sustancia el camino de la tienda de Alejandro. Cuando el rey apareció esa noche, a una señal encendieron una chispa, y el camino quedó bordeado por dos grandes telones de fuego. Alejandro quedó complacido con el espectáculo pero no se sorprendió, pues su tutor Aristóteles le había hablado sobre las notables propiedades de la *naphtha*.

Ignorando con qué talante nos recibirían los babilonios, nos acercamos a la ciudad en orden de batalla. Las puertas de la ciudad se abrieron y de ellas no salió un ejército hostil sino un torrente de admiradores. Los lados del camino estaban abarrotados de flores; una masa de ciudadanos más numerosa que nuestro ejército rodeó a los macedonios, con vivas y bienvenidas. Una embajada oficial, encabezada por el sátrapa Mazeo, recibió a Alejandro a las puertas. Bajo una tormenta de pétalos de rosa que caían ondeando desde las murallas, el persa se apeó de su carro incrustado de joyas, dejó su espada en el suelo y se arrodilló ante su nuevo amo. Alejandro desmontó e invitó a Mazeo a ponerse de pie. La muchedumbre rugió aprobadoramente, los leopardos con collar rugieron, y un coro de magos recitó las gracias a Marduk, cuya adoración los reyes persas habían reprimido, pero que Alejandro honraría, tal como hacía con todas las deidades locales.

La procesión continuó hasta la puerta de Ishtar, imponente con sus grandes imágenes esmaltadas de reyes y demonios, y entró. Marchando hacia el Éufrates, Alejandro observó un estupendo puente de piedra de más de cinco estadios de longitud. Cada palmo de esta maravilla estaba lleno de extasiados nativos que

agitaban banderines de tela donde estaba blasonada la silueta de Alejandro. Los babilonios, cuyas ideas del decoro difieren de las nuestras, no tenían empacho en ofrecer a sus esposas e hijas a los soldados macedonios en la calle. No pocas exponían un pecho o dos para endulzar su hospitalidad. Las riquezas y tentaciones eran tan abundantes que los macedonios se amilanaban ante la magnitud de lo que poseían. En comparación con Babilonia, Atenas era una ciudad provinciana, y Pella, la capital de Filipo, un mísero villorrio. Se cuenta que Hefestión se volvió hacia Alejandro y, remedando lo que yo había dicho al ver la tienda real de Darío, señaló: «Conque esto es una ciudad».

Esta admiración congeniaba con la gratitud que sentían los babilonios, pues el ejército no había saqueado el lugar. Aun así, existía cierta tensión, pues algunos aduladores arrojaban cosas más pesadas que pétalos de rosa sobre los macedonios; cuando derribaron la gran estatua de bronce de Darío, se produjo un silencio que expresaba más temor que alegría. Alejandro, temiendo que esta propiedad ganada a punta de lanza fuera saqueada a la primera oportunidad, prohibió a los babilonios entrar en los edificios públicos hasta nuevo aviso. Este edicto causó gran desconcierto y furor entre sus nuevos súbditos, sobre todo cuando los recién llegados decidieron alojarse en el antiguo palacio de Hamurabi.

Alejandro ganó ciertos adeptos, sin embargo, cuando prometió reconstruir el zigurat llamado Templo de la Cabeza Alta, y todos los templos de Bel que los persas habían profanado. Estas medidas le valieron el respaldo de las clases sacerdotales, que en tierras orientales ejercen una influencia que aquí ni podemos imaginar. Los agradecidos sacerdotes compartieron vastos conocimientos con los recién llegados: sus secretos de química, metalurgia, agricultura, sus treinta mil años de registros astrológicos. Los ingenieros del zigurat de Esagila enseñaron a nuestros ingenieros muchas cosas que les ayudarían en la construcción del faro de Alejandría. Los babilonios revelaron los secretos del bosque escalonado llamado los Jardines Colgantes, el cual, aunque había conocido mejores tiempos, aún superaba en ingenio y esplendor cualquier cosa hecha en el mundo griego. La única cuestión sobre la que no esclarecieron a los macedonios fue el destino del dinero de Darío: el tesoro real, sugerían, se debía de haber trasladado a Susa.

Notando que sus rústicos liberadores se dejaban deslumbrar por trucos baratos, los sacerdotes babilonios organizaron espectáculos de magia para entretenerlos. Esto era inocuo, hasta que los macedonios decidieron experimentar por su cuenta con la *naphtha*. Un niño que trabajaba en la caravana de bagajes se prestó jovialmente a ser rociado y encendido. Parece que ni el niño ni los demás macedonios entendían que esta sustancia generaba calor al arder. Tan grande fue su sorpresa que murió con una expresión de azoramiento. Encogió los hombros con resignación, y también los espectadores, hasta que nada quedó del niño salvo un guiñapo carbonizado.

Como turista, Alejandro parecía disfrutar del lugar. Sus maravillas arquitectónicas y su posición geográfica central en el futuro imperio lo recomendaban como capital.

Pero al cabo, cuando se enteró de los incordios que suponía la administración de una ciudad tan imponente, con una superficie amurallada de más de ciento ochenta millas cuadradas, una población tan grande como toda Macedonia, y hordas de sacerdotes expertos en el fastidio y la adulación, ese trofeo perdió su atractivo.

Se quedó allí un mes sólo porque no sabía qué hacer a continuación. Arrideo no podía ayudarlo en esta cuestión. Entonces Hefestión aprovechó la oportunidad para reconquistar su posición al lado de Alejandro, urgiéndolo a conquistar toda Asia. El rey accedió por la mera razón de que no deseaba regresar ni quedarse donde estaba. Cuanto más se alejaba del trono de Pella, más asociaba ese lugar con Filipo, cuya autoridad paterna llegó a detestar. El amigable dios Amón nunca lo había azotado, ni había echado a sus amigos del palacio, ni le había restregado en las narices su dominio del universo. Y tampoco le atraía mucho la idea de reencontrarse con Olimpia.

Así, con Hefestión, trazó planes para una nueva guerra y reorganizó el ejército. Es decir, le dio a Hefestión carta blanca para vengarse de aquéllos que le habían faltado el respeto, disolviendo unidades cuyos oficiales habían gastado bromas a su costa, o habían propagado rumores poco halagüeños, o lo habían mirado con el ceño fruncido. En esta misma época, tomó más persas a su servicio, por la sencilla razón de que sabían cómo administrar aquello que los macedonios habían conquistado. En muchos casos Alejandro simplemente aceptaba el juramento del sátrapa o reyezuelo que encontraba en las tierras que atravesaba. Se habla mucho de la «sabiduría» de Alejandro en este sentido, de su presunto respeto por la tradición lugareña y las costumbres nativas. Pero en esto no había innovado nada, sino que emulaba la política de los Grandes Reyes, que eran maestros en adueñarse de los tesoros y delegar el resto.

¡Y qué tesoros! No había precedentes para la fortuna que se recaudó en esta marcha: diez mil talentos en Sardes, cincuenta mil en Susa, ciento veinte mil en las arcas reales de Persépolis. Se trata de cifras a cuya luz se torna absurdo el carácter precioso de la plata y el oro. Aunque Alejandro reconocía la utilidad del dinero, no se regodeaba, como muchos macedonios, en mirarlo, olerlo y tocarlo. Para él, sólo servía para regalarlo, preferiblemente por talentos. Así nos cuentan que el rey entregaba recompensas de un talento por logros cada vez más triviales: un talento por cada hombre en una fila de infantería bien formada; un talento por la diestra ejecución de la cítara durante la cena; un talento por una coraza bien bruñida o por limpiar el estiércol de camello en el campamento. Tan exagerado era Alejandro en estas dádivas que sus hombres fueron presa de expectativas desmesuradas. Los soldados comunes llegaron a esperar un talento por la mera proximidad del rey; si lo pasaban por alto, un buen guerrero que antaño se habría puesto eufórico con un halago del rey se alejaba mascullando: «¿Cómo, ningún talento?». Alguien tendría que haber explicado al rey que los regalos, como cualquier placer, pueden transformarse en vicio si se prodigan sin reservas. Pero no es sorprendente que sus

amigos no se molestaran en hacerle esta aclaración mientras extendían las manos.

XI

De la célebre «victoria» de las Puertas de Susa sólo puedo decir que fue un colosal derroche de vidas. Cualquier comandante con un mínimo de respeto por su enemigo habría previsto que los persas bloquearían ese paso. Yo mismo le advertí a Alejandro de que podían tenderle una emboscada. Pero el joven rey ya volaba en alas de su propia leyenda, y no pudo adoptar la simple precaución de entrar en Persia por la ruta de la costa. A mi juicio, sólo logró cruzar el paso gracias al instinto de Arrideo y la energía de los macedonios. Nadie más merece alabanzas por sobrevivir a esta majadería.

El ejército salió de Mesopotamia e ingresó en la tierra natal del enemigo. Nos dirigíamos a la sede de la realeza aqueménida en Persépolis, pero antes Alejandro tenía que llegar a la meseta de Persis atravesando los montes Zagros. Para ello llevó consigo sólo a sus fuerzas más móviles, elementos de los hipaspistas, los aliados agrianos, sus mejores exploradores; las tropas pesadas quedaron al mando de Parmenión y recibieron órdenes de coger el largo camino de la costa.

No encontramos resistencia hasta llegar a las Puertas, e incluso atravesamos la mayor parte del paso hasta llegar a la parte angosta. En ese punto la marcha fue detenida por una tosca muralla de bloques que había edificado el enemigo. Los macedonios se preguntaban cómo franquear la muralla cuando un alud de piedras, flechas y jabalinas llovió sobre ellos: los persas les habían tendido una trampa. Alejandro ordenó a sus tropas que buscaran refugio, aún imaginando que se abriría paso por la fuerza, cuando el enemigo arrojó peñascos sobre sus hombres, de modo que sus escudos alzados ya no servían como defensa. La posición de Alejandro era desesperada; el enemigo se había atrincherado en las laderas, donde los macedonios no los veían, y no se podía organizar un contraataque. Alejandro ordenó una retirada general. Los persas dieron vivas al ver por primera vez la espalda del joven rey.

Con el eco de los gritos persas en los oídos, Alejandro condujo a sus hombres en la maniobra más rigurosa de la campaña. No era sólo una cuestión de orgullo: la conquista de un imperio tan vasto llevaría décadas si permitía que los persas se le opusieran en cada lugar que podían. Para desalentarlos, Alejandro sólo aceptaba la aniquilación total e instantánea de toda resistencia. Pero ese día los macedonios ya habían perdido más hombres que durante la batalla del Gránico, mientras que los persas no habían sufrido una sola baja.

Crátero y Ptolomeo sugirieron eludir el obstáculo cogiendo la ruta de la costa. Pero como los macedonios habían dejado muertos insepultos en la garganta, Alejandro no podía sumar la profanación a la derrota. Además, se negaba a conceder a los persas la gloria de invertir el resultado de las Termópilas, donde los lacedemonios habían demorado la invasión de Jerjes. Pidió que le llevaran a todos los persas capturados en la zona, y les preguntó si conocían alguna ruta oculta que

permitiera sorprender al enemigo por el flanco. Bajo amenaza de tortura, esos hombres juraron que no había modo de sortear la muralla, todos salvo uno. Este sujeto, un pastor, sugirió una posibilidad, pero luego pareció retractarse.

—Ese camino es sólo una trocha para ovejas —le dijo a Alejandro—. Tus hombres no lograrán cruzarlo.

—¿Estás diciendo que no podemos ir por donde van tus ovejas?

—Estaréis a oscuras, y hay nieve —fue la respuesta.

Después de tal desafío, Alejandro no podía aceptar otra decisión.

—Prepárate para guiarnos —le dijo al prisionero—, y no dudes que te seguiremos, sea cual fuere la dificultad.

Crátero quedó al mando del campamento, y se le dieron mil hombres para emprender un ataque de distracción contra la muralla. Al caer la noche, los macedonios siguieron al pastor por un saliente angosto, hasta el peñasco que dominaba la garganta.

El prisionero no había exagerado la estrechez del sendero. En ciertos sitios era sumamente reducido, y a menudo desaparecía bajo la nieve, tal como él había advertido. Como no podíamos usar antorchas, y las paredes de la garganta velaban la luz de las estrellas, andábamos a tientas en la oscuridad, confiando en que nuestro guía no nos llevara a otra trampa, o a un precipicio. Los macedonios usaban picas para tantear el terreno, o para mantenerse en contacto con los camaradas que cogían el otro extremo; así se salvaron muchos, pues las sarisas de sus compañeros les impidieron caer en el abismo. Cuando alguien resbaló y rodó a un lado, esta desgracia se sintió más que se oyó: mientras se despeñaba, ese hombre guardó un valeroso silencio y no delató la posición del ejército. No obstante, la desesperación nos dominaba a medida que el sinuoso sendero ascendía, y tuvimos que abandonar bártulos en el camino.

—¿Ves? —le susurró el pastor a Alejandro—. ¡Te dije que era imposible!

Con el tiempo el sendero se niveló, y luego empezó a descender. Cuando los primeros dedos de luz tocaron el cielo del este, vimos allá abajo el humo del campamento persa. Los macedonios jadearon al comprender que habían tenido éxito. Alejandro ordenó silencio, e impartió sus órdenes para el ataque final: Ptolomeo, con los hipaspistas, caería sobre el enemigo por el sendero que el prisionero les había mostrado. Alejandro y los agrianos, entre tanto, irían al otro lado del paso y acometerían desde ese sector. Confiaba en que Crátero oyera el ataque y lanzara una embestida frontal en el momento crítico.

La batalla se desarrolló tal como él había planeado. Alejandro irrumpió en el campamento, tomando a los persas por sorpresa, mientras Ptolomeo acometía desde arriba. El ataque de Crátero hostigaba a los efectivos de la muralla, así que los persas estaban arrinconados por todas partes. Miles perecieron antes de que el sol trepara por las colinas y revelara la magnitud del enfrentamiento. Ese día no estaba destinado a alumbrar las Termópilas persas.

Quedaba abierto el camino a Persépolis. En esta ciudad, sinónimo del poderío del Gran Rey, los griegos de las ciudades jónicas habían tenido que hincarse de rodillas durante generaciones, y el botín de todo un continente aguardaba al vencedor de Gaugamela. Con la caída del paso de Susa, la capital de Ciro, Darío y Jerjes quedaba a merced del joven rey de un pueblo desdeñado por los caudillos persas como una raza servil. Pero, como el portero tracio le dice a Hipias en *Los cuervos* de Aristófanes, parece que ahora la rodilla arqueada está sobre el pie del otro.

Uniendo sus fuerzas con las de Parmenión, Alejandro marchó sin prisa hacia la ciudad. En el camino lo recibieron dos comitivas: primero, emisarios de Tirídates, chambelán real, que suplicaba a los griegos que avanzaran sobre la capital con celeridad, pues una turba se disponía a saquear las arcas. Ansioso de proteger su patrimonio, Alejandro apuró la marcha, hasta que una segunda partida lo paró en seco.

Era como si un ejército de cadáveres hubiera salido al encuentro de los macedonios. Estos suplicantes eran cuatro mil griegos que los nobles persas habían puesto en libertad mientras huían; no eran cadáveres sino hombres vivientes, como los soldados de Alejandro, pero allí terminaba toda semejanza con estos patéticos esperpentos. La mayoría había sufrido mutilaciones en los ojos, la nariz, las orejas y las extremidades. Estas atrocidades evidenciaban un humor depravado, como la amputación de todos los dedos salvo el meñique de la mano izquierda, o la extracción de la mandíbula inferior. Otros mostraban las cicatrices de quemaduras, hierros candentes y azotes, o tatuajes que los definían como perros atados a la casa de sus amos persas. Varios de estos desventurados —los que aún podían hablar— fueron llevados ante Alejandro para contar historias que invariablemente referían años de tortura implacable y displicente brutalidad, tan desgarradoras que el rey sollozó abiertamente, clamando que no resistía más.

Los prisioneros recibieron refugio y comida, y la promesa de que podrían regresar a sus hogares con dinero suficiente para no sufrir privaciones por el resto de su vida. Si no tenían hogar al que regresar, o no podían soportar la reacción de sus compatriotas ante sus desfiguraciones, recibirían tierras y esclavos para asentarse en el imperio de Alejandro.

Esquines tiene razón: si los persas hubieran aplicado la mitad del ingenio que demostraron atormentando a esos desdichados a perfeccionar sus tácticas de combate, Alejandro nunca habría pasado del Gránico. Lo que no mencionó, sin embargo, es que muchos de estos ex esclavos eran oriundos de lugares que fueron destruidos por Alejandro o su padre. Los había de Tebas, Anfisa y Olinto, y habían estado lejos tanto tiempo que desconocían el destino de sus ciudades. Así que cuando los pobres desgraciados llegaron renqueando, reptando o en brazos de otros ante la presencia de Alejandro, y le agradecieron por liberarlos para que pudieran volver a ver su amada Cadmia, el rey sólo pudo desviar los ojos con culpa, pues él se había encargado de derribar Cadmia piedra por piedra. En vez de la verdad, los prisioneros recibieron

dinero para el viaje y una escolta para regresar a Grecia.

Quién sabe qué pensaron de su liberador cuando llegaron al páramo donde otrora se erguía su ciudad. ¿Estos hombres embargados por la nostalgia se regocijaron al ver que los macedonios habían perdonado la casa de Píndaro? ¿Captaron la ironía, digna de la imaginación de un trágico, de preservar la casa de un poeta sin dejar nada de lo que el poeta amaba? ¿O sólo sollozaron?

Fuimos la última generación de la humanidad que vio en toda su gloria la gran ciudadela de Persépolis, o Parsa, como la llamaban los bárbaros. En ninguna parte hay un paisaje con el que pueda compararla, pero diré que semejaba una masa de majestuosos monumentos dispuestos en el tablero de un gigantesco juego de mesa. Hablo de tablero porque se erguía sobre una terraza artificial, rodeada por una comarca chata, y porque el lugar evocaba el modelo de un arquitecto. Al mirarla por primera vez, sólo vi una majestuosa pero improbable abstracción. Cuando volví a mirarla diez años después, al regresar a casa, la realidad se había impuesto sobre el sueño: el polvo barría los salones de audiencias, los árboles ornamentales estaban secos y los granjeros se llevaban las piedras calcinadas. Sintiendo curiosidad por la respuesta, le pregunté a un granjero qué había sucedido allí.

—Vinieron los griegos —me dijo.

Como imaginaréis, su contestación me enfureció, pues sólo una griega había participado en esa barbaridad, y esa griega era una cortesana. Pero ni siquiera ella había arrojado la antorcha fatal. He aquí lo que sucedió.

Primero, algunas aclaraciones: cuando Esquines relató el saqueo de Persépolis, se refería al saqueo de la ciudad adyacente a la ciudadela. Era un asentamiento construido con ladrillos de barro, y contenía las viviendas de los criados que cuidaban el palacio y los artesanos que siguieron trabajando allí hasta el día en que lo destruyeron. Parsa nunca fue una obra concluida, y nunca estuvo habitada de veras. El hecho de que la codicia de los soldados macedonios se pudiera satisfacer de esta manera da testimonio de su opulencia. ¡Fue el pillaje más lucrativo que muchos habían presenciado en una vida de saquear ciudades griegas, y sólo habían visto los aposentos de la servidumbre!

No, los auténticos tesoros fueron saqueados por un grupo más discreto y selectivo. Mientras empezaba a elevarse el fulgor de los incendios al pie de la ciudadela, y los gritos de persas asesinados y violados atravesaban las paredes de azulejos, Alejandro y sus amigos recorrían el palacio de Darío a la luz de las antorchas, con el chambelán del Gran Rey. Les llevó toda la noche atravesar el laberinto de pilones y palacios, armerías y establos. Ni siquiera los jardines tenían parangón en Grecia o Macedonia, con grandes estanques espejados flanqueados por granados, azufaifos, sauces y tamariscos, y provistos con enormes carpas que prácticamente nos hociqueaban la mano para alimentarse. Pavos reales e ibis se paseaban por los senderos, y oculto entre los jardines ornamentales, dijo nuestro guía, quedaba el único superviviente de la gran colección de tigres de la India

domesticados del Gran Rey.

La mayor emoción quedó reservada para las arcas. Era la gran sala, la bóveda del gran Darío, que contenía la fortuna en lingotes que he mencionado, por un valor de ciento veinte mil talentos.

La cámara estaba demasiado oscura para el gusto de la partida, así que encendieron un brasero con el combustible que había a mano. Bajo su lumbre, se maravillaron ante un espectáculo de metal reluciente que indujo a algunos, como Ptolomeo, a caer de rodillas en un arrebato de éxtasis pecuniario. Se pidieron más braseros, y se apilaron libros viejos para alimentar las llamas, hasta que el guía persa enmudeció y palideció.

—¿Qué sucede? —preguntó Hefestión con una sonrisa.

—Estáis quemando el manuscrito original del *Auesta*, doce mil hojas en letras de oro, dictadas por Zaratustra. Tiene mil años de antigüedad.

—¿Qué antigüedad tiene esto? —preguntó Alejandro, alzando una copa laminada de oro.

El gusto del rey, como veis, era diferente: el oro le interesaba más cuando se usaba para laminar objetos elegantes, como la vajilla que usaba a la mesa, o las exquisitas vigas de cedro que sostenían los tapices que pronto refrescarían su testa coronada.

La impresión que yo había tenido desde lejos, pensando que ese lugar era una especie de casa de muñecas de la realeza, se fortaleció cuando entré. Las puertas talladas y las columnas palmeadas no parecían tener un estilo distintivo. O quizá deba decir que tenían una especie de estilo impersonal que era griego, egipcio y babilónico al mismo tiempo, y en consecuencia no era ninguno de ellos. Aunque entendíamos que Darío padre había iniciado la construcción de la ciudadela mucho antes de la primera invasión de Grecia, los suelos no parecían raspados por cortesanos postrados, y los briosos toros de piedra no habían sido apreciados por ojos humanos. Ni siquiera la vajilla real parecía haber sido usada.

No estábamos preparados para encontrar templos o santuarios de ninguna clase en Persépolis, pues Heródoto escribió que los persas abjuraban de esas cosas. Fuimos unos necios al dar crédito a Heródoto: allí había un espléndido templo del fuego, reservado para uso del Gran Rey y su familia. Era una sala octogonal sin ventanas, sin el adorno de esas fruslerías pseudoegipcias o pseudobabilónicas que veíamos en otras partes. Las paredes estaban embadurnadas con una ceniza fina, negra y aromática que seducía el olfato y devoraba toda la luz salvo el fulgor de la llama sagrada. La atmósfera era sepulcral e íntima al mismo tiempo, como el tocador de Perséfone.

A diferencia de nuestros templos, no albergaba ninguna estatua del dios, y el altar estaba dentro del templo. Éste era un lecho de ascuas ardientes en una plataforma elevada. Se dice que este fuego, el Atash Bahram, se había encendido por primera vez en tiempos de Zaratustra, siglos antes, y se había llevado a Parsa desde el este en una

vasija de arcilla, durante el reinado de Ciro el Grande. Al principio pensé que esto era una mera fábula. ¿En todos los años transcurridos desde entonces, después de tantas invasiones y tumultos, el Atash Bahram no se extinguió ni una sola vez?

Empecé a creer la leyenda cuando Parmenión anunció que sus exploradores habían capturado a dos sacerdotes persas que huían de la capital en distintas direcciones. Cada sacerdote llevaba una vasija de arcilla con ascuas ardientes del fuego sagrado. Como los zoroástricos consideraban que el número tres era sagrado, sospecho que un tercer mensajero escapó del cerco de Parmenión. Las ascuas que llevaba quizá ya hubieran encendido otro Atash Bahram, a buen recaudo de los macedonios, así como de los invasores asirios, medos, cimerios, escitas y babilónicos en otros tiempos.

En todo caso, Alejandro no tenía interés en apagar el fuego. Al contrario, declaró que lo veía insalubremente débil. Ordenó que trajeran sillas y mesas de madera de otras partes del palacio, las partieran y las arrojaran al altar para que ardiera como una fogata de campamento. Los sacerdotes no osaron demostrar aprobación ni reprobación, sino que permanecieron a un lado, sonriendo crispadamente, mientras el fuego hacía bailar sus sombras en las paredes desnudas que había a sus espaldas.

La culminación del recorrido fue la sala del trono. La llamaban el Salón de las Cien Columnas, un nombre que describía una verdad literal. También aquí era asombrosa la combinación de derroche con inutilidad práctica, pues en ninguna parte del Salón había una visión del trono que no estuviera obstaculizada por una columna. Esto sólo podía ser obra de una mente enérgica pero perversamente extravagante.

Mientras Alejandro encaraba el trono del Gran Rey, vio que alguien había derribado una gran estatua de Jerjes, antepasado de Darío. Como solía hacer en los momentos dramáticos, caviló conspicuamente.

—¿Te volveré a poner de pie, Jerjes, ya que el corazón de un león palpitaba en tu pecho? ¿O te dejaré tendido como corresponde al granuja que cometió tantos crímenes contra los griegos?

Parecía una buena pregunta, aunque a Alejandro no le interesaba responderla, pues había reparado en el disco alado que estaba labrado sobre el trono. Señaló la inscripción que había debajo.

—¿Qué dice? —le preguntó al chambelán.

—Dice que el Gran Rey de Reyes ha construido un palacio apropiado para Ahura Mazda, Anahita y Mitra, que los dioses aprueban lo que ha hecho en el nombre de la *asha*, o rectitud. Dice que mientras Ahura Mazda honre al rey como su doble terrenal en la gran lucha contra los devas, su hogar nunca sufrirá degradación.

—¿Los devas?

El incómodo chambelán tardó largo tiempo en responder.

—Son sicarios del Espíritu Hostil, Angra Mainyu. Son portadores del caos y la destrucción.

Alejandro asintió y pasó frente al trono sin sentarse. Quizá la advertencia de

Ahura Mazda lo hubiera disuadido, pero lo más probable era que no quisiera arriesgarse a repetir el traspié del trono de Susa, cuya altura había impedido que sus piernas demasiado cortas llegaran al suelo.

Alejandro permaneció en Persépolis casi cinco meses. Al languidecer la euforia de la conquista, la resolución de seguir avanzando se disipaba. El mandato de las ciudades griegas, a fin de cuentas, sólo contemplaba la liberación de los jonios. A pesar de sus exabruptos ante el emisario persa, llegó a temer que todos sus logros —desde la destrucción del ejército persa en tres ocasiones hasta la ocupación de Babilonia y la captura de la sede real— apestaran a arrogancia. Para cambiar su opinión, Hefestión, Ptolomeo y los demás lo acuciaban sin tregua, argumentando que una interrupción de la ofensiva provocaría un contraataque. Si Darío no regresaba ese año o el siguiente, regresaría en diez años o veinte. Además, ¿en qué podían preocuparle a un dios como Alejandro los balidos de los chismosos de Grecia? Aun para un rey mortal como Filipo, esas gentes contaban poco.

Cundieron murmullos de indignación. Aunque Golondrina estaba habituado a las hipérboles forenses, el constante desprecio de los macedonios por los griegos empezaba a irritarlo. En este aspecto, si la mitad de las declaraciones de Macón eran ciertas, el fiscal Esquines estaba en un brete.

Mientras se realizaban estas discusiones a puerta cerrada, los macedonios se distraían con certámenes. Actores, atletas, narradores y músicos de Grecia llegaban en procesión por el Camino Real de Sardes. Entre ellos estaba Tétalo el actor, que ha sido muy celebrado por sus intervenciones en las obras de Sófocles, aquí y en el palacio de Pella, donde se familiarizó por primera vez con Alejandro. En los años anteriores a su ascenso, el príncipe a menudo se valía de Tétalo como enviado extraoficial. Tras su éxito militar, no se olvidó de su amigo. Con los auspicios de Alejandro, Tétalo recibió fondos para producir *Las bacantes* de Eurípides en cualquier parte de Persépolis que deseara.

Tétalo escogió como fondo una gran escalera procesional del palacio de Darío. Ésta representaba la sala de recepción de Penteo, rey de Tebas. Como sabéis, en la culminación de la obra Penteo intenta espiar los ritos de Dioniso vistiéndose de mujer, pero es desenmascarado por las frenéticas celebrantes. Con inspirado ingenio escenográfico, Tétalo hizo que Penteo, en vez de trepar a un abeto, se encaramara a una de las grandes estatuas talladas de Darío. El público rugía de deleite mientras las ménades derrumbaban la estatua para capturar a Penteo, que fue personificado con maestría por el propio Tétalo. Se maravillaron mientras el actor que representaba a la madre de Penteo, cautiva del dios en su éxtasis, lanzaba espumarajos por la boca, desechaba las patéticas súplicas del hijo y le arrancaba el brazo. También en esto Tétalo era un innovador, pues el acto se realiza en el escenario mientras el mensajero lo describe. Astutamente, Tétalo diseñó un disfraz con un brazo postizo, ocultando el brazo real bajo la capa. Esta producción ofrecía un tipo de espectáculo que nunca vemos en el teatro de Dioniso, pero quizá represente el futuro, a juzgar por la

reacción de los macedonios y los persas. ¡He allí a un auténtico maestro de la escena, en contraste con las artes mediocres de nuestro amigo Esquines!

También se acercaron a Alejandro artistas de otra laya. Pienso especialmente en una cortesana llamada Tais. Era famosa aquí en el pasado. Por las reacciones de algunos de los caballeros pudientes del jurado, veo que estaban familiarizados con ella. En sus tiempos poseía belleza, pero tened en cuenta que era una de esas mujeres que son bellas al margen de su apariencia.

Hoy se dispone a unirse con Ptolomeo en el trono de Egipto. No me sorprende que ella se aliara con ese personaje. Son tal para cual. Aunque nunca hayáis pagado por sus servicios, conocéis a esa clase de persona: para los desconocidos, impecable, inaccesible, impoluta. Muéstrale unas dracmas y será tu mejor amiga, y gastarás dinero a raudales para deslumbrarla. Muéstrale unas más, y será descarada y mal hablada, y te dejará jadeando, pero mantendrá las piernas cerradas. ¡Nunca se supo bien cuánto costaba apartar esos muslos! Pero dicen que cuando martilleabas sus puertas ella se ganaba su apodo, «el Apretón de Manos».

Así sucedió que Tais, con su labia, logró entrar en el palacio y ocupar un diván en la sala de bebedores de Alejandro. Al principio se calló la boca, y se quedó sentada mostrando sus brazos blancos a través del quitón, conformándose con empinar el codo a la par de nosotros, soldados curtidos, copa por copa y crátera por crátera. La conversación tocaba diversos temas, entre ellos la política, la comida y las extravagancias de ciertas sectas matemáticas. Tais estaba preparada para lucirse en todos ellos, y tomó partido por Calístenes en un debate con el rey y conmigo sobre la existencia de lo que llaman números «irracionales».

—No se puede negar —proclamó el historiador— que si imaginamos un cuadrado con lados de una unidad de longitud, la diagonal de ese cuadrado será la raíz cuadrada de dos. Por mucho que lo intentemos, no podemos hallar una unidad fija de ninguna longitud que divida parejamente ambos en la longitud del lado o la diagonal. Son, como dicen los pitagóricos, inconmensurables.

—Salvo que conozcas todas las unidades comunes posibles, no entiendo cómo puedes saber eso —le respondí.

—Tu opinión es compartida por otros —dijo Tais—. El primer hombre que demostró la existencia de números irracionales fue expulsado de la orden de los pitagóricos. Sus colegas le ofrecieron una ceremonia fúnebre y una tumba, como si su sugerencia equivaliera a un suicidio intelectual.

—No obstante, Hipaso tenía razón —añadió Calístenes.

Alejandro meneó la cabeza.

—Yo tomo partido por el soldado, y coincido con Macón. Nadie puede afirmar que sabe que no existe ningún factor común mientras no los haya probado todos.

—¿Y por qué no lo intentamos aquí y ahora? —preguntó Tais. Con esas palabras, se desató el cinturón y se arrodilló en el suelo. Los mosaicos del centro de la sala tenían un diseño cuadrangular. Estirando el cinturón en una longitud equivalente al

lado de la figura, primero demostró que la diagonal del cuadrado tenía aproximadamente la mitad de longitud del lado. Mientras hacía esta demostración, los hombres no observaban el cinturón, sino la displicente exposición de un pecho tan firme y terso como el de una virgen.

Por muchas veces que plegara el cinturón, de un medio a un cuarto a un octavo de la longitud del lado, ninguna cantidad de unidades enteras encajaba en la diagonal. Siempre sobraba tela. Asimismo, una areola oscura insistía en presentarse, liberándose de los pliegues.

—Como veis, son inconmensurables.

—¡Una demostración sumamente reveladora! —aplaudió Calístenes.

—Reveladora, sí, pero no demostración —dijo el rey—. Puedo imaginar unidades mucho más pequeñas de las que Tais puede hacer con un trozo de tela. ¿Cómo sabemos que ninguna de ellas se puede dividir parejamente en ambas líneas?

—Lo sabemos porque se trata de una prueba matemática.

La discusión continuó un rato sin que ninguna de las dos partes convenciera a la otra. Pero Tais no sólo era competente en cuestiones geométricas, y se adueñó de la sala a medida que el vino circulaba y la lengua de los hombres se anudaba. Cogió la cítara y tocó una melodía romántica, luego volvió a tocarla con una letra atrevida que improvisó en el momento. Recitaba con soltura a Homero, Hesíodo y Píndaro, pero sobre todo versos de Eurípides, pues había hecho sus averiguaciones. Y bailó, creando música en la mente de los hombres con el contoneo de sus caderas, alzando la túnica para mostrar los muslos.

Al culminar la velada, todos la mirábamos con un afán evidente, incluido el rey, que se ruborizó como un chaval enamorado por el placer que ella le causaba. Pero antes de que nadie hiciera ninguna proposición, ella encauzó la conversación hacia la política y la historia.

—Mi familia era rica —dijo— antes de que los persas llegaran al Ática. Teníamos granjas cerca de Dekeleia, y una casa en la ciudad. Mis antepasados cumplieron sus deberes cívicos: corrieron en la batalla de Maratón, comandaron buques en Salamina. Había un trípode dedicado a la obtención de un primer puesto en el festival de Dioniso. Fue destruido cuando Mardonio incendió la ciudad en su segunda ocupación…

Mientras contaba esto, sus modales perdieron toda aura de seducción. Era íntima, confesional, y mostraba mucho más que los brazos y los muslos. ¿Para quién hablaba? Nosotros pensábamos que era sólo para nosotros, al margen de su deferencia hacia Alejandro. Mientras hablaba de los incendios de Mardonio, las llamas de los braseros ardían en sus ojos. Un mechón de cabello, tan cautivador cuando se le había aflojado durante la danza, cayó sobre su mejilla, como el de una niña azotada por el viento al pie de la acrópolis ardiente.

—Mi familia nunca se recobró de las depredaciones del Gran Rey. Para sobrevivir, mi madre tuvo que alojar a sus hijos en diversas casas de la ciudad. No es

difícil entender qué significaba «alojamiento»: a cambio de ciertos honorarios, nos dejaban en manos de hombres sin escrúpulos que tenían pocos miramientos por nuestra edad. A mí me pusieron al servicio de un sujeto llamado Bitto, que poseía una casa a poca distancia del Hermes Susurrante. So pena de una paliza, yo tenía que colaborar con su empresa delictiva: como tenía la bendición (o la maldición) de una cara bonita, debía mostrarme ante los varones que pasaban por la calle. Cuando llegaban los inevitables insultos, yo debía hacerlos entrar en la casa para que retozaran conmigo. Esto continuaba hasta que Bitto se las apañaba para «sorprendernos». Fingiendo que montaba en cólera por el agravio infligido a su única hija, encerraba a los hombres en la casa y declaraba que regresaría con otros de la familia, para que juntos pudieran aplicar la justicia pertinente. Naturalmente, las víctimas prometían cualquier tipo de pago para evitar este destino.

»Con estas extorsiones, y mediante mi ruina, Bitto alcanzó un elevado estilo de vida. Ninguna de las víctimas sospechaba que yo ya no era inocente, y yo lo atribuía a mi edad (sólo diez años) y la ignorancia de la mayoría de los hombres en lo concerniente a la anatomía de las mujeres. Con experiencia, logré engañar a la mayoría ofreciéndoles mi ano, o la oportunidad de frotarse entre mis muslos, tan ignorantes eran. Pero con el transcurso de los meses crecía mi desesperación, pues no parecía haber manera de escapar del poder de Bitto. Y con la desesperación perdí el miedo. Juré ante los dioses que viviría para desquitarme de él.

»Mi oportunidad llegó cuando llevé a mi lecho a un hombre mayor llamado Evaces. Este sujeto me resultaba muy agradable, pues era gentil, y usaba ropas bonitas, y parecía tener pocos vicios salvo cierta debilidad por las jovencitas. Cuando Bitto activó su trampa, le dije a Evaces que no se preocupara por sus exabruptos, sino que confiara en mí. Cuando Bitto amenazó con traer a sus hermanos, le indiqué a Evaces que respondiera al desafío. Enfurecido, Bitto abrió la puerta y amenazó a Evaces con un cuchillo. En ese punto, frente a muchos testigos de la calle, proclamé que yo era hija de Evaces, no de Bitto. Bitto despotricaba de rabia, pero no pudo decir nada cuando los hombres de la multitud exigieron que demostrara su relación conmigo; nos cerró el paso para impedir que escapáramos, pero se echó atrás cuando Evaces amenazó con llamar a un representante de los Once.

»Y así llegué a la casa de Evaces, donde viví como manceba hasta los dieciséis años. Cuando Evaces falleció por causa de una enfermedad, se cercioró de dejar tres minas a su hermano para costear mi mantenimiento. El hermano honró el deseo del moribundo durante varios meses, pero renegó de su responsabilidad alegando que como mujer libre yo estaba a cargo de mis familiares, aunque no hubiera visto a ninguno en muchos años. En vez de regresar a los parientes que me habían vendido a costa de mi honra, tomé lo que pude de la casa de Evaces y viajé a Corinto. Allí aprendí las artes más refinadas de la única profesión que podía practicar.

»Sé lo que pensaréis de mí al verme aquí con vosotros. Pero debéis saber que yo habría tenido otro destino, los dioses mediante. Pienso en las muchachas de la Atenas

de hoy, a salvo por la fuerza de tu protección, querido rey. No les será menester practicar las artes de las mujeres como yo. Jamás conocerán las profundidades…

Ante esto todos los hombres, yo incluido, nos apresuramos a objetar la degradación que se infligía a sí misma. Mentíamos, por cierto, sabiendo muy bien cuál era su oficio. Todos nosotros, con la posible excepción de Ptolomeo, un hombre con buen ojo para sus intereses. Es probable que ya entonces la viera como su reina.

—No, es innegable. Mi pasado ha determinado mi futuro; es demasiado tarde para mí. Pero vine aquí con una idea en mente, oh rey, que en parte sanaría lo que se ha roto. No me atrevo a expresarla…

—Continúa, habla —dijo Alejandro, que no pudo sino conmoverse ante la humildad con que ella hablaba.

—Miro en torno y pienso en la majestad de los que construyeron este lugar, tan arrogantes que creían que los griegos libres se hincarían de hinojos ante ellos. Miro, y pienso que sería muy irónico que una de sus víctimas se vengara en sus monumentos. Una muchacha de Atenas, por ejemplo, con sólo una antorcha, podría borrar al poderoso Jerjes de la memoria de los hombres. ¿No es una idea interesante?

En un instante, sus ojos volvieron a prometer toda suerte de diversiones, y los hombres, oscilando entre el deseo y la piedad, estábamos dispuestos a otorgarle cualquier cosa. Ptolomeo se levantó de su diván y declaró que había llegado el momento de vengar la violación de los templos de Atenas y Delfos. Nada impedía que fuera una mujer quien encendiera la llama, añadió Crátero, subrayando el comentario con un eructo gutural. Y debo confesar que sí, que mientras Tais se mordía el labio con aniñada ansiedad, y sus ojos se ablandaban escrutando la humosa luz de las lámparas, sí, su sugerencia era interesante.

Pero la única opinión que pesaba era la de Alejandro, y él no dijo nada. Al ver esto, Tais procuró complacerlo con algún entretenimiento excepcional que ni siquiera nosotros, expertos en festines, jamás hubiéramos visto. En vez de ofrecer el espectáculo habitual (masturbarse, por ejemplo, o chuparle la verga a un esclavo) inició su proeza acercándose a Bagoas.

El eunuco había callado hasta entonces. Había presenciado los alardes de destreza de Tais como un observador distante; cuando ella se le acercó, la miró socarronamente, como si ella perdiera el tiempo. ¡Eso mismo pensaba yo! Pero Tais se le sentó encima y le besó los labios con una ternura abrumadora. ¡En ese beso ardía la primavera del amor nuevo! Bagoas reaccionó como si fuera un auténtico hombre, arrancándole el quitón de los hombros, aferrándola y estrechándola. Y cuando Tais notó que el momento había llegado, se levantó de sus rodillas, le entreabrió la túnica y mostró el henchido fruto de su genio.

Los demás ovacionamos, exclamando que la divina Tais había logrado excitar a un eunuco. Y el embelesado Bagoas parecía hablar a solas cuando dijo:

—El palacio de Darío debe arder.

Azorado y ebrio, Alejandro accedió.

Nuestra labor comenzó en el Salón de las Cien Columnas. Aparecieron antorchas, y la partida se plantó frente al trono y los tapices con hilo de oro que lo rodeaban. Alejandro le dio una antorcha a Tais, y la invitó a arrojarla sobre los cojines. Ella tuvo la prudencia de negarse.

—Ese honor corresponde al conquistador —declaró.

El rey, que apenas podía tenerse en pie, arrojó la primera antorcha, que le erró al trono y rebotó en el suelo de mármol. Entonces Tais se abalanzó, la recogió y encendió los tapices. Todos ovacionamos de nuevo, alzando nuestras copas hacia las llamas que devoraban la tela, consumían el dosel y mordían las vigas de cedro pintado.

La partida tuvo que alejarse cuando la sala se llenó de humo. En el patio, vimos a soldados macedonios que llegaban del campamento con sacos de arena, pensando que el lugar se había incendiado por accidente. Pero cuando vieron que nos reíamos y brindábamos por nuestra labor, se apresuraron a aportar más combustible. Pronto el incendio alcanzó tal intensidad que la terraza era inhabitable. El palacio de Darío se quemó tan pronto que Alejandro no tuvo tiempo de sacar sus pertenencias de la habitación donde dormía. Ésta fue una de las muchas cosas que Alejandro lamentó de aquella noche, pues el fuego devoró todos sus ejemplares de las obras de Eurípides. Afortunadamente, se salvó la antigua armadura de Aquiles. Irónicamente, esto no fue gracias a un macedonio ni un griego, sino a la rápida intervención de un niño esclavo persa.

Así, pues, se destruyó la más importante ciudad del Asia.

XII

Vimos dos clases de asentamientos en nuestra marcha por Persia. Cerca de los ríos encontramos aldeas construidas con juncos, rodeadas por sembrados de grano, arroz e índigo. Estos lugares a menudo mostraban un abandono reciente, aunque costaba discernir si era por la proximidad de nuestro ejército o por los viajes estacionales de la gente. En los lugares áridos había asentamientos de ladrillo horneado que de lejos parecían tener el mismo color ceniciento que la tierra que los rodeaba. De cerca se veía, sin embargo, que estas aldeas estaban llenas de jardines, refrescados por palmeras datileras e higueras, y que en sus sombreados muros titilaba la luz refleja de estanques de agua dulce.

El ejército de Alejandro había crecido tanto que llenaba desfiladeros y pasos de una punta a la otra. Consumía las millas que lo precedían y dejaba restos de excrementos, humo y sátrapas que hablaban griego. Cualquiera podía verlo venir con días de antelación, pues una polvareda lo cubría, y verlo alejarse durante días, miles de pies en marcha azotando la tierra.

Con cada parasanga que nos distanciaba de Persépolis, más allá de Media y los altos montes Zagros, el ejército llegaba a territorios que pocos griegos o macedonios —viajeros, soldados o esclavos— habían visto jamás. Las geografías de Aristóteles no servían de nada. Ignorantes y asustados, los macedonios veían una creciente extrañeza en todo aquello que los rodeaba: nativos que se bañaban en orina de vaca y se creían limpios, hombres que adoraban a las llamas mientras se cubrían la cara con un paño, o que alimentaban a los perros antes que a sus hijos, o que celebraban a la luz del fuego bodas a cuya conclusión se arrojaban huevos a los techos.

Desde que Darío había escapado del campo de batalla, Alejandro había mantenido una red de espías que lo informaban sobre los movimientos de su enemigo. Se sabía que Darío aún contaba con la lealtad de algunos sátrapas, sobre todo los de Bactria y Aracosia. Había reconstituido un ejército, pequeño para las pautas persas pero con efectivos similares a los que tenía Alejandro cuando desembarcó en Asia. Si, por alguna perversidad de los dioses, Darío aprendía a usar sus fuerzas con inteligencia, aún podía causar muchos problemas a las pequeñas guarniciones y los inestables gobernadores que jalonaban la marcha de Alejandro. Sería imposible garantizar la lealtad duradera de los súbditos persas de Alejandro mientras creyeran que el Gran Rey regresaría. Por esta razón era esencial que Darío quedara fuera de combate, de un modo u otro.

Alejandro encaró esta tarea con característica energía. Dejando a la zaga a sus unidades más lentas —yo estaba incluido, pues no era jinete— avanzó hacia el norte, bordeando las cuestas orientales de los Zagros en su camino hacia el palacio de verano de Darío en Ecbatana. Allí supo que Darío se había replegado hacia las montañas Elburz, en Partia. Disfrutando sólo un instante de las riquezas del palacio,

Alejandro se lanzó hacia el noreste con su caballería más rápida, y sólo se detenía para las provisiones esenciales. Muchos caballos tesalios murieron de fatiga bajo sus jinetes. Fueron reemplazados una y otra vez mientras Alejandro los conducía por la meseta hacia las Puertas del Caspio.

En el camino, encontraba los campamentos en que Darío y sus hombres habían pernoctado una semana atrás, días atrás, horas atrás. Usaba estos restos para alentar a sus hombres, y volvía a encender las fogatas con los rescoldos ardientes, mostrándoles que sólo quedaba una corta distancia. Pronto encontraron nuevas pruebas de la desesperación de su presa: el camino estaba lleno de armaduras y caballos muertos, así como suntuosos muebles, cofres, platos y utensilios de oro tomados de Persépolis, Susa y Ecbatana. Los dejaron en el polvo.

Al atravesar las Puertas del Caspio, oyó noticias perturbadoras: la cercanía de los perseguidores había sembrado el pánico entre los aliados de Darío. El sátrapa de Bactria, un hombre llamado Besos, había traicionado al Gran Rey, quien quizá ya hubiera muerto. Esta información indignó a Alejandro. Después de sentarse en el trono de Darío, de llevar a su esposa y su madre a su casa, y de dormir en su cama, había llegado a imaginar cierta hermandad entre ellos. Al aproximarse al viejo adversario, al ver las fogatas y las huellas que los caballos dejaban en el polvo, se imaginaba que estaba logrando una comprensión profunda de ese hombre. Obsesionado ahora con el rescate de Darío, redujo su fuerza al mínimo —sólo ciento cincuenta hombres a caballo— y cabalgó toda la noche hacia la última posición conocida del enemigo, en el desierto que se extendía al noroeste de las Puertas.

Los lugareños fueron obligados a mostrar a los macedonios un atajo que pusiera fin a la persecución. Había un desfiladero empinado y angosto que atravesaba las colinas y era desconocido para los persas; Alejandro encabezó la marcha, y estaba muy por delante de su escolta cuando avistó a una multitud de jinetes y carros a lo lejos. ¡Figurémonos qué habrán pensado los persas de esta silueta diminuta que cabalgaba hacia ellos, prácticamente a solas! Especialistas en equitación, habrán reconocido que el caballo del rey era macedonio antes de notar que el jinete era nada menos que Alejandro. En todo caso, hubo un tumulto en el cortejo persa, una espada centelleó al sol, y los jinetes abandonaron los carros azotando sus caballos. Con el centelleo de esa espada, la segunda pesadilla de cualquier rey, se concretó el asesinato de otro monarca.

Al llegar los macedonios, Alejandro miraba el interior de un carro. Algunos miembros de la partida ansiaban perseguir a los homicidas; Alejandro lo prohibió, y los reunió a su alrededor mientras se sumía en una profunda ensoñación. Aunque era la última vez que posaba la mirada en Darío, fue la única ocasión en que compartieron una suerte de causa común. Aun en la agonía, Darío tenía una silueta imponente. Era más alto que Hefestión, con un vigor que desmentía sus cincuenta años. Le habían apuñalado el corazón, y estaba inconsciente, pero aún no había muerto. Aun entonces, sangrando y abandonado en un carromato, Darío presentaba

esa figura noble que nunca estuvo al alcance del menudo Alejandro o su tuerto y tosco padre. Los persas no necesitaban acudir a los oráculos para divinizar a un rey, sino que lo veían unánime y espontáneamente como el eje mortal del imperio mundano de Ahura Mazda. El hecho de que su vida finalizara a manos de un imbécil como Besos invitaba a preguntar qué personaje de baja ralea apuñalaría con el tiempo a Alejandro, por mucho que él se considerase un dios.

Los macedonios observaron la agonía de su enemigo con la solemnidad que imponían ambos reyes, y quizá valoraban sus logros con una nueva perspectiva, ya que el gran Darío yacía ante ellos. Llevaron el cuerpo a Persépolis en un cortejo que crecía a medida que Alejandro reunía a sus fuerzas desperdigadas. La necrópolis de los reyes persas se había excluido deliberadamente del saqueo; allí se celebró un grandioso funeral, con observancia de todas las costumbres tradicionales. Vi que Sisigambis hacía su última aparición en público para llorar a su hijo, mostrando menos sensiblería que Alejandro por su deceso. Cabe imaginar que aun ella comprendía que Darío era un hombre limitado, quizá adecuado para momentos menos apremiantes, pero totalmente arrollado por la historia. Fijaba los ojos en la mortaja, sin mirar al grupo de nobles persas que habían acudido a llorar al viejo rey y a congraciarse con el nuevo. Su desprecio por Bagoas, a quien le agradaba contar anécdotas sobre lo que había visto en la corte de Darío para alimentar los prejuicios macedonios, era evidente. No sobreviviría a su hijo largo tiempo.

Reunida cerca de las ruinas humeantes de Persépolis, la corte de Alejandro creció hasta transformarse en una masa amorfa de macedonios, persas y nobles aliados, divididos por el desprecio y la suspicacia mutuas. Con la muerte de Darío, Alejandro era el sucesor reconocido tanto en forma como en sustancia, encargado de gobernar el todo sin separar las partes. Encaró este ascenso con la adopción pública de ciertas prácticas que antes sólo se había permitido en audiencias privadas o en francachelas, como el uso de la diadema persa, túnicas con mangas y zapatos de tacón alto (que él adoptó de buena gana, dada su modesta estatura). También había ciertos ritos cortesanos desconocidos para los macedonios, tales como presidir las cenas de gala detrás de una cortina de gasa y rodearse por criados que usaban escobillas y sombrillas. Éstos resultaban sumamente absurdos para los macedonios, que estaban acostumbrados a ver a Alejandro enrojecido por el sol mientras compartía las incomodidades de sus tropas en campaña. También les perturbaba la costumbre persa de mantener las manos ocultas en presencia del rey, una práctica que habría sido motivo de preocupación en los comedores de Macedonia, donde muchos llevaban puñales.

Al menos los hombres se sentían alentados por la esperanza de que al cabo de más de cuatro años en Asia pronto regresarían a su patria. Con el tiempo Alejandro convocó a una asamblea para hacer un anuncio. Tuvo el cuidado de vestirse con atuendo griego en esa ocasión, pues no esperaba que la noticia fuera bien recibida.

Alejandro comenzó por alabar el logro histórico de sus tropas, proclamando que

ningún ejército, ni siquiera los célebres Diez Mil, habían recorrido tanta distancia ni habían superado tantos escollos. Cuando regresaran a Grecia, serían leyendas vivientes, y hombres ricos, pues Alejandro licenciaría a cada hombre con una fortuna suficiente como para que fuera una figura descollante en su ciudad.

—¡Pero la tarea no está concluida! —exclamó—. Desde Bactria me avisan que Besos, el hombre que traicionó a Darío, usa la toca de los reyes persas y se hace llamar Artajerjes V, rey del Asia. ¿Cabe alguna duda de que pronto reunirá un ejército, y si no salimos en su busca vendrá al oeste para arrebatarnos lo que hemos ganado a tan alto precio? Los bactrianos son soldados recios, y no podemos darnos el lujo de tenerlos a nuestras espaldas. ¿Alguien cree que pasará mucho tiempo antes de que Besos difunda rumores de que los griegos temen enfrentarse a un enemigo competente, en vez del inepto Darío? Por este motivo, mañana nos pondremos en marcha, para mostrar a «Artajerjes» la magnitud de su necedad.

Nadie podía objetar a una campaña destinada a resguardar el honor macedonio. El ejército marchó al este a través de las satrapías orientales de Partia y Aria. Durante la marcha, Alejandro aceptó o impuso la sumisión de todas las tribus. En casos de lealtad voluntaria, demostraba gran indulgencia, y a menudo confirmaba al suplicante en sus dominios, o los ampliaba a costa de los que se le oponían. Los rumores sobre esta política lo precedían, de modo que la resistencia fue cada vez más excepcional.

Quizá Besos esperaba que Alejandro avanzara con cautela, consolidando su dominio de las planicies y asegurando sus líneas de aprovisionamiento antes de franquear los pasos que conducían a Bactria. Al prever los pasos que daría su enemigo, Besos tuvo tan poco éxito como Darío, pues el avance macedonio era tan inexorable como el invierno.

El cruce de las montañas de Paropámiso costó un alto precio, pues las tropas de Alejandro no estaban preparadas para el gran frío y los desmayos que suele producir la altura; además, Besos había incendiado todas las aldeas y granjas de la región, esperando que el hambre obligara a los macedonios a replegarse. Se congelaban, pero pocos morían de hambre, pues habían llevado valorados lujos, entre ellos miel, de los palacios de Darío. Al agotarse estos víveres, Alejandro ordenó a sus hombres que cazaran las cabras salvajes de la región, de cuernos en espiral, y cuando se terminaran, que escarbaran el suelo en busca de hierbas nativas, tal como hacían las cabras.

Estas escarbaduras no resultaron muy nutritivas, así que distrajo a sus tropas mostrándoles un sitio importante de la región: la famosa roca de Prometeo, por encima de las nubes, en un peñasco de la cresta del Paropámiso. Éste era el paraje donde el titán fue encadenado como castigo por llevar el fuego a los hombres, condenado por toda la eternidad a que un águila le devorase el hígado. Alejandro se detuvo el tiempo suficiente para permitir que los curiosos subieran en partidas pequeñas y se maravillasen viendo el lugar del suplicio, donde aún se conservaban los grillos herrumbrados. Se alegraron con la insinuación de que el ejército de

Alejandro habría liberado a Prometeo si el antepasado del rey, ese inepto Heracles, no hubiera tenido la suerte de llegar primero.

En estos montes sufrí la única herida de la campaña. Como veis aquí, estoy marcado por la experiencia de un modo que es superficial, pero indeleble.

Macón alzó la mano derecha, revelando que tenía el índice y el anular rebanados a la altura del último nudillo.

Fue culpa mía, pues no noté que los dedos se me estaban ennegreciendo. El tratamiento más a mano (si la expresión no resulta inoportuna) habría consistido en calentarme los dedos en la nieve, que estaba cálida como una manta en comparación con el viento cortante. Pero tuve suerte, teniendo en cuenta que otros perdieron dedos y pies enteros, o la punta de la nariz.

Esquines habla del cruce del Paropámiso como una proeza logística y un tributo al liderazgo de Alejandro, y supongo que tiene razón. Pero reflexionad sobre esta pregunta: ¿cuánta gente tuvo que morirse de hambre por cada milla en que el ejército de Alejandro fue aprovisionado en aquellos andurriales? Yo estaba al corriente de estos asuntos más que ningún integrante de la plana mayor macedonia, incluido Alejandro. La tarea de despojar a los nativos de sus alimentos quedaba en manos de oficiales subalternos. Cuando los macedonios llegaban a un lugar donde había una concentración significativa de familias, los soldados iban a exigir que depositaran todas sus provisiones tal día en tal lugar. En estas visitas no eran infrecuentes ciertos delitos, como el asesinato de hombres recalcitrantes o el secuestro de mujeres jóvenes.

Alejandro no aprobaba estas costumbres. Incluso castigó a un violador inveterado, un tal Hero, hijo de Alcemón, sometiéndolo a un baqueteo. Pero mientras sus camaradas se turnaban para golpear a Hero, el «castigo» cobró las características de una felicitación colectiva. Y tampoco se lo alejó de los deberes que parecían causarle tantas tentaciones.

Algunas aldeas retuvieron víveres y fueron destruidas. Las demás se sometieron, aunque la «donación» de sus provisiones de invierno las reduciría a la hambruna en los meses venideros. Como reprobación viviente de estas atrocidades, mujeres con bebés escuálidos y pechos marchitos merodeaban alrededor del campamento durante todo el tiempo que los macedonios marcharon en Bactria. Los soldados no eran inmunes a la piedad. En varias ocasiones vi que arrojaban un par de bocados a esas víctimas. Las mujeres se los disputaban como perros famélicos.

Así fue como se costeó el triunfo de Alejandro en las montañas. No digo que él fuera especial en este sentido, ni que los persas no hicieran lo mismo en sus marchas por los territorios griegos. En las tierras de gente más adinerada, los macedonios se conformaban con comprar las provisiones, aunque esas personas, irónicamente, estaban más capacitadas que los montañeses para sobrevivir al robo. Lo que digo es que no debéis creer que el peso del frío, el hambre y la enfermedad recaía sólo sobre los gallardos soldados de Alejandro, como os inducen a creer las anécdotas que

circulan hoy. Por cada soldado hambriento que no obtenía suficientes alimentos, había tres aldeanos que no obtenían nada; por cada soldado que padecía frío, había una familia despojada de su ropa de cama.

De este modo, cruzó las montañas con la pérdida de sólo una vigésima parte de su ejército. Antes del final del invierno, descendió de las serranías, hizo encender fogatas para guiar al resto de sus hombres, y se apresuró a tomar las ciudades de Drapsaca y Bactra con las fuerzas que tenía consigo. Besos, con la esperanza de obtener refuerzos en territorio escita, se retiró al norte, más allá del río Oxo. Para impedir la persecución, quemó todo lo que pudiera flotar dentro de un radio de mil estadios. Los macedonios decidieron resucitar una artimaña que Alejandro había usado para cruzar el Danubio años atrás, navegando sobre tiendas cerradas con costuras, y rellenas con hierba, hojas y trozos de madera.

Como Besos no logró detener a Alejandro en el Oxo, los persas se hartaron de su rey. Unos jinetes entregaron el mensaje de que Besos estaba arrestado y aguardaba a Alejandro a poca distancia de su ejército. Así terminó el breve reinado de «Artajerjes V», tan deshonrosamente como había empezado.

Alejandro tenía planes para disponer del traidor. Envió a Ptolomeo para que aprehendiera al prisionero, lo hiciera desnudar y lo pusiera a la vera del camino donde marchaban los griegos. Al pasar las tropas, lo vieron humillado allí, con un collar de perro en el cuello. Montado en su carro, Alejandro encaró al prisionero con una mueca desdeñosa, como si estuviera frente a una pila de estiércol.

—¿Por qué traicionaste y asesinaste a tu rey? —preguntó Alejandro.

Besos respondió con igual arrogancia.

—Alejandro, ¿por qué traicionaste y asesinaste a tu padre, Filipo?

—Una vez más, te pido que des cuenta de tus actos.

—Hice lo que hice por todos los persas, a diferencia del rey de los macedonios, que sólo trabaja para su propia gloria.

Alejandro planteó la pregunta por tercera vez, y Besos, sabiendo que su muerte era segura, demostró su desprecio actuando como un perro con collar, gruñendo y ladrando. Esto puso fin a la entrevista, pues sin duda cualquier hombre que le ladrara a su conquistador era un necio. Besos fue despachado a Bactra, donde su traición fue castigada a la manera persa tradicional, que no describiré en detalle salvo para decir que implicaba la rotura de las articulaciones. Quizá no sea sorprendente que Alejandro permitiera estas prácticas, pues no podía esperarse que los persas adoptaran costumbres civilizadas de inmediato. Pero el episodio conmocionó a muchos macedonios, que habrían preferido atravesar el pescuezo del traidor de una estocada y dar por concluido el asunto. Era indecoroso permitir una ejecución tan sádica.

Con la desaparición de Darío y la muerte más que definitiva del traidor, menguaban las justificaciones para continuar la guerra. Pero ciudades y reinos lejanos enviaban emisarios a Alejandro, capitulando de antemano, prometiendo su alianza y

respaldo contra quienes se le resistieran. Para cualquiera habría sido difícil detenerse cuando tantos frutos maduros exigían ser recogidos.

La campaña se tornó cada vez más truculenta y aborrecible. Alejandro sabía que gran parte de su éxito se debía a Arrideo, lo cual aumentó su afán de demostrar que era un conquistador no sólo de nombre. A partir de ese punto, se negó a pedir la ayuda de su hermanastro en ciertas campañas menores en que creía que bastaría su valentía personal para triunfar. Habitualmente estas guerras se libraban contra tribus primitivas que carecían de todo menos de orgullo. Tapurianos, mardianos, ariaspianos, drangas, gedrosianos, aracosianos, escitas abianos, asasenos, orietas, memacenos: ningún grupo era demasiado pobre ni escaso para la conquista. Las tribus se sometieron al peso aplastante del poder macedonio, pero sólo mientras Alejandro permanecía en la región. Una y otra vez, las guarniciones que quedaban atrás eran exterminadas cuando él se marchaba. Y en ninguna ocasión se comunicaban estas pérdidas al ejército, que así seguía creyendo que era invencible.

Pero con cada sometimiento de un pueblo independiente surgía una incómoda verdad: el Imperio persa no era lo que nos dijeron que era. Durante años, los panfletistas como Isócrates habían descrito un dominio que estaba unido en una lucrativa sumisión al trono persa. Se suponía que en todo Asia los hombres se prosternaban ante el Gran Rey, prodigándole tributos que podrían haber ido a los griegos, si tan sólo consentíamos aceptarlos. El imperio era sólo un monolito tallado en piedra putrefacta que se derrumbaría en mil pedazos en cuanto le diéramos un pequeño empujón. Eso se decía.

Pero el imperio no era ningún monolito. Como supimos al marchar con Alejandro, el Gran Rey sólo gobernaba una fracción del territorio que presuntamente estaba bajo su control. Ésta estaba compuesta por las tierras arables, las costas habitables y las carreteras que los conectaban. Todo lo demás —montañas, desiertos, tierras sólo aptas para el robo y la cría de algunos animales— era controlado por un sinfín de reyezuelos. En muchos casos, Darío ni siquiera recibía tributo de ellos, sino que tenía que pagarles peaje para desplazar su ejército por el territorio de estos caudillejos. Alejandro, como he dicho, se negó a hacerlo, y prefería someterlos por la fuerza. Pero como también he dicho, siempre llegaba el momento en que el ejército debía reanudar la marcha; ni siquiera Alejandro podía estar en todas partes al mismo tiempo.

No os digo que el imperio del Gran Rey era pobre y desunido para restar importancia al logro de Alejandro. A fin de cuentas, Darío disponía de recursos mucho más grandes que los de todos los griegos sumados. Sólo digo estas cosas para que sepáis la verdad, para que tengáis una idea de lo que pensaban los hombres que marchaban con Alejandro. Sólo un necio conquista el mundo sin aprender algo que antes ignoraba.

Tras humillar a un continente, Alejandro concibió la necesidad de humillar a quienes hacían todo el trabajo. Mucho se ha hablado sobre la introducción de la

postración entre los macedonios; mi oponente llega a denunciar mi actitud rastrera, mi afán por complacer al rey. Con Esquines no hay modo de ganar: o bien me opongo a Alejandro, y por tanto soy un obstáculo, o bien le obedezco, y me acusa de servilismo. Lo cierto es que yo entendía la necesidad de establecer una etiqueta convencional en torno a la persona real. Como los macedonios y los persas tendrían que compartir la responsabilidad, y las prácticas de sendas cortes eran muy diferentes, cualquier costumbre que adoptara el rey por fuerza ofendería a alguien. En vez de contribuir a lo que consideraba una resistencia agresiva por parte de algunos macedonios y griegos, di un ejemplo de acatamiento. ¡He ahí, señores del jurado, mi siniestra maquinación en este asunto!

En Grecia, la monarquía se conserva sólo en las ciudades que poseen las instituciones más antiguas, como Esparta, o bien sólo como honorífico, como ocurre con nuestro «rey arconte» en Atenas. Aun en estos casos, se entiende que el rey pertenece a una clase administrativa que forma parte de una estructura más amplia por la cual se gobiernan los hombres libres. El persa no es libre, y su imperio no es una ciudad, sino un conglomerado de ciudades, tribus y pequeños reinos alineados por la fuerza. Para gobernar un territorio tan vasto, lleno de pueblos que rara vez coinciden en los principios concernientes al gobierno de los mortales, se requiere una autoridad que sea más que humana.

No es sorprendente, pues, que el persa considere al Gran Rey como representante de la divinidad en la tierra. Sólo la seda y los metales preciosos tocan al soberano. Los suplicantes de su corte deben usar atuendos que estén absolutamente libres de manchas o imperfecciones. Se espera que la mayoría se humille en presencia del rey postrándose en el suelo; las personas de bajo rango ni siquiera pueden mirarlo, sino que deben desviar los ojos. Los de rango superior pueden acercarse, pero deben taparse la boca con las manos, para que el vil espíritu de su aliento no lo corrompa. Los asistentes más favorecidos pueden besar al rey en la boca, pero en ninguna circunstancia deben exhalar mientras lo hacen.

A ojos de los persas, el trato que los macedonios daban a Alejandro era una ofensa al cielo. Uno no se acerca al rey con mugrientas ropas de jinete y le palmea la espalda. Tampoco se puede sonreír, ni discutir, ni compartir su copa. Al ver estas cosas en la corte de Alejandro, los persas que le eran leales quedaban desconcertados; Alejandro tuvo el mérito de entender que su legado dependía de cultivar la lealtad de macedonios y persas por igual. En este sentido trascendió las enseñanzas de Aristóteles, que lo exhortaba a mantener una doble conducta en su tratamiento de griegos y bárbaros. Alejandro, con su mentalidad práctica, preveía que la furia de los persas ante lo que ellos interpretaban como falta de respeto no iría contra él sino contra los demás macedonios, y se manifestaría como rebelión en cuanto sus súbditos abandonaran su presencia.

Esquines ha señalado que Alejandro comenzó a adoptar cierta utilería de la realeza persa. Tras consultar a Bagoas y Hefestión, adaptó elementos del ritual

cortesano persa a sus propósitos, tales como aceptar la postración de sus ministros nativos, y besarlos en la boca. También se proponía inaugurar la postración entre sus oficiales. Esta práctica, a la que algunos se oponían fervientemente, se introduciría despacio y por etapas, sin llegar a la obsequiosidad extrema de los asiáticos. Al principio era optativa: los macedonios y griegos que se agachaban y tocaban el suelo con la frente eran bien recibidos por Alejandro, que entonces estaba predispuesto a recibir favorablemente sus informes o sugerencias. No es sorprendente que los oficiales más jóvenes hayan entendido al instante lo que se esperaba de ellos, y se postraran sin reservas. Algo similar sucedía con los políticos más intrigantes, que consideraban que la postración sería un modo fácil de obtener cierta ventaja sobre sus rivales cortesanos. Los hombres que más amaban a Alejandro, como Hefestión, procuraron dar un ejemplo a los demás.

Los más recalcitrantes eran los oficiales superiores. Éstos eran los hombres que habían luchado junto a Alejandro desde que ocupó el trono, que lo habían ayudado a vendar sus heridas, y que habían bebido con él desde que tenía edad para sostener una copa. Si habían arriesgado la vida para derrocar a un déspota, no querían hacer otro déspota del hombre que conocían desde que era un chiquillo. Pasaban por alto las exhortaciones sutiles. Lejos de entender la sensibilidad de los cortesanos persas, la despreciaban.

Uno de ellos era Clito, hijo de Drópidas. Miembro de una familia que había servido largo tiempo en la corte macedonia, conducía a la flor y nata de los Compañeros de caballería, los llamados Regios, y era un guerrero temible. Recordaréis que salvó la vida del rey en el Gránico, cuando abatió a un jinete persa que se disponía a degollar a Alejandro. Le llevaba al rey más de veinte años, y era un veterano que no estaba dispuesto a arrodillarse ante nadie. Tenía un temperamento explosivo, sobre todo cuando bebía, que le había ganado el apodo de «Clito el Negro».

El respeto mutuo que se profesaban Alejandro y Clito al principio impidió que su desacuerdo sobre la postración desembocara en un conflicto. El rey lo había designado públicamente nuevo gobernador de Bactria, un puesto apetecible que tenía la virtud adicional de permitir que el envarado Clito se marchara de la corte. Pero los dos compartían el vicio de excederse con el vino, y casi terminó por ser la ruina de ambos.

La riña empezó cuando, bien avanzada una francachela, Ptolomeo sugirió que Alejandro debía ser deificado porque, a pesar de su juventud, ya había superado los logros de sus héroes divinos: Aquiles, los Dióscuros y Heracles. Calístenes manifestó su desavenencia.

—Ningún hombre merece tales honores mientras está vivo, ya que Heracles, a pesar de sus milagrosas hazañas, sólo fue consagrado dios cuando hubo muerto.

—Los faraones de Egipto son reconocidos en vida como hijos divinos de Zeus-Amón, aunque todos han sido hombres inferiores a Alejandro —observó Hefestión.

Calístenes, que tenía el defecto de conservar demasiada destreza sofística aunque estuviera muy achispado, respondió que se debía realizar una distinción entre la divinidad destinada al uso ceremonial, como para el mantenimiento de los faraones, y la deificación por las hazañas de un individuo, tal como se proponía inicialmente para Alejandro.

Hefestión meneó la cabeza.

—Aun así, es absurdo sostener que un egipcio fofo y amanerado tiene derecho a los honores divinos, pero no Alejandro.

—Además, yo soy faraón, ¿o no? ¡Y todavía no estoy fofo! —exclamó el rey, tomando la disputa a la ligera, así que todos rieron con él. Esto parecía cerrar la discusión, por suerte, pues el delicado asunto de la postración aún pendía en el aire, tácito pero percibido por todos.

Pero Ptolomeo no se resignó a olvidar el asunto.

—¡Cuando menos, podemos convenir en que Alejandro superó ampliamente las obras de su padre!

Añadió que Alejandro, a fin de cuentas, había derrotado a la invicta Banda Sagrada de Tebas en Queronea: aun en la mayor victoria de Filipo, su hijo merecía la mayor parte de la gloria. Alejandro sonrió, agitando la mano para desechar ese halago, pero sin negarlo del todo. A esa señal, los aduladores más groseros de la mesa, temiendo que Alejandro hubiera sido insultado por argumentaciones contra su divinidad, se apresuraron a ponderar las prodigiosas conquistas del rey, y a declarar que los logros del pobre Filipo eran mera calderilla, totalmente insignificantes. Cuando digo «todos», me incluyo, pues en ese momento estaba tan ebrio que habría concedido cualquier cosa.

En ese punto Clito el Negro apoyó la copa en la mesa. Mirándome primero a mí, declaró que los extranjeros que habían saboreado la derrota a manos de Filipo debían ser los últimos en despreciarlo. Lo mismo se aplicaba al hijo que debía su trono al padre.

—He combatido con ambos —continuó Clito, con asombrosa indiscreción—, y os puedo asegurar que no hay comparación. Filipo libró guerras victoriosas contra griegos libres que peleaban por sus hogares, dioses y familias. ¡No contra mercenarios pagados por orientales pintarrajeados y perfumados que usan pantalones!

»Alejandro, por lo demás, debe la médula de su ejército, sus tácticas de combate cuerpo a cuerpo y el arte del asedio totalmente a Filipo. ¡Sin la caída de Metona, no habríamos tenido Tiro! —Más aún, continuó Clito, un ejército tan espléndido podía vencer sin importar quién lo comandara. La prueba era la reciente batalla de Antípatro contra los rebeldes espartanos en Megalópolis, que se libró en la misma época de Gaugamela—. ¡Figuraos! —se burló Clito—. ¡Una victoria que los macedonios lograron obtener sin el divino Alejandro!

Todos comprendieron que Clito el Negro, que usaba una de esas profundas cantimploras espartanas, había bebido más que nadie. Guardó silencio, y aunque

nadie osaba hablar, aún tenía tiempo de tomarlo todo en broma, como si sus insultos fueran mero humor de campamento, o al menos de excusarse por su ebriedad y dejar que todo se olvidara. Alejandro tensó los labios sin responder, y dominó su cólera, pidiendo a su sirviente que volviera a llenarle la copa. Pero Ptolomeo volvió a abrir su boca insidiosa, y el momento de la retractación se perdió.

—Filipo no era un gran guerrero individual, mientras que Alejandro nos supera a todos en su celo por la batalla. Al menos nuestro amigo deberá concederme esto, ¿verdad?

Clito no concedió nada.

—Al contrario —declaró—, de no haber sido por esta mano, la que está en el extremo de mi brazo, el gran Alejandro habría perecido en el Gránico, y Darío aún ocuparía su trono en Susa.

Ante esas palabras, Alejandro brincó de su cojín para estrangular a Clito. Hefestión, Crátero y Ptolomeo lo contuvieron, con lo cual, lamentablemente, el beodo siguió despotricando, y llegó al extremo de sugerir que Alejandro tendría que postrarse ante él, pues le debía la vida a Clito. Alejandro estaba tan furioso que burbujeaba literalmente de rabia, y pedía una espada para matar a ese hombre. Se llevaron a Clito de la sala antes de que pudiera decir algo más.

Pero como es común en estas confrontaciones inducidas por el alcohol, una de las partes no se resignó a permitir que los ánimos se aplacaran. Los restantes juerguistas habían logrado calmar a Alejandro, llevándolo de la mesa al lecho, cuando Crátero y Ptolomeo regresaron, pensando que habían entregado a Clito a su criado. Estalló una conmoción fuera de la tienda, y Clito irrumpió, esta vez sin la túnica. Arrancándose los paños menores, mostró sus testículos grises y flojos.

—Ya que prefieres a los hombres sin cojones, Alejandro, toma los de un auténtico patriota de Macedonia.

Este agravio nos dejó petrificados. Alejandro se levantó de un salto y arrebató la jabalina a un guardia. Su puntería fue perfecta, y perforó el pecho del futuro gobernador de Bactria. Clito se desplomó, aún aferrándose los testículos con las manos.

Hasta aquí, la historia que conocéis. Pero quizá no hayáis oído hablar de los problemas que Alejandro tuvo con el otro lado: los persas y los medos que objetaban violentamente a lo que veían como una palmaria falta de respeto ante el rey por parte de energúmenos borrachos como Clito. Pienso ante todo en un noble persa llamado Rathaeshtar, que tenía fincas en Pisidia y luchó con distinción en las filas del Gran Rey en el Gránico. Antes de Isos, cambió de bando y juró lealtad a Alejandro, aunque con gran riesgo personal. Rathaeshtar fue invalorable como fuente de información sobre tácticas persas, y sobre la configuración del terreno que rodeaba las Puertas de Cilicia. En Isos, condujo su caballería pesada junto a Alejandro, y demostró su bravura al recibir una herida en el hombro. El rey estaba muy complacido con este persa, pues tenía la destreza y el ánimo que Alejandro necesitaría para que su reino

fuera duradero. Era indudable que recibiría un puesto selecto.

Todo eso finalizó cuando Rathaeshtar vio en la corte algo que no le agradaba. Delante de testigos, Clito no sólo no se postró ante el señor del Asia, sino que en un gesto paternal pero infortunado, palmeó la espalda de Alejandro. El persa se contuvo mientras estaba en la tienda del rey, aunque sin duda hervía por dentro, y encaró a Clito cuando se marchó. Aunque yo no lo vi, me contaron que Clito se rió y le pidió a Rathaeshtar que se apartara. Como el persa insistió con su queja, Clito le dio un empellón y desenvainó la espada. La lucha era inevitable: el honor de la nobleza persa, que era su posesión más valorada, no permitía otra salida. Rathaeshtar empuñó su cimitarra, pero no pudo alzarla, pues la herida que había recibido en el hombro mientras defendía a Alejandro en Isos no había sanado. El hecho de que el duelo no fuera igualado no contuvo a Clito. El viejo general abatió a su indefenso enemigo sin pensarlo dos veces. Luego limpió la espada en la ropa del muerto, escupió sobre el cadáver y fue a darse un atracón en el comedor de oficiales. A la mesa, se jactó de su acto y se burló de los ritos funerarios de los persas.

—¡Está tan muerto como Ciro el Grande! ¡Traed la comida para perros!

Alejandro se enfureció al enterarse de la noticia. Pero como Rathaeshtar había encontrado su fin en una disputa de honor entre dos oficiales, no podía hacer nada para castigar a Clito. Os dejaré decidir si este episodio tuvo alguna influencia sobre lo que sucedió después.

XIII

Así como Clito era un borracho iracundo, Alejandro era un borracho sensiblero. Culpándose por su riña con su viejo compañero, lloró abiertamente mientras lo conducían a su lecho. Y su abatimiento no cesó cuando se le despejó la cabeza: su ejército quedó consternado al oír los amargos sollozos del rey de Asia a través de la tela de la tienda: durante tres días lamentó la pérdida de su fiel brazo derecho, rogando el perdón de Lanice, hermana de Clito, que había sido nodriza de Alejandro.

—¡Me alimentaste con tu dulce pecho, y mira cómo te he retribuido, con la muerte de tu hermano! —exclamó. Cuando le recordaron amablemente los deberes de su condición de rey, se negó a comparecer ante los demás, diciendo que alguien que asesinaba a sus amigos no merecía una corona.

No comía ni bebía. Para colmo, las tribus que moraban entre los ríos Oxo y Jaxartes estaban en plena revuelta, y hostigaban a las guarniciones macedonias con rápidas incursiones. Al enterarse de estos ataques, que habitualmente lo lanzaban a una acción inmediata, Alejandro sólo se sumió en un estado de profunda inmovilidad.

Esquines tiene razón al decir que todos temíamos por su cordura. También es cierto que Hefestión estaba muerto de preocupación, y que Bagoas intentó en vano arrancar al rey de su melancolía. Me resultó interesante que otra persona que pudo haber ayudado, la divina Tais, no apareciera en esta hora desesperada. Para entonces ya adornaba la tienda de Ptolomeo, que por primera vez acudió a mí como suplicante.

—Queremos que hables con él, pues tiene una afinidad con los escribas.

—Tais tendría mejor suerte.

Ptolomeo pasó por alto esta sugerencia.

—Aún lo necesitamos —dijo sombríamente—. Debes ir ya.

Preferí no preguntar quiénes lo necesitábamos, ni para qué, e hice lo que me pedían.

Por mi parte, creía de veras que Alejandro se dañaría a sí mismo. Por primera vez, pues, reforcé en su mente la idea de que no sólo era un dios, sino que compartía las prerrogativas de Zeus. Quizá Esquines base su versión en esto (la interpreta tan mal que cuesta explicarlo) pues no hablamos todo el día, sino menos de una hora, y yo no me reuní con él antes que Sisigambis, sino después.

Comencé por aludir a Hesíodo, que describe a la diosa de la justicia, Diké, como compañera de Zeus, divino padre de Alejandro. Si la justicia señala la perfidia del corazón de un hombre, el padre aplica su represalia. ¿Pero no sería improbable, sugerí, que el rey del cielo se limitara a hacer lo que indicaba Diké, sin esperar ningún servicio a cambio? Es evidente que Diké no se sienta a la diestra de Zeus sólo para dictaminar, sino para observar y respetar los actos del dios. Estos actos son el rasero por el cual se mide la justicia. La conclusión, pues, es que los actos de un rey son justos por el mero hecho de ser obra del rey.

Alejandro me miró de soslayo.

—Háblame sin rodeos, Macón. ¿Crees que tengo derecho a asesinar a mis amigos?

—Sugiero que ése no es el modo de encararlo.

—¿El asesinato?

—Tus privilegios no tienen nada que ver con quién eres, personalmente. Piensa en Darío… ¿Qué clase de hombre era? Pero para los persas era la columna que sostenía la bóveda del cielo. Alguien debe fijar los límites sin estar sumergido en ellos. De lo contrario…

—¿De lo contrario?

—Todos los hombres que te rodean se ahogarán.

Alejandro se incorporó sobre los cojines. Esos ojos, tan separados que parecían mirarme desde ambos lados de una esquina, se clavaron en mí con tristeza.

—Creo, querido Macón, que lamentarás haberme presentado este argumento.

—Por el juramento que he prestado a mis compatriotas, sólo puedo ofrecerte la verdad —respondí.

—Así sea, pues.

A riesgo de dar la impresión de que quiero magnificar mi influencia, a partir de entonces me pareció que Alejandro luchaba con nueva ferocidad. Con base en Maracanda, libró una guerra de exterminio contra sus enemigos. Los nativos rehuían las batallas frontales, y en cambio desangraban a los macedonios mediante ataques a las guarniciones, las caravanas de provisiones y los asentamientos. Un reyezuelo llamado Espitamenes encabezó una astuta campaña de incursiones que paralizaron a un ejército griego que lo superaba diez veces en número. Sólo las concentraciones de efectivos más numerosas se salvaban de sus ataques: en un desastre que no se comunicó al resto del ejército, la caballería de Espitamenes masacró a dos mil Compañeros de infantería y trescientos jinetes en el río Zeravshan. Pero tamañas pérdidas no se pueden ocultar por mucho tiempo. Los macedonios comenzaron a murmurar sobre una guerra que no terminaba nunca.

Alejandro fue comprensiblemente cruel en sus represalias. La norma era que todos los varones de cualquier aldea o villorrio sospechado de ayudar a Espitamenes fueran masacrados. Los macedonios enviaban a pequeñas partidas de tropas ligeras que tenían poco éxito contra Espitamenes, pero eran excelentes para aterrar a los indefensos. Los acopios de alimentos eran incautados o destruidos, los campos quemados, las familias desperdigadas. Cuando Alejandro decidió marchar hacia el Indo, quedaban pocas cosas en pie a sus espaldas. A la sazón Espitamenes fue traicionado y asesinado, tal como Darío y Besos en su momento.

Los jefes de Sogdia rechazaban toda autoridad central, pues poseían varias fortalezas talladas en la roca que nunca habían sido tomadas por asalto. La mayor de ellas se conocía como la Roca Sogdiana, un gran pináculo de piedra de cinco estadios de altura, con murallas empinadas y un pico coronado de nieve. La fortaleza del

caudillo, Oxiartes, estaba labrada en la roca, sin ninguna vía de aproximación salvo un saliente angosto. Los persas nunca la habían atacado, y mucho menos conquistado. Tan sólo por este motivo, Alejandro anhelaba tomarla.

Cuando llegaron los macedonios, Alejandro recibió la visita de los emisarios del jefe sogdiano, y preguntaron descaradamente por qué los griegos habían invadido el territorio de Oxiartes. Alejandro, a través de su intérprete, exigió la rendición de la Roca, so pena de muerte para todos sus moradores. Los emisarios examinaron la espalda de los macedonios, como para verificar un dato.

—¿Qué hacéis? —les preguntó el rey.

—No parecéis tener alas, así que vuestras amenazas nada significan para nosotros —respondieron.

Este comentario le recordó a Alejandro la arrogancia que habían demostrado los tirios antes de que él los sometiera. Les dijo a los emisarios que preparasen sus defensas para el asedio. Se rieron de él, preguntando qué roca necesitaba prepararse para resistir el viento. Señalaron que la fortaleza era demasiado alta para estar al alcance de catapultas o balistas. También contaba con abundancia de agua, gracias a la nieve, y víveres suficientes para resistir un ataque de veinte años. Alejandro les recordó que Tiro y Gaza habían hecho alardes similares. La respuesta de los emisarios fue un insulto final, pues señalaron a los macedonios un sitio para acampar que estaba guarecido de los remolinos de nieve en invierno y recibía brisas frescas en verano.

—Pues vuestro orgullo os retendrá aquí largo tiempo —le aseguraron.

El ejército acampó (aunque no en el lugar que habían sugerido los sogdianos) y Alejandro salió con sus oficiales para descubrir el mejor sitio para iniciar el ataque. Habían cabalgado un buen rato cuando cayeron en la cuenta de que habían rodeado la Roca por completo sin hallar una sola debilidad. Sintieron un cosquilleo, como si una llovizna cayera sobre ellos. Sin embargo, el cielo estaba despejado. Mirando con mayor atención, vieron el origen de la «llovizna»: los sogdianos se habían alineado en las murallas de su fortaleza. Se habían alzado la túnica, y orinaban sobre los macedonios.

Alejándose un trecho, Alejandro se enjugó la cara con un trapo.

—Encontrad un modo rápido de penetrar esa Roca —dijo—. A cualquier precio.

Los generales deliberaron toda la noche. Pensaron en elevar las catapultas sobre torres, o en construir una enorme rampa para sus arietes. Pero esas aparatosas construcciones requerían llevar tierra y madera desde lugares remotos, pues el terreno de esa zona era yermo. Además, los insultos de los sogdianos habían enfurecido tanto a Alejandro que su paciencia se había agotado.

Sólo quedaba tiempo para una solución. En el campamento se pidió la asistencia de los más duchos en el escalamiento de rocas. A los trescientos hombres que acudieron, Alejandro prometió la suma principesca de diez talentos por cada uno que llegara a la cima de la Roca; una vez allá arriba, debían gritar a voz en cuello, para

que los macedonios y los sogdianos supieran que estaban allí. Para acelerar su avance, Alejandro ofreció un sacrificio a Hermes el Mensajero, y también a la montaña, como precaución.

Los atacantes partieron después del anochecer, equipados con afiladas clavijas de hierro, martillos, soga y raciones para dos días. Teóricamente, insertarían las clavijas en el suelo o el hielo; en la práctica, a medida que ascendían los escaladores, se encontraron martillando clavijas en la roca viva. Bien podemos imaginar su terror mientras se aferraban a la empinada pared, tan temerosos de subir como de bajar, obligados a presenciar cómo sus camaradas se resbalaban y caían. Cuando llegó el ocaso del primer día de ascenso, los supervivientes se aseguraron como podían, algunos sujetándose con cuerdas, otros metiendo los brazos y las piernas en orificios estrechos. Los más afortunados pudieron dormir; los infortunados, en su agotamiento y parálisis, resbalaron de sus asideros y perecieron. El frío los atormentaba a todos, hasta que cedían y soltaban la piedra a que se aferraban. Los restos de algunos caídos no se encontraron nunca.

Más tarde los supervivientes informaron de que esa noche desesperada todos tuvieron el mismo sueño: mientras se aferraban a la pared, fueron visitados por una hermosa oréade. La ninfa, que estaba desnuda salvo por una pátina de hielo traslúcido, parecía flotar en la brisa que se elevaba desde el pie de la Roca. Sin palabras, logró comunicar a cada hombre que aferrara su cabello radiante, que le llegaba a la cintura y estaba adornado con flores de montaña. Muchos escaladores vacilaron, pues ella parecía tan ligera que ondulaba en el aire, pero sintieron tal tentación de abrazar a esa muchacha adorable que abandonaron su asidero y se arrojaron sobre ella. Enredados en esta forma esbelta, sentían palpitar las venas de agua que machacaban las honduras de la Roca, y oían los tiernos musgos que los llamaban desde las laderas de las colinas, y fueron transportados a un sitio mucho más alto, donde los depositaron con un beso. Y cuando despertaron, se encontraron aferrados al lugar donde habían soñado que la oréade los elevaba.

Al alba del segundo día estalló un gran clamor en la cima de la Roca. Los macedonios del campamento vieron que la mayoría de los escaladores estaban en un saliente, muy por encima de la fortaleza, agitando los brazos con regocijo. Los sogdianos quedaron muy perturbados por este espectáculo, pues en su ignorancia creían que Alejandro de veras había reclutado a soldados alados, y que los macedonios volantes no daban gracias a los dioses por la mera supervivencia, sino que se disponían a atacar. Aunque los escaladores no tenían armas, y eran muy reducidos en número, los sogdianos fueron derrotados por sus temores.

La súbita rendición de la Roca fue un gran alivio para nosotros. También fue un ejemplo elocuente para las tribus vecinas, que podrían haber concebido la idea de que podían resistir contra Alejandro. El rey, con la esperanza de desalentar tales ambiciones mediante una juiciosa demostración de bondad, contuvo el impulso de castigar la arrogancia de Oxiartes y permitió que el reyezuelo conservara una

soberanía nominal sobre sus tierras. Oxiartes, a su vez, invitó a Alejandro a aprovisionarse con los víveres que había acopiado en su fortaleza, tan abundantes que podían proveer varias veces a todo el ejército macedonio. Para sus adentros, Alejandro se alegró de su buena suerte, pues los emisarios sogdianos no habían exagerado al decir que podían resistir un asedio de veinte años.

Cuando entregó su reducto, Oxiartes lo hizo con tan grácil buen humor que los macedonios quedaron encantados. Ofreció una inagotable provisión de alimentos, y compañía femenina. Alejandro, para quien la entrega de obsequios era un asunto tan serio como la guerra misma, emuló esta generosidad con presentes de oro y plata de las arcas de Persépolis. Oxiartes aceptó estas bagatelas, pero con cierto desdén por esos objetos inservibles, pues él prefería regalar armas, caballos y suministros. Alejandro fingió que él no necesitaba estas cosas, y así la competición se prolongó largo rato, y los subalternos de ambos bandos se beneficiaron mucho más que los jefes.

En aquellos parajes del Asia se consideraba apropiado que los padres mostraran públicamente los encantos de sus hijas solteras. En una de esas ocasiones, Alejandro vio a Roxana por primera vez, ejecutando una danza para los Compañeros en la sala de recepción del reyezuelo. Con sus dos hermanas, ella llevaba una versión más delicada del atuendo formal de los varones sogdianos, con una chaqueta de seda con brocado que le llegaba a las rodillas, un cinturón ceñido, y pantalones angostos con las bocamangas metidas en botas de cuero. Una toca cónica le cubría la cabeza, con la punta inclinada hacia delante. (Se decía que la inclinación de la punta tenía que ser muy precisa, pues de lo contrario se arruinaba el efecto.) En su danza las muchachas empuñaban espadas, agitándolas y saltando sobre ellas al unísono. A pesar de la ropa masculina de Roxana, trenzas de cabello rubio asomaban de la gorra, desmintiendo toda posibilidad de que no fuera una mujer. Los juguetones sogdianos se divertían con el espectáculo de muchachas que imitaban a guerreros, una broma que no captaron los macedonios, que tenían ideas muy rígidas sobre estos asuntos. Alejandro sólo tenía ojos para Roxana.

En su falta de imaginación, algunos aduladores han descrito a Roxana como «la segunda beldad del Asia», es decir, la más bella después de Estatira. Quiero consignar que no sé si era la segunda beldad del Asia, o de Sogdiana, o sólo del campamento macedonio. ¡Qué ignorancia suponer que la mera belleza ejerció alguna influencia en Alejandro, que siempre se había consagrado a las ocupaciones y placeres de los hombres! Como estuve presente en esa ocasión, puedo testimoniar que la apariencia de Roxana fue menos relevante que sus otros encantos. Quizá fuera su modo de ladear la cabeza en la danza, o los leves hoyuelos que le aureolaban la boca al sonreír, o el modo en que besaba el aire al desaparecer tras el telón.

Es imposible explicar los anhelos del corazón. De inmediato Alejandro llamó a Oxiartes y pidió que Roxana compartiera un trago con él. Sorprendido, el caudillo preguntó si el rey no se refería a la hermana mayor. No, respondió Alejandro, se

refería a Roxana. El caudillo se puso blanco. Su renuencia era evidente, y todos suponían que se relacionaba con el afán de entregar a sus hijas en el orden apropiado, la mayor primero. En retrospectiva, no sé si ésta era la razón. Pues lo que se veía en el semblante del hospitalario Oxiartes no era decoro paterno sino aprensión, incluso temor por su poderoso pero ignorante huésped. Pero no estaba en posición de rehusar.

El rey aguardó ansiosamente el regreso de la muchacha, aguantando en silencio una inane discusión entre Crátero y Pérdicas. El primero argumentaba que el hombre siempre delata que es un prostituto por el sonido de sus pedos. Pérdicas, demostrando prudencia, negaba que la sodomía tuviera semejante efecto. Discutieron sobre esta cuestión largo rato, hasta que la cortina de los aposentos de las mujeres susurró, y Alejandro les ordenó que se callaran.

Roxana salió con otro atuendo. Holgados pantalones de quimón, ceñidos encima de la cintura, le cubrían las piernas. Sobre los hombros tenía una chaqueta corta de terciopelo verde con bordados de oro, con el frente sin sujetar, y un chal de seda. Llevaba el busto al descubierto, salvo por un pañuelo color ciruela que le colgaba del cuello. Esta delgada prenda apenas ocultaba sus formas mientras se movía, desconcertando a los encantados huéspedes.

Caminó hacia Alejandro con zapatos de cuero verde de tacón alto. Cada paso iba acompañado por la música de joyas tintineantes. Cuando se inclinó, su cabello rizado cayó en cascada sobre las mejillas, un gesto que pareció intrigar a todos los hombres, que rara vez veían el cabello largo y suelto entre las mujeres respetables de Macedonia. Sonreía levemente, como si festejara una broma que acababa de oír.

Pero, a pesar de sus innegables atractivos, no podía compararse con la majestuosa presencia de Tais o Estatira. Su encanto residía en su agilidad mental, además de su inexplicable aplomo, pues a fin de cuentas sólo era la hija de un reyezuelo, exhibida a requerimiento del conquistador del Imperio persa, y no demostraba el menor temor. En este sentido me recordó a alguien que no pude precisar en ese momento.

Tratando de recordar quién era, me distraje y sólo recuerdo algunas frases de la conversación que siguió.

—El rey Alejandro desea hablarte —le dijo Oxiartes.

—Eso suponía. ¡Bien, rey Alejandro, hablad! —respondió ella, en un griego con mucho acento, idéntico al del padre.

—¡Roxana!

—Yo hablaría —dijo Alejandro—, pero he enmudecido.

—¡Vaya par que somos! Vos habéis enmudecido, y a mí me han ordenado que enmudezca.

Alejandro la miró con esos ojos que no eran fáciles de afrontar. Roxana le sostuvo la mirada hasta que él sonrió, y al fin ella se sonrojó y desvió el rostro. De ese modo, se cerró el trato.

Al día siguiente se casaron. Según la costumbre sogdiana, no se requería la presencia de Roxana, sólo del padre. Alejandro recibió una hogaza que él cortó por la

mitad con una espada ritual que se había legado desde los tiempos de los más remotos antepasados de Oxiartes. Una mitad del pan era para el padre, y la otra mitad para el esposo, y cuando ambos comieron, la unión quedó confirmada.

Lo más notable de la boda no fue el ritual, sino la divergencia de expresión en el semblante de los séquitos de la novia y del prometido. Los sogdianos no ocultaban su deleite. Los macedonios (incluidos Hefestión, Crátero, Ptolomeo, Pérdicas y Parmenión) no podían evidenciar más su fastidio. Para ellos, esa boda era una calamidad. Naturalmente, en cuanto conquistador, Alejandro tenía derecho a llevar a la muchacha a su lecho tal y como se le antojara. Era libre de engendrar una prole de bastardos. Pero era impensable que desposara a una muchacha de tan baja condición. Sin duda también les preocupaban las implicaciones de una «reina Roxana»; los poderes que rodeaban el trono ya estaban bastante abarrotados sin añadir una jugadora nueva e imprevisible a la partida. Estas sospechas sin duda incidieron en la fría recepción que le dieron los macedonios, tal como ha dicho Esquines. ¿Es de extrañar, entonces, que yo procurase aumentar la influencia ateniense en la corte mediante mi amistad con ella? En mi opinión, habría sido negligente no aprovechar esa oportunidad.

En cuanto a la opinión de Alejandro sobre este asunto, no puedo decir nada con certeza. Él nunca habló de ello conmigo, y sólo una vez me miró a los ojos durante la ceremonia. Tenía una expresión de arrogante desafío, como si la decisión de casarse fuera toda una afirmación. Parecía decirme que él era como un dios en su impetuosidad, en su desdén por las consecuencias. Era semejante a Zeus, que nunca permitió que la inferioridad de sus conquistas mortales frustrara su placer.

Al finalizar la boda, Roxana se presentó con su semibárbaro vestido de cuero de cabra y piel de zorro, y ofreció la mejilla para que la besara su esposo, y entonces recordé a la persona que me evocaba.

Era Olimpia.

Hablando de sus conquistas menores, hay otra que debo mencionar, aunque tengo poco tiempo. Me siento obligado a describirla porque nunca figurará en las historias públicas, o en todo caso sólo figurará como una anécdota sin confirmar que el lector podrá creer o no, de acuerdo con sus prejuicios. Os aseguro que sucedió, tal y como la describiré.

Al norte del río Oxo, los macedonios llegaron a un villorrio. Cuando se aproximó el ejército, acudió a saludarnos una delegación que vestía indumentaria griega y hablaba un dialecto del jónico. En presencia de Alejandro, declararon que eran milesios del clan de los bránquidas. Calístenes se golpeó la cabeza con asombro. Éstos, declaró, tenían que ser los descendientes del clan sacerdotal de los bránquidas, que otrora había cuidado los recintos sagrados de Apolo en Dídima. Iba a decir algo más, pero primero pidió al rey que ordenara que los milesios se alejaran.

Cuando estuvieron a prudente distancia, explicó:

—Durante la revuelta jónica contra el Gran Rey, hace ciento cincuenta años, los

sacerdotes entregaron el santuario a los persas. Para protegerlos del castigo que podían infligirles sus compatriotas, Darío el Grande desterró a los bránquidas de Jonia y les permitió establecerse en Sogdiana, lejos de toda represalia. O así creíamos todos…

Alejandro, tratando de no alarmar a sus invitados, los llamó y les dijo que durante la noche acamparía cerca de la ciudad. Al día siguiente, declaró, iría a verlos con un anuncio.

Como la traición de los bránquidas era ante todo un crimen contra la gente de Mileto, Alejandro decidió plantearles a ellos la cuestión del castigo. Esa noche el rey convocó una reunión de todos los milesios de su ejército. Éstos sumaban menos de cien, pero procedían de todas las divisiones de sus huestes, desde oficiales de caballería, hipaspistas y arqueros hasta tesoreros e ingenieros. A decir verdad, era un espectáculo ver a todos esos hombres, con sus variopintos uniformes pero su modo común de hablar, afrontar este dilema. El miembro de una falange pidió el castigo de los varones adultos.

—Los traidores merecen un solo destino —declaró—, trátese del padre, del hijo o del nieto. ¿De qué serviría un juramento sagrado, como el que prestaron los bránquidas, si pudieran escapar a tierras extranjeras y evitar toda responsabilidad por sus actos? Sería una desgracia para las mujeres y los hijos perder a sus padres, pero sus antepasados aceptaron este riesgo al vivir como medos. Cualquier otra decisión atraería la ira de Apolo.

Algunos festejaron esta declaración. Otro hombre, un ingeniero, manifestó su desacuerdo.

—¡Un destino para los traidores, por cierto! Pero ellos no son los traidores. Ni siquiera son los nietos de los traidores. Son inocentes que están a ciento cincuenta años de distancia de los pecados de otra generación. Hoy nos acompañan muchos griegos que viven como medos, entre ellos gran número de tesalios. ¿Acaso castigaremos también a nuestros camaradas?

Y así continuó el debate por un tiempo, con una energía que habría sido digna de las deliberaciones de nuestra Asamblea. Cuando el rey pidió una votación a viva voz, no había una mayoría definida a favor de la misericordia o la espada. Cuando se pidió a los hombres que alzaran la mano, las opiniones quedaron divididas por partes iguales.

—¡Maldita indecisión! —exclamó Alejandro—. Podéis iros, pues; vuestro rey asumirá esta carga.

No se sabía qué decidiría, pues no había demostrado preferencia por ninguna de las dos partes del debate. Reparé en una arruga de dolor en su semblante cuando el ingeniero aludió a los descendientes de colaboradores de los persas que estaban en el ejército: un siglo y medio antes un predecesor de Alejandro (también llamado Alejandro) había enviado a Jerjes regalos simbólicos de agua y tierra, emblemas de la sumisión de Macedonia. Quizá lo que siguió tuvo más que ver con la expiación de

este pecado que con cualquier crimen que hubieran cometido los bránquidas.

A la mañana siguiente el rey entró en la aldea con dos guardias. A su llegada su pequeña escolta fue rodeada por niños que les ofrecían guirnaldas. Decorados con capullos de anémona, asfodelo y aulaga, los macedonios fueron conducidos por esas pequeñas manos hasta el anciano que los bránquidas habían elegido como representante de la aldea. Cuando llegó Alejandro, el viejo estaba de rodillas, desbrozando sus canteros. Dio un pequeño grito de sorpresa al ver que el señor del Asia estaba a las puertas de su jardín.

—¡Bienvenido! Te esperábamos, pero veo que los niños te han hallado primero. Lamento no haberte visto llegar… ¡Los jacintos son amantes tan celosos! Mi nombre es Aquiles.

Al principio Alejandro no pudo responder. Le contrariaba la presencia de los niños, y el hecho de que su anfitrión tuviera el mismo nombre que uno de los ancestros que él reverenciaba públicamente. Abrió la boca pero no dijo nada, y Aquiles volvió a señalar el jardín.

—Muchas de estas flores vinieron con nosotros desde nuestra vieja patria. El jacinto es sagrado para Apolo. Aquí tratamos de mantener las viejas costumbres, pero es difícil en una tierra tan extraña.

—Sí, eso supongo —respondió el rey.

El viejo invitó al rey a mirar sus trabajos de jardinería. Los macedonios eran parcos y distantes, hasta que el dulce aroma de las flores empezó a seducirlos. Los guardias me contaron que la fragancia les recordaba las colinas y prados de su hogar de Lincestis, al noroeste de Pella. Alejandro también parecía afectado por remembranzas de su terruño mientras seguía a Aquiles, tan orgulloso de su hogar. El peso pareció abandonar sus hombros; comenzó a hacer preguntas sobre jardinería.

—Creo que en mis años he realizado todo tipo de tarea en esta aldea. Pero nada me brinda tanto placer como este terreno —dijo Aquiles.

—Si yo no fuera Alejandro, cuidaría un jardín —afirmó el rey, una declaración abrupta y extravagante.

Aquiles asintió como si tuviera pleno sentido.

—Se cuenta que el templo de Dídima está rodeado por grandes jacintos que llegan a la cintura, y de todos los colores. Nunca lo he visto, así que no sé si creer en esas historias.

—Deberías… Aunque el santuario no es lo que era antaño…

La conversación sobre Dídima recordó a Alejandro lo que había ido a anunciar. Su rostro se endureció, y se apartó de los gratos macizos de Aquiles. Pero no podía impartir una condena con el cuello cubierto de flores y los Cándidos ojos de los niños clavados en él. En cambio, se despidió abruptamente de Aquiles, dio media vuelta y se marchó. Al alejarse de la aldea, se arrancó las guirnaldas del cuello y las arrojó al suelo.

En el campamento, se metió en su tienda y no lo volvieron a ver en todo el día. Al

anochecer llamo a Peiton, que salió con una expresión impasible. Traté de sonsacarle información, pero ese frío sujeto se negó a divulgar lo que Alejandro le había ordenado.

Antes del alba de la mañana siguiente, y en total silencio, novecientos Compañeros rodearon la aldea de los bránquidas. En esta ocasión habían dejado las picas apiladas frente las tiendas y sólo portaban sus espadas cortas.

La matanza comenzó ese día sin aviso: ningún reproche, ninguna enumeración de los crímenes de los antepasados. La mayoría de los aldeanos fueron abatidos mientras huían de sus casas, y los que permanecían en el interior eran expulsados por el fuego. ¿Cómo describir sus alaridos? Todos habéis oído los gritos de hombres sufrientes en combate. ¿Pero habéis oído el grito de una madre cuando asesinan a sus hijos ante sus ojos? Es algo inhumano, entre un gruñido y un chillido. Todos los macedonios de la aldea, y los que permanecían ociosos en el campamento a corta distancia, lo oyeron largo tiempo, mientras los bránquidas de todas las edades eran expulsados de sus escondrijos mediante empellones, estocadas o exhortaciones. Lo vi con mis propios ojos cuando me acerqué a mirar desde el lado boscoso de la aldea. Vi a padres que caían luchando contra tres y cuatro atacantes; vi a una familia entera, los padres y tres hijos, salir a trompicones de la casa ardiente, con la carne derritiéndose sobre los huesos. Vi a soldados que lloraban al degollar a tiernos bebés y los depositaban en la calle, como para dormirlos.

No debéis suponer que fue una tarea fácil. Matar a muchos seres humanos con mandobles y puñaladas requiere una mano firme; para un soldado que tiene familia en su patria, asesinar a inocentes es una traición implícita de toda justificación que se use para excusar una vida en la guerra. Una vez concluida la faena, esos Compañeros, curtidos veteranos del tercer *lochos* del batallón de Peiton, eran inútiles para cualquier otra misión. La mayoría parecían reducidos a sombras, con los ojos clavados en un lugar distante, asediados por las imágenes que los rondaban. Sus camaradas evitaban la mancha que los infamaba. Alejandro se apiadó de estos hombres, y los despidió de Maracanda con un talento para cada uno y una recomendación personal del rey. Añadiré que Peiton no se mostró afectado por encabezar una acción que arruinó a muchos de sus hombres.

Los cuerpos, más de doscientos, fueron recogidos y arrojados a una fosa en el bosque. Después comenzó el trabajo más pesado: un batallón entero al mando de Koinos recibió órdenes de eliminar todo rastro de habitación humana. Esto significaba algo más que arrasar los edificios. Todo fue arrancado del suelo: cimientos, empalizadas, baldosas, las raíces de los árboles de los huertos. Se rellenaron los orificios restantes, y se cubrieron con hojas y tierra. Cientos de hombres pasaron días alisando los surcos de los campos de labranza. No se dejó nada que delatara la existencia de los bránquidas, ni siquiera un trozo de leña, una aceituna, la huella de un niño en el suelo.

El trabajo incluyó la destrucción de varios altares consagrados a Apolo y Zeus.

Esta tarea provocó gran resistencia, y Pérdicas tuvo que aplicar una severa disciplina para realizarla. Alejandro, por su parte, declaró que su padre Zeus le había otorgado autorización para ese acto. Lo dijo varias semanas después, en Maracanda, cuando recibió a otros para beber con él de nuevo. Aún pensando en lo que había visto, yo pasé toda la noche con él, y me las apañé para ser el último en irme cuando despuntó el sol. Pero él me contuvo con un gesto en cuanto abrí la boca.

—Sé lo que quieres decirme, Macón. Pero antes de hablar, recuerda lo que me dijiste después de la muerte de Clito. Recuerda que te lo advertí.

Era verdad que me lo había advertido. Pero el consuelo que yo ofrecía no estaba destinado a aprobar ninguna atrocidad, sólo la justicia. Para mi deshonra, no enfaticé esta distinción, sino que guardé silencio mientras él se levantaba de los cojines y se arrastraba hacia su aposento en penumbra. Tampoco volví a hablar del asunto durante los agitados meses que siguieron. Quizá mi boca fue cerrada por el temor, quizá por la ignorancia de lo que él haría. Acepto que mi silencio es mi mayor ofensa. Si de eso me acusara Esquines, no lo cuestionaría.

Sólo diré lo siguiente: tras haber visto la cruenta faena de aquel día, me revolqué en remordimientos que ninguno de mis enemigos conocerá jamás. Las noches eran sumamente difíciles, cuando el campamento se aquietaba. El viento que gemía sobre un anónimo pico asiático, en mis sueños, se transformaba en el llanto desconsolado de las madres bránquidas. Yo despertaba. Presa del temor, abría la entrada de la tienda para parlotear con los guardias. Una vez sentí el impulso de hacerle esta pregunta al plebeyo hijo de un granjero de Oresta: ¿se debe consentir el crecimiento de un niño peligroso como Alejandro? ¿Todos debemos correr el riesgo de permitirle que mire su propia naturaleza a la cara? ¿O sería más seguro para todos dejarlo flexible como un niño, o, lo que es lo mismo, como un dios? Me pregunto qué habría respondido el guardia. Recordé lo que Crátero había dicho de Arrideo en el templo de Heracles: «No es infeliz. Al contrario, él se cree que es un dios».

Siempre reacio a aceptar la derrota, Alejandro volvió a plantear el aciago asunto de la postración. A partir de entonces, se ordenó que los funcionarios de rango menor se prosternaran en presencia de Alejandro. Pero la postración nunca se convertiría en costumbre a menos que los macedonios y griegos más destacados —los generales, filósofos y diplomáticos de las ciudades helenas— también la aceptaran. Alejandro ansiaba evitar una confrontación como la que había tenido con Clito el Negro, pero también estaba dispuesto a demostrar una equidad que garantizara la lealtad de sus súbditos persas, así que recurrió a su leal Hefestión para que lo ayudara con este problema. Juntos concibieron un plan para introducir esa práctica de modo más artero.

En ocasión de una cena, Alejandro anunció que quienes realizaran la postración se ganarían el privilegio de un beso de la boca del rey. Este ofrecimiento de un favor especial a cambio de la humillación fue suficiente para convencer a la gran mayoría de los macedonios de acceder. Alejandro observaba complacido mientras se

aproximaban uno por uno, apoyaban la frente en la alfombra y se adelantaban para recibir el beso en los labios, que el rey ofrecía de buen grado. Todos sus compañeros acudieron: Leonato, hijo de Anteas; Lisímaco, hijo de Agatocles; Pérdicas, hijo de Orontes; Ptolomeo, hijo de Lago. Entre los generales, la única excepción fue Parmenión, que se las apañó para ausentarse con algún pretexto falso. Los persas que estaban presentes, entre ellos Artabazo y Arsaces, el nuevo sátrapa de Media, quedaron satisfechos con esta muestra de respeto por la tradición. Todo andaba bien hasta que Calístenes tuvo que aproximarse a la tarima.

Como Alejandro estaba distraído, hablando con Hefestión, Calístenes aprovechó para adelantarse y recibir el beso sin postrarse. Alejandro igual habría besado al sobrino de Aristóteles, pero Peiton proclamó que Calístenes no se había prosternado como los demás y no se había ganado el beso. Alejandro apartó la cabeza de los labios fruncidos del sofista, que se encogió de hombros e inició una arriesgada perorata, cuya esencia era la siguiente:

—Supongo que me he quedado sin beso. Pero me parece sabio conservar la distinción que hacemos los griegos entre hombres y dioses. ¿Acaso no hemos visto las consecuencias de deshonrar a las divinidades verdaderas, cuando los celos de Dioniso condujeron a la muerte de nuestro amigo Clito? ¿Acaso los mortales, aun los más valientes y excelsos, no deben esperar la aprobación del oráculo pítico de Delfos para sus honores divinos, como Heracles al morir? Más aún, creo que es una necedad establecer una costumbre que el pueblo no respetará, pues todos sabemos que los griegos de nuestra patria nunca se inclinarán ante nadie.

»Por mi parte, estimo demasiado esta campaña para ponerla en peligro con formalidades bárbaras. Soy demasiado leal a mi rey para transformarlo en Darío Alejandro.

Con esas palabras, Calístenes regresó a su diván y cogió su copa. Había consternación en el semblante de los nobles persas, y un arrebol de rabia en el de Alejandro. La mención de Clito era sumamente irritante, así como el nombre «Darío Alejandro», que podía popularizarse peligrosamente. Pero los macedonios, aun los que habían accedido a la postración, recibieron con agrado las palabras de Calístenes. Reparando en ello, Alejandro se tragó su furia y exhortó a continuar la fiesta. Pero no olvidó el insulto de Calístenes.

XIV

Para entender a Alejandro, tendríais que haber cazado con él. Esta predilección derivaba del entusiasmo de su padre por matar a toda clase de bestias salvajes. En tiempos de Filipo, el anuncio de que había un oso en las inmediaciones bastaba para cerrar la capital durante días; el mero rumor de que un león merodeaba por Macedonia demoraba la firma de los tratados de paz y la recepción de eminentes embajadores. El príncipe Alejandro heredó el gusto por ese deporte, que llegó a obsesionarlo aún más que a su padre. Su curiosidad llegaba a tal extremo que una vez hizo capturar a seis venados, los etiquetó y los liberó. Las etiquetas ordenaban que quien encontrara a un animal muerto comunicara al palacio el momento y el lugar del descubrimiento. De este modo el príncipe podía invertir su relación con Aristóteles y dar cátedra a su tutor sobre el hábitat y la longevidad del ciervo rojo de Macedonia.

Con toda Asia a sus pies, Alejandro contaba con un horizonte sin precedentes para sus cacerías. Más aún, toda la expedición podría interpretarse como una larga y costosa excursión de caza. Aclaremos que Alejandro despreciaba las prácticas de la nobleza persa, que usaba el arco contra animales atrapados en parques amurallados, o empleaba ejércitos de batidores para rodear grandes franjas de territorio. Se decía que Darío había «cazado» de este modo, tendido en su pabellón dorado mientras animales de todo tipo eran impulsados hacia él. Entonces el Gran Rey abatía tantas presas como flechas tuviera para disparar. Alejandro, en cambio, se internaba en campo abierto en el tradicional estilo macedonio: cabalgando a pelo, desnudo salvo por un sombrero para el sol, armado con una sola lanza.

Su primer reto fueron los asnos salvajes de la alta meseta de Capadocia. Eran animales increíblemente veloces que dejaban atrás a cualquier caballo, con el hábito irritante de detenerse a trechos para permitir que los cazadores se acercaran, antes de volver a perderse de vista. Tras estropear varias buenas monturas para perseguirlos, Alejandro notó que los asnos corrían en grandes círculos. Esto sugirió la treta de enviar a sus hombres uno por vez, y cada cazador mantenía a su presa en fuga hasta que era reemplazado por un jinete fresco. Al cabo de varias etapas de postas, los animales se desplomaban de agotamiento.

En las planicies de Arabia había gran cantidad de avestruces salvajes. No eran tan rápidas como los asnos, pero eran escurridizas. Corrían en línea recta, extendiendo las alas, alzando una cegadora estela de polvo. Algunos autores, como Jenofonte, han sugerido que usan las alas como velas de navíos, pero Alejandro consideraba que esta idea era errónea, pues las aves usaban las alas al margen de la fuerza del viento. En todo caso, sólo algún arquero afortunado logró derribar alguna, y en estas raras ocasiones la carne era roja y muy sabrosa, muy semejante a las mejores partes del ganado vacuno. Algunos hombres recogían los huevos, y usaban el contenido como alimento y la cáscara como cantimplora.

El rey encontró más animales en las márgenes de los ríos de Asiria. Aunque esa antigua tierra estaba llena de gente y granjas, la población de leones de la parte meridional del reino había aumentado últimamente. Los felinos lograban esto organizando sus cacerías de un modo que frustraba los intentos de los lugareños por controlarlos. Como nuevo Señor de Toda Asia, Alejandro adoptó la misión personal de defender su reino contra todos los invasores, bípedos o cuadrúpedos.

Se halló la guarida de los leones en una finca abandonada a orillas del Tigris. A la cabeza de una partida de treinta jinetes, Alejandro planeó su ataque tal como lo hubiera hecho contra cualquier otra tribu hostil. Las hembras, que defendían varias camadas de crías, ofrecieron una desesperada resistencia. Los leones partían fácilmente las lanzas de madera de cornejo de los cazadores con las mandíbulas o con las patas delanteras; dos jinetes murieron cuando los felinos saltaron sobre el lomo de sus caballos. Tras un duro combate con jabalinas, Alejandro y sus hombres obtuvieron la victoria. Todos los felinos perecieron, salvo dos machos, que hicieron gala de su cobardía al escapar río arriba a nado.

Hubo otras expediciones contra especies exóticas de todo tipo. Bajo los pistachos y tamariscos silvestres de la Persia central volaban avutardas gigantes con una envergadura de alas más ancha que un templete. Al margen del Indo atacaban a elefantes e hipopótamos. Mientras el ejército cruzaba el paso del Paropámiso, con los hombres muertos de hambre, Alejandro no pudo resistir un ataque contra las grandes cabras de cuerno en espiral de aquellas montañas. En casi todos los casos estas aventuras servían para reforzar el ánimo de los hombres que compartían la marcha con el rey.

La única y triste excepción fue el episodio, durante la cacería de un jabalí, en que el paje Hermolao cometió la tontería de privar a Alejandro del golpe de gracia. Esta impertinencia enfureció a Alejandro. Frente al resto de la partida, ordenó que desmontaran a Hermolao, lo desnudaran y lo azotaran. Él mismo llegó a empuñar el látigo, propinando los golpes mientras los Compañeros, los guías y los demás pajes miraban con gran bochorno. Todos se sentían contrariados por la humillación de Hermolao y por Alejandro, que siempre había tratado a sus pajes con delicada tolerancia. Pero allí estaba, vestido con la capa de montar de un bárbaro, con la diadema persa en la cabeza, azotando a un compatriota.

Le dijo a Hermolao que había perdido el privilegio de montar a caballo y le confiscó la montura para el regreso al campamento. Abandonado, desnudo en la espesura, el paje fue atacado por desconocidos, y su virilidad fue insultada de un modo que no es preciso detallar. Al regresar, Hermolao estaba cojo, ensangrentado y enfurecido por lo que consideraba la injusticia de Alejandro. Nadie, sin embargo, previó los extremos a que llegaría ese muchacho resentido.

En descargo del rey, debo aclarar que todos sabían que arrebatarle el trofeo de la cacería era un asunto serio. Desde sus días de Pella, Alejandro y Clito se habían enzarzado en una competición constante para ver quién sumaba más presas. Creo que

en este caso la diferencia no consistía en que Hermolao fuera paje y plebeyo, sino que la paciencia de Alejandro había menguado mucho desde la muerte de Darío. Con cada nuevo trecho desconocido, con cada nueva clase de ortiga que le cortaba los pies, con cada trago de un arroyo turbio que le hacía enfermar, perdía el humor. Esto era patente para los hombres que lo rodeaban. Hermolao debía de haberlo sabido, pero tenía un temperamento orgulloso que los pajes no pueden permitirse en tales circunstancias.

Era privilegio del cuerpo de pajes jóvenes custodiar los aposentos del rey mientras él dormía. A menudo, cuando el exceso de vino impedía que Alejandro llegara a su almohada, los pajes lo cargaban hasta el lecho. Hermolao convenció a los otros muchachos —Sostratos, hijo de Amintas, y Epimenes, hijo de Arseo— para conjurarse con él. A una señal convenida, cuando el rey borracho se hubiera acostado y se hallara indefenso, lo atacarían con dagas.

La noche en que habían convenido hacerlo Alejandro bebió hasta altas horas y se acostó con las primeras luces. Era el turno de Hermolao de dormir a las puertas del rey. Al levantarse, el joven se alegró de ver que Alejandro estaba demasiado ebrio para caminar, aunque Bagoas lo acompañaba, sosteniéndolo con el brazo. Al pasar junto a Hermolao, Alejandro le habló, diciéndole que era buen muchacho, y que se había equivocado al quitarle el caballo. El rey le guiñó el ojo y le palmeó la mejilla, diciendo que le devolvería el caballo, mientras no «emporcara el jabalí» la próxima vez. Alejandro se rió de su dudoso retruécano mientras Bagoas lo llevaba a la cama.

Esta disculpa sorprendió tanto a Hermolao que no atinó a reemplazar de inmediato al eunuco. Dio la señal tardíamente y los tres conspiradores se quedaron fuera de la cámara, esperando a que Bagoas se marchara. Al cabo de una hora, temieron que su reunión despertara sospechas y desistieron.

Los conspiradores se proponían repetir el intento la noche siguiente, y la siguiente, hasta lograr su cometido. La conjura se descubrió gracias a la indiscreción de uno de ellos: Epimenes se la reveló a su compañero de lecho, Caricles, hijo de Menandro, quien pensó que el secreto estaría a salvo con Eurílocо, hijo de Arseo, que era el hermano de Epimenes. Se equivocaba, pues Eurílocо fue de inmediato a ver al rey.

Bajo tortura, algunos otros fueron implicados en la conjura, entre ellos Filotas, hijo de Parmenión. Alejandro pidió a los prisioneros que le explicaran el porqué de la traición, pero nadie hablaba. El rey prometió una muerte piadosa a cualquiera que le diera aclaraciones, pues le llamaba la atención que aquéllos en quienes había depositado tanta confianza lo traicionaran tan palmariamente. Hermolao declaró que el rey era ingenuo al hacer tal pregunta, cuando era evidente para todos que se había convertido en un tirano.

—¿Un tirano? ¿Cómo? —preguntó Alejandro.

Hermolao describió el malestar general ante la arrogancia del rey, su imposición de costumbres bárbaras, y la campaña incesante, que derramaba sangre griega en aras

de la insondable vanidad de un hombre.

—¿Y qué has sufrido tú personalmente, para odiarme tanto? —preguntó Alejandro con cierta tristeza.

—Es una pregunta idiota —respondió Hermolao—. Será mejor que supliques el perdón de Clito, cuando lo veas en el Hades.

Los demás pajes fueron ejecutados por lapidación, y sus restos fueron colgados. Pero Esquines se equivoca al decir que Hermolao murió con ellos. Su final llegó mucho después, como lo describiré en el momento oportuno.

Filotas no fue inculpado por su participación activa, sino por su mediación tácita. Aconteció que otro de los pajes —Anticles, hijo de Teócrito— le había dicho que tenía noticias importantes para el rey, pero Filotas no intervino para garantizarle una audiencia con Alejandro. Aunque Anticles no había aclarado que su noticia incluía un complot contra Alejandro, la pasividad de Filotas sugería cierta complicidad. Hombres armados fueron a la tienda de Filotas, le cubrieron la cabeza con un saco y se lo llevaron en mitad de la noche.

A continuación hubo acusaciones contra Parmenión, padre de Filotas. No existían pruebas directas contra él, pero la ejecución de su hijo y su encumbrada posición en el ejército bastaban para calificarlo de sospechoso. Además sus comentarios destemplados habían llegado a oídos del rey. El viejo general era demasiado franco en su evaluación del papel de Alejandro en la campaña.

—Arrideo es responsable de la estrategia —declaró ante su plana mayor de seguidores—, mientras que la sabiduría y la experiencia de otros —en alusión a sí mismo— es el pegamento que mantiene unido el ejército. Ya pasó el tiempo de que los reyes se expongan al peligro en vanas cargas de caballería. ¡A los auténticos soldados no les importaba que un joven rey se llevara las palmas, mientras que el joven no creyera su propia publicidad!

En vez de andarse con bravuconadas, Parmenión tendría que haber mostrado la sabiduría de su edad. Pero no fue Alejandro quien lo acusó, sino el terceto de Ptolomeo, Crátero y Pérdicas. Ya les molestaba bastante que Parmenión se atribuyera méritos por Gaugamela. Pero los comentarios del viejo sobre Arrideo eran potencialmente fatales para la compleja leyenda que ellos habían urdido en torno al rey. Si Parmenión se salía con la suya, Koinos, Peiton o Nearco podían volverse indiscretos. ¡Peor aún, Calístenes y Macón podían sentir la tentación de escribir la verdad en sus crónicas!

Aun cuando le informaron sobre la arrogancia de Parmenión, al principio el rey era reacio a actuar contra él. Para convencerlo, Crátero explotó su temor a los atentados.

—Es posible que Parmenión sea inocente hasta ahora. Pero es orgulloso, y goza de popularidad, y está demasiado cerca de ti para que corras semejante riesgo. Este momento es oportuno para juzgarlo. Si lo perdonas, él dedicará el resto de sus días a conspirar.

Estos argumentos descabellados mellaron la resolución de Alejandro, hasta que se refugió en su derecho divino para lavarse las manos de todas las consecuencias.

Mensajeros armados salieron de inmediato, antes de que la noticia de la muerte de Filotas llegara a Parmenión por otros medios. Alejandro había escrito un despacho para distraer la atención del viejo general; lo mataron mientras se inclinaba bajo una lámpara para leerlo.

La ejecución de Parmenión conmocionó al campamento griego. A fin de cuentas, había servido fielmente a Filipo y Alejandro durante muchos años. Entre otras tareas críticas, él había supervisado el cruce del ejército por el Helesponto, y había sostenido el ala izquierda macedonia en Isos y Gaugamela. Su triste final envió reverberaciones hasta Macedonia, donde el viejo Antípatro se habrá preguntado si recibiría una recompensa similar por sus largos servicios.

Hasta Calístenes se conmovió. Creo sinceramente que él sirvió de inspiración para la conjura de los pajes, aunque es mentira sostener que yo instigué la acusación contra él. ¡Y qué proeza de mendacidad insinuar que procuré eliminar a un rival mediante su condena! La historia de Calístenes ya está a la venta en todo el mundo, mientras que yo, como bien ha dicho Esquines, hasta ahora no he publicado nada. ¿En qué, pues, me benefició su muerte?

El propio Calístenes fue el principal instigador de su caída. Corría el rumor de que Hermolao, antes de concebir su plan contra el rey, fue a ver a Calístenes para preguntarle quiénes eran los héroes más estimados por los atenienses.

—Los tiranicidas —respondió él—. Harmodio y Aristogitón.

—¿Y por qué se honra a los tiranicidas? —preguntó el paje.

—Porque liberaron al pueblo de su opresión —respondió Calístenes.

—¿Y hombres similares serían bien acogidos hoy por los atenienses, y obtendrían refugio en su ciudad?

—Obtendrían refugio en cualquier ciudad donde habiten los griegos —respondió Calístenes—, pero sobre todo en Atenas. Pues Atenas siempre se opuso a la tiranía; desde el final de la dominación de Grecia por parte de Euristeo, cuando él persiguió a los hijos de Heracles hasta el Ática y fue derrotado, hasta tiempos recientes.

—¿Hasta… hoy?

—Tiempos recientes —repitió Calístenes, sonriendo y sin hablar más.

Al margen de la sustancia de este diálogo, Calístenes no había comunicado a nadie el súbito interés de Hermolao en los tiranicidas. Ello habría bastado para que Alejandro aceptara la culpa de Calístenes, pues el rey definía la lealtad no sólo por los actos, sino por las omisiones. Las declaraciones públicas de Calístenes contra la postración, y contra la divinidad de Alejandro, complicaban las cosas, pues estos insultos no predisponían a nadie para darle el beneficio de la duda.

Una vez arrestado, Calístenes fue llevado a presencia del rey.

—¿Por qué me has traicionado? —preguntó Alejandro, un eco de su pregunta a Besos.

—¿Por qué traicionas a la historia? —replicó Calístenes—. ¿Crees que los alardes de Olimpia asegurarán tu fama, Alejandro? ¡El mundo sólo sabrá de ti gracias a los escritos de Calístenes!

Después de esto, el historiador desapareció. Algunos dicen que lo colgaron de inmediato, otros que lo apuñalaron. Y hay quienes juran que lo engrillaron y murió mucho después, de desesperación. Pero nadie está seguro.

El peso de las incesantes campañas, matanzas y engaños empezaba a afectar al ánimo de las tropas. Y los que compartían las francachelas de Alejandro disponían de pocas distracciones. Siendo esposa del rey, Roxana no podía reemplazar a la desenfadada Tais, que para entonces ya era habitual de la tienda de Ptolomeo. El ejército se aproximaba al Indo, demasiado lejos para que la mayoría de los artistas del entretenimiento se aventurasen desde Corinto o Atenas. Las pretensiones de divinidad de Alejandro le impedían condescender a los temas habituales de conversación, a saber las prostitutas, el vino y la sodomía activa o pasiva. En cambio, su perspectiva se redujo a temas arcanos relacionados con el equipo militar y las proezas ecuestres. En otras palabras, era un latoso. Y Calístenes ya no estaba presente para elevar los tópicos. Para combatir el aburrimiento, los macedonios debían resignarse a dudosas competiciones entre bebedores, como las de arrojar las heces del vino contra blancos que estaban en el suelo. Se necesitaba desesperadamente una novedad.

La solución llegó desde la estacada de los prisioneros. Se trataba de un viejo sacerdote de Zoroastro de nombre impronunciable que nosotros interpretábamos como «Gobares». No era persa ni medo, sino que era oriundo de Hircania, al sur del mar Caspio. Los guardias se habían sorprendido al verle hacer proselitismo entre los prisioneros enemigos, pues tenían la errónea creencia de que todos los persas eran zoroástricos, como Darío. Grandes multitudes lo rodeaban cuando él debatía con sus adversarios doctrinales, y las discusiones eran tan apasionadas que los macedonios repararon en ellas, aunque pocos hablaban persa, arameo o cualquiera de las otras lenguas de Gobares. Cuando lo sometieron a interrogatorio y castigo por causar disturbios, se supo que había militado en Jonia años atrás, y también hablaba griego. Esto le ganó una entrevista con Alejandro, que sentía curiosidad por las creencias de las tierras que conquistaba.

Llegó al banquete con una sencilla capa blanca y una soga tosca en la cintura. Supimos que sólo se quitaba esta soga para el acto de adoración, durante el cual la aflojaba y la volvía a anudar para simbolizar la victoria del orden sobre el caos. Gobares estaba ansioso de hablar de estas costumbres, como si esperase convertir a algún general o incluso al rey.

—Nuestro profeta era Zaratustra, hijo de Purushaspa… Zoroastro para los griegos. Nadie sabe exactamente cuándo ni dónde vivió, salvo que fue en una época anterior a que los hombres trabajaran los metales, y en el este. Cuando joven, fue sacerdote del culto de su pueblo. Un día, tras llegar a la madurez, juntaba agua para el *haoma* en un arroyo cristalino. Al volverse para regresar al terreno seco, vio que lo

aguardaba un mensajero de Ahura Mazda. Este mensajero, a quien llamamos Vohu Manah el Bien Intencionado, tenía la apariencia de un hombre mortal, salvo que de los ojos y la boca brotaba una luz pura como el fulgor del alba en el ojo de una cerradura. El mensajero condujo a Zaratustra ante el Creador, quien le dijo que se había convertido en un varón de *asha*, de rectitud, así que lo escogía para llevar la verdad de Ahura Mazda a todos los hombres. Y Ahura Mazda también le habló del modo adecuado de honrarlo con la plegaria, de las maneras en que los hombres de fe pueden permanecer puros, y de las observancias que el creador deseaba que los hombres respetaran durante el año, para ayudarlo en su gran lucha…

Sin que se lo pidiéramos, Gobares describió minuciosamente el ritual. El rito apropiado, dijo, se observa cinco veces por día, a medianoche, al amanecer, al mediodía, a la tarde y en el poniente. Lo más común consiste en plantarse ante la llama y recitar una breve plegaria difundida por el profeta mismo. La plegaria refirma el poder del Creador y lo ayuda en su lucha contra el Espíritu Hostil, Angra Mainyu, cuyo nombre es maldición eterna. No se recita con el vano afán de satisfacer las necesidades del adorador, sino con el propósito de expulsar el mal de la Creación, hasta el día en que la obra del Espíritu Hostil se haya purgado por completo, y comience lo que Gobares llamaba la Tercera Época. Mientras Gobares explicaba esto, fingía desatar su soga, y al hablar del Espíritu Hostil la hacía restallar como si azotara a Angra Mainyu.

Su gente tenía muchas otras creencias extrañas. Sostenían que los hombres serían juzgados después de la muerte de acuerdo con la rectitud de sus actos, pues se pesaría todo lo que habían dicho, hecho y pensado. Según los zoroástricos, las buenas palabras, actos y pensamientos no son cuestión privada de los individuos, sino que todo influye en la lucha universal contra el desorden. Si el lado bueno de la balanza es más pesado, el difunto sigue viaje hasta una especie de jardín persa, *pairi-daeza* en la antigua lengua del profeta. Si prevalece el lado malo, el difunto es arrojado a un abismo semejante al Hades, pero peor, donde gobierna Angra Mainyu.

En una época futura habrá un triunfo definitivo sobre el mal, y los huesos de los muertos sepultados se elevarán para reunirse con sus almas. La última batalla contra los sicarios del Espíritu Hostil será encabezada por el salvador llamado Saoshyant. Será un hombre mortal, pero nacerá de una madre virgen una vez que ella se bañe en un lago bendito que contiene la simiente de Zoroastro. Tras su victoria comenzará un Juicio Final en que los cuerpos resucitados de todos los que hayan vivido tendrán que atravesar a nado un río de hierro fundido. Para los rectos, esta ordalía será como bañarse en leche, mientras que a los réprobos les arrancará la carne de los huesos. Luego el torrente arrojará a los rechazados al Infierno donde ellos, Angra Mainyu y todos sus devas serán aniquilados. Con su destrucción se iniciará la Tercera Época, en que todos los mortales de la tierra consumirán *haoma* por tercera vez, alcanzarán la inmortalidad y obtendrán la bienaventuranza eterna.

—Al principio Zaratustra no tuvo gran éxito en la tarea de convertir al prójimo —

continuó Gobares—. Tras años de enseñanza, todos rechazaron la verdad salvo uno. Este único discípulo, el primer zoroástrico aparte del profeta, era primo de Zaratustra. Luego el profeta logró más conversiones, cuando predicó entre forasteros. Hoy su verdad es aceptada por muchos hombres, desde el África a la India, e incluso en vuestro país.

Crátero ardía de rabia antes de que Gobares hubiera concluido.

—¿Son éstas las creencias de hombres adultos, o de niños? ¿De veras crees que tus plegarias personales afectarán al curso de los planetas? ¡Cuánta arrogancia! ¿Y crees que a los dioses les interesa el destino individual de criaturas tan insignificantes como nosotros? ¿Acaso nos preocupa el destino de las hormigas, aunque las hormigas están más cerca de nosotros que nosotros de tu Creador omnipotente? ¡Vaya, me sorprende que el primo de Zoroastro le creyera!

—He visto creencias similares entre los judíos de Siria —observó Ptolomeo.

—Los judíos —respondió el imperturbable Gobares— asimilaron las enseñanzas de Zoroastro durante su cautiverio en Babilonia. Cuando Ciro el Grande les permitió regresar a su patria, llevaron esta sabiduría hacia el oeste.

—Que los judíos y otros esclavos se engañen con historias sobre vírgenes que dan a luz y lagos de fuego y la resurrección de los difuntos —se burló Crátero.

Alejandro apartó la mano de la barbilla, donde la había apoyado mientras cavilaba sobre las implicaciones de lo que había oído. Todos lo miramos cuando habló.

—Es noble creer en un dios justo. Nuestros olímpicos son reflejo de nosotros mismos, ¿verdad? No nos obligan a ser buenos.

—¿La bondad obligatoria es bondad? —preguntó Hefestión.

—Quizá no. Pero eso no me preocupa tanto como esto otro: en tu historia no hay lugar para mi padre Amón, Gobares.

El anciano cabeceó como para asentir. Pero no había concluido.

—Quizá, oh rey, veáis algo de vos mismo en la verdad de la Creación. El mundo comenzó como un pensamiento en la mente de Ahura Mazda, el eterno e increado, y la primera manifestación de este pensamiento fue un mundo espiritual. En esta etapa aparecieron los espíritus de todos los seres que luego se encarnarían en entidades materiales: los espíritus del aire y de la tierra, de Única Planta, Único Animal y Primer Hombre. Y como los espíritus aún no estaban anexados a su forma física, la primera creación de Ahura Mazda no estaba expuesta a la imperfección. Empero, él no estaba satisfecho con el mundo espiritual a pesar de su esplendor, porque en tal perfección no podía haber cambio, y sin cambio no podía haber virtud. Y así Ahura Mazda y su voluntad dieron nacimiento al Tiempo, y su hijo Tiempo, a la vez, engendró a los Amesha Spentas, los Inmortales Sagrados.

»Cada Inmortal era responsable de una de las siete creaciones menores. El cielo aparecía como una gran esfera de piedra en la cual se vertió la segunda creación, el agua. Y flotando en el agua como la espuma del mar, apareció la tierra. Las creaciones menores cuarta, quinta y sexta eran las manifestaciones físicas de Única

Planta, Único Animal y Primer Hombre, que vivía en la tierra, y con la bendición de Tiempo, se ramificaron en todas las especies y tribus que vemos hoy. La última y más importante creación fue el Fuego, que es el lazo entre los dos mundos de la Gran Creación, a través del cual los espíritus pueden animar los cuerpos físicos mientras viven.

—¿Y esta sabiduría explica por qué os laváis con orina de vaca? —interrumpió Crátero con una carcajada.

—La segunda creación era perfecta al ser concluida —dijo Gobares—. Pero también estaba expuesta a la imperfección, pues existía como cosa física. En ese instante, antes de que Primer Hombre aspirase un solo aliento, el Espíritu Hostil, también increado, lanzó su ataque. Irrumpió por la esfera de piedra del cielo, abriendo el agujero que vemos en aquellas ocasiones en que el sol o la luna se pierden de vista. Se zambulló en el mar y lo agitó con tormentas, y le dio gusto amargo con la sal de su transpiración. Y caminando por la tierra, arrancó el sol del cielo y con él rastrilló el suelo, calcinando las muchas formas de Única Planta. Estos lugares ahora son desiertos. Y los sitios que no fueron calcinados quedaron infestados por enjambres de insectos, o ensombrecidos por el agostamiento, de modo que el principio del fuego ya no podía mantener unidos el espíritu y la materia, o sólo un tiempo breve. Así apareció la mortalidad en el mundo.

—En consecuencia —dijo Alejandro—, ¿podemos decir que Ahura Mazda corrió un riesgo cuando decidió crear un mundo material, ya que su creación podía ser atacada?

—Sí, es verdad. Algunos *herbads*, o sacerdotes, dicen que Ahura Mazda es «el dios que se arriesgó». No obstante, presencia la maravilla de su obra, pues el pueblo de la Buena Fe considera que cada una de las siete creaciones es sagrada. Todas las aguas son sagradas, y todos los metales, todas las plantas y animales, todo el fuego, todos los hombres; no sólo esta planta o aquel hombre. Todos merecen nuestra reverencia y, de acuerdo con Su palabra revelada, consideramos que el mundo entero es nuestro templo.

Al escuchar a Gobares, me pareció que era ingenuo considerar que todas y cada una de las cosas son sagradas. Si todo es digno de adoración, nada lo es, pensaba. Pero luego llegué a observar la gentileza de estas gentes que se llamaban pueblo de la Buena Fe. Su disciplina y humildad son célebres en las tierras del Gran Rey. En Babilonia oí un dicho que daba testimonio de la confianza que se ganaban: «Lucha junto a un griego, come en casa de un judío, pero duerme bajo el techo de un zoroástrico». Su decencia es evidente para cualquiera que recorra las callejas de una aldea persa. En las ciudades griegas debemos esquivar la inmundicia que arrojan por las ventanas, pero las mujeres zoroástricas ponen cacerolas de rescoldos rociados con mejorana en sus umbrales, para perfumar el aire que respiramos todos.

—El Gran Enemigo infligió sus depredaciones a Primer Animal, matando al Toro singularmente creado. Luego Angra Mainyu buscó a Primer Hombre. Lo encontró

sentado en un jardín, libre de temor, pues nunca había sufrido daño en la creación sin mezcla. «¿Quién eres?», preguntó Primer Hombre en su inocencia. «Soy un maestro distinto», respondió el Espíritu Hostil. Y así se dispuso a corromper a Primer Hombre, y se le apareció como una bella mujer. Primer Hombre se acercó a Mujer con la inocente curiosidad de un niño, sin aprensión, y el Espíritu Hostil lo sometió a una tentación que trascendía su experiencia. Excitado por primera vez, penetró en el vientre de Angra Mainyu. El Espíritu Hostil dejó que Primer Hombre entrara suavemente en él, como una mujer deseosa, pero frío y duro como una estatuilla de mármol bruñido. En ese instante nació el miedo en Primer Hombre. Con el miedo llegó la duda. Con las sucesivas generaciones, la duda se nutrió de la mente de los hombres, haciéndoles olvidar la verdad de la supremacía de Ahura Mazda. Algunos de estos personajes dubitativos se convirtieron en los corruptos agentes del Espíritu Hostil. Los llamamos devas.

—Los devas… Ya hemos oído hablar de ellos.

—Habéis oído hablar de ellos, y los habéis visto. Pues están por doquier, y en toda forma. Antaño eran adorados como dioses, y también hoy, en comarcas ignorantes. Sólo existen para atentar contra la sabiduría. Si hay paz, provocan tumultos. Si hay orden, introducen caprichos. Los podéis conocer por sus fuegos y la bruma que dejan a su paso, pues el humo es la degradación del fuego. Son los soldados de Angra Mainyu.

Gobares cambió de expresión al describir a estos acólitos de la devastación. Adoptó una expresión elusiva y clavaba los ojos en el suelo, como tratando en vano de atemperar la fuerza de sus imprecaciones.

—Caballeros, yo creo que nos han insultado —dije.

—Yo sé que nos han insultado —convino Ptolomeo.

—Eminencias, os aseguro que no me proponía ofender.

Crátero, apoyándose en piernas inciertas, fulminó al sacerdote con la mirada.

—¡Hay que apalear a este perro!

Pidió una fusta. Cuando un esclavo salió a buscarla, Bagoas aprovechó la oportunidad para intervenir, apelando a Alejandro.

—¡Señor, quisiera aporrear al sacerdote! He tenido antes ese privilegio, en el jardín del palacio medo de Ecbatana, cuando el *dahmobed* del templo exhaló su hálito hediondo sobre el Gran Rey.

—Ésta es labor para un hombre entero —replicó Crátero.

Pero Bagoas insistió, clavando sus ojos airados en Alejandro, repitiéndole que Darío había tenido la generosidad de otorgarle ese honor en una ocasión. Contra este argumento Alejandro no tenía respuesta, pues estaba empecinado en superar a Darío en la amplitud de su misericordia y en la profundidad de su ira.

Y así el grupo disfrutó del espectáculo de Bagoas, con sus mejillas lisas y su trasero liso, asestando latigazos a la espalda desnuda del sacerdote. Era un modo coherente de redondear una velada de hospitalidad macedonia. La humillación de una

flagelación por parte del eunuco divertía tanto a los juerguistas que se orinaban de risa o vomitaban saludablemente. Gobares era el único que guardaba silencio, aunque Bagoas le pegaba con saña; sólo pidió que el látigo que tocara su cuerpo estuviera libre de impurezas. Los anfitriones quedaron impresionados por la entereza con que el viejo aceptó el castigo. Ya tendrían ocasión de sacarlo de su encierro en ocasiones, cuando carecieran de entretenimiento. Vuelve a entrar en mi relato cuando Alejandro regresa de la India.

XV

Una de las fábulas más encantadoras sobre Alejandro concierne a su relación con su caballo, Bucéfalo. Esquines ha contribuido a perpetuar este mito. Y es verdad que los unía un vínculo especial que se había iniciado cuando Alejandro era niño en Macedonia y que se prolongó más allá de la batalla del Hidaspes. El pequeño Bucéfalo no toleraba que nadie lo montara salvo Alejandro, y al acumularse los años y la distancia, el rey procuró aliviar esta carga en la medida de lo posible, para prolongarle la vida.

Pero pocos comentan que Bucéfalo era caprichoso e insufrible. Siendo el favorito del rey, el animal parecía creer que él era el monarca. Ningún otro caballo podía pastar con él, ni siquiera los más grandes, porque Bucéfalo armaba un jaleo. Habitualmente perdía contra las monturas de caballería, más grandes y robustas, pero el riesgo de herir a Bucéfalo siempre derivaba en el alejamiento o el sacrificio del otro caballo. Los caballerizos juraban que el caballo lo sabía, y que hacía planes para destruir a sus rivales. Hasta las personas obligadas a cuidarlo llegaron a temerle. El cuidado de la montura del rey se transformó en un deber peligroso, mientras un largo linaje de mozos era atacado o pisoteado. Bucéfalo mató de una coz en el pecho a un muchacho persa que tenía larga experiencia en los establos de Susa.

Quizá todo haya incidido en la desaparición del caballo un día en que el ejército había acampado varias parasangas al este del río Swat. No era inusitado que los caballos murieran o desaparecieran en campaña: los bactrianos y sogdianos eran abigeos consumados, y en los sitios más remotos había lobos y leones. Los animales difíciles terminaban cojos o amarrados cuando lastimaban a quien no debían. Aunque los jinetes comunes tenían libertad para vigilar a sus monturas, el rey no podía hacer semejante cosa.

Alejandro se encolerizó ante la pérdida del caballo. Aunque en otros casos se capturaban potros salvajes como reemplazo, o se encontraba alguno entre los refuerzos, Bucéfalo no se podía reemplazar. El rey llamó a Peiton, que a su vez llamó a todos los oficiales de caballería, hasta los tetrarcas. Les encomendó que divulgaran un mensaje entre los lugareños: si Bucéfalo no aparecía con vida al mediodía del día siguiente, todas las aldeas serían incendiadas, los hombres ejecutados, y las mujeres y niños vendidos como esclavos.

Bucéfalo apareció a la mañana siguiente. Estaba hambriento y enlodado, pero seguía siendo el mismo granuja de siempre. El misterio de su desaparición y reaparición no se resolvió nunca. Pero tamaña amenaza decía mucho acerca del precario estado mental del rey. No tengo la menor duda de que la hubiera cumplido. Cuando menos, miles de inocentes que ocupaban cientos de millas cuadradas habían sido presa del pánico, y todo por causa de un caballo. Cuando esa detestable criatura murió al fin, poco después de la batalla del río Hidaspes, hubo un silencioso regocijo

en todo el campamento macedonio.

Sí, yo fui culpable de alentar estos caprichos de Alejandro porque quería rescatarlo de la angustia que le había causado Clito. Mi objetivo era salvar su cordura, pero descubrí que su apoteosis sólo había postergado lo inevitable. Al cabo, sus desmesuras sólo revelaban la desmesura de sus flaquezas.

Con todo, llegué a tener un último atisbo de un Alejandro más joven y menos aparatoso. Habíamos acampado al oeste del Indo en un terreno alto cuando sopló viento de los páramos del norte. El súbito frío envió a las tropas en busca de leña, que escaseaba a esa altura. Tuvimos la suerte de encontrar una buena cantidad de cajas de cedro desperdigadas por la cuesta, llenas de lo que tomamos por trapos inflamables. Después de quemar varios cientos, los macedonios se sentían cómodos, pero los habitantes del poblado cercano estaban enfurecidos. Al parecer habíamos quemado a los ancestros de estos nativos, que tenían la costumbre de dejar los féretros insepultos.

Hombres armados nos atacaron desde el valle. Hubo un breve encontronazo; los atacantes se retiraron, y Alejandro se preparó para el asedio. En este punto los habitantes de la ciudad quisieron parlamentar, y en una turbadora repetición de nuestro encuentro con los bránquidas, nos interpelaron en griego. En verdad, hablaban un dialecto arcaico que se parecía más a la jerga macedonia. A diferencia de los bránquidas, no presentaron súplicas sino exigencias. Sostenían que Alejandro debía perdonar a la ciudad, pues el fundador era nada menos que Dioniso.

Apropiadamente, el lugar se llamaba Nisa. En tiempos lejanos el dios del vino y del éxtasis había pasado por allí, al regresar de la India. Varios seguidores del dios, al ver cuán apropiada era la región para el cultivo de la uva, decidieron quedarse. Dioniso bendijo esta iniciativa con prosperidad. Y lo cierto es que por doquier los macedonios encontraban recordatorios de sus tierras: viñas, por cierto, pero también clemátide, hiedra, laurel, roble, álamo, acanto y mirto. No los habíamos visto en semejante profusión desde el cruce del Helesponto. Como prueba final, los nisos dijeron que la montaña que se erguía sobre la ciudad se llamaba Meron, «el muslo». Para los macedonios, este nombre era una clara referencia a Dioniso, que había nacido del muslo de Zeus.

En vez de ponerles sitio, Alejandro ofrendó sacrificios a Dioniso y Zeus-Amón. Los nisos, complacidos, invitaron al rey y sus oficiales a gozar de la hospitalidad del dios. Crátero, Pérdica y los demás, sin embargo, se consideraban por encima de semejante frivolidad. Hefestión estaba ausente, dirigiendo la construcción de un puente sobre el Indo. Así que nuestra partida en la montaña era pequeña: sólo Alejandro, Roxana, Bagoas y yo.

Si hay una verdad en la vida, es que recordamos cada momento de una fiesta aburrida, pero muy poco de una fiesta divertida. Del día y la noche que pasamos en las cuestas del monte Meron sólo me quedan imágenes, deliciosas sin duda, pero sin una historia con que asociarlas. Sé que empezamos bebiendo vino puro en copas de

plata. A medida que el dios se adueñaba de nosotros, Alejandro terminó vestido con ropas de mujer, con una túnica de piel de gamo, una guirnalda de hinojos y las mejillas maquilladas. Al mirarme, vi que estaba vestido del mismo modo… aunque debía de ser una mujer muy fea. Luego corrimos bajo los pinos, en la hierba blanda, brincando y riendo como niños felices. Al aumentar nuestra embriaguez, fuimos estimulados por atributos de Dioniso que parecían milagrosamente puestos para nuestro uso: instrumentos musicales que colgaban de las ramas, más vinos, higos fuera de estación. Al pie del laurel, Bagoas encontró un tirso cubierto de hiedra, y por motivos conocidos sólo por él, lo usó para golpear el suelo. Un torrente de espesa leche de cabra brotó del sitio que él había golpeado. Caímos sobre las rodillas y los codos, lamiendo la leche mientras Dioniso parecía erguirse sobre nosotros, y un tintineo de timbales semejante a una risa nos llegaba desde ramas invisibles. Bagoas, con la boca y la mandíbula embadurnadas de crema, miró a Alejandro y lo besó en los labios. Luego hizo lo mismo conmigo, mientras Roxana se recostaba contra el tronco, acariciándose el cuello y los pechos con bestial y satisfecho distanciamiento.

Debía de haber algo en la leche, pues mis recuerdos se tornan más borrosos a partir de entonces. Seguimos corriendo, entonando el estribillo báquico, *Euoi saboi, euoi saboi*. Un nido de gordas serpientes apareció en nuestro camino. Las serpientes parecían drogadas, lerdas; Roxana mordió una con los dientes, le arrancó la carne viviente y tragó los fragmentos. Alejandro, complacido, tomó la cabeza, mientras Bagoas ejecutaba una danza sinuosa y serpentina. Muy excitado, el rey lo cogió por los flancos y lo sodomizó a la vista del cielo. Pero ni siquiera esto me resultó extraño, pues Roxana y yo compartimos una mirada cómplice, y la reina se recostó en mis brazos, con mi mano entre sus dedos delgados, manchados de sangre.

En nuestro frenesí reparamos en una sensación urgente en la garganta. Al llegar a un arroyo frío y cristalino, comprendimos que la sensación era sed, y que estábamos resecos por lo que debían de ser horas de agotamiento. Nos inclinamos y bebimos como criaturas del bosque, y sólo paramos cuando tuvimos el vientre lleno y apenas podíamos dar la espalda a las piedras lisas calentadas por el sol de las orillas. Arrullados por el canto de la cigarra, caímos en un sueño profundo y tranquilo.

Cuando despertamos, el sol rozaba el hombro del Meron. Mi cabeza estaba más despejada, y pude ver las huellas que la experiencia había dejado en Bagoas y Roxana: tajos en los pies, fresas en el pelo, sangre y leche en la barbilla. Alejandro estaba a cierta distancia, oteando el valle a través de la arboleda.

Las sombras de la noche habían caído sobre el campamento macedonio. En lontananza, las antorchas parpadeaban a lo largo de las tiendas. El rey tenía una expresión extraña, curiosa y nostálgica, como si contemplara pruebas de la vida de un ancestro. Le quité la guirnalda deshojada de la cabeza y la arrojé a un lado.

—Pronto empezará la guardia del ocaso —me dijo—. Mira: el tercer batallón de infantes aún puede alzar una hilera recta de tiendas.

—¿Regresamos?

Él suspiró, apoyó su peso en mi hombro.

—Siempre está ahí, ¿verdad? Alrededor de mí, como las Furias. Celos, venganza, persecución incesante. Otros hombres han ido al extranjero, han explorado tierras desconocidas. ¡Yo debo llevar un ejército conmigo para ver lugares nuevos! ¡El instrumento contundente original! Los amo tanto que escaparía ahora mismo. ¿Entiendes, querido Macón?

Me pareció mejor decir que no entendía. Pero él siguió caminando conmigo mientras bajábamos por la montaña, con Bagoas y Roxana tambaleándose a nuestra zaga en el crepúsculo. Pronto comprendimos que habíamos esperado demasiado para emprender el regreso: la luz escaseaba, y el camino era apenas una senda para venados. Nos extraviamos, pero seguimos andando cuesta abajo. Al fin el terreno se niveló, y llegamos a las inmediaciones de una aldea por la que no habíamos pasado en nuestro ascenso. Alejandro ordenó un alto.

—¿Esto es Nisa? —preguntó.

—Lo dudo —respondí—, pero quizá no la haya visto desde este lado.

—Allá… alguien viene —dijo Bagoas.

Aparecieron tres mujeres. No eran niñas, ni eran demasiado mayores. Jóvenes madres, quizá. Tenían la cabeza cubierta con paños multicolores, las manos ocultas bajo el pliegue de los vestidos. Se aproximaron a una piedra chata cubierta de flores y hojas de especias. Extendiendo un manto en el suelo, una de las mujeres arrojó un puñado de objetos pequeños en el centro. En la penumbra costaba distinguirlos, pero parecían ser garbanzos o nueces. Mientras la mujer del medio se dedicaba a arrancar la cáscara de sus nueces o garbanzos, las otras dos miraban con reverencia la piedra chata. Pensé que se trataba de un rito ante un altar aldeano. Quizá el mirarlas furtivamente fuera una transgresión, aunque ignoro de qué fe. Me tragué mis escrúpulos, sin embargo, cuando noté que los demás no se movían.

La mujer del centro se puso a hablar en un idioma que yo no entendía. Roxana prestó atención, dio un respingo, sonrió. Todos la miramos.

—Ella no habla sogdiano, pero entiendo una parte. Están cumpliendo el rito que llamamos «míseros garbanzos». Lo observan sólo las mujeres, en tiempos de problemas familiares. Mi abuela también lo observaba. También usábamos garbanzos.

Mientras la mujer hablaba, las otras se arrodillaron al lado, declamando de forma un poco inexpresiva, como si hubieran oído esas palabras muchas veces.

—¿Qué sucede ahora? —preguntó Bagoas.

—Se debe contar una historia antes de purificar y ofrendar los garbanzos. En el reino de mi padre, la historia trata sobre la hija sabia de un cabrero. Hubo una sequía, y no había comida para la muchacha, el padre ni las cabras. El cabrero pidió ayuda a Ameretat; apareció el Yazata y le obsequió un puñado de garbanzos. El Radiante dijo: «Purifícalos como sabes, y después del rito regálalos como mejor sirva al bien». El padre dio gracias, pero en cuanto estuvo solo dijo que el Spenta no le había dado

ninguna ayuda, pues sólo habían recibido un puñado de míseros garbanzos. E iba a compartirlos con su hija para comerlos, pero ella le suplicó que antes los purificasen. «¡Niña tonta!», dijo su padre. «Purificados o no, estos míseros garbanzos no nos salvarán.» Pero la piedad de ella lo avergonzó, y se retractó, diciendo las palabras que los consagraban a ojos de Ahura Mazda. Una vez más, iba a comerlos, cuando su hija se opuso, diciendo que quería dar su porción a las cabras. «¡Niña tonta!», la regañó su padre. «¿De qué le servirán unos míseros garbanzos a nuestro rebaño?» La hija sabia respondió: «No lo sé, padre, pero no puedo comer mientras otros sufren, aunque sean animales». Ante estas palabras el cabrero se enorgulleció del *asha* de su hija, y se avergonzó de haber sucumbido a la desesperación. La instó a comer su porción de los garbanzos y entregó los suyos a las cabras. Cuando ella arrojó los garbanzos de su padre entre las cabras, se produjo un milagro: en cada lugar donde había caído un garbanzo brotaba un hermoso árbol verde, crecía y maduraba a ojos vista, hasta que se hallaron en un bosquecillo de mirtos cuyas ramas crujían bajo el peso de las bayas.

»De este modo las cabras, el padre y la hija comieron, y se salvaron de la sequía. Pronto pasó el príncipe del reino, y al ver un bosquecillo de mirtos más espléndido que los que había en los jardines de su padre, fue a la puerta para felicitar al dueño. Allí vio a la hija del cabrero, y se enamoró. Cuando ella creció, él la desposó, y con el tiempo ella llegó a ser reina. Pero el resto de su vida, hubiera problemas o no, observaba el rito de los garbanzos para proteger a su familia de todo mal.

Roxana terminó la historia mucho antes que la otra mujer. Cuando la aldeana concluyó, rezó una breve plegaria en otra lengua, que me pareció avéstico, el idioma de la revelación de Zaratustra. Cuando concluyó, las tres mujeres desperdigaron solemnemente algunos garbanzos sobre el altar, y arrojaron otros a los techos de las casas circundantes.

—Esta tierra no sufre sequía —observó Alejandro con voz demasiado alta. Las mujeres se volvieron hacia él. Al vernos agazapados, se alejaron con aprensión. Alejandro salió al descubierto para llamarlas.

—¡Doncellas, deteneos! ¡Sólo debéis esperar compasión de la mano de vuestro rey!

Sus palabras surgieron el efecto contrario. En vez de limitarse a correr, las mujeres empezaron a gritar:

—¡Devas! ¡Devas!

Cuando él las siguió por las callejas de la aldea, la gente se desbandó. Las mujeres soltaban sus cestos y entraban en las casas; los niños huían a los brazos de las madres, gritando: «¡Devas, devas!». Alejandro, aún convencido de que podía aplacar sus temores, fue de puerta en puerta, mientras se las cerraban en la cara. Y aunque él no se daba cuenta, ofrecía un espectáculo temible, con el rostro enrojecido por la sangre de la serpiente y su enlodado vestido de mujer. Las persiguió a todas con insistencia, extendiendo los brazos en un gesto de súplica que resultaba amenazador.

Al final desistió, sentándose contra una pared. Lo alcanzamos cuando estaba echado allí.

—Debo entender, pues, que no estamos en Nisa —dijo Bagoas.

Claro que no. Pues era evidente que las partidas forrajeras macedonias ya habían visitado este lugar, y sus confiscaciones habían provocado el hambre que los «míseros garbanzos» estaban destinados a remediar. Y no se habían limitado a robarles. Yo había visto la misma fuga frenética, el mismo terror abyecto entre las mujeres de una aldea, en Doris, al norte de Amfisa, cuando el ejército de Filipo avanzaba en las maniobras que lo llevaban a Queronea. Y debía de haber sido igual en Tebas, o en Ática durante la ocupación persa, o en Jonia cuando fracasó la revuelta. Lugares donde los hombres otrora vivían, trabajaban, hacían el amor, se transformaban en poblados fantasmagóricos; la presencia de los desaparecidos aún era palpable, y cada par de ojos, incluso el de los niños, parecía contener una historia que ellos preferirían olvidar, pero que contarían el resto de su vida.

Añadiré que Alejandro, al igual que Filipo, prohibía expresamente la vejación de mujeres, ancianos o niños. En Bactria, un hombre de mi batallón, el segundo de hipaspistas, había recibido ciento ochenta y dos latigazos. El número parecía arbitrario, pero se basaba en una estimación de la cantidad de mujeres que había violado en las tierras de Persia, Hircania y Bactria. El hombre no sobrevivió a la putrefacción de las heridas que le produjo la flagelación. Pero ni siquiera este escarmiento sirvió para proteger a esos aldeanos del pie del monte Meron.

—Me alegraré cuando esto haya terminado —declaró Alejandro.

XVI

El ejército siguió la marcha hasta el Indo. Hefestión había construido un enorme puente de botes, tan resistente que soportó el paso de ochenta mil macedonios y veinte mil caballos, pero ni aun así logró granjearse respeto. Como de costumbre, la rendición del siguiente reino del este allanó el camino, en este caso el dominio de un sujeto llamado Ambhi (u «Omfis», como le dice Esquines). En ocho años de campaña en Asia no habíamos conocido a un oportunista más consumado. Ambhi, que ya sufría el hostigamiento de los dos reyes indios que estaban al este —Abisares de Cachemira y Poros de Pauravas—, hizo un profundo gesto de rendición para entregar algo que apenas le pertenecía. Más aún, Ambhi exageró tanto el espectáculo que casi provocó un desastre, pues reunió a todo su ejército a las puertas de Taxila, su capital. Alarmó tanto a los macedonios que se apresuraron a organizar una defensa. La confusión sólo se resolvió cuando Ambhi salió a rendirse personalmente. Alejandro se reunió con él a mitad de camino, y ahora formaban el retrato de la buena voluntad, ambos sonrientes, ambos incapaces de entender ni jota de lo que decía el otro.

Como se esperaba, el rastrero fue confirmado en su carácter de rey por Alejandro, y allí se cambió el nombre a Taxiles. Esto me pareció extraño, como si Alejandro hubiera decidido llamarse «rey Pella». En todo caso, los macedonios causaron tal impresión que Abisares, el enemigo de Taxiles, envió señales de sumisión. Sólo el rey Poros obstaculizaba la invasión de la llanura del Ganges. Más allá, los macedonios sólo esperaban encontrar el límite oriental del continente, bañado por las aguas del infinito Océano.

Cada vez que la corporación conocida como «Alejandro» recurría a las artes de Arrideo, corría un riesgo. En consecuencia, recurrió a la persuasión, el deslumbramiento y la amenaza en su afán de instar a Poros a deponer su hostilidad hacia Taxiles. Pero el tal Poros era un sujeto tozudo que se obstinaba en rechazar a los enviados macedonios. La última vez añadió una promesa. Poros recibiría a Alejandro en el río Hidaspes, pero sólo a la cabeza de su ejército. Y añadía: «Y cuando Poros ocupa el campo, no es para ofrecer un espectáculo vistoso como Ambhi, sino para guerrear».

Así que la guerra era inevitable. Ambhi advirtió al rey que Poros era un enemigo temible, con un ejército bien entrenado y un numeroso cuerpo de elefantes de guerra. Lejos de amedrentar a Alejandro, esta noticia lo deleitó, pues estaba cansado de conflictos menores con salteadores y tribus de las colinas, y anhelaba una batalla campal planificada y memorable.

El Hidaspes es sólo un afluente del Indo, pero no es un riachuelo como el Gránico. Era profundo y torrentoso y sólo se podía cruzar por vados bien conocidos. Poros los bloqueó con un ejército de treinta mil infantes, cuatro mil caballos y doscientos elefantes. Salvo por los elefantes, los pauravas contaban con una fuerza

más pequeña que la de Alejandro, pero ocupaban un terreno mejor y sabían que luchaban por sus hogares y sus hijos; los macedonios estaban exhaustos, desconocían el terreno y estaban lejos de casa. Por estos motivos, Poros parecía tener la oportunidad de detener al hombre que había derrumbado el imperio que estaba en su umbral.

Poros no era hombre que se dejase amilanar por una ofensiva rápida. En cambio, Alejandro inició la batalla con una serie de fintas de caballería a lo largo del río. En respuesta, los elefantes y jinetes de Pauravas acudían a frenar a los macedonios, aglomerándose en los puntos en que la caballería de Alejandro fingía que intentaba el cruce. Los macedonios repitieron estas maniobras varias noches, soltando gritos mientras galopaban, revelando a los indios su posición. Con esta táctica, Alejandro agotó tanto al enemigo que dejaron de responder a estas maniobras con todos sus efectivos. ¡No es fácil poner en marcha un cuerpo de elefantes! Poros terminó por creer que Alejandro no atacaría esa temporada, sino que aguardaría hasta finales del verano, cuando el nivel de las aguas sería más adecuado para una ofensiva.

Tras haber inducido a los pauravas a la complacencia, Alejandro salió sigilosamente del campamento y estudió un cruce que Ambhi le había señalado hacia el norte. Allí el río era profundo, pero más angosto. Considerando que el cruce era practicable, ordenó a sus hombres que construyeran balsas como habían hecho en el Danubio y el Oxo, y también llevar una de las grandes galeras que había desarmado en el Indo y transportado hasta el Hidaspes. Aunque no habían aparecido exploradores enemigos en la margen opuesta tan al norte, Alejandro prefirió esperar el momento más oportuno para cruzar, pues no quería que los macedonios perdieran su reputación de invictos.

El momento llegó dos noches después, cuando un temporal estalló sobre el campo de batalla. Mientras los nubarrones tapaban la luna, y la lluvia y el trueno ocultaban sus maniobras, Alejandro desplazó el grueso de su ejército hasta el cruce. Crátero se quedó frente a Poros con una pequeña fuerza que mantenía gran número de fogatas, para que el enemigo creyera que los macedonios no se habían movido. Un oficial llamado Atalo, que tenía la estatura y el color de Alejandro, estaba vestido con el atuendo y la diadema del rey, para que los indios no sospecharan que el rey se había ido del campamento. Crátero recibió órdenes de cruzar el río cuando Poros levantara campamento, y seguir el ruido de la batalla dondequiera se librase.

El cruce se realizó antes del alba, sin la pérdida de un solo hombre. Alejandro formó a sus efectivos, esperando un contraataque en cualquier momento. Sus exploradores le llevaron una noticia perturbadora: los macedonios no habían desembarcado en la margen opuesta del Hidaspes, sino en una isla del río. Se necesitaría un cruce adicional para enzarzarse con el enemigo. Ahora sus hombres estaban varados, mientras que en el principal campamento macedonio el tamaño reducido de la fuerza de Crátero sería manifiesto al subir el sol.

No estaba en el temperamento de Alejandro rabiar contra el mal consejo de

Ambhi, sino persistir con mayor empeño. Al menos la isla había protegido su ejército de los ojos de los exploradores de Poros. Sus hombres avanzaron por el brazo del Hidaspes sin demora, hundiéndose hasta el cuello en el gélido torrente. Las armas desaparecían en la corriente; hombres y caballos perdían pie y se alejaban flotando. El grueso de las fuerzas macedonias completó el segundo cruce de la mañana justo cuando un destacamento de jinetes indios los avistaba. Los jinetes atacaron, pero volvieron grupas al ver que la falange se había desplegado ordenadamente. Hubo una escaramuza cuando los Compañeros a caballo interceptaron a los indios. Un hijo de Poros pereció tras una valiente lucha, pero la mayoría de sus fuerzas escapó.

Desde el otro lado del río, Crátero vio que llegaban jinetes al campamento de Poros, anunciando que Alejandro había aparecido en la orilla este. El rey de los pauravas ordenó a sus hombres que marcharan al norte, dejando sólo una fuerza mínima para impedir que Crátero lo siguiera. El último de sus elefantes partía cuando los cadáveres y sarisas de los macedonios ahogados pasaban flotando frente al campamento indio.

Los ejércitos se enfrentaron en terreno chato. Para neutralizar la destreza de Alejandro en las cargas de caballería, y sabiendo que los elefantes aterraban a los caballos de los macedonios, Poros mandó a la vanguardia a esas grandes criaturas. Ambhi, sin embargo, había revelado a Alejandro que los naires indios nunca se habían enfrentado a un ejército de lanceros bien adiestrados. Alejandro ordenó a sus infantes que estuvieran preparados mientras él hacía fintas con su caballería. Los pauravas mordieron el anzuelo y enviaron a sus jinetes a perseguir a los macedonios. Cuando el ejército indio se partió en dos, Alejandro ordenó a los Compañeros de a pie que avanzaran, blandiendo sus sarisas bajo las trompas de los elefantes.

Por unos instantes, la batalla permaneció indecisa, pues la infantería de Poros resistía el ataque. Sus elefantes, alzando los colmillos, acometían contra las filas macedonias, resoplando y pisoteando, usando la trompa para arrebatar a los infortunados hoplitas de sus filas. Las víctimas colgaban indefensas de las piernas hasta que los indios las despachaban. Los arqueros apostados en el lomo de los elefantes disparaban contra las falanges desde lo alto, causando muchas bajas.

Los macedonios intentaron usar las picas contra los ojos de los elefantes. Los elefantes eran más sensibles a las lesiones que recibían en la trompa, que mantenían fuera del alcance de los soldados. Los naires pauravas eran mucho más hábiles que los que habían contratado los persas en Gaugamela. El cuerpo de elefantes de Poros hizo bien su trabajo, y mantuvo a los macedonios alejados del centro indio, tal como le habían ordenado. La cabeza de las criaturas estaba acorazada, así que era difícil herirlas. Los pauravas atacaron a la falange varias veces, y los elefantes causaron estragos entre los Compañeros de a pie, que no siempre podían generar fuerza suficiente para perforar la gruesa piel con sus sarisas. Al fin los macedonios usaron sus hachas de guerra contra los elefantes, tronchándoles la trompa o mutilándola hasta que era inservible. Doloridos, con ojos desencajados, los gigantes pronto se

descontrolaron, embistiendo contra todo lo que estaba su alcance, incluidos sus amos indios.

La caballería paurava, que no había penetrado entre los Compañeros a caballo y los tesalios, contribuyó al caos cuando regresó al centro. El destino de los indios quedó sellado cuando Crátero apareció a retaguardia, acometiendo con ímpetu. Poros trató de organizar sus fuerzas en un cuadrado defensivo, pero, tal como Arrideo había previsto, los elefantes no pudieron girar a suficiente velocidad. Con la ventaja de arremeter contra los indios en fuga, los macedonios penetraron los escudos y la armadura de cuero del enemigo con sus lanzas. Esto provocó el pánico final, y otorgó la victoria a los macedonios.

Rodeado, el ejército de Poros se transformó en una sangrienta y lodosa confusión de hombres, caballos y elefantes que se causaban tanto daño entre sí como a los macedonios. Alejandro ordenó a la falange de su izquierda que se retirase, abriendo un camino para que escaparan los supervivientes. Pues parece que antes de que finalizara la batalla, Alejandro tenía planes para Poros y sus gallardos guerreros.

En mi opinión, fue una de las victorias más difíciles que obtuvieron los macedonios en el Asia. La infantería de Alejandro quedó más desmoralizada después de esta batalla que de ninguna otra. Los mil hombres perdidos en el Hidaspes, y el modo en que muchos habían muerto aplastados, hizo que los macedonios fueran muy reacios a enfrentarse a elefantes en el futuro. ¡Y todos sabemos que la India no es el lugar adecuado si uno teme a estos animales!

Alejandro envió a su aliado a solicitar la rendición de Poros. Pero cuando Ambhi se aproximó al rey indio y lo interpeló en su lengua, Poros se dispuso a atacar con su elefante, declarando: «¡Una corona sólo se entrega a otra corona, no a un perro!». Ambhi escapó, y le dijo a Alejandro que el monarca paurava prefería la muerte a la captura. Pero Alejandro sospechó que le mentía, pues tenía mejor entendimiento de la mentalidad del orgulloso rey. Obligó a Ambhi a regresar con él como intérprete.

Alejandro se apeó frente a Poros y manifestó por señas su deseo de parlamentar. Poros, mirando a su enemigo desde el mayor elefante de guerra del campo, se detuvo. Aunque no había perdido el juicio, como sugería Ambhi, debía de estar trastornado por las nueve heridas que había recibido ese día, y la ordalía de presenciar la muerte de tres hijos mayores. Pudo haber tratado de arrollar a su contrincante en ese momento, pero con su ejército destruido y el destino de su reino decidido, ese despecho no le habría servido de nada. En cambio, bajó a la pata delantera arqueada del elefante. La bestia depositó suavemente a su amo en el suelo.

El rey paurava era un gigante de gran talla, y la cresta del yelmo lo hacía parecer aún más alto. Permanecía erguido y desafiante, aunque tenía por lo menos tres flechas clavadas en el cuerpo. Alejandro parecía un niño ante el padre, salvo que ese día era el macedonio quien había dado la lección.

—Dime por qué luchaste conmigo —le preguntó Alejandro—, cuando viste que tu rival se había beneficiado al entregar la espada.

—Si hubieras venido a mí amistosamente, serías tú quien se hubiera beneficiado —respondió Poros.

—Eres un dignísimo oponente. Dime, pues, cómo deseas ser tratado, y así será.

—Como rey. Ni más, ni menos.

—Será como deseas para tu reino. En cuanto a ti, lo que desees es tuyo. ¿Qué puedo darte?

—Te he dado mi respuesta. Dale a un rey lo que corresponde a un rey.

Y Alejandro se lo dio. Quizá porque estaba furioso por la mala información sobre el cruce del río, o quizá porque Poros se presentaba como un aliado digno de confianza, no entregó el reino paurava a Ambhi. En cambio, confirmó a Poros como monarca de todas las tierras que se extendían entre el Hidaspes y el Acesines, y amplió su reino con las tierras que rodeaban el Hidraotes. A cambio, estipuló que Poros aportaría tropas y todos los elefantes de que pudiera prescindir al ejército macedonio. Poros aceptó su responsabilidad y la cumplió fielmente en las campañas que siguieron contra la tribu de los cateos, de modo que los dominios de Alejandro se extendieron hasta la margen oeste del Hifasis. Más allá de ese río se abría la gran llanura del Ganges.

Hay otro detalle que Esquines omitió en su descripción de este episodio: en el caos del final de la batalla, un elefante enloquecido y ciego se lanzó contra la línea macedonia. No lo detenían las lanzas ni las flechas, y arremetió contra una falange de dieciséis escudos de profundidad, viró a la izquierda y se abalanzó sobre Arrideo y su custodia. Todos los guardias del flanco expuesto fueron aplastados; Arrideo cayó cuando su caballo fue presa del pánico, y recibió una patada mientras su montura escapaba.

Este desastre era terrible para los macedonios. Alejandro abandonó su caballerosa entrevista con Poros en cuanto recibió la noticia. Se llamó al médico real, y se armó una tienda sobre el cuerpo de Arrideo para ocultar el episodio. Pronto Alejandro y su plana mayor conocieron el diagnóstico: su hermanastro había recibido una coz en el lado de la cabeza. El yelmo corintio no lo había protegido, sino que había agravado la herida al astillarse con el impacto. Las laceraciones le habían hecho perder mucha sangre. Estaba vivo, pero inconsciente de un modo que no auguraba una recuperación.

La campaña estaba en una encrucijada, literal y figuradamente. Los generales que dirigían el ejército creían que era posible que toda Asia se sometiera a un amo macedonio, y en consecuencia a gobernadores escogidos entre ellos. ¿Pero cómo derrotarían al gran rey de la India sin Arrideo? Las fecundas tierras del Ganges debían de albergar un reino poderoso. Nadie sabía con certeza qué les aguardaba, pero la imaginación aportaba los detalles: el monarca indio debía de tener un ejército de medio millón de hombres, con elefantes del doble de tamaño y diez veces más numerosos que los de Poros.

En su indecisión, los macedonios hicieron lo que habían hecho siempre: marchar

hacia el este. Para entonces, sufrían la lluvia casi perpetua de esa región del mundo. Los cielos se abrían a diario, derramando un torrente continuo que oxidaba las armaduras y pudría las heridas. La comida estropeada y el agua contaminada les revolvían el estómago, y el hedor de una difundida diarrea delataba la posición del ejército a cualquiera que tuviera olfato. Para que sus hombres no sufrieran tanto el calor, Alejandro procuraba marchar a la sombra de los terrenos altos, pero escaseaban en la región.

Éstas y otras desgracias conspiraban para entorpecer el cruce del Acesines. Este río tenía casi dos millas de anchura en primavera, y los nativos, sabiendo que los macedonios se apropiarían de las embarcaciones que encontraran, ocultaban o barrenaban sus botes. Alejandro tuvo que recurrir a la enorme fortuna que había acumulado desde Persia para adquirir el transporte que necesitaba.

En aquella época hubo dos muertes que no se produjeron en el campo de batalla, pero que afectaron mucho a Alejandro. Primero, Bucéfalo murió de vejez. Alejandro lo lloró como si fuera un camarada íntimo, y le erigió un altar en la cuesta donde sepultaron sus cenizas. También fundó una ciudad en el paraje donde había cruzado el Hidaspes aquella noche tormentosa, y la llamó Bucéfala, para que el nombre del animal quedara para siempre en los labios de los hombres. Allí apostó a los soldados que habían envejecido demasiado para seguir a su servicio, y a los que se habían casado con mujeres indias y deseaban quedarse, con su bendición, en las tierras que habían conquistado.

También falleció Sisigambis, la madre de Darío. Hacía tiempo que estaba enferma, y había manifestado a través de intermediarios que prefería regresar a Persia. Pero Alejandro, quizá por afecto hacia la clase de madre que Olimpia nunca fue, mantuvo a la anciana cerca de sí. En todo caso, el calor y la lluvia constante de la India en esa temporada la desgastaron, y al fin dejó de comer, y llamó a Alejandro desde su lecho de muerte.

El rey se conmovió al verla tan demacrada. Se arrodilló y suplicó que Sisigambis viviera para ver la costa del gran Océano Oriental con ella. Ella se rió.

—Eres un necio. Ninguno de nosotros vivirá para ver el Océano Oriental.

—¿Por qué no?

—¡Porque Asia no es la pequeña Europa, querido muchacho! Su vastedad supera tu imaginación, y más allá de la India hay reinos que no podrías conquistar en cinco vidas. Para tu felicidad, confórmate con lo que has logrado. ¡Procrea un heredero con esa mujer semisalvaje que tienes! Ése es mi testamento para ti.

Y luego permitió que él le besara la mano, y le ordenó que la dejara, pues deseaba morir rodeada por los supervivientes de su casa real, tal como era atendida en tiempos más felices. Y cuando llegó la noticia de que había expirado, Alejandro la lloró, y se abstuvo de comer y de lavarse durante tres días. Envió el cuerpo a su hogar sin incinerarlo, para que pudieran sepultarla entera de acuerdo con la tradición persa.

XVII

Alejandro olvidó su pesadumbre atacando a la tribu hostil de los cateos. Esta gente estaba bajo la influencia de la clase sacerdotal de los brahmanes, conocidos por su sabiduría y su orgullo. Los informadores le revelaron a Alejandro que los brahmanes habían fomentado la resistencia contra los «impuros» macedonios a lo largo y a lo ancho del valle del Indo. En consecuencia, el rey ansiaba lidiar con este enemigo frontalmente.

Hefestión se encargó de ir a Taxila para observar a los brahmanes de allá. Al regresar, comentó que vivían juntos en los bosques como animales salvajes. Los jóvenes andaban totalmente desnudos, y se dejaban el pelo largo. A los treinta y siete años se les permitía rasurarse la cabeza y usar túnicas de lino. A pesar de su pobreza, los brahmanes gozaban de gran estima, pues sólo ellos podían elevar plegarias, celebrar sacrificios o interpelar a los dioses. Por este motivo, no necesitaban riquezas materiales: si sentían hambre, iban a los mercados y los mercaderes les daban vituallas sin necesidad de que las pidieran. Pero los brahmanes creían que si un integrante de una casta inferior les tocaba la comida los contaminaría, así que sólo otros brahmanes podían cocinar. Asimismo, cuando los vendedores de ungüentos veían a uno de esos sabios en el mercado, les rendían un conspicuo homenaje, cubriéndolos con óleos costosos. Andar ungido de esa manera era como un emblema de virtud.

Hefestión se aproximó a un bello brahmán joven que estaba junto a un arroyo. Tenía el pelo dividido en dos coletas, una sobre cada hombro, y su tez brillaba con los óleos, tal como acabo de describir. El joven estaba apoyado sobre un pie, los brazos estirados, con largos leños en cada mano. Mantuvo esta penosa posición, mirando hacia delante, sin un temblor, durante el largo rato en que Hefestión lo observó.

Un brahmán más viejo se le acercó para hacerle preguntas sobre la filosofía de los griegos. Hefestión le habló de las enseñanzas de Pitágoras, Sócrates y Diógenes.

—Los griegos poseéis cierta sabiduría —dijo el viejo brahmán—. Pero os preocupáis demasiado por la política. No hay nada menos digno del tiempo de una mente madura que los modos en que los hombres urden sus relaciones sociales.

—Me sorprenden tus palabras —respondió Hefestión—, pues dicen que los brahmanes aconsejáis a vuestros reyes en cuestiones de estado.

—El hombre sabio debe educar a sus niños, pero no limita sus pensamientos a preguntas infantiles. ¿Quieres aprender los objetivos adecuados para el pensamiento serio? ¡Bien! Primero, quítate la ropa.

Hefestión se negó.

—He aquí tu primera lección: si no puedes quitarte la ropa, no puedes dejar de lado los lastres más profundos. Recuerda lo que he dicho.

Con esas palabras, el viejo brahmán se alejó. El joven aún sostenía los leños;

mientras Hefestión conversaba con el mayor, había cambiado lentamente de posición, pasando de la pierna izquierda a la derecha, pero había permanecido en su sitio.

La capital de los cateos, Sangala, estaba a veinte pasarangas de la margen opuesta del río Acesines. Los nativos defendían el lugar con una triple fila de carromatos alrededor de la ciudad. Aunque los macedonios tenían la ventaja de la superioridad numérica, los cateos se replegaban ordenadamente a medida que sus enemigos reducían cada línea defensiva. Ambos bandos sufrieron muchas bajas, y al cabo los cateos quedaron encerrados dentro de las murallas. Ante la ingrata perspectiva de ser atacados por las máquinas de asedio de Alejandro, miles de combatientes enemigos intentaron escabullirse de Sangala durante la noche. Peiton los esperaba.

Luego los prisioneros afrontaron una opción: la ejecución, o un lugar entre los auxiliares de Alejandro. Todos escogieron lo segundo. Pero parecía una peculiaridad de los asiáticos no tomar en serio esas promesas. A la noche siguiente todos intentaron escapar de nuevo. Esta vez los macedonios no tuvieron misericordia: cuando terminaron la faena, habían ejecutado a más de siete mil desertores. Otros diez mil perecieron en el asedio. Al ver los cadáveres que cubrían el terreno, no pude contener una mirada reprobatoria a Alejandro. Para mi sorpresa, él ladeó la cabeza con una sonrisa.

—¡No te preocupes, Macón! ¡Pronto me iré!

El rey ordenó a Peiton que eximiera a diez brahmanes de la matanza general. Sabiendo que tenían fama de virtuosos, pero entendiendo que pertenecían a una suerte de escuela de sofistas asiáticos, Alejandro hizo traer a esos especímenes. Se proponía encabezar un debate, y quizá revivir el espíritu de indagación que la brutalidad de la guerra había extinguido poco a poco.

Pero lo esperaba una decepción. Cuando les planteó una serie de acertijos filosóficos, creyendo que así entendería cómo pensaban, ninguno de los prisioneros respondió. So pena de muerte, repitió las preguntas.

—¿Quiénes son más numerosos, los que viven o los que han muerto? ¿Dónde viven más criaturas, en el mar o en tierra? ¿Qué vino primero, el día o la noche? ¿Cómo logra un hombre que otros lo amen?

Pero a pesar de las lúgubres amenazas, los brahmanes guardaban silencio. Así Alejandro supo que no eran sabios, sino nobles altaneros que necesitaban aprender humildad.

—Os pedí una vez que hablarais —dijo—. Un dios no tiene por qué pedir dos veces.

La pena fue severa: por su silencio, Alejandro les hizo coser la boca. Los brahmanes fueron abandonados para languidecer a la vista del campamento. En general se comportaron con valentía, salvo por tres que se las apañaron para beber a través de la nariz. Estos fueron ejecutados mientras el ejército levantaba campamento para cruzar el Hifasis, el siguiente río al este.

Éste era otro torrente fangoso y caudaloso, más grande que cualquier río de

Grecia. Ante la perspectiva de otro cruce laborioso, que se debería repetir al regreso, la tropa sufrió un cambio de ánimo. Antes todo el mundo había seguido a la mayoría, pero ahora resultaba concebible exigir un fin a estas penurias. En las tiendas, alrededor de las fogatas, en las letrinas, todos hablaban sin tapujos sobre ello. Más aún, los superiores inmediatos dejaron de castigar esos parloteos.

La posición de Alejandro era mucho menos clara de lo que sostiene Esquines. La curiosidad desinteresada por ver qué había al otro lado de la siguiente colina formaba parte de su naturaleza, sin duda. La perspectiva de regresar a Babilonia para convertirse en un mero administrador o, peor aún, a Pella y el inevitable magnicidio, era poco atractiva. ¡Mejor morir en batalla, lanza en ristre contra los elefantes del gran rey de la India! Por otra parte, sin Arrideo ni Parmenión, las probabilidades de obtener una victoria sobre fuerzas superiores era remota. Aunque Alejandro estaba resignado a la muerte, prefería morir como vencedor y no como vencido. Y no era ciego a los padecimientos de sus hombres.

El fiscal nos describió la esencia de un discurso que el rey dio a orillas del Hifasis. Se supone que en este discurso Alejandro favorecía la continuación de la guerra hasta las costas más lejanas del Asia. Cuando sus hombres objetaron este deseo, despotricó contra los cobardes que lo rodeaban, y se quitó la ropa para mostrar sus cicatrices. Luego se retiró a su tienda para demostrar su ira, como Aquiles.

Ese discurso existió. Pero mi oponente pasa por alto lo que el orador realmente quería decir. El heroísmo simplón de la versión de Esquines lleva agua para el molino de Ptolomeo y Antípatro al bruñir la leyenda del dios héroe, en la que basan su autoridad. La verdadera historia es mucho más interesante. Fue el discurso más sutil que dio Alejandro. Pues tenía que instar a sus hombres a seguir luchando, pero también asegurarse de que no accedieran a su petición. ¡Y tras esta negativa, tenía que convencer a todos de que se sentía defraudado! Fue una actuación breve y astuta por parte de un hombre más habituado a impartir órdenes que a utilizar la persuasión.

Reunió a sus oficiales de todo rango en un campo de las afueras del campamento. Mientras el sol poniente irrumpía a través de los nubarrones, se subió a una carreta y alzó las manos para pedir silencio. El fulgor del ocaso lo aureolaba con una luz dorada que le daba el aspecto de su propio bronce conmemorativo.

—Amigos míos, me han vapuleado bastante estos últimos años. Mis oídos han vibrado tanto como los vuestros, pero tened la certeza de que aún no estoy muerto. Me he enterado de que algunos de vosotros queréis regresar. Y confieso que lo entiendo, pues ahora sabemos por qué hay tantos grandes ríos en la India. ¡Zeus nunca detiene la lluvia!

Fue una broma oportuna, pero sólo obtuvo sonrisas renuentes. La lluvia de la India no es cosa de risa.

—Ha pasado poco tiempo desde que nos enfrentamos a los pauravas en batalla. Aquella mañana prevalecimos, superando a nuestro enemigo en hombres y caballos, así como en bravura. No obstante, un millar de compañeros nuestros no regresará a

casa después de esa prueba. Un millar más ha reclamado su descanso desde entonces, por heridas y enfermedad. Os equivocáis si creéis que no he reparado en estas pérdidas.

»Ahora marchamos hacia las tierras del gran rey de la India, cuyos dominios abarcan el resto de Asia. ¡He oído rumores sobre lo que hallaremos allá desde que respiro este aire fétido, y confieso que los rumores son igualmente insalubres! Si queréis saber qué hallaremos en el Ganges, no preguntéis a vuestro compañero de tienda. ¡Preguntadme a mí! ¡Adelante, preguntad!

Los oficiales hicieron una pausa antes de aceptar esta invitación.

—¿Qué encontraremos, oh rey? —exclamaron.

—Muerte —dijo Alejandro—. Y victoria. Exactamente lo que hallasteis en otras partes. ¿Acaso no hemos aprendido que la empuñadura de una espada produce la misma sensación en todas las tierras? ¡O su filo, llegado el caso! ¿A qué viene esta morbosa curiosidad, amigos míos? ¿No hemos hallado la misma recompensa por doquier? ¡La muerte para algunos, la victoria para el resto, y otro río para cruzar! Los camaradas merecen que sus camaradas les digan la verdad. De mí no esperéis cuentos de hadas, ni historias embellecidas. Civilizar el mundo es una tarea ímproba.

»Pero he aquí otra dosis de sinceridad, muchachos: no continuaré sin vosotros. Tengo más riquezas que Creso, y podría contratar a mercenarios que os decuplicaran en número, pero no lo haré. Hemos llegado juntos hasta aquí, y esta campaña vivirá o morirá según la fuerza de vuestra lealtad. Yo quiero ir al este; algunos de vosotros queréis ir a casa, con la tarea a medio concluir. Algunos dicen que dejemos una parte del mundo para que la conquisten nuestros hijos. Yo digo que dejemos a nuestros hijos un mundo en paz, bajo el gobierno de un rey que sabe cuánto sangrasteis para ganarlo.

»Todos tenéis reservas, lo sé. Hay preguntas que no he respondido. ¿Dónde termina el Asia? ¿Los elefantes de la India son del doble de tamaño de los de Poros? ¿Nos alejaremos tanto de nuestra patria que al regresar seremos más bárbaros que griegos? En cuanto a estos menesteres, sólo puedo deciros que aún no lo sé. Pero quiero que encontremos las respuestas juntos. Aguardo vuestra contestación.

Como recordaréis, el que contestó fue Koinos, hijo de Polemócrates. Este hombre era un comandante de infantería competente —su intervención fue decisiva para derrotar a Espitamenes y hostigar a los indios en el Hidaspes— pero sus dotes de orador eran decididamente modestas. Yo estaba allí cuando él expuso su verborreico argumento a favor de la retirada, y es notable que Ptolomeo y sus compinches hayan logrado transformarlo en un discurso conmovedor. Pero la razón es sencilla: dado que se cuestionaba el deseo expreso de Alejandro, sólo una oratoria brillante podía motivar la retirada sin que el rey quedara mal parado.

—Te interpelo con renuencia —dijo Koinos, adelantándose—, como cuadra a los humildes frente al Señor de Toda Asia. ¿Pues quién cuestionaría que ya ostentas ese título, gobernando tierras más vastas que las del mismísimo Gran Rey? Mi rey, oye

las palabras de un hombre que ha estado contigo desde antes del Gránico. Oye a alguien que estaba contigo antes del Helesponto, el Danubio o Tebas. Oye a alguien que cabalgó contigo durante la primera campaña contra los tribalios, y sí, que derramó su cuota de lágrimas en el funeral de tu padre.

»Durante ocho años, tú has conducido y nosotros te hemos seguido. Ha sido un privilegio para nosotros, pues siempre es una bendición marchar en compañía de la grandeza. Que ninguno de nosotros olvide quiénes éramos hace sólo una generación, cuando huíamos a las colinas nada más ver a los ilirios y los tracios, y éramos el hazmerreír de los refinados habitantes de las ciudades del sur. Ahora los primitivos nos temen, y las ciudades compiten por adularnos. Nos has mostrado de qué son capaces los hombres cuando despierta el honor. Por eso, por tu sabiduría y liderazgo, estamos en deuda eterna contigo.

»Hoy contamos de nuevo con esa sabiduría. Nos ves ante ti, y sabes que aquí no hay dioses. Aquí tienes a hombres quebrantados, a quienes les duele cada paso por heridas que se niegan a sanar en este calor infernal. Hombres que andan en cueros, o vestidos como bárbaros, pues han ido más allá de los límites de las líneas de aprovisionamiento que nos unen con la patria. Y son hombres desanimados, pues todos tienen esposas que apenas logran recordar, e hijos que apenas conocen.

»¡Oh rey, recuerda que amabas a Bucéfalo, que ahora descansa entre aquellas colinas! Hasta él, tu compañero más fiel, pudo hallar un pesebre para su reposo. Todos somos testigos de la ternura con que lo manejabas en sus últimos meses. ¿Acaso tus hombres no merecen la compasión que prodigaste a tu corcel? Como él, un ejército tiene sus límites en lo que concierne a su marcha y resistencia. Sobre esto, no osaré decirte lo que ya sabes.

»No hacemos nuestra apelación a despecho de tus ambiciones. ¡En absoluto! Nos anticipamos a tu plan, pues la conquista de la India es una tarea que debemos dejar a la generación siguiente. Tu próximo ejército ya te aguarda en nuestra patria. Apacienta rebaños en las llanuras de Ematia; abreva su ganado en el rápido y dulce Axios. Se entrena fervorosamente con espadas de madera, imaginando con afecto la celebración que acompañará el regreso del divino Alejandro, tanto tiempo ausente de la tierra de sus compatriotas. Y ese ejército juvenil anhela entregarte la India, África, Europa. Nosotros, que hemos compartido una modesta parte de tu gloria, te imploramos que no prives a nuestros hijos de este privilegio.

»Observa que no menciono la arrogancia ni el orgullo, ni ninguno de esos pecados sobre los que murmuran quienes adoptan una visión más negra. Personalmente, no creo en esa cháchara. Sé que una mente tan aguda en lo concerniente al momento oportuno para las cosas (cuándo acampar, marchar o atacar) también puede saber cuándo es tiempo de detenerse. La sabiduría sabe alejarse a tiempo de la mesa, para reposar en el lecho. En verdad, aun los dioses deben tener en cuenta a la Fortuna, y la saña con que ella puede volverse aun contra los más exitosos. Mucho más, pues, meros mortales como nosotros. Y eso es todo lo que

tengo que decir.

Muchos se sorprendieron de que Alejandro se diera por vencido ante los argumentos de Koinos. Sospecho que lo que sucedió fue que, una vez que el rey fingió haber sido derrotado en el debate, sollozando y rasgándose la ropa, regresó a su tienda y se embriagó tres días seguidos. Luego salió e hizo la «concesión» que tenía en mente desde el principio: el ejército viraría hacia el sur, hacia el mar, y después marcharía a casa.

Koinos, a diferencia de Alejandro, era desesperadamente sincero. Creyendo que había retado a un dios, enfermó de pura angustia. En cuanto el rey se marchó, le faltó la respiración; un día después estaba en cama, y no podía comer ni dormir. Algunos sospechaban que lo habían envenenado por cuestionar a Alejandro, pero, como he dicho, Alejandro sólo fingía oponerse a la retirada. Koinos sólo tenía treinta y seis años cuando lo incineraron en la pira.

A decir verdad, Ptolomeo, Pérdicas y Crátero tenían mejores motivos que Alejandro para desear que Koinos hubiera cerrado el pico. Aunque ellos nunca me comunicaron sus preferencias abiertamente, les habría convenido que el rey hallara una muerte heroica en combate. Después conducirían a los asediados macedonios en una retirada épica —como Quirísofo encabezando a los Diez Mil—, eliminarían al enfermizo Arrideo y se repartirían el imperio. Por cierto, no tengo pruebas de que mi versión sea más veraz que la de Esquines. Ninguna prueba, salvo el pequeño detalle de que pasé más de una década observando el carácter de estos hombres, y Esquines no estuvo allí.

No os ocultaré mi preferencia personal en este asunto: yo estaba a favor de una campaña en la India. Mientras observaba los cambios que sufría el rey a lo largo de los meses y los años, llegué a creer que si él sobrevivía para regresar a sus viejos dominios no los gobernaría con mesura. Para salvaguardarlo, lo ayudé a convencerse de su divinidad, pero a costa de que las exigencias de esa divinidad lo trastornaran. Ahora no sólo esperaba que sus subalternos se prosternaran ante él, sino reyes y caudillos. ¿Hasta dónde llegaría su actitud despótica si los emisarios de todas las ciudades griegas lo halagaban con groseras adulaciones? ¿Los hombres libres de Atenas estarían obligados a postrarse a los pies del conquistador universal? Esa idea me causaba repulsión. Si me inculpo con esta confesión, así sea. De un modo u otro, Alejandro estaba destinado a morir en un atentado como cualquier otro rey macedonio de su linaje. Era mejor que encontrara su recompensa en la lejana India, luchando del modo que él amaba, y no que su reino se derrumbara aquí sobre nuestras cabezas.

XVIII

No es sorprendente que Esquines me acuse de conspirar contra Alejandro. ¡Lo inesperado es que me inculpe por mi asociación con Roxana, cuando éste fue uno de los grandes servicios que presté al rey! Había una necesidad desesperada de civilizar a esa muchacha, y los paletos y matones que rodeaban a Alejandro no servían para eso. Mi condición de griego y ateniense parecía recomendarme para este trabajo. A fin de cuentas, los macedonios se jactaban de saber más sobre caballos que sobre mujeres. ¡Para ellos, de todos modos, un griego era sólo una especie de mujer totalmente inútil!

Después de que Alejandro compartiera el pan con Oxiartes, la luna de miel duró pocos días. La perspectiva de Alejandro acerca de lo que sucedió se ha ido con él al Olimpo, pero para Roxana fue una peculiar iniciación en las costumbres de hombres y mujeres. Ella lo recibió, por cierto, como doncella. Para los que no están familiarizados con las costumbres de la realeza, su virginidad significaba que sólo había tenido experiencia con sus criadas, y eso limitado a lo que se puede conceder lejos de las miradas fisgonas. Sentía gran curiosidad por los hombres, pues, y excusablemente esperaba que el Señor de Toda Asia fuera inequívocamente hombre. En cambio, se encontró desempeñando un papel mucho más complejo que el de mero receptáculo de la simiente real. Mal preparada, confundida, me acribillaba a preguntas que revelaban más información de la que obtenían.

Aunque algunos la considerarían afortunada, Roxana no tenía muchos aliados naturales en el séquito de su marido. Muchas mujeres nobles se sumaban al campamento como rehenes de la lealtad de sus familias, pero pocas la consideraban su igual. Ella no tenía amigos entre los camaradas del rey (personajes zafios como Crátero, Ptolomeo y Parmenión) y no contaba con los mejores deseos de Hefestión y Bagoas. Calístenes el historiador la había tratado con olímpico desprecio, sin duda porque era bárbara, pero quizá porque era bella.

Los nobles sogdianos educan a todos sus hijos, varones y mujeres. Su lengua natal es imposible de aprender para los forasteros, pues está plagada de complejidades arbitrarias que hacen que cualquier otra lengua parezca fácil por comparación. En consecuencia, Roxana tenía conocimientos de persa y griego. Podía recitar los nombres de importantes figuras históricas, y sabía algo sobre filosofía helénica e india. En cuanto a las habilidades que son de utilidad práctica para una esposa macedonia, no sabía nada: ni cómo vestirse, ni cómo rendir las pleitesías pertinentes, ni cómo guardar silencio. Decidí empezar por el principio: quitarle los pantalones, las pieles y los cueros de animal para que adoptara ropas más apropiadas.

Los mercaderes y ladrones que seguían a Alejandro por el Asia vendían toda clase de prendas. Llevando un simple quitón de tipo jónico, confeccionado con buen lino, llegué a la tienda de Roxana y pedí que me recibieran. Dentro, la encontré con Yutab,

la única criada a quien se permitía seguirla en su nueva vida. Las dos mujeres estaban sentadas ante un pequeño fuego, haciendo girar un lechón salvaje en un espetón. Roxana tenía un cuchillo de caza en la cadera. Al parecer lo había usado para abrir una improvisada chimenea en el techo.

—¡Macón! Llegas a tiempo para comer con nosotras…

Expliqué que mi visita se relacionaba con artes más sutiles que el asar carne.

—Tú te lo pierdes —dijo Yutab mientras arrancaba un ojo del lechón con el cuchillo y se lo ofrecía a la reina.

—Traes ropa griega… —me dijo Roxana, masticando el ojo—. Yo también tengo.

Se levantó y abrió un arcón de cedro. Dentro había una gran prenda de lana. Al inspeccionarla, vi que era un peplo de corte dórico, sin orificios para los brazos ni el cuello. Esa prenda se sujetaba en el hombro con fíbulas.

—Esto no servirá —le dije.

—Esa lana es buena. Se compró en Sardes.

—Hace mucho que estos vestidos no se usan en Atenas.

—Me gusta el armamento —dijo ella, mostrándome un par de agujas largas y afiladas que podrían haber servido como dagas.

Como ésta era una buena oportunidad para iniciar su educación en historia helénica, le conté el mito que explicaba por qué se prohibía a las mujeres atenienses usar prendas de estilo dórico. Una vez, en el pasado lejano de la ciudad, el ejército había sido humillado por los eginetas en batalla. Un solo soldado regresó para informar sobre el desastre. Las mujeres de Atenas, escandalizadas por la pérdida de sus maridos, se quitaron los alfileres de las túnicas y despellejaron al mensajero en el acto. Huelga decir que este episodio contrarió a los notables de la ciudad. Desde aquel día se prohibió que las atenienses se sujetaran la túnica con alfileres. Al menos, eso dice Heródoto.

—¡Los hombres de Atenas habrían hecho mejor en ganar sus batallas que en ordenar a sus mujeres lo que debían usar! —exclamó Roxana.

Me costó mucho persuadirla de que se probara el vestido que le había comprado. Mientras ella se cambiaba detrás de un biombo, me encontré en la incómoda compañía de Yutab, que era tan delicada como un camello bactriano, y quizá menos atractiva.

—¿Quieres ir? —me preguntó. Luego alzó los dos dedos largos de la mano izquierda, con los nudillos apretados y levemente flexionados. En el momento yo ignoraba qué significaba esto. Ella se rió de mí—. No te hagas el tonto. He oído hablar mucho de los griegos y sus placeres —dijo, inclinando la cabeza hacia su ama—. Pero ella también me ha contado que nunca usáis la boca allí abajo, en una mujer. ¿Es verdad?

Si «allí abajo» era lo que yo pensaba, le dije, la sola idea repugnaría a cualquier hombre.

—No estés tan seguro. Para los persas es toda una tradición.

—Eso explica su desempeño en la batalla —repliqué. Pero la impertinencia de Yutab me hizo pensar en algo más. Los soldados griegos tenían un nombre para los persas, «mascadores de alfombras». Yo había pensado que se refería al hábito de inclinar la cabeza al pie de sus amos. Se me ocurrió que quizá se refiriese, en cambio, a sus perversidades de alcoba.

Roxana salió con la cabeza y los brazos en el lugar adecuado, pero sin la menor idea de cómo recoger el quitón para que se plegara con gracia. Ayudé a la reina como pude sin tocarla, dejando que Yutab atara y volviera a atar el cinturón alrededor de la cadera. El resultado era muy agradable. Se requería un gran esfuerzo para no mirar boquiabierto la caída de la tela, que se adhería al cuerpo de maneras que habrían dado a Praxíteles mucho que pensar.

—No está mal, pero puedo mejorarlo. ¡Yutab, mi cuchillo!

Antes de que yo atinara a pronunciar palabra, Roxana abrió un tosco tajo en el vestido, para mostrar los senos. Luego se los cubrió con un cuadrado de seda, atado al cuello al estilo sogdiano.

—Mejor, ¿no? —me preguntó.

En muchos sentidos éste era el problema con que yo debía lidiar. El Asia tenía una reina bárbara con menos sentido del decoro que una criatura. No sólo se creía con derecho a presentarse en los festines, decir lo que se le antojaba y mostrar el cuerpo como si fuera un hombre, sino que entendía que cualquier otra actitud era inconcebible. Tratar de corregirla era como someterse a los trabajos de Sísifo. En cuanto logré convencerla de que la exhibición del busto era impúdica, echó a andar con el quitón alzado hasta los muslos. Cuando le cubrí las piernas, se soltó el cabello. Ni siquiera la más fina diadema de oro la convencía de contener esa melena revoltosa. Teniendo en cuenta las otras rebeliones que se le podían ocurrir, decidí concederle esa impropiedad.

¿Dónde estaba Alejandro en todo esto? En el mejor de los casos, estaba ausente; en el peor, ebrio. Al pasar las semanas, la novedad de esta nueva esposa se desgastó. Al final no pasaba en su lecho más de una noche de cada cinco. Bagoas, en cambio, era una presencia constante para el rey, o siempre estaba tan cerca como para acudir a la carrera. Cuando Alejandro se marchaba para cumplir sus deberes maritales, el eunuco se burlaba o rezongaba. Creo que en esto lo alentaban Pérdicas, Ptolomeo y Crátero, que tenían poco interés en la concepción de un heredero legítimo. Si de algo sirve el testimonio de Yutab, tenían poco que temer en este sentido.

Aparte del desenfado con que Roxana exhibía su persona, había otros hábitos extraños. Los sogdianos, como muchos pueblos de Asia, sentían un particular espanto por las mujeres en el momento de su flujo mensual. La costumbre zoroástrica no sólo separaba a la mujer «impura» de su familia, sino de todos los aspectos de las siete creaciones. Estaba prohibido todo contacto con la comida, la bebida, el agua, los animales y el fuego. Como la ropa común se estropeaba por el contacto con el cuerpo

de la mujer, ella debía usar prendas especiales reservadas para ese periodo. Si una mujer que menstruaba tan siquiera respiraba sobre otra persona, era un ataque que exigía vigorosas abluciones. Lo mismo se aplicaba a su mirada, que tenía fama de atentar contra la capacidad de procreación de los hombres. Muchas mujeres humildes de Asia pasaban sus días de corrupción en chabolas pequeñas, oscuras y sofocantes donde sus oportunidades de contaminar el cosmos —y así ayudar al Espíritu Hostil— quedaban restringidas.

Sé muy bien que ciertos griegos tienen creencias extrañas en estos asuntos. En Jonia se piensa que la influencia de la menstruación es tan ponzoñosa que extermina las plagas agrícolas. Las esposas e hijas son enviadas en estos periodos vulnerables a caminar por los campos, con el vestido sobre la cintura, para controlar a escarabajos y gusanos. Incluso en el Ática se cree que la aparición del flujo en época de eclipse lunar trae mala suerte. He oído a médicos que debatían sobre los peligros de compartir el agua del baño con las mujeres, menstruaran o no. Pero aun estas creencias están muy alejadas de la segregación total que es habitual en gran parte del Asia.

Una reina indispuesta no podía conformarse con una chabola. Y Roxana se negaba a pasar esos momentos en su tienda habitual, porque tenía demasiados rincones.

—¿Qué tienen de malo los rincones? —pregunté.

—Los rincones, so ignorante, son lugares donde pueden ocultarse las malas influencias liberadas por la menstruación.

Roxana pidió pues que le preparasen una tienda redonda. Tampoco podía tocar la tierra con los pies descalzos, ni usar cubiertos para comer. Si tocaba cualquier herramienta de metal, Yutab las llevaba fuera y las lavaba primero con orina de vaca, luego con arena, luego con agua. Era esencial observar el orden correcto de las abluciones, pues de lo contrario una u otra deidad se debilitaría en su lucha contra los devas…

—Volvemos a advertir al acusado de que limite sus observaciones a los temas relevantes para su defensa —interrumpió Políclito.

—Suplico la indulgencia del magistrado, dado el aliento de la acusación de la fiscalía. Mi intención es mostrar las dificultades que el manejo de Roxana presentaba a los macedonios, y por qué mi presencia fue beneficiosa para Alejandro. Además creo que es esencial para mi defensa caracterizar la índole de mi relación con la reina. Su eminencia recordará que fui acusado de usarla en una conjura contra el rey.

—No me importa si derrochas tu tiempo, Macón —dijo Políclito, agitando la mano—. Pero ten presente que no contarás con más indulgencias de mi parte.

Sería falso afirmar que Roxana era la más observante de las zoroástricas. ¿Cómo era posible, si estaba obligada a pasar la vida en compañía de incrédulos? Aun así, sus costumbres despertaban tanta curiosidad en el campamento que Alejandro pidió a

Gobares que le diera alguna explicación. De nuevo se mencionó la orina de vaca, aunque de modo menos despectivo.

—Los griegos no aprehendéis la vastedad de la visión del profeta —nos dijo—. Cuando él dice que Ahura Mazda creó los seis Amesha Spentas, y ellos a su vez crearon los elementos del mundo, y que Angra Mainyu busca la corrupción definitiva de esos elementos, la revelación significa lo que implica. La corrupción del fuego es el humo; de los seres vivientes, la muerte y la putrefacción. El agua también puede contaminarse por contacto con las cosas del Espíritu Hostil: suciedad, sangre, los muertos. Por tanto, no podemos degradar el agua lavando con ella las cosas que una mujer con menstruación ha tocado con sus manos, su mirada o su aliento.

»El efluvio de la vaca es sagrado para nosotros, como para los indios. Tiene un poder especial para purificar otras sustancias sin que se le adhiera la corrupción. Así que cuando deseamos purificar algo, usamos primero la vaca, luego el agua.

—¿Y podéis refrescaros poniéndoos bajo una vaca que orina? —preguntó Pérdicas.

—Más o menos. Los que tienen escrúpulos pueden filtrarla con muselina y verterla en un recipiente limpio.

—Muéstranos —ordenó Alejandro.

Todos fuimos a los corrales. Como estaba oscuro, llevábamos antorchas. Los ojos de los animales brillaban mientras esperábamos en la puerta el revelador gorgoteo de la divinidad manifestándose en el suelo.

—No es habitual esperar que aparezca el *pajow*, pero cuando aparece es una bendición —dijo Gobares.

—Yo pienso lo mismo del vino —observó Crátero—. ¡Dadme esa jarra!

Al fin Gobares oyó lo que esperaba. Mientras entraba en el corral con una bacía en las manos estiradas, miré a Alejandro. A pesar de su ebriedad (o a causa de ella) tenía los aires de un hombre que había desesperado de comprender lo que veía. En ese momento simpaticé con él, pues como nuevo Gran Rey no sólo tomaba palacios sino obligaciones. Su carácter lo impelía a comprender a la gente que pretendía gobernar. Pero mientras observaba los extraños ritos de purificación de Gobares, era evidente que, a pesar de su diadema y túnica persas, temía que no lo lograría nunca. Esa noche regresó a su tienda sin Bagoas ni Roxana.

* * *

Alejandro se retiró de la India, pero eso no significaba que quisiera ir a casa. Las opciones restantes eran ir al norte, donde sólo había salvajes y páramos, o al sur, hacia el delta del Indo. La elección era obvia: todo el ejército, decidió el rey, navegaría río abajo hasta el mar, con el doble objetivo de explorar ese territorio desconocido y redondear los límites del imperio. El plan consistía en ir al sur a lo

largo del Hidaspes, por encima de la confluencia con el Acesines. Desde allí los otros afluentes, el Hidraotes y el Hifasis, se sumarían al torrente hasta unirse al Indo propiamente dicho para recorrer la desconocida distancia que nos separaba del Océano.

En el centro avanzaba una flota de botes al mando de Nearco de Creta. Este hombre había estado con Alejandro desde el principio, pero sus perspectivas de ascenso eran limitadas porque no era macedonio. En el agua, sin embargo, la valía de Nearco era innegable. En muchos sentidos era el hombre que reunía los mejores aspectos del carácter de Alejandro: leal, ingenioso, poseedor de una ferviente curiosidad.

El contingente flotante estaba constituido por la corte de Alejandro, los auxiliares, algunas unidades selectas de caballería, y la mayoría de los pertrechos. La infantería y caballería pesadas marchaban en la margen derecha del río con Crátero, mientras que los elefantes, las máquinas de asedio y los hipaspistas iban a la izquierda, al mando de Hefestión.

Cuando todo estuvo preparado, Aristandro el adivino celebró un sacrificio en el centro del Hidaspes. Se vertió sangre de toro para honrar al río, y también a las deidades del Indo y todos sus afluentes, así como al padre Zeus-Amón, el tío Poseidón, el hermano Heracles y Océano. Después los aliados persas celebraron ritos en honor de Ahura Mazda y Haurvatat, el dios zoroástrico del agua. Sus libaciones no usaban sangre, sino leche de vaca espolvoreada con hojas de mejorana, ofrecidas al río con una cuchara de cobre. Alejandro dirigió con igual reverencia ambas ceremonias, y por un momento la confluencia de estos ritos, y de sus pueblos, pareció más propicia que nunca.

Muchos ejércitos han ido y venido en la eterna historia del Indo. Pero el rio quizá nunca hubiera visto nada semejante a los macedonios que pasaron por allí. Casi mil botes surcaban la corriente, y sus remos batían el agua al ritmo de los tambores mientras las banderas de color de cada unidad flameaban en sus mástiles. Sobre las márgenes marchaban cien mil guerreros, cincuenta mil seguidores y doscientos elefantes, ordenados en columnas que cubrían millas de ambas costas. La polvareda que levantaban era visible como dos penachos gemelos que se mezclaban al elevarse al cielo. Las aldeas se rendían días antes de que las avistáramos; nativos con túnica color azafrán, pasmados por el espectáculo, miraban boquiabiertos desde playas y lomas.

Era notable que alguien osara oponerse a semejante fuerza. Aun así, los brahmanes persistían en su resistencia, y convencieron a dos reyes locales para que se opusieran a Alejandro. El primero, el rey Musicano, fingió someterse y luego mató a todos los macedonios que quedaron en su reino tras el paso de Alejandro. Peiton fue enviado a lidiar con él, y atacó las murallas de la ciudad con máquinas que los indios nunca habían visto. Los indios perecieron por millares, y los supervivientes fueron vendidos como esclavos bajo los auspicios de Oxiartes, el padre de Roxana.

Musicano fue llevado ante Alejandro en cadenas y colgado junto a los brahmanes que habían provocado esta traición. Pero antes de morir, el último brahmán le gritó a Alejandro:

—¡Cuidado, oh Alejandro, pues puedes perderlo todo!

—¿A qué te refieres? —preguntó el rey.

—El único terreno que un hombre conoce de veras está bajo sus propios pies.

Ese consejo, exclamó Alejandro, le recordaba algo que podría haber dicho Diógenes el Cínico, así que dejó en libertad a ese último brahmán.

El otro reino recalcitrante era el de los malios. Yo no estuve presente en la conquista de Multan, su capital, así que no puedo evaluar la versión que da Esquines de esos acontecimientos. Lo cierto es que durante su ataque contra la muralla de ladrillos de barro, Alejandro logró penetrar en la ciudad, pero sus guardias quedaron fuera. Solo entre los malios, lanzó reiterados ataques mientras gritaba sin ton ni son, con voz llena de alegría, frases tales como «¡Allí está!» y «¡Veo sus colores!». Al fin lo atravesó una lanza, y cayó de espaldas, sólo protegido por el escudo de Aquiles. Aunque tenía casi mil años, esa reliquia desvió todos los golpes hasta que los enardecidos macedonios acudieron al rescate. Los hombres de Alejandro, al ver que el rey había caído, desquitaron su ira en los supervivientes. Aquel día exterminaron a todos los malios de la ciudad, incluso a los jóvenes, los bebés y los nonatos que estaban en el seno materno.

Alejandro sufrió una profunda herida en el pecho durante esta batahola. Su estado se deterioró a tal extremo que parecía a punto de morir, y lo llevaron por etapas de vuelta al río. Allí permaneció una semana al borde de la muerte.

Esquines dice que sus hombres mantuvieron una vigilia constante, pero mi recuerdo es diferente. Con cada día que pasaba sin señales de Alejandro, muchos macedonios se convencían de que ya había muerto. Pocos protestaron cuando, con la inevitable connivencia de Pérdicas, Ptolomeo y Crátero, Peiton comenzó a impartir órdenes en su lugar.

Su primer acto fue expulsar a los aliados persas de las unidades macedonias a las que pertenecían. Fue una orden popular entre los macedonios, pero causó divisiones en el ejército, y llevó al campamento al borde de las hostilidades entre los nuevos «socios» imperiales. Al cabo de varios días, Peiton se envalentonó y se puso una diadema de oro en la cabeza. Un día más, y pidió un inventario del contenido de la tienda de Alejandro. Los objetos de estilo persa —muebles, lámparas, prendas nativas adoptadas por el rey— se arrumbaron en una pila frente a la tienda, y al parecer sólo se aguardaba la orden de Peiton para quemarlos.

Yo no era el único que se preocupaba por tamaña arrogancia. Nearco compartía mis sentimientos, pero no osaba retar al usurpador ni a sus secuaces. Coincidimos en que alguien debía llevar la noticia a Hefestión. Con esta finalidad, Nearco me prestó algunos arqueros cretenses. Salimos a la mañana siguiente, antes del cambio de guardia.

Estábamos a pocas millas del campamento donde yacía Alejandro. Llegamos justo cuando el sol despuntaba sobre nuestro hombro derecho, alumbrando la tienda y los carromatos en una elevación sobre el Hidaspes. Formando a mis hombres en dos columnas de dieciséis, me aproximé al lugar con cautela, sin saber lo que encontraríamos.

Lo primero que vimos en el campamento fue la figura encorvada de Critóbulo, médico del rey. Desde lejos vi que sostenía una jarra de agua en las manos, y volvió la cabeza hacia nosotros cuando lo saludé. Con el rumor del río, no lograba entender sus respuestas. Señalaba temerosamente en dirección opuesta, brincando.

—¡A la carrera, muchachos! —ordené a mis arqueros, entendiendo al fin su advertencia.

XIX

Los morenos jinetes malios llegaron justo como nosotros, al alba. Cabalgaban con fiereza desde la planicie, enarbolando las espadas, ansiando vengar la matanza de su pueblo en Multan. Mis hombres rodearon la tienda de Alejandro a tiempo para formarse, calzar las flechas y disparar. La reputación de los cretenses por su pericia en el arco era justificada: cinco malios cayeron de inmediato. Los otros diez llegaron a nosotros antes de que pudiéramos lanzar otra andanada. Fue el peor momento de la refriega, pues yo era el único que tenía espada, y los arqueros sólo estaban equipados con dagas. Nos replegamos luchando, de espaldas a la tienda, y algunos formamos una pantalla para que el resto usara los arcos. Otros tres malios cayeron cuando nuestras piernas rozaban las cuerdas de la tienda.

Tardé un rato en advertir que un demonio de piernas cortas luchaba junto a mí. Era Alejandro, espada en mano, vestido sólo con sus vendajes ensangrentados. La aparición del gran Alejandro desanimó a los malios. Comenzaron a ceder terreno hasta que las flechas volvieron a volar. Luego, con una maldición ininteligible, el último volvió grupas y se alejó.

El rey no dijo nada durante la lucha. Cuando concluyó, se quedó en pie sobre sus piernas flojas, sonrió y se desplomó. Critóbulo regresó de su escondrijo entre los arbustos.

—¡Ayudadme a llevarlo dentro!

Una nueva hemorragia había empapado el vendaje de lino que cubría el pecho de Alejandro. Cortando el vendaje, el médico lavó la sangre vieja y nueva, el emplasto de sal de mar, y expuso la herida: un lanzazo en el lado izquierdo, ampliado quirúrgicamente para extraer la punta del arma. La costra se había partido en dos, sin duda durante los esfuerzos de la lucha, y de la herida manaba una espuma rojiza.

—Hay aire mezclado con la sangre, así que el pulmón no ha sanado —dijo el médico—. Pero lo que nos preocupa ahora es la hemorragia. Presiona esto con todo tu peso; usa ambas manos.

Me apoyé en Alejandro con un paño empapado en vino hasta que Critóbulo estuvo preparado con otro estíptico. Una vez que lo aplicó, y envolvimos al rey en vendas nuevas, le hice al médico la pregunta que quería hacerle desde que había llegado.

—¿Qué pasó con los guardias?

—No sé. Cuando me levanté para revisar la herida antes del alba, ya se habían ido.

—¿Dónde está Hefestión?

—Anoche le dije que durmiera en su propia tienda. Aquí no ayudaba en nada.

No me atreví a abandonar al rey durante el día y la noche en que durmió después de este ataque. El hecho de que los guardias se hubieran marchado y los malios

conocieran su paradero sugería que los macedonios actuaban con un grado de duplicidad que yo no había sospechado. Ni siquiera podía arriesgarme a comunicar la noticia del ataque, pues sería como provocar otro intento. Hefestión se enfurecería conmigo por esta precaución.

Afortunadamente, había mucho trabajo para distraerme de estos pensamientos perturbadores. Doce arqueros cretenses habían perecido en la incursión, y tres habían sobrevivido a sus heridas. A pesar de nuestros esfuerzos, uno de estos hombres murió por pérdida de sangre. Los otros perdieron un brazo y un ojo, respectivamente. Oí que los supervivientes se jactaban esperanzadamente durante la noche.

—Si esos tontos de Sogdia recibieron diez talentos por escalar una roca, deberíamos recibir mil por salvarle la vida.

Alejandro despertó sin acordarse del ataque. Cuando se lo mencioné, y añadí que sus guardias se habían esfumado antes de la ofensiva, se rió. Era irónico, comentó, que un ateniense y un puñado de arqueros hubieran librado y ganado una batalla tan decisiva como Gaugamela.

—¡Si no fuera por ti, mi tormento habría terminado, Macón! ¿Esperas una recompensa por esta crueldad? —preguntó, abarcando la tienda y el cielo (en pocas palabras, la vida misma) en su concepto de crueldad. Su actitud cambió, sin embargo, cuando le dije que Peiton estaba registrando la tienda real—. Peiton… —suspiró con fatiga—. ¿Por qué me obligas a desempeñar este papel? ¿Dónde está Hefestión?

—Agotado. ¿Quieres que mande buscarlo?

—No. Iré allá.

El médico le apoyó una mano en el hombro para detenerlo.

—No debes levantarte —dijo.

—¡No tengo intención de levantarme, querido Critóbulo! Pero no podemos dejar a nuestro amigo Macón expuesto a las malas artes de Peiton.

Llevaron un bote en secreto hasta el pie de la loma. El médico supervisó la preparación de una camilla entre las bordas. De este modo, trasladamos a Alejandro río abajo hasta el campamento macedonio. Los centinelas lo avistaron y gritaron que la barca fúnebre de Alejandro surcaba el agua. Alejandro se quedó tieso mientras sus hombres se reunían en la orilla, algunos sollozando de pena, otros pasmados de asombro. En el momento oportuno, el rey abrió los ojos y alzó el puño, demostrando que estaba con vida.

Esquines describió la escena en su declaración. Pero mi oponente se equivoca al afirmar que el rey hizo esto sólo para demostrar que estaba vivo. Cuando alzó el brazo, el dedo señalaba a Peiton. Los oficiales que rodeaban al usurpador se apartaron, dejándolo a solas con sus complacientes sedas y su diadema dorada. Los hombres de Pérdicas lo arrestaron, y al cabo de un breve juicio desapareció. Algunos dicen que pasó sus últimos días en el agujero que albergaba a Calístenes.

A pesar de insinuaciones que rayaban en la denuncia, no pude convencer a Alejandro de que Crátero, Pérdicas y Ptolomeo eran cómplices de los crímenes de

Peiton. Su resistencia a esta idea parecía tener un propósito práctico: Arrideo estaba incapacitado, y Filotas, Parmenión, Clito y Peiton habían muerto, así que el círculo de comandantes experimentados estaba menguando. Pero también creo que en esta actitud influía su habitual fatalismo euripidiano: la convicción de que sus días estaban contados y se necesitaba una persona fuerte que cogiera las riendas. Pérdicas, Ptolomeo y Crátero, pues, no sufrieron ningún perjuicio por haber permitido que Peiton se extralimitara. Un rival potencial quedó eliminado, y ellos podían hacer gala de lealtad ante el rey.

Esquines, también te equivocas en otro sentido. Dices que todos los macedonios se regocijaron al ver con vida a Alejandro, arrojando flores y dinero. Lo cierto es que algunos jalearon su aparición, pero la reacción no fue abrumadora. Muchos semblantes revelaban una dolorosa ambigüedad, pues si Alejandro había sobrevivido a su herida, habría más combates y muertes antes de llegar a casa. Muchas de estas muertes serían provocadas por tribus menores como los malios. Después de la hazaña de conquistar el Imperio persa, parecía indigno arriesgar el pellejo para pacificar tribus primitivas en andurriales remotos.

Avanzando hacia el sur, observamos cómo se ensanchaba el Indo y se encrespaban sus aguas, hasta que muchos botes tuvieron que buscar refugio en las orillas. Pero cuando los hombres regresaron al sitio donde habían encallado sus embarcaciones, descubrieron que el nivel del río había subido y sus botes se habían alejado flotando. Más aún, los macedonios se alarmaron al ver que la corriente se había invertido y fluía hacia el norte. Esto les causó gran inquietud, pues pensaban que nada mortal podía lograr que semejante río alterase su curso. Algunos susurraban que era una señal del disgusto de los dioses, porque el ejército se había internado demasiado en tierras desconocidas.

Alejandro sacrificó a un ternero blanco inmaculado a Poseidón y al Indo. Tras la ceremonia, el Indo se apaciguó y volvió a invertir su curso, así que los macedonios creyeron que el sacrificio había complacido a estos dioses. Pero todo el ciclo de crecida y menguante se repitió el mismo día; para colmo, la crecida traía agua salada, que sólo podía venir del mar. Este fenómeno de las mareas sólo se conoce en las costas de Océano. Avanzando hacia el sur, los macedonios vieron al fin la gran desembocadura del río, y las aguas infinitas que se extendían más allá. Para conmemorar esta llegada, Alejandro ordenó que se construyera un gran trofeo con bloques cuadrangulares, y más sacrificios. Frente a la costa se celebró una hecatombe en que se inmolaron bueyes regalados por Ambhi, y la carne se distribuyó entre los hombres en la playa; se derramó tanta sangre en las aguas que la espuma del mar era roja.

Aristandro declaró que los auspicios eran favorables para el nuevo proyecto del rey, un viaje de exploración por la costa meridional de Asia hasta el golfo Pérsico, al mando de Nearco. En sus preparativos para este viaje, Alejandro envió partidas al desierto oriental para almacenar vituallas y cavar en busca de agua para los

marineros. Varias partidas no regresaron y el rey culpó a los nativos por su desaparición. Varias expediciones punitivas pusieron a esta gente —principalmente los arabitas y los oritas— en cintura; como castigo, ordenó que las tribus llevaran a la costa todas las provisiones que pudieran acopiar. Obedecieron, aunque no les sobraban los alimentos, así que Alejandro autorizó a Nearco a proceder cuando la flota estuviera lista.

Ordenó que el grueso del ejército, incluidos los Compañeros de a pie, la mitad de los hipaspistas, el cuerpo de elefantes y todos los auxiliares nativos, siguieran a Crátero a Carmania por la ruta segura del oeste, a través de Gedrosia. El resto de sus hombres, que sumaban seis mil infantes y mil caballos, se internó con él en el desierto gedrosiano. Alejandro había oído que allí habían perecido ejércitos enteros de persas y babilonios; en cruces anteriores, un ejército babilonio había quedado reducido a veinte hombres, mientras que un contingente del Gran Rey había perdido a todos menos siete. Naturalmente, la intención de Alejandro era triunfar donde los demás habían fracasado, y ser el primero en atravesar el desierto sin sufrir bajas.

Yo fui con Crátero, así que no presencié la ordalía que aguardaba a Alejandro y sus hombres. Pero los resultados están claros: durante dos meses la expedición trajinó por páramos infernales que hacían parecer que el viaje a Siwa, en Egipto, había sido fácil. Aunque nunca estuvieron lejos del mar, encontraron poca agua dulce salvo en napas subterráneas, y sólo después de derrochar más sudor y esfuerzo del que merecía el magro flujo. No encontraron animales, y ninguna planta salvo una especie de ortiga que, a pesar de ser nutritiva, parecía hecha de hueso. Aunque Alejandro se proponía acumular provisiones para Nearco, terminó por agotarlas, y temió que la desolación de la costa también condenara a su flota. Llegó el otoño, pero el sol no se atenuaba, y los obligaba a viajar de noche. Esto confundió a sus guías, que ya estaban desorientados porque las referencias desaparecían bajo las arenas cambiantes. Días y semanas se añadieron a la marcha mientras la expedición entraba y salía del camino.

Alarmado, Alejandro envió a exploradores para pedir ayuda a los nativos de la región. Sus jinetes regresaron con noticias desalentadoras: los bárbaros de la costa eran demasiado primitivos para poseer ciudades, armas o edificios. Los nativos, a quienes los persas llamaban «comedores de pescado», andaban en cueros, sin cortarse el pelo ni las uñas en toda su vida. Vivían en agujeros cavados en la arena, techados con huesos de pescado y algas. La única humedad que les mojaba los labios era el rocío que juntaban en pieles de foca que dejaban desenrolladas durante la noche, o la sangre de las criaturas que salían de esas aguas. La palabra «lluvia» no existía en su idioma.

—¿Los bárbaros han reconocido la soberanía del Señor de Toda Asia? —preguntó el rey.

—Mi señor, los comedores de pescado no saben nada sobre jefes, y mucho menos sobre reyes que gobiernen desde lejos. No pensamos en exigir su sumisión.

—La ignorancia no es excusa para la falta de respeto.

Alejandro envió a una fuerza de caballería para demostrar su autoridad. Las tropas regresaron sin sufrir ninguna baja, y trayendo el mejor tributo que podían ofrecer los comedores de pescado: un puñado de conchas. Alejandro aceptó esta dádiva con tanta satisfacción como había aceptado los tributos de sus súbditos más ricos, pues era razonable, y sólo esperaba las cosas que se consideraban más valiosas en las tierras que conquistaba. El rey devolvió el regalo con una docena de jabalinas, para que las usaran en la pesca u otros menesteres.

La mayoría de las muertes empezaron cuando los guías volvieron a apartarse del camino. La desesperanza cundía entre las filas, los hombres se rezagaban, trastabillaban y desaparecían en la noche. Marchaban de a dos y tres, hasta que Alejandro perdió más hombres que ante ningún enemigo humano. Dicen que en su semblante había una desesperación que nunca le habían visto antes; sin duda se apiadaba de los fieles macedonios que lo habían seguido y sólo eran recompensados con la muerte. Esta expresión preocupaba a sus hombres tanto como el desierto, pues si el indómito Alejandro cejaba, ellos estaban perdidos.

Es evidente que Alejandro entendía esto, tal como lo revela una anécdota famosa que la mayoría de vosotros debe conocer. Algunos de sus hombres habían cavado una fosa profunda y lograron llenar un yelmo de agua. Cuando le llevaron el agua al rey, él se sintió tentado, pero al cabo rehusó beber y la derramó en el suelo. Sus hombres se confortaron con esto, sabiendo que Alejandro no esperaba de ellos más de lo que él mismo estaba dispuesto a sufrir. Muchos supervivientes atestiguan que este gesto les infundió la voluntad para continuar. Alejandro había obrado una especie de milagro: había logrado satisfacer a un ejército entero con un solo yelmo de agua.

Al fin Crátero, que los aguardaba en las fronteras de Carmania, vio una partida de esqueletos achicharrados que llegaban del desierto. Cuando Alejandro se reunió con él, parecía un reptil cubierto de polvo, pero sonriente: los persas habían perdido a todos sus hombres menos siete, y la reina Semíramis de Babilonia a todos menos veinte, pero Alejandro salvó a más de tres mil, cerca de la mitad de sus fuerzas. Así el rey triunfó sobre la historia, y sobre el desierto mismo.

Tras el ejemplo de Peiton, nadie estaba dispuesto a suponer que Alejandro estaba muerto si no veía su cadáver. Ante la demora del rey, Crátero se limitó a cumplir sus órdenes en vez de ponerse la diadema. Más aún, lideró el ejército con más sensatez que Alejandro, pues con su falta de imaginación sólo nos llevó del punto A al punto B, sin virar a cada momento para deslumbrar a los nativos emplumados que viera.

Harpalo, extrañamente, no compartía esta sensatez. Como ha dicho Esquines, era amigo personal del rey, su tesorero en Ecbatana. Al final, en un arrebato de lo que pudo ser pesadumbre por la muerte de Alejandro en el desierto, pero quizá sólo fuera codicia, Harpalo abandonó su puesto y huyó a esta ciudad con una fortuna de seis mil talentos. Mi oponente os embarulla, sin embargo, cuando hace frenéticas acusaciones sobre mil daricos que yo debía recaudar, basándose en los libros de algún prestamista. Ese dinero no fue un soborno de Harpalo, sino la recompensa que me dio Alejandro

por haberle salvado la vida durante la incursión de los malios.

Tampoco significa mucho que el pago se efectuara en daricos: gran parte de la fortuna del Gran Rey, de la que Alejandro tomaba todas sus recompensas, estaba acuñada en esa moneda. Esto no es ningún secreto. Si Esquines se hubiera molestado en consultar a cualquiera de los griegos que han regresado con dinero de Alejandro, descubriría que a muchos se les pagó en daricos. Por lo demás, Esquines omite mencionar que Harpalo fue expulsado de la ciudad por orden de la Asamblea, y luego asesinado por instigación de su propio guardaespaldas, Tibrón el Lacedemonio. ¿Pero no era que Harpalo estaba aliado con el todopoderoso Demóstenes? ¡Parece que el coco personal de Esquines no era tan influyente!

XX

Cuando vi al rey, me planteó una pregunta que lo había preocupado durante las largas marchas nocturnas por Gedrosia: ¿qué significa ser persa? Cuando lo preguntó por primera vez, pensé que bromeaba. Pero hablaba en serio, y se refería a algo más que al hecho de haber nacido en territorio persa.

—¿Preguntas por las costumbres de los persas?

—Pregunto por las costumbres, la indumentaria, el modo de pensar, y todo lo que hay en su historia y los hace como son.

¿Qué responder? Los griegos insultamos a los persas llamándolos «mascadores de alfombras», «prófugos», «sueltalanzas». Y caracterizamos a los persas con palabras que nos halagan a nosotros sin describirlos a ellos: palabras como arrogancia, decadencia, esclavitud, obsequiosidad, cobardía. Son conceptos venerables que hemos heredado de los hombres que lucharon en Maratón, Salamina y Platea. Pero nadie que haya visto a los persas en combate contra los macedonios, enfrentándose a las sarisas con sus armaduras de cuero, puede calificarlos de cobardes. Nadie que haya visto el esplendor de su arquitectura, su arte o sus jardines puede dudar de su ingenio. Y nadie que haya trabajado junto a los administradores persas o luchado junto a sus nobles, como lo hicimos nosotros, puede dudar de su dignidad.

¿Qué es un persa? Era más fácil hablar de individuos persas, y de los vicios y virtudes de cada cual. Presionado por el rey, le sugerí que examinase las creencias que la mayoría de los persas habían aceptado, la extraña filosofía de Zoroastro, que enseñó que nuestros pecados tienen consecuencias cósmicas, que el juicio nos aguarda a todos, y que toda vida es digna de reverencia. ¿Pero cómo puede un soldado creer semejante cosa, objetó Alejandro, cuando su deber es destruir la vida? Pueden creerlo, respondí, pero a costa de temer la muerte, con lo cual un hombre resulta inservible en la falange, como lo saben todos los griegos.

—¿Los persas huyen del campo de batalla porque Zoroastro les enseña que la vida es superior a la victoria?

—Cabría suponer que sí. En todo caso, no puede ser tan mala una filosofía que tiene al perro en tan alta estima.

Le hicimos nuestras preguntas a Gobares, que dijo lo siguiente:

—Un persa no es un griego con pantalones. Todavía es una criatura de las estepas, que considera que el cielo es la techumbre de su legítima morada. Se interesa menos que los griegos en las abstracciones, y por eso pertenece a una raza mucho más feliz. Haríais bien en devolver las tierras que tomasteis, pues el persa sobrelleva esa responsabilidad con mejor talante. Recordad mis palabras: en manos griegas, este imperio monstruoso que habéis construido no sobrevivirá. Más aún, os tendríais que haber dejado conquistar por Jerjes. Un monarca distante y conforme habría sido mucho mejor vecino que un griego para otros griegos.

Esta insatisfactoria respuesta no zanjaba la cuestión. Para Alejandro, la resolución de este interrogante prometía un modo de resolver la cuadratura del círculo político: para escapar del sórdido final de los reyes macedonios, él tendría que convertirse en otra cosa. Pero este objetivo no se le presentaba con claridad: no quería ser persa, y tampoco quería ser el monarca semigriego que había sido su padre. ¿Podría, mediante una distorsión de su carácter, convertirse en el rasero de todos los pueblos que se proponía gobernar? ¿O los persas y los griegos estaban condenados a carecer de un factor común y permanecer para siempre, como el lado y la diagonal del cuadrado, inconmensurables? En esta prueba no sólo estaba en juego la geometría.

Los dioses y los niños exigen que el mundo refleje sus preferencias. Alejandro, que era ambas cosas, intentó forzar la fusión que no podía lograr en sí mismo mediante el mestizaje de su ejército. Durante años había financiado el entrenamiento de treinta mil jóvenes persas en costumbres y tácticas macedonias. Cuando estos «Herederos» alcanzaron la mayoría de edad, los hizo marchar ante sus tropas con una sonrisa conspicua y tiernamente paternal. No sé qué beneficios esperaba de esta exhibición, pero entre los macedonios sólo produjo rencor.

El resentimiento se agravó cuando los Herederos empezaron a ocupar en la falange las posiciones que abandonaban los veteranos más viejos. Una cosa es observar a los persas remedando las costumbres de sus superiores en la plaza de armas, pero otra es tener a un recluta bárbaro a tus espaldas, empuñando una pica puntiaguda. Yo no entendía cómo Alejandro esperaba que sus hombres confiaran en esos recién llegados, cuando la experiencia de los macedonios consistía en ver a los persas huyendo del campo de batalla. ¡Y muchos dicen que Alejandro era hábil en el manejo de sus tropas!

El rey invitó a muchos oficiales a desposar mujeres persas. Estas «invitaciones» no se podían rechazar. En consecuencia, Hefestión desposó a Dripetis, hija de Darío; Crátero a Amastrina, sobrina de Darío; y Ptolomeo a una muchacha de abolengo llamada Artacama. Nearco, que recién regresaba de sus exploraciones marítimas, tuvo una nueva esposa, al igual que Pérdicas, Seleuco y Peucestas. Alejandro añadió dos esposas a la que ya tenía: Barsina, hija mayor de Darío, y Parisatis, hija de Artajerjes III. Las dobles nupcias del rey estaban destinadas a legitimar a sus hijos a través del linaje de Darío y el de Artajerjes, a quien Darío había derrocado.

El banquete se celebró en el palacio de Susa. En el patio se construyó una galería dorada cubierta con guirnaldas y perfumada con maderas aromáticas, bordeada por noventa y dos divanes nupciales, tallados en troncos de cedro libanés. La galería rodeaba un recinto cubierto, centrado en el diván dorado de la pareja real. Pendones orlados con campanillas tintineaban en la brisa mientras los pavos reales se paseaban por la gran orquesta, seguidos por un asistente que se cercioraba de que ningún pájaro maculara el sacro acontecimiento. Las novias, que fueron entregadas por sus padres, de acuerdo con su rango, se presentaban en finos velos al prometido reclinado. Quedaban casados cuando ella se sentaba en los cojines.

Para este acontecimiento Alejandro se vistió como Dioniso triunfante, con piel de leopardo, diadema de oro y tirso de madera de cornejo y hiedra entrelazada en forma de piña. Como el dios, Alejandro había invadido la India, y no era ajeno al vino. Podemos imaginar que las hojas de hiedra también ocultaban una punta de lanza de hierro, como dicen las leyendas que hablan del aspecto guerrero de Dioniso. El mecenazgo teatral del dios era honrado por elencos de actores, bailarines y músicos que habían ido desde Jonia y Atenas para realzar la celebración.

A pesar del esplendor de la ceremonia, no creo que muchos macedonios tomaran en serio esos matrimonios. En su patria, muchos ya tenían esposas a las que nunca renunciaron. La boda de Ptolomeo con Artacama, por ejemplo, no lo comprometía a expulsar a Tais de su tienda. Tomar mujeres nativas era una práctica común en las campañas largas: las esposas, mancebas y otras formas de compañía femenina se podían obtener en el mercado del campamento como cualquier otra mercancía.

Hablo del esplendor de los banquetes, pero yo no estaba allí para confirmarlo. En cambio, se me encomendó la tarea de encargarme de Roxana. La reina no fue invitada, por cierto. Yo había logrado que ella cambiara su guardarropa y sus hábitos, pero la insultante traición de Alejandro desbarató todos mis avances. Ahora todo lo macedonio era vergonzoso, detestable. Esta inversión llegó en un momento inoportuno, pues por alguna perversidad de los hados ella estaba encinta con el hijo de Alejandro.

Roxana se negaba a hablarme y prefería quedarse acostada en su diván y lamerse las heridas en silencio. Yutab oficiaba de intermediaria.

—¿Los griegos saben algo sobre mujeres? ¿Las reinas soportan que las pongan en ridículo en vuestro país?

—Los macedonios no son griegos —dije, cambiando de tema—. Y por aquellos lares tenemos pocos reyes y reinas.

—¡Sois todos necios, de cualquier modo! ¿Acaso tu rey, que apenas cumple con sus deberes maritales con mi señora, cree que sus actos no tienen consecuencias? ¡No nos insultes fingiendo que no sabes a qué nos referimos!

—No sé a qué os referís.

—La reina lleva al heredero del rey en su seno —observó Yutab—. Y no dudes que es varón.

—Ella sólo tiene dos meses de embarazo.

—Es varón —exclamó Roxana desde la habitación contigua.

—Si no fuerais necios, sabríais que el sexo se puede discernir por el modo en que está colocado el niño dentro del vientre —me aleccionó Yutab—. Pero aunque sea fácil distinguirlo, puede haber problemas.

Sacudí la cabeza ante esa mujer imposible.

—Sí, sabes a qué me refiero —dijo ella—. Ese reyecito tardó cuatro años en cumplir su deber con la reina. Quizá debamos dejar que lo intente de nuevo con la rechoncha Barsina. ¡Si tiene suerte, quizá tenga un hijo varón en diez años!

Alcé el dedo ante la cara de Yutab.

—Ojo con tus palabras. Como bien dices, puede haber consecuencias.

—¡No me muestres el peine de tu polla, Macón! ¡Es demasiado tarde para eso!

—Yutab, es suficiente —ordenó Roxana. Había aparecido en la puerta, usando el peplo de lana que yo le había prohibido. Su cabello había escapado de sus hebillas, y sus ojos hinchados mostraban que había llorado. Ésta fue la primera prueba que tuve de que ella sentía algo por Alejandro. Era imposible saber si sus lágrimas se debían a los celos o al orgullo herido.

Yutab se puso de pie, y Roxana ocupó el lugar de ella delante de mí. La reina me habló con serenidad, casi con sabiduría.

—Debes disculpar a Yutab, pues está contrariada. Ella no entiende los asuntos que obligan a los reyes a hacer lo que hacen. Francamente, yo me esperaba algo como esto, aunque debo confesar que bajé la guardia cuando fue concebido nuestro hijo. Por tanto, tengo una pregunta para ti, como amigo, y espero que la respondas del mejor modo posible.

A continuación me preguntó por la historia del trono macedonio, y específicamente por el destino de las madres e hijos que habían terminado en el lado perdedor de las disputas sucesorias. Como hija de un rey, debía de sospechar que el cuadro era sombrío. En consecuencia, yo no podía inventar cualquier historia a mi antojo, como sostiene Esquines. ¿De qué habría servido, cuando ella podía haber averiguado la verdad de muchas otras fuentes? Pérdicas y Ptolomeo, por tomar sólo dos, no habrían titubeado en describir detalladamente el final que les esperaba a ella y su hijo. Si yo hubiera mentido, sólo habría logrado desacreditarme.

—Agradezco tu franqueza, Macón —dijo al fin—. No volveremos a hablar de este asunto.

Un ruido interrumpió al orador. Era Golondrina, raspando el suelo con una uña del pie. Cuando Macón lo miró, Golondrina señaló a la clepsidra. El goteo era cada vez más lento.

Sí, veo que mi tiempo se acaba. Supongo que me engañé al creer que sería tan hábil como Esquines para calcular la cantidad de agua. Y pensar que ni siquiera he matado a Alejandro… por así decirlo. Tranquilo, Esquines, fue una broma, no una confesión. Concluyamos, pues.

Mientras se enemistaba con su esposa, Alejandro también se ganaba el encono de sus veteranos. Hacía diez años que los griegos habían desembarcado en Asia. Como muchos hombres de Alejandro estaban demasiado viejos o débiles para seguir a su servicio, ordenó licenciar a diez mil griegos, aunque con una fortuna de un talento cada uno como bonificación por los servicios prestados. Crátero recibió órdenes de conducir a estos veteranos a casa.

Los veteranos, que habían visto que sus comandantes tomaban esposas persas, y sus puestos eran ocupados por reclutas bárbaros, no estaban de ánimo para aceptar la baja. Cuando Alejandro ocupó el podio para alabarlos, los hombres respondieron con

burlas, parodiando postraciones, preguntándole si prefería un ejército lleno de persas y llamándolo, precisamente, «Darío Alejandro». El rey no reparó en estas cosas al principio, y hablaba como en un sueño del que era reacio a despertar. Cuando cayó en la cuenta de lo que ocurría, se ruborizó y miró directamente a quienes lo insultaban.

—¿Qué injusticia os he infligido —preguntó— para que deshonréis esta despedida? Hablad como hombres, no como niños, pues no me debéis menos después de los trabajos que hemos compartido.

—Eres tú quien nos deshonra —dijo una voz en la multitud—. Pues Alejandro ha olvidado a los hombres que le dieron las tierras de Asia, y cree que los puede comprar sólo con oro.

—¡Quizá crea que puede invadir el África por su cuenta! —exclamó otro.

Este comentario provocó carcajadas. Pero Alejandro no se rió, sino que llamó a sus guardias agrianos. Los instigadores fueron arrestados en medio de un silencio, mientras el rey y el ejército se miraban de hito en hito. Esta hostilidad mutua era extraña, dado todo lo que habían logrado juntos. Era como si el cuerpo mortal despreciara su cabeza divina, y la cabeza divina desdeñara su cuerpo. Alejandro se dispuso a hablar, pero sufrió un violento ataque de tos que duró largo rato; en medio de sus convulsiones, se aferró el costado, en el lugar donde la lanza malia le había perforado el pulmón.

—Hoy es un día estupendo, compañeros míos, pues hoy he averiguado cuál es vuestro auténtico afecto por mí. ¿Decís que vosotros me disteis Asia? ¡Yo os di respeto! ¡Tomé una raza de pordioseros y forjé un ejército! Os di miles de recuerdos para agraciar el patrimonio de vuestras familias. Pues regresáis a Macedonia con mucho más que un talento de oro en las manos. ¡Regresáis con una estima que será inaccesible el resto de vuestros días! ¿Y qué pido a cambio? ¡Usar un paño púrpura, y los besos de mis queridos compañeros! Al margen de esto, no he pedido privilegios especiales. He conocido los rigores del campamento y la marcha tanto como vosotros. En el desierto de Gedrosia pude haber bebido agua, pero me rehusé porque no había suficiente para que la compartiéramos. ¿Alguno de vosotros puede negarlo? ¿Qué diréis ahora, cuando la gente os recuerde que me entregasteis a nuestros enemigos? ¡Idos pues! ¡Regresad a vuestra mísera vida, vuestra vulgaridad! ¡Alimentaos de bromas, en vez de honor! No tengo nada más que decir.

Escupió en el suelo y se encerró en su tienda. Tal como había hecho anteriormente, tras la muerte de Clito y cuando tuvo que retirarse de la India, no probó bocado ni recibió visitas durante un día. Para muchos hombres este arrebato resultaba demasiado familiar, y no le prestaron atención. Pero para los más débiles o más dóciles, el enfado del rey era intolerable. Alejandro aumentó su bochorno al repartir nuevos puestos entre los oficiales: la mayoría de los nombres de la lista eran persas, y el apodo de algunos regimientos se transfirió a sus equivalentes persas.

Para los que estaban exasperados con él, los que consideraban que el divorcio era definitivo, las designaciones sólo confirmaban viejas sospechas. Pero para algunos,

este distanciamiento había ido demasiado lejos. Renunciando a su orgullo, rodearon la tienda de Alejandro y le pidieron perdón. Como él no respondió, se quebrantaron por completo, y sus quejas lastimeras fueron tan estridentes que ablandaron el corazón del rey. Compareció ante ellos y los honró al aceptar sus besos, y lloró lágrimas de camaradería con ellos, diciendo —esta vez sin ironía— que realmente era un día estupendo.

No todos los diez mil veteranos fueron esa noche a la tienda de Alejandro, ni siquiera la mayoría. Pero en vez de reparar en la ausencia de sus camaradas, el rey optó por reconocer la humildad de los pocos centenares que acudieron, y disculparlos a todos. Este episodio es buen ejemplo del dilema de su liderazgo. Entre sus veteranos, como en esta ciudad, su hegemonía provocaba una hostilidad amarga, en algunos sentidos injustificada. Alejandro encaró sabiamente ambos desafíos, optando por no forzar su voluntad cuando bastaba con una simple declaración de victoria.

El otro aspecto importante de este incidente es que Pérdicas y Ptolomeo lograron persuadir a Crátero de llevar a los veteranos a casa. Alejandro lo presentó como un honor para su viejo camarada, y en otras circunstancias lo habría sido. Me causa suspicacia, sin embargo, que este honor ausentara a Crátero justo cuando Alejandro enfermaba en Babilonia. Cuando los veteranos se marcharon, vi que Crátero abrazaba a Alejandro por lo que parecía un largo tiempo. Luego el rey lo besó, y Crátero, enjugándose una lágrima, ladró una orden a sus hombres, que también lloraban. Y así ese ejército lacrimoso partió hacia Cilicia, donde construiría una flota para navegar a casa. Ninguno de ellos volvería a ver a Alejandro con vida.

Pero nuestra historia ya finaliza. Al cabo de años de campaña, Alejandro manifestaba su agotamiento en todos los niveles: físico, intelectual, emocional. Desde su última herida, se apoyaba en los solicitantes que acudían a recibir el beso del rey, y parecía aferrarse al caballo en vez de montarlo. Para quienes tenían ojos para ver, los signos de su final eran cada vez más patentes.

En esa época el rey, en viaje a Ecbatana, se detuvo en Media para inspeccionar la provisión de caballos salvajes de ese país. Allí lo agasajó el gobernador Atrópates, hijo de Atalo, de un modo inusitado: dicen que por el campamiento desfilaron diez columnas de amazonas con armadura y lanza. La cabecilla, que se llamaba reina Híster, fue presentada a Alejandro. Después de la postración obligatoria, ella lo interpeló como un igual, declarando que la gente de su remoto país había oído hablar de sus proezas, y que deseaba refocilarse con él. Si la unión producía una hija, sería adecuada para gobernar su tribu; si era un varón, sería entregado a su padre para su crianza pues, como todos sabemos, las amazonas no crían a sus hijos varones, sino que los abandonan a la intemperie.

Todos coinciden en afirmar que la reina Híster era bellísima, y sus encantos quedaban revelados por su túnica corta y el ceñido cinturón de cuero, que mostraba sin disimulos el asombroso prodigio del busto de las amazonas. Los senos estaban expuestos y enteros, contradiciendo las leyendas de que siempre se rebanaban un

pecho. Este dato, junto con los tacones altos de las botas, sugirió a algunos que el contingente de Híster no estaba compuesto por amazonas genuinas, sino que se trataba de una broma de Atrópates. Alejandro, sin embargo, aceptó a Híster como una reina auténtica. Admitió una alianza política con ella, pero se negó a la creación de otros lazos, señalando que ya estaba casado más de una vez. Híster recibió esta excusa con pesar, y se llevó a sus curvilíneas hermanas ante la aullante adoración de los soldados macedonios. Para otros testigos resultó claro que el fatigado y jadeante Alejandro rechazaba la invitación porque no estaba a la altura de la tarea. A decir verdad, el desafío de la reina fue el único reto que amedrentó al conquistador de Tiro y la Roca Sogdiana.

Es sabido que los afortunados son escépticos ante las profecías. Las gracias de Tiké se interpretan como los frutos del trabajo duro, la sabia planificación o cualquier otra virtud que los hombres gusten de atribuirse, y no al capricho de los dioses. Como la suerte había sonreído a Alejandro durante largo tiempo, últimamente recurría poco a los servicios del adivino Aristandro. El rey asistía a los sacrificios matinales como un deber, pero su rostro indicaba que tenía la cabeza en otra parte, y el adivino parecía entender la insinuación, produciendo augurios que provocaban pocos comentarios. Fue una sorpresa, pues, que durante la lectura de las entrañas de un macho cabrío en el palacio de Ecbatana, Aristandro se detuviera a examinar el hígado. El rey preguntó qué lo preocupaba.

—Este hígado sólo tiene dos lóbulos… Y mira cuán distendida está esta vena.

Alejandro miró. No sabía juzgar esas cosas, pero sí sabía que auguraban un acontecimiento significativo. Eurípides menciona una señal similar en *Electra*, cuando Egisto sacrifica a un ternero con un hígado sin lóbulos justo antes de que Orestes lo mate con el hacha.

—Podría ser un mal augurio, o bien no ser nada —dijo Aristandro, pues no sabía lo que el rey quería oír—. Sugiere una desaparición, pero no está claro qué desaparecerá.

Alejandro planeaba una expedición naval por el mar Caspio. Le preocupaba que su flota pudiera desaparecer, pero Aristandro no encontró nada ominoso en las relaciones del rey con Poseidón. A falta de una señal específica, Alejandro se conformó con las precauciones habituales —ofrendas adicionales para todos los dioses— y ordenó a Aristandro que hiciera otro sacrificio. El segundo intento no produjo revelaciones nefastas, y Alejandro pareció olvidar el episodio.

En ese momento sus relaciones con Hefestión habían caído en una especie de tensa formalidad. Con la llegada de Bagoas, Roxana, Barsina y Parisatis, la intimidad del rey estaba cada vez más subordinada al gobierno del imperio. Encomendó a su viejo compañero una serie de misiones importantes pero distantes (construir un puente aquí, zanjar una disputa provinciana allá) que lo mantenían alejado de la corte griega por periodos cada vez más largos. Hefestión disfrutaba de la oportunidad de mostrar su competencia: sin duda era sensible a la insinuación de que sólo era el

amante de Alejandro. En otro ejército, junto a un cabecilla de brillo meramente humano, Hefestión habría sido una presencia temible. Pero en campaña con Alejandro, a quien nunca dejó de amar, este hombre excepcional entendía la virtud de servir al trono antes que a sí mismo.

No obstante, ¿qué mortal no sentiría resentimiento si fuera suplantado en la intimidad de un dios por bárbaros y eunucos? Cuando asistía a la corte, Hefestión hablaba poco, y cuando hablaba su voz estaba cargada de sarcasmo. Reparando en sus celos, Alejandro lo enviaba en otra misión para aplacarlo, hasta que regresaba con una hostilidad aún más profunda. Los testigos dicen que aun los desconocidos se sentían incómodos entre ellos, tan palpable era la tensión.

Pero la persistencia del afecto de Alejandro fue evidente cuando su viejo compañero enfermó súbitamente en Ecbatana. Como la fiebre se prolongó dos y tres días, el rey envió su médico personal para atenderlo. Hefestión se recobró, recuperó el apetito. Entre tanto Alejandro debía asistir a unos juegos atléticos que había organizado para niños persas, pues había observado que carecían de proyectos civilizados. Mientras él presidía estos juegos, le llegó la noticia de que Hefestión había sufrido una recaída.

Abandonando los juegos que tanto le había costado organizar, Alejandro fue deprisa a visitar a su amigo, pero llegó demasiado tarde. Hefestión había muerto, y aún tenía a su lado las heces de una jarra de vino que con mal tino había bebido con el almuerzo.

Al principio Alejandro se comportó como si no pudiera creerlo. Siguió hablando con el muerto, interrumpiendo el monólogo sólo para rezongarle a quien se acercara al cuerpo. Al cabo de varias horas estos devaneos degeneraron en una desesperación inconsolable. Arrojándose sobre el cadáver, Alejandro lloró sin vergüenza, gritando que lamentaba tal o cual desavenencia que se remontaba a su juventud. Al fin pidió a gritos un cuchillo, y los presentes temieron sinceramente que quisiera hacerse daño. Pero Alejandro se cortó todo el pelo de la cabeza, incluidas las cejas, y se retiró, enloquecido y ensangrentado, a su alcoba.

Alejandro y Hefestión se habían distanciado en los últimos años, así que todos nos sorprendimos de que el rey quedara hecho trizas a causa de esta pérdida. Dejó de lavarse. Su piel volvió a cubrirse con las manchas que yo le había visto años atrás, en Queronea. En ese tiempo sólo impartió dos órdenes: primero, era preciso ejecutar a Glaucias, el médico que había atendido a Hefestión. Esto sugiere que el rey sospechaba que la muerte de su amante se debía, en el mejor de los casos, a la desidia, y en el peor a la mala fe. Pues todos convenían en que la víctima, a pesar de su enfermedad, tenía un cuerpo robusto y joven, y era muy sospechoso que semejante hombre decayera tan súbitamente. Se examinaron las heces del vino sin llegar a ninguna conclusión, pero existen muchos venenos que no dejan rastros.

En segundo lugar, ordenó que todos los fuegos de los templos de Babilonia se apagaran en honor de Hefestión. A pesar de las invasiones, terremotos y muchos otros

desastres, hacía mil años que no se permitía la extinción de muchos de estos fuegos. El decreto, que se dictó sin miramientos por los babilonios, bastaba para poner a los nativos de pésimo humor.

Cuando reapareció, Alejandro parecía haber envejecido diez años. Tenía las mejillas hundidas, y se aferraba el costado como si la herida no tuviera meses sino que fuera reciente. Recobrando en parte su capacidad de decisión, ordenó que la corte se trasladara de vuelta a Babilonia, donde se proponía celebrar las exequias. También envió mensajeros al santuario de Amón en Siwa, con el requerimiento de que Hefestión fuera deificado en la muerte. Pero el rey no aguardó la respuesta del dios, y ofreció de inmediato un sacrificio a la memoria del difunto, hablándole con el estilo despreocupado que habían conocido en tiempos más felices.

Hay trescientas millas en línea recta entre Ecbatana y Babilonia. Alejandro caminó todo ese trayecto con los pies descalzos, con sólo un viejo manto sobre la cabeza para guarecerse del sol de la primavera. Siguiendo el consejo de sus embajadores egipcios, para el viaje había puesto a su compañero en una serie de sarcófagos: el cuerpo iba dentro de un féretro de oro, y el más externo era un recipiente de plomo. Los egipcios son reconocidos maestros del embalsamamiento. Cuando los sarcófagos se abrieron semanas más tarde, todos se asombraron al ver que el cuerpo de Hefestión estaba totalmente libre de corrupción. Esta preservación no significaba que Alejandro hubiera abandonado los ritos que reconocemos como griegos. Hefestión sería cremado. La pira que Alejandro tenía en mente, sin embargo, sería única en la historia del mundo.

Pero antes de que el rey llegara a las puertas de la ciudad, otro portento oscureció su camino. Una partida de magos babilonios —sacerdotes del Templo de la Cabeza Alta, cuya reconstrucción aún no había comenzado, aunque Alejandro había prometido la restauración hacía siete años y medio— se le acercaron con una advertencia. Su dios Bel les había revelado que Alejandro moriría si entraba en la ciudad. En vez de marchar hacia el oeste, sostenían, el gran Alejandro debía ir al este, que le deparaba victorias y buena salud por el resto de sus días.

En su profunda pesadumbre, el rey tenía poca paciencia para las distracciones. Entendió que los babilonios, a quienes había rescatado, preferían disfrutar de su autonomía sin la presencia del libertador. Pero las tierras por las que su ejército había marchado ya estaban despojadas de víveres aprovechables. A pesar de los dioses, no podía girar hacia el este. Más aún, el espíritu de Hefestión estaba destinado a partir de este mundo desde su capital. Ningún otro lugar lo conformaría.

Alejandro procuró aplacar a Bel, marchando más allá de la ciudad y entrando desde el este, por la puerta de Adad. De este modo, no se podía decir que había entrado en Babilonia marchando hacia el oeste. Los magos no parecían conmovidos por esta lógica, hasta que el rey facilitó la utilización de fondos para las obras del templo. Después aprobaron sus actos sin ninguna reserva. Podríamos sospechar que éste era el objetivo de su comitiva, si los hechos subsiguientes no hubieran

demostrado el peso de la advertencia original.

Al margen de la conmemoración de Hefestión, pocos asuntos preocupaban al rey en sus últimos días en Babilonia. La única mancha en lo que él consideraba su capital ideal era su decadencia bajo el dominio persa; los Grandes Reyes trataban la ciudad como un lugar atrasado, pero Alejandro planeaba comunicarla con su imperio mediante grandes obras de dragado y una ampliación del puerto. Las nuevas instalaciones se llenarían de buques de guerra que llevarían su poderío al África y, a la postre, a Cartago y Roma. Con esta finalidad ordenó la exploración de los extremos más bajos del río Éufrates y más allá, hasta la costa de Arabia.

El dragado y los astilleros palidecían en comparación con la construcción titánica que se emprendía cerca del sector occidental del muro externo de la ciudad. Allí Alejandro ordenó la construcción de una pira tan inmensa como las pirámides de Guiza, compuesta por las ofrendas más preciosas que puedan imaginarse. Las tropas barrían la ciudad para aceptar —a veces imponer— donaciones de muebles raros, estatuas, vehículos. Éstas se acumularon en una serie de plataformas cada vez más elevadas, en cuyo tope Hefestión yacería en un diván dorado dentro de una sala dorada dentro de una casa dorada.

Al concluirse la pira, tenía más de doscientos pies de altura; los elementos confeccionados por encargo —la madera, los gigantes dorados, los espolones de barco, las centauromaquias— costaban diez mil talentos. Esta cifra no incluye el valor de todas las donaciones privadas, ni el coste de los juegos funerarios que celebró el rey, con la participación de miles de atletas procedentes de sitios tan lejanos como Sicilia. El funeral de Hefestión era la más generosa dedicatoria a la fraternidad en la historia del mundo.

Llegó la hora en que Hefestión, vestido con su armadura y tan bello como el día en que murió, fue elevado a su catafalco. Cuatro regimientos de Herederos armados con arcos estaban desplegados frente a cada lado de la pirámide. A una señal, los arqueros lanzaron flechas ardientes; la visión de las saetas llameantes que se elevaban simultáneamente para encender la pira fue inolvidable. La masa de madera, marfil, plata y oro estalló como un volcán, con un calor tan intenso que derretía las cinceladuras de bronce de las ruedas de los carros aparcados a cien pies. Las llamas llegaron a tal altura que enrojecieron las nubes que pasaban.

Los historiadores siempre comentarán que Alejandro construyó una pira del tamaño de la pirámide de Keops para honrar a su difunto amigo, pero ésta es una verdad a medias. El rey también construyó la pira para honrarse a sí mismo. Recordad que le agradaba decir que «Hefestión también es Alejandro»; el vasto museo de tesoros flamígeros que erigió para su amigo también era la escenografía de su propio funeral.

La muerte de Hefestión requería una investigación. Pero había tantos sospechosos como granos de arena en la playa. La relación de Hefestión con Alejandro, que por su naturaleza no admitía rivales, le había granjeado muchos enemigos. Alejandro ponía

a hombres mayores y más capaces bajo el mando de su amante, y eso generaba resentimiento. Las cualidades personales de Hefestión, su lealtad, su apostura, siempre habían provocado envidia.

Los rumores hablaban de una reyerta entre él y Eumenes, el secretario personal de Alejandro. Pero ni siquiera un secretario cometería la necedad de vengarse por un conflicto tan público. Otros decían que Bagoas ansiaba su muerte. Pero Bagoas le había robado tiempo atrás la intimidad de Alejandro, así que no podía ganar mucho con el asesinato. Yo habría sospechado la intervención de Pérdicas y Ptolomeo, para asegurarse la sucesión en el poder. Habría sospechado de estos dos, digo, si no hubiera ocurrido un incidente que me convenció de que en este caso eran inocentes.

En la noche en que ardió la gran pira, yo estaba junto a Roxana. Ella estaba de un ánimo expansivo que no le había visto en meses. Observó con nosotros mientras las luces se extinguían en los templos y las estrellas despuntaban con un brillo rara vez contemplado por los babilonios. Le oí jadear de deleite cuando la conflagración elevó al cielo el espíritu de Hefestión. Pero justo cuando los juegos atléticos iban a comenzar, la reina se excusó. Se quejó de una jaqueca. Después de pasar más horas que su marido con esa mujer, noté su insinceridad.

—Sí, debes descansar —le dijo el rey con calidez fraternal—. Iré a verte después.

—Claro que sí —respondió ella, y él no reparó en el sarcasmo de la voz.

La seguí una hora después. Sus aposentos estaban en un ala remota del palacio, lejos del tálamo de Barsina y Parisatis. Cuando encontré a Roxana, estaba tendida en un diván frente a Yutab. Había un brasero abierto junto a ellas, y pan con anguila en una mesa; tenían copas en la mano.

—¿Es ésta una costumbre bárbara, celebrar en el momento de un funeral? —pregunté.

—¡Bah! ¿Quién invitó al aguafiestas? —exclamó Yutab.

La reina se rió, estiró los brazos.

—¡Celebramos un banquete! ¿Nunca has visto un ágape de mujeres?

—La premisa, mi señora, es absurda.

—¡Deja de ser mi tutor! Sí, hay un funeral, y sí, Hefestión era un buen hombre. Pero los inocentes sufren de continuo. ¿No es verdad, Yutab?

—¡Son los que más sufren!

—Sí, los que más… los más que… Por los dioses, ¿qué hay en estas copas?

Las mujeres lanzaron carcajadas como era frecuente entre Alejandro y sus camaradas, cuando las cráteras se agotaban y no quedaba nada de que reírse. Crucé los brazos y esperé que me prestaran atención.

—Siempre he procurado ayudar a la reina a entender sus responsabilidades al estilo griego —dije—. Y ahora debo decirle que esta conducta es totalmente inapropiada. Quizá sea comprensible que la reina se haya retirado… pero no para festejar de esta manera.

—¿No es gracioso que él hable de lo que debe hacer una esposa, pero nunca de

las responsabilidades del marido? —le preguntó Roxana a Yutab, como si yo no estuviera.

—Quizá quiera decir que deberías considerarte afortunada de ser deshonrada por un marido como el gran Alejandro —respondió Yutab.

—¡Deshonrada por un dios!

—¡Haciendo el papel de tonta!

—¡Violada por un cisne!

—¡Seducida y abandonada!

—¡En una playa de Naxos!

—¡El mismísimo hijo de Zeus!

—¡Señor de las cumbres!

—¡Amo de la campiña!

Se apoyaron histéricamente en la almohada, hasta que Yutab alzó la cabeza.

—Oh, es demasiado —exclamó entre carcajadas—. ¡Demasiado! ¡Me lo he hecho encima!

Di media vuelta para irme.

—¡Macón, único amigo! —llamó Roxana—. ¡Ven a beber con nosotras!

—¡Sí, regresa! ¡Pero ojo con lo que bebas por aquí!

Os llamo la atención sobre las palabras de Yutab: «Ojo con lo que bebas por aquí». Parecía una frase bastante morbosa, dadas las circunstancias de la muerte de Hefestión. Desde luego, no prueba que Roxana y su criada fueran responsables. Quizá fuera una broma de mal gusto. Y jamás se encontró veneno, ni en el cadáver ni en el palacio. Pero os aseguro que Roxana no había superado la afrenta de las otras bodas de Alejandro, celebradas pocos meses antes de la muerte de Hefestión. El humor de Yutab —y el momento inoportuno del «ágape de mujeres»— era sospechoso.

Es verdad que Alejandro envió una solicitud al templo de Amón en Siwa para que Hefestión fuera aceptado como dios por derecho propio. Todos nosotros —sus asesores, su familia, los sacerdotes de Amón— aceptamos este capricho, tomándolo como un testimonio de su amor, indiscreto pero inofensivo. Pero no era tan fácil excusar la carta que el rey envió a Cleomenes, su gobernador en Egipto. Recordad que éste era el mismo Cleomenes que, al tomar control de Egipto en nombre de Alejandro, acaparó el mercado de grano de ese país. Me han dicho que esto elevó el precio del pan diez veces en Atenas. Presento una copia de esta carta como prueba, con autorización del magistrado.

—El actuario leerá la carta —dijo Políclito. Cuando terminó la lectura, Golondrina, Déuteros y los demás jurados quedaron pasmados.

Éste es el texto exacto de la carta de Alejandro. Yo estaba presente cuando él la dictó, y recibí mi copia de Eumenes. Sí, Alejandro ordena a Cleomenes que construya un monumento de mármol a Hefestión en Alejandría, y promete que, si la construcción le agrada, perdonará todas las fechorías pasadas del gobernador: las

expropiaciones en los templos, el saqueo de las arcas públicas… y la hambruna que provocó aquí y en otras partes de Grecia. Más aún, Alejandro también le promete pasar por alto cualquier crimen futuro.

Habéis oído bien. ¿Podéis imaginar semejante promesa por parte de un hombre a quien habéis convenido en honrar como un dios? Peor aún, tal promesa se hizo a una criatura tan indigna, tan ruin, que ni siquiera Ptolomeo lo soportaba. Recordaréis que Ptolomeo hizo matar a Cleomenes en cuanto llegó a Egipto.

No diré nada más sobre la carta de Alejandro. No es menester enfatizar ese punto. Os bastará con el recuerdo del dolor en vuestro estómago vacío, y el llanto de los niños desnutridos como testimonio. Por curiosidad, ¿a cuánto llegó el precio del trigo en el mercado que está cerca de aquí, Esquines? ¿Tres dracmas por *capithe*? ¿Cuatro?

—¡Más! —exclamó alguien desde el fondo de la sala.

¡Aún más! Pero debemos perdonar la ignorancia de Esquines, pues él no estaba aquí para compartir vuestro sufrimiento. Tampoco yo, llegado el caso. La diferencia, debo aclarar, es que no estoy aquí para ensalzar las virtudes del hombre (mejor dicho, del dios) que indultó a un sujeto que trajo hambre a esta ciudad, y que prometió hacer la vista gorda cuando un canalla como Cleomenes cometiera cualquier otro crimen que le viniera en gana.

Por profunda que fuera su pesadumbre por Hefestión, no dudéis que Alejandro se recobró de ella. Volvió a trabajar en sus muchos proyectos; en esta época, por ejemplo, emprendió un examen detallado de los canales de navegación que bajaban desde Babilonia, con la intención de instruir a los ingenieros sobre la mejor ruta para que los buques de gran calado pudieran entrar en su puerto. Como hacía a menudo, el rey mismo empuñó el timón de su bote, demostrando tanta destreza en las aguas como cuando dirigía ejércitos en tierra. Aconteció, sin embargo, que chocó contra una obstrucción en los bajíos, y todos cayeron de rodillas en cubierta. Después de su marcha por el desierto de Gedrosia, Alejandro se había acostumbrado a usar un sombrero para protegerse el cuello y los hombros del sol. Con el topetazo, el sombrero echó a volar y cayó al agua. Antes de que la corriente arrastrara el sombrero, un esclavo que iba a bordo decidió zambullirse para recobrarlo.

La iniciativa de este hombre fue aplaudida porque el sombrero estaba ceñido por una diadema de oro. Permitir que este símbolo de monarquía universal apareciera en una costa sucia de estiércol habría sido bochornoso. Pero todos quedaron pasmados cuando el esclavo rescató el sombrero del agua y, quizá para evitar que sufriera ningún daño, se lo puso en la cabeza al regresar a nado. Los macedonios murmuraban, y los persas le pedían con gestos que se lo quitara, pero él continuó y subió a bordo, sólo consciente de su orgullo. No reparó en el círculo de rostros ceñudos que lo rodeaba.

Sé que hace mucho que los atenienses no tenemos reyes. Pero no ha pasado tanto tiempo como para que no podáis imaginar la magnitud de este desastre: la diadema real en la cabeza de un esclavo era una señal tan ominosa como un sirviente

ocupando el trono o caminando por la alfombra real. Y Alejandro no era inmune a esos desasosiegos, pues ahora le resultaba evidente que la muerte de Hefestión estaba asociada con el descubrimiento del macho cabrío con el hígado deforme. Anteriormente habría prohibido que el esclavo presuntuoso fuera castigado, pero esta vez permitió que lo azotaran severamente; el sombrero fue arrojado nuevamente al agua, y rescatado decorosamente por un marinero que dominaba mejor sus brazadas. Más tarde Alejandro lamentó la azotaina, y recompensó las buenas intenciones del esclavo con una fortuna de treinta minas de plata. Aun así, ordenó guardar esa diadema, y nunca volvió a usarla.

Como decía, amigos, comprendo que he exigido demasiado a vuestra credulidad. Todos habéis oído lo que considerabais la verdad sobre Alejandro, e incluso habéis sentado a vuestros hijos en las rodillas para contarles estas mismas anécdotas, para llenar sus corazones de orgullo con las hazañas de los griegos. Así que sólo con gran aprensión os hablaré de la muerte de Alejandro. Aunque os resulte difícil creer en mis palabras, os aseguro que es lo mismo que sabe Pérdicas en Babilonia, y Ptolomeo en Alejandría, y los pocos que presenciaron los hechos que voy a describir. Lo juro por los dioses.

Alejandro, creyéndose abandonado por los amigos y la fortuna, buscaba consuelo en el vino y la conversación, tal como era el hábito de su temperamento sociable. Compartía la copa con Peucestas, Ptolomeo y conmigo cuando reveló los primeros indicios de fiebre. Pensando que podría arrancar de cuajo la enfermedad, el rey bebió un último trago de la gran cantimplora espartana antes de acostarse. Mientras empinaba el vino, vimos una extraña expresión en su semblante, una expresión que no necesariamente revelaba dolor, sino angustia, como si evocara un pensamiento ineludible y deprimente. Luego, con una voz lánguida e irreconocible, nos dio las buenas noches.

Los testimonios de sus sirvientes nos dan una pista de lo que sucedió a continuación. Alejandro pasó las siguientes horas en un sueño inquieto, y se levantó con una fiebre más aguda. Como no quería soslayar sus obligaciones, el rey presidió el sacrificio matinal y pasó revista a dos regimientos recién llegados de Macedonia. Luego se bañó y se retiró temprano, quizá convencido de que su malestar pasaría. Cuando despertó a la mañana siguiente, la fiebre había empeorado; aunque su chambelán había ordenado que dejaran abiertas todas las ventanas de su cámara, para que lo acariciara la brisa que soplaba en el gran palacio, sus sábanas estaban empapadas. Aun así, insistió nuevamente en presidir el sacrificio matinal, y luego se reunió con Nearco para hablar de sus planes para la exploración del mar Caspio. Una vez más, se bañó y se acostó antes del ocaso.

En la corte empezaba a reinar auténtica preocupación por la salud de Alejandro. La ejecución de Glaucias lo había dejado sin médico de cabecera, y la muerte de Hefestión lo había vuelto suspicaz ante los desconocidos. El tercer día no logró levantarse para el sacrificio, y nadie lo vio. El cuarto día se prohibió a la servidumbre

que entrara en la alcoba real.

El rey se desvanecía por momentos, y a veces ladraba órdenes extravagantes, o se quitaba violentamente las sábanas, y luego caía en un trémulo letargo. Los médicos más eximios de Babilonia acudieron a atenderlo; su dormitorio se transformó cuando prohibieron la presencia de ciertas telas y sustancias, trajeron braseros donde quemaban incienso medicinal y le aplicaron ungüentos que ningún médico griego reconocería. Sus oficiales, entre tanto, se habían congregado en el patio del palacio, proclamando que debían deliberar con el rey sobre asuntos urgentes, aunque podemos suponer que sólo deseaban echar un último vistazo a Alejandro antes de que expirase.

Al día siguiente, para sorpresa de todos (salvo quizá de los babilonios), el paciente se recobró. La fiebre se atenuó, y Alejandro pudo incorporarse y alimentarse. Tal como sucedió cuando se recobraba de su lucha contra los malios, pensó en aplacar los temores de sus hombres, apareciendo ante ellos. Con criados que le sostenían ambos hombros (pues aún estaba muy feble) salió al balcón del palacio y miró ese mar de rostros. Al ver a Alejandro, miles de soldados estallaron de alegría, rogándole que volviera a conducirlos, y prometiendo que lo seguirían hasta las costas del gran Océano si así lo deseaba. El rey alzó la mano para agradecer estas palabras y abrió la boca para hablar, pero sólo pudo emitir un susurro. Las tropas se inclinaron hacia delante, como si pudieran discernir las débiles palabras del enfermo a esa distancia. Nadie supo con certeza qué dijo Alejandro, salvo que su declaración incluyó dos veces la palabra «deber». Exhausto, se dejó llevar de vuelta a su habitación.

Entonces sucedió algo peculiar. Roxana, que estaba detrás del rey cuando apareció en el balcón, lo ayudó mientras él volvía a acostarse. Era la primera vez que estaba a su lado desde el inicio de la enfermedad. Quiso ayudar a su esposo a beber agua que según ella había traído de la cisterna. Los babilonios, que no desconocían el arte del envenenamiento, examinaron el contenido de la copa y no encontraron nada sospechoso. No obstante, trajeron a un catador. Roxana se impacientó con la impertinencia de los médicos, y preguntó quiénes se creían para insultar a la reina. Como el catador no cayó muerto, ellos le imploraron perdón y dejaron al paciente a cargo de los tiernos cuidados de su esposa.

Alejandro bebió el agua y durmió apaciblemente. A la mañana siguiente Roxana se había ido, y los médicos se alarmaron al encontrar al rey presa de una fiebre y nuevos síntomas. Éstos incluían agudos dolores abdominales, y una fiebre feroz que lo ponía frenético. La sed no lo dejaba descansar, así que Alejandro no podía conservar sus fuerzas. Al anochecer tanto sus palpitaciones como su respiración eran débiles. Los médicos, quizá recordando el ejemplo de Glaucias, recurrieron a todas sus artes para salvarlo. Al amanecer lograron despertarlo por lo que todos creían sería la última vez. Trajeron a sus generales, y le preguntaron si deseaba decirles algo. Pérdicas se inclinó para oír la respuesta, que fue una sola palabra: «Agua».

Horas después, los mensajeros que habían ido a Egipto regresaron con una

respuesta a la solicitud de honores divinos para Hefestión. Amón decía que todos los hombres de ese fuste, incluidos Heracles y Aquiles, merecían ser adorados como semidioses. Era una respuesta que habría complacido sobremanera a Alejandro.

XXI

A diferencia de Esquines, amigos míos, no he declarado que Alejandro murió en esa ocasión. Por cierto, estuvo a punto de sucumbir al veneno. Como os ha dicho mi oponente, hacia el cuarto día de su enfermedad la situación era desesperada. Pero Esquines ignora que los esfuerzos de los médicos babilonios tuvieron un éxito total. Ahora que cuento con vuestra atención, y aunque corro contra el reloj, procuraré referir las circunstancias reales de la muerte de Alejandro.

Gracias a las artes de los babilonios, la fiebre del rey se aplacó en dos días; antes del fin de semana ya podía retener sus alimentos. Parecía, pues, que este episodio era sólo otra victoria del rey sobre la mortalidad. Cundió el rumor de que Alejandro había sanado; el mundo, tras contener el aliento, recobró la tranquilidad. Empero, el rey ordenó que no se hiciera ningún anuncio oficial de su recuperación. Aunque parecía extraño que él quisiera callar esta información, sospeché que deseaba poner a prueba la lealtad de los sátrapas revoltosos. En esto, como en muchos asuntos del momento, yo me equivocaba.

Pues Alejandro no estaba complacido con su mejoría. En vez de lanzarse a nuevos planes de construcción o conquista, permanecía sentado con aire de consternación. Nadie —ni sus amigos, ni sus nuevas esposas, ni Bagoas— podía animarlo. En cuanto a mí, toleraba mi presencia en la habitación, pero no me hablaba. Me miraba con ojos acusatorios, como si yo fuera responsable de una indebida prolongación de su vida.

Roxana tuvo una reacción totalmente respetable ante esta curación. Por primera vez siguió al dedillo mis instrucciones sobre indumentaria y comportamiento, y tenía el aspecto de una obediente esposa griega.

—¡Mi señor, vuestra recuperación me regocija! —exclamó, acercándose para darle un beso.

Pero Alejandro apartó la cara. Ella insistió, rozándole la mejilla con los labios, hablando del crecimiento del niño que llevaba en el vientre. Alejandro guardaba silencio y la miraba con frialdad. Sólo pareció interesarse cuando ella le mostró un paño tejido.

—Le pedí a Yutab que comenzara las prendas para arropar a vuestro hijo. Le hice jurar que terminaría antes de que él llegara…

La expresión del rey se ablandó un poco mientras miraba ese ingenuo trabajo manual. Era presa, sin duda, de la ambigüedad propia de los padres nuevos, que aún no están seguros de estar a la altura de las exigencias de ese papel. En el caso de Alejandro, la incertidumbre debía de ser aún más profunda, pues estaba convencido de que su esposa había sido cómplice del envenenamiento. Aun así, mientras ella llevara a su heredero, nada podía hacer al respecto. Conociendo a Roxana, estoy seguro de que todo lo que hizo en esa reunión estaba destinado a recordarle este

hecho.

—Si en algo puedo serviros, no dudéis en pedirlo.

—Si pido algo —dijo Alejandro al fin—, no será el agua que me trajiste. ¿Lo recuerdas?

—Lo recuerdo.

—Bien. ¿Y también recuerdas a Hefestión?

—Desde luego —dijo ella, impertérrita—. ¿Quién podría olvidar a un capitán tan noble?

—Muy bien —replicó él, despidiéndola con un gesto.

Cuando se marchó Roxana, el rey sintió cansancio y durmió tres horas en medio de la tarde. Cuando despertó, pidió que acudieran sus compañeros personales. Allí estábamos Pérdicas, Ptolomeo, Nearco, Eumenes y yo. Incorporándose, el rey hizo una extraña pregunta:

—Eumenes, ¿Hermolao aún está con nosotros?

—¿Te refieres a Hermolao, hijo de Sópolis? ¿El paje?

—Sí.

—Vive, aunque ignoro en qué condición.

—Bien. Tráelo.

Y así me enteré de que aún no habían ejecutado a Hermolao, principal instigador de la conjura de los pajes contra el rey. Comprendí que los macedonios tenían la costumbre de no matar de inmediato a ciertos prisioneros, sino encarcelarlos el tiempo que fuera necesario para doblegarlos. Con ciertos personajes tozudos, este proceso podía durar años. En el campamento se rumoreaba que Calístenes no había muerto, sino que languidecía en un agujero hasta que se ganara un beso con su postración. Sólo entonces se le permitiría morir.

Hacía años que no veíamos a Hermolao. En su encierro había crecido y ya era un hombre, aunque un hombre delgado, pálido y desaliñado, tan poco habituado a la luz diurna que no podía mantener los ojos abiertos. Estaba desnudo cuando lo trajeron, con la barba hasta el pecho y con los pies engrillados.

—¿Sabes dónde estás, muchacho? —preguntó Alejandro.

—Por el hedor a opresión, diría que estoy ante Alejandro.

—Lo que hueles es el tufo de la enfermedad, y tu propia inmundicia.

—Inmundicia, enfermedad, tiranía… todo es lo mismo.

Alejandro se rió.

—¡Ingeniosa respuesta de un fantasma! Qué hombre podrías haber sido, oh Hermolao. Ahora sólo te quedan réplicas mordaces. ¿O hay algo más?

El paje entreabrió los ojos.

—El Alejandro que amé otrora no perdía tiempo con acertijos.

El rey se puso de pie, estiró los brazos. La herida de los malios le arrancó una mueca de dolor.

—De acuerdo. ¡El día de la ejecución se aproxima! Eumenes, tráele armas.

Encontradme bajo el muro este, cerca de la puerta de Marduk. Hermolao, en una cacería me robaste el jabalí. Ahora te doy la oportunidad de cazar la mayor presa de todas. ¡No me defraudes!

Con esas palabras, el rey se marchó. Los demás no sabíamos qué pensar, entre ellos Hermolao. Pérdicas fue el primero en reaccionar.

—¡Ya le oísteis! ¡Armas para el prisionero!

Alejandro esperó a Hermolao frente a la puerta de Marduk. Sólo lo acompañaba su chambelán; sobre la espalda y las piernas llevaba la coraza y las grebas del divino Aquiles. Apoyó la antigua espada en los ladrillos revestidos de brea, y al lado el gran escudo con la cabeza de gorgona, aún mellado por la refriega de Multan. Al reunirnos allí, parecíamos estar en un escenario, con la escena sólo iluminada por antorchas situadas en el teatral fondo de la muralla babilónica. Como lejanos tramoyistas, dos diminutos guardias con yelmo nos miraban desde gran altura. Eran los únicos espectadores del drama de esa noche.

Aún engrillado, Hermolao usaba un picudo yelmo frigio con placas que le protegían las mejillas, un corselete de cuero y un escudo de hoplita. Ahora estaba más erguido, con los ojos bien abiertos, pero aún tenía el aire de un hombre que en cualquier momento esperaba despertar de un sueño.

Alejandro cogió el escudo de Aquiles.

—Dadle una jabalina —ordenó.

—Si el rey lo permite, podríamos ejecutar al prisionero de la manera habitual —sugirió Pérdicas.

Alejandro respondió con estos versos, del libro veintidós del poema:

¡Concluye la carrera, Aquiles! Basta.
Tres veces corrí en derredor de la ciudad de Príamo
sin poder afrontar tu ataque.
Mas nuevo coraje siento en mi corazón
para afrontar lo que es menester…

Todos reconoceréis el último reto de Héctor a Aquiles antes del duelo ante las murallas de Troya. Y aunque yo le había oído citar antes al poeta, era la primera vez que no adoptaba el papel de su ancestro, Aquiles de los Pies Ligeros, sino el de Héctor Domador de Caballos.

Ptolomeo entregó una jabalina a Hermolao, que miró a Alejandro, y miró el arma, empuñándola como si nunca hubiera visto una.

—¿Esperas que te mate con esto?

—Espero que cumplas lo que juraste con tus camaradas —respondió el rey—. En un momento te plantaste ante mí para llamarme tirano. Bien, aquí estoy, muchacho. ¡Abáteme! ¡Enmienda mi arrogancia! Prometo que nadie te detendrá.

Pérdicas miró a Ptolomeo, que a su vez me miró con asombro. Era la primera vez

que los veía a ambos tan confundidos. Supongo que ellos habrían dicho lo mismo de mí.

Hermolao se encogió de hombros, alzó la jabalina apretándola con fuerza y la ladeó sobre su cabeza. Luego cantó:

Tú, el imperdonable, no deberías hablar de pactos.
¿Puede haber tratos entre hombres y bestias?
No hay terreno común para el lobo y la oveja,
pues han nacido para vivir en odio sempiterno.
Así es entre nosotros: no habrá amor ni paz
hasta que uno de los dos aseste el golpe y sacie a Ares,
belicoso flagelo de los hombres, con nuestra sangre.
Ven a mí, con el valor que te reste.
¡Muerte o victoria! ¡Muestra tu destreza
de osado guerrero!

Arrojó la jabalina, que voló desde su mano hacia la cabeza de Alejandro, sólo para clavarse en el ladrillo blando de la pared. El rey la había esquivado.

¡Conque has errado! ¡Mira pues al divino Aquiles!
¡Tan seguro estabas de que Zeus decretaba mi muerte!
¡Meras bravatas para acobardarme,
hacer temblar mis piernas, quebrantar mi brío!

Y el rey, usando su turno, alzó su lanza. Con esa infalible destreza que había matado a Clito, Alejandro lanzó un tiro certero. Pero esta vez su oponente estaba armado con algo más que una copa. La punta de metal rebotó en el escudo de Hermolao, dejando un hoyuelo en la superficie.

—Veo que no tienes ninguna lanza de reserva —dijo el rey.

—Sólo esta espada —respondió el otro.

—Igual que yo.

Se acercaron con la espada desenvainada. Alejandro parecía moverse con lentitud, pues no se había recobrado del todo. Tampoco Hermolao tenía su vieja agilidad, pues había pasado gran parte de su juventud en una celda. Pero la lentitud sólo acentuaba la consternación que nos causaba este duelo, pues podíamos anticipar y sentir cada estocada. Alejandro embistió, lanzando tajos contra su oponente mientras se aferraba la herida del costado. Hermolao paró los golpes, retrocedió, contraatacó. El rey tropezó y cayó, y la espada tintineó en el suelo. Pérdicas quiso interceder, pero Ptolomeo lo detuvo. No había tardado demasiado en barruntar que estos hechos incomprensibles podían beneficiarlo.

Hermolao, quizá abrumado por esta inesperada perspectiva, no mató a Alejandro al instante. El rey tuvo tiempo de recobrar la espada y desviar el golpe final. Mientras Hermolao perdía el equilibrio, Alejandro trató de ponerse de pie, pero quedó paralizado por el dolor de su herida, y la cara y el cuello se contorsionaron de dolor. En ese segundo, con el titubeo de Alejandro, Hermolao vio su oportunidad: perforó con la punta de la espada la hendidura de la garganta del rey, encima de la coraza de Aquiles. La hoja entró con pasmosa facilidad en la blanda carne, exponiendo la superficie blanca del gaznate. La sangre brotó y lo cubrió todo: gaznate, hoja, la mano que empuñaba la hoja, el suelo…

—Acusado, deja de hablar —dijo el juez—. Tu tiempo ha terminado.

XXII

Macón se quedó con la boca abierta. El agua había dejado de caer. Para un orador profesional, esta interrupción habría sido muy desfavorable: los jurados quedaron pendientes del momento de la muerte de Alejandro. Pero Golondrina no creía que este traspié afectara demasiado a Macón. A fin de cuentas, se reconocía como un aficionado que se defendía contra un orador formidable. Su impericia despertaba simpatía; si había algo que los jurados atenienses odiaran más que un mal espectáculo en el tribunal, era un litigante de carrera.

Macón se sentó. En ese punto del proceso hubo un receso informal mientras los magistrados deliberaban y se volvía a poner la clepsidra. Los jurados estiraron las piernas, y aunque estaba prohibido debatir o recoger opiniones antes de que se leyera el veredicto, la deliberación ya se realizaba por otros medios. Los jurados con experiencia sabían calibrar los sentimientos intercambiando miradas con los hombres de alrededor. Uno podía sumarse al debate con sólo enarcar una ceja, y resolverlo con sólo bajar los ojos. Golondrina miró a Déuteros, que asintió con un cabeceo. La situación no lucía bien para Esquines. Aunque el indulto de Cleomenes sólo se había mencionado hacia el final del testimonio de Macón, y era apenas un incidente en la ajetreada vida de Alejandro, pareció volcar a la mayoría del jurado contra Esquines y la facción favorable al apaciguamiento.

—Cada parte contará con una medida de tiempo para la disputa. Fiscal, ¿deseas interrogar al acusado, o hacer una declaración?

Esquines no respondió, sino que simplemente habló, con su manto brillante y su voz estentórea, desde el asiento.

Atenienses, nos reunimos en un día triste, pues las palabras del acusado representan un reto para todos los que creemos en la verdad. ¿Dónde empezar a desaovillar este nudo gordiano que nos presenta el acusado? Por cierto, los sucesos que he narrado y que Macón ha distorsionado acontecieron hace años y muy lejos, y ya abandonan el horizonte de la memoria viviente. Aun así, afirmo que ese tránsito no debe ser una ocasión para la revisión tendenciosa. Afirmo que aquello que la gran mayoría de los observadores consideran como cierto debe imponer respeto, y la subjetividad de otros no tanto, por mucho que hayan estado en el lugar oportuno. Afirmo que algo sucedió en el pasado, y esos sucesos siguen siendo hechos, al margen de toda insinuación o anécdota.

Por mi parte, no temo deciros que tomo en serio este proceso. Pasé un tiempo considerable preparando mi presentación, que se basa en las remembranzas de muchos testigos. Esos testimonios me enseñaron mucho sobre el asunto, y os digo que el Alejandro que llegué a conocer no se parece en nada a la persona que describe Macón. Según el acusado, el Señor de Toda Asia era sólo un niño con berrinches. Tenía miedo del futuro, miedo del enemigo y miedo de la batalla. ¡Imaginaos un

Alejandro pusilánime en la batalla! Macón trata de explotar rumores insidiosos sobre las amistades de Alejandro con los hombres para presentarlo como una suerte de quimera mujeril. ¡Debemos rechazar las afirmaciones de cualquiera que pretenda saber lo que el rey y Hefestión hacían en privado, y es mera calumnia sostener, como hace Macón, que Alejandro se dejaba usar como una vulgar prostituta! ¡Por esa sola ofensa merece una condena!

Quizá Macón nos subestime al punto de creer que su estrategia puede engañarnos. Para defenderse, debe denigrar a Alejandro. ¡Qué curiosa defensa, negar su impiedad mediante la negación del dios! Entre tanto insulta a todos los griegos con sus maliciosas «reminiscencias» de las dudas de Alejandro. ¿Acaso un hombre dubitativo pudo haber conducido a un ejército durante doce años contra el imperio más vasto y populoso que ha conocido el mundo? ¿Acaso un general que teme constantemente el magnicidio puede inspirar a sus hombres al punto de que dejen un incomparable legado de paz y estima? ¿Acaso un mero borracho pudo ocupar el trono del Gran Rey?

Mientras calumnia a Alejandro, Macón difama a sus lugartenientes de mayor confianza. Presenta a Pérdicas y Ptolomeo como oportunistas e intrigantes sin escrúpulos que conspiraron para su propio beneficio mientras Alejandro aún vivía. Crátero y Clito son, en palabras de Macón, «matones». Parece que todo el mundo detestaba a Hefestión, aunque los testimonios nos hablan de la admiración que despertaba en todos los hombres. ¡Cuán afortunado para ti, Macón, que estos hombres no estén aquí para responder a tus embustes!

En este proceso, bástenos con señalar que los acontecimientos que siguieron a la muerte del rey no respaldan la versión de Macón: no es cierto, por ejemplo, que Pérdicas y Ptolomeo asumieron la autoridad a la muerte de Alejandro. Pérdicas, por lo que sabemos, era reacio a coger el anillo del rey, y ahora gobierna por consentimiento, sólo como regente del hijo de Roxana y el retrasado Arrideo. Ptolomeo no reclamó el trono, ante todo porque su rango no lo merecía, y también porque es un hombre de integridad intachable. ¡Hoy no es rey de Egipto, sólo gobernador! No logro entender cómo Macón puede afirmar que sabe que Ptolomeo se propone ser faraón.

Estas distorsiones poseen al menos la virtud de referirse a personas existentes, y por tanto tienen cierto arraigo en la realidad. Los relatos sobre la matanza de pueblos ficticios, como los bránquidas, no merecen refutación. Nadie acepta que Alejandro haya muerto en una lucha con Hermolao. Y no nos dejemos deslumbrar por la afirmación de que fue Arrideo, no Alejandro, quien planeó las victorias de los griegos. Macón no presenta pruebas para respaldar este aserto ignominioso por un sencillo motivo: es un disparate. Tuve la oportunidad de ver a Arrideo durante una embajada en Pella hace unos años. Supongo que mi impresión sobre él todavía es válida. Es un idiota, totalmente incapaz de cuidar de sí mismo, mucho menos de comandar un ejército. Es absurdo pensar que un hombre puede ser ahora un babieca

babeante y al rato un estupendo estratega. No existen los retrasados inteligentes.

Esta frase certera obtuvo murmullos de aprobación. Esquines pareció asimilar este aliento y magnificarlo, y su elocuencia se afianzó mientras continuaba.

Aunque Macón es un embustero poco común, no puede sino contradecirse, como ocurre con todos los embusteros. Nótese que en varios momentos de su narración se presenta como un hábil guerrero. Pero en su descripción de Queronea declara claramente que estaba en la sexta fila de una falange de ocho escudos de profundidad. Como sabemos, los veteranos nunca son apostados en el medio de la falange. Están al frente, para inspirar al resto con su valor, o en la última fila, para impedir la fuga de los cobardes. ¿Qué ocurre, Macón? ¿Acaso no eras un guerrero tan valeroso, y te quedaste en el medio? ¿O tu descripción de la batalla es falsa? ¡Ved cómo se queda ahí sentado, y ya no osa interrumpirme!

Todos estos asuntos nos distraen de la auténtica cuestión. A mi entender, éstas son y han sido las acusaciones específicas contra Macón: que él violó su juramento a la Asamblea, y que demostró impiedad. Por su propio testimonio, es evidente que fracasó en su servicio. Él mismo confiesa que estaba a cargo de «manejar» a Roxana, pero también sugiere que esa mujer participó en la muerte de Hefestión. Una envenenadora es una envenenadora: yo mismo he sostenido que esa misma persona administró la dosis fatal a Alejandro. En este aspecto, pues, el efecto del trabajo de Macón no fue desdeñable: sus dulces instrucciones incubaron los crímenes de la reina.

En cuanto a sus otras afirmaciones, como cuando declara que repelió una incursión malia en la tienda del rey, nadie más corrobora su versión. Aun así, concede que intentó torcer la mente de Alejandro en un esfuerzo para «ayudarlo». ¡Vaya arrogancia! ¡Como si las palabras de Macón pudieran afectar el destino que los dioses deparaban al noble Alejandro! Es interesante, empero, que Macón confiese que deseaba la muerte del rey, y en consecuencia el fracaso de las armas griegas, durante la invasión de la India. Por los dioses, ¿qué clase de patriotismo es ése?

Debo abordar el asunto de la presunta carta al gobernador de Egipto. Caballeros del jurado, no estoy dispuesto a proclamar que Cleomenes era un hombre virtuoso, o que no merecía el final que encontró bajo Ptolomeo. Era rapaz, codicioso, despreciable. ¡Elegid el adjetivo que queráis! Pero sostener que por su cuenta causó la hambruna en el Ática es entregarse a una exageración irresponsable, pues la carestía comenzó tiempo atrás, durante el arcontado de Aristófanes, la época en que Cleomenes fue designado recaudador de impuestos. A menos que estéis dispuestos a creer que este hombre se adueñó al instante del comercio de grano, no puede ser cierto que él haya causado la hambruna. Los barcos que transportaban grano desde el Mar Negro atravesaban una zona de guerra en aquellos años: cualquiera puede ir a El Pireo y consultar a los capitanes, que hablarán de enormes conmociones en este tráfico.

Insisto, no excuso a nadie. Si la codicia de Cleomenes agravó la crisis, merece

nuestro desdén. Pero eso es muy diferente de sugerir que Alejandro hizo la vista gorda ante delitos que provocaron hambre en Grecia. Esa carta que blande Macón, pues, es una obvia falsificación. Y resulta increíble que Eumenes haya difundido semejante carta, aunque perteneciera a Alejandro.

La impiedad de Macón no requiere ninguna prueba de mi parte, pues su podredumbre está a la vista en cada palabra que pronuncia. No se encuentra sólo en su desdén por Alejandro, y su irreverencia por las creencias de sus mayores, y su desproporcionada fascinación con los devaneos de los zoroástricos, los brahmanes y otros extranjeros. Podéis oírla en el modo en que habla de Macedonia, donde se yergue el gran Olimpo, como si fuera territorio extranjero… o en su elocuencia cuando describe los encantos de cortesanas tristemente famosas. Quizá podamos excusar esto, ya que su madre fue una ramera. Pero no podemos excusar su mendacidad, atenienses, pues este modo de pensar siempre ha puesto en jaque a nuestra ciudad. La afinidad con ambigüedades inventadas, la defensa del argumento más débil contra el más fuerte: he aquí el legado de hombres como Macón. Al oír su testimonio, ¿debemos sorprendernos de que las mujerzuelas, el pacifismo y el sofisma sean nuestras principales exportaciones? Por este motivo, por su presunción, por su fracaso, por todas las razones del mundo, os pido que toméis la única decisión justa: la condena. Sólo así podremos reparar el daño que nos ha causado a todos.

Por última vez, Esquines dio fin a su declaración justo cuando expiraba su tiempo. Déuteros codeó a su amigo, y Golondrina respondió con un cabeceo. Esquines había presentado una enérgica respuesta a Macón, y había sido astuto al asociar al acusado con los charlatanes profesionales que sufrían una mala reputación desde que Atenas había perdido el imperio. Claro que sólo los patanes creían que el ágora estaba plagada de sofistas. La filosofía había agotado su ciclo, y hacía tiempo que estaba domesticada, profesionalizada y empaquetada para el consumo de los hijos de los ricos. Pero el que buscaba el voto de los ignorantes nunca quedaba defraudado.

Costaba discernir cuál de los dos oradores tenía la ventaja. Era indiscutible que Macón procuraba manchar el nombre de Alejandro y, como decía el orador, los hombres no tienen un éxito tan fabuloso por mera casualidad. Pero Esquines no podía aplacar tan fácilmente la preocupación por el indulto de Cleomenes. Era fácil alegar falsificación, pero eso no borraba algunos datos simples: antes de Alejandro, alimentos; después de Alejandro, hambre. Aunque no hubiera respaldado a Cleomenes, Alejandro tenía que ser responsable de la hambruna de otra manera.

Golondrina miró al cielo por la ventana: la luz diurna se desvanecía. Aunque le preocupaba el destino de Macón, lo que más temía era perder su lugar de descanso en el altar si el juicio se prolongaba demasiado. Con un espasmo, comprendió que incluso podía verse obligado a ir a casa a dormir con su esposa.

Políclito indicó a Macón que era su turno. El acusado se puso de pie sin el brío de Esquines. Al contrario, parecía agotado.

Debo deciros que no esperaba tener que hablar de nuevo. Nunca en mi vida he tenido que mover la lengua tanto tiempo. Confieso, Esquines, que siento un nuevo respeto por tu profesión. En la guerra, tratamos de enzarzarnos y zanjar la cuestión cuanto antes. Veo que en los tribunales el par de pulmones más resistente obtiene la victoria.

Antes de descansar, debo deciros algunas cosas más. Primero, aunque que Esquines procura afrontarlo con su mejor cara, no puede excusar la carta de Alejandro a Cleomenes. El argumento de que Cleomenes no era tan malo porque sólo se limitó a agravar nuestra desgracia es demasiado sutil para que lo entienda un sencillo soldado como yo. Alejandro no sólo perdonó los crímenes pasados de ese hombre, lo cual ya es bastante malo. También perdonó de antemano los crímenes que decidiera cometer en el futuro. Dicho de otro modo, si Cleomenes hubiera resuelto matar de hambre a los griegos en un momento posterior, Alejandro lo habría aceptado. Digo esto sin regodearme en ello. Si hubiera sobrevivido largo tiempo a su pesadumbre, quizá el rey hubiera lamentado su decisión. ¿Acaso no lamentó siempre los actos espantosos que cometió? Lo cierto es que la carta fue redactada y entregada, y el ofrecimiento nunca se rescindió. Éstos son los hechos.

No basta afirmar que la carta es falsa para que lo sea. El actuario tiene el original, y los originales de otras cartas que el rey envió a los atenienses. Invito al actuario a cotejar los documentos. ¿Coincide el sello? ¿El estilo es comparable? No tengo nada que perder si cedo mi tiempo para este propósito.

El actuario ni siquiera se inmutó, mientras que Políclito miraba de soslayo el reloj.

Veo que los magistrados llegarán tarde para la cena, así que no insistiré. Y paso a mi segundo argumento, que es el siguiente: no tengo ni he tenido ninguna inquina contra Alejandro. La idea de que trato de salvar el pellejo atacando la reputación del rey es sólo una conveniente suposición de mi acusador. Contra la palabra de Esquines, tengo casi doce años de servicio continuo, y es un largo tiempo para servir a alguien que presuntamente uno odia. La verdad es totalmente contraria a lo que dice mi oponente: con el paso del tiempo, llegué a estimar más a Alejandro, pues ningún hombre afrontó jamás los desafíos que afrontó él. Conquistar un imperio, convertirse en blanco universal de la adulación, la envidia y la esperanza… esto pondría a prueba la cordura de cualquier hombre. ¿Quién puede despreciarlo por haber sufrido estos embates? Yo no habría estado ni a la mitad de su altura.

Si de veras quisiera difamar a Alejandro, sólo tendría que repetir las historias que han perdurado aquí en Atenas. Podría haber dicho que era un malcriado, un beodo, un bárbaro, un sodomita, un lunático o, peor aún, una ilusión. Pues en una u otra oportunidad he oído afirmar que Alejandro murió en el Gránico, en Isos, en Gaugamela y Multan, y que los macedonios tenían sus motivos para ocultar esta verdad al mundo. También he oído decir que ahora está vivo, en esta ciudad, disponiéndose a triunfar donde Jerjes fracasó al anexionar el Ática a su imperio

mestizo. En comparación con estos rumores, mi historia es bastante blanda.

Tampoco lo he criticado por el edicto que provocó más protestas en todos sus años de vida. Me refiero al decreto que ordena a todas las ciudades de la Liga de Corinto que reciban a sus exiliados. Sin duda, esta medida de Alejandro era egoísta: Asia estaba llena de ciudadanos desterrados de todas las ciudades griegas, y muchos ansiaban venderse como mercenarios. Darío se valió de ellos; Agis de Esparta recurrió a cuanto menos ocho mil de ellos para su revuelta en el Peloponeso. Por la estabilidad del imperio, era preciso secar esta fuente de peligrosa mano de obra.

Su razonamiento no contribuyó a que la orden fuera popular entre nuestras clases terratenientes. Naturalmente, muchos se sienten cómodos en la finca de sus rivales exiliados. Pero yo estoy aquí para defender mi persona, no los intereses de los propietarios acaudalados del Ática o las colonias de Samia. Si habéis debido entregar vuestra granja a un desterrado, o habéis tenido que tolerar la presencia de un rival político, o el hombre que mató a vuestro buey o desvió el agua de vuestro arroyo, quizá logréis comprenderme. Pero no cuento con nada.

Si no logré redondear mi relato de la muerte de Alejandro, fue por culpa mía. No lo vi cuando estaba más enfermo, así que no tengo mucho que agregar a esa triste sucesión de malos presagios y enfermedad. Pero tenía acceso a Roxana, y os describo el siguiente episodio tan sólo para mostrar que he dicho todo lo que sé.

En la tercera noche de la enfermedad de Alejandro, Roxana, que padecía insomnio desde el comienzo de su embarazo, oyó que alguien caminaba por los aposentos reales. Se levantó, vio que era el rey y lo siguió por una ruta tortuosa. Al fin él llegó a una puerta trasera del palacio. Intrigada, llamó a su esposo.

—Mi rey, ¿sois vos? ¿Podemos celebrar vuestra recuperación?

La pregunta sobresaltó a Alejandro. Irguiendo su cuerpo exhausto, replicó en una voz seca que daba testimonio de cada bocanada de polvo de cada desierto que había cruzado.

—Harías bien en no inmiscuirte.

—¿Inmiscuirme en qué? —preguntó ella.

—¡Bárbaros y sicofantes! ¿Cómo podéis entender?

—Señor, dejadme ayudaros…

—¡Puedes ayudarme concediéndome el final que mi padre espera de mí! En cambio, me demoras a último momento con tu necedad.

—Si te demoro, lo hago sólo en bien de tu pueblo, y del hijo que nunca conocerías.

—¡Mi hijo agradecería mi desaparición!

La conversación había despertado a los sirvientes, que se acercaron intrigados. El rey, viendo que había perdido su oportunidad de escapar, se dejó llevar a la cama.

Si esta anécdota es cierta —y no sé qué ganaría Roxana con inventarla—, sugiere que Alejandro aceptaba que le faltaba poco. En vez de hacer un espectáculo con su fin mortal, planeaba desaparecer en el desierto. Sin duda esa desaparición habría sido

beneficiosa para la leyenda: el regreso al Cielo del dios cedido en préstamo a la humanidad.

Pero me cuesta creer que ésa fuera la salida que él más anhelaba. Él prefería el sabor del metal en la lengua mientras una flecha se astillaba en su garganta, la caída fatal de un caballo al galope sobre un campo lleno de baches. Cualquier muerte en acción habría sido preferible a esta apoteosis de segunda, el sigiloso abandono de un lecho de sábanas pestilentes en medio de la noche. Tampoco habría sido satisfactorio recibir la puñalada de un conspirador artero, como su padre. Al cabo, con la ayuda de Hermolao, encontró un final mejor.

Todos lo rodeamos cuando cayó. La herida de la garganta no penetró las cuerdas vocales, pero le resultaba doloroso hablar. Cuando le preguntaron a quién dejaba el trono, jadeó:

—Al más fuerte.

No podíamos creer que agonizara. A fin de cuentas, era Alejandro, encorsetado en la armadura del incomparable Aquiles. Parecía imposible que pudiera morir con esas espléndidas armas, hasta que recordé la muerte de Héctor. Él también llevaba la armadura de Aquiles, pues se la había arrebatado al cadáver de Patroclo.

La mayoría de vosotros no creeréis mi historia sin más pruebas. Fue lo que pensaron Pérdicas y Ptolomeo cuando procuraron ocultar el modo en que había muerto el rey. Hermolao fue ejecutado de inmediato. Los dos testigos que estaban de guardia en la muralla también fueron llamados y liquidados. Yo podría haber sufrido el mismo destino, pero todavía era útil como cronista de la grandeza de Alejandro, y nadie me creería si intentaba propagar la infundada historia de que murió en duelo con un prisionero de poca monta.

Se difundió la versión de que lo había matado la enfermedad. La reacción de sus hombres no fue sorprendente, dado que Alejandro había matado a muchos de ellos, había agotado la paciencia del resto, y a todos los había sometido a tantos rigores como a sí mismo. Los supervivientes lo lloraron con genuino respeto, pero también se abrazaban con alivio, como si hubieran sobrevivido a una gran tormenta. Los persas también lo lloraron. En este caso, era menos por estima personal que porque iban a cambiar los pecados conocidos de Alejandro por los pecados de un desconocido. Su incertidumbre aún no ha terminado, y también pende sobre nosotros.

Esquines pregunta cómo conozco los temperamentos de hombres como Pérdicas y Ptolomeo. Su exposición me parece risible, pues cuestiona la experiencia que yo transmito al cabo de años en compañía de ellos, y él basa su acusación en la transcripción de rumores transmitidos por testigos ausentes. ¡Esquines, no insultes a estos caballeros alardeando de lo que desconoces! Las frases bonitas no pueden ocultar tu ignorancia. Si hubieras estado allí, por ejemplo, sabrías que la lesión que Arrideo recibió en la cabeza en el Hidaspes ha tenido un efecto positivo: habla más, ahora lleva ropa, y en general parece preparado para reinar en lugar de su hermano. Si Arrideo no gobierna aún, es porque no le conviene al bueno de Pérdicas.

Por el goteo del agua, parece que tengo un poco más de tiempo, así que os ayudaré a entender al hombre que habéis venido a juzgar. Esquines sostiene que me falta entusiasmo por la causa griega. Se equivoca. He luchado por esa causa toda mi vida, con un ahínco que trasciende la mera cháchara. No sólo estuve en Queronea, sino que empuñé la lanza contra Filipo en la isla de Eubea, en la Argos acarnia, en Cardia del Quersoneso, en Tracia. En el ínterin, nuestro amigo Esquines disfrutaba de su sinecura en la soleada Rodas. Y cuando me ordenaron luchar a favor de Alejandro, y los hados decretaron abruptamente que la naturaleza de mi ayuda debía cambiar, di lo mejor de mí, aunque sabía muy poco sobre diplomacia y sobre la educación de las mujeres bárbaras. Nunca he dicho que no tendrían que haber enviado a un soldado si requerían las artes de un diplomático o un tutor. Tal vez Esquines se habría comportado mejor. Sin duda sus artes han sido provechosas para los macedonios en el pasado. Pero no creo que su áurea garganta sirviera de mucho contra los atacantes malios esa mañana en el Hidaspes.

Está en vuestras manos determinar si participaré en la inminente lucha contra Antípatro. Por mi parte, espero no tener que volver a empuñar un arma. Un hombre que ha experimentado la guerra llega a entender que es una oportunidad excepcional para el triunfo de la mediocridad. Hombres mediocres —que comúnmente permanecen callados en la tarima, que luchan sin mayor entusiasmo por su ciudad, que ofrecen a los dioses sacrificios oportunistas, pero nunca genuinos— pueden, con la ayuda de las armas, extinguir mentes brillantes, violar a mujeres gráciles, destruir el arte más excelso, asesinar a niños. La mediocridad siempre triunfa, por elevado que sea el ideal con que comenzamos, por grande que sea el caudillo. Ni el gran mal ni la gran virtud pueden estar presentes todo el tiempo, ni pueden verlo todo. En cambio la mediocridad galopa por el campo de batalla, gritando: «¡Muchachos, sigamos hasta Pella!»; hoy día vive lujosamente explotando mano de obra nativa, en las fincas pertenecientes a los barones griegos de Sogdia y Bactria. Los cimientos se derrumban, la fama se esfuma. ¡Salve, mediocres ubicuos y eternos!

El acusado se sentó mientras el agua todavía corría por el reloj. Políclito la dejó fluir unos incómodos instantes mientras el tribunal asimilaba el extraño exabrupto de Macón. Para Golondrina, esta incoherencia era inevitable en un orador improvisado que no contaba con recursos suficientes para defenderse. A fin de cuentas, el que había compartido la tribuna con Esquines no era ningún Demóstenes; Macón había iniciado el juicio con semblante sereno, pero al final estaba contrariado y le temblaba la voz. La interpretación que hiciera el jurado de esta actitud —¿petulancia, o la indignación de un hombre acusado injustamente?— incidiría en el veredicto.

—El jurado debe votar —declaró el arconte. Inclinándose, añadió con voz enfática—: La ciudad espera que todos cumpláis vuestro juramento.

Se pusieron dos urnas frente a la tarima. Cada jurado había recibido dos discos de bronce: un disco con un agujero en el centro, que significaba «culpable», y otro

sin agujero. Los votos iban a la primera urna, los discos descartados a la segunda. Mientras cada hombre hacía cola para entregar su ficha, tenía que ocultar su decisión apoyando el pulgar y el índice en el centro del disco.

Los alguaciles escitas vigilaban para que nadie procurase influir sobre el veredicto mediante la charla, o entregando su disco al descubierto. Para impedir esto, con los años los jurados habían elaborado una convención sencilla: los votos a favor de la condena se arrojaban en la urna con la mano izquierda, los de exculpación con la derecha. Cuando los magistrados se percataron de esta estratagema, decretaron que las fichas se debían entregar siempre con la mano derecha. Los jurados respondieron con una variación: si votaban «culpable», tapaban el centro del disco con el pulgar y el índice; si votaban «inocente», con el pulgar y el anular. Hasta ahora las autoridades no habían elaborado una respuesta contra esto.

La primera votación concernía a la acusación de que el acusado había violado su juramento. Los ciudadanos formaron filas, Golondrina y Déuteros entre los primeros. Golondrina entregó su disco con el pulgar y el anular, como su amigo. A medida que se la urna se llenaba, el ruido sordo que hacían las fichas al golpear el fondo de madera se transformó en un tintineo metálico. Esquines estaba sentado con la espalda erguida y las piernas juntas, revelando más ansiedad que nunca en todo el juicio. Macón tenía el cuerpo flojo, y cruzaba los tobillos mientras miraba por la ventana.

La votación parecía estar dividida en partes iguales. Cuando desfiló la fila antepenúltima, el rústico que había llevado el cordero al tribunal se despertó. Frotándose la cabeza, interpeló a Políclito.

—Magistrado, parece que me quedé dormido. ¿Dónde está mi cordero?

El arconte llamó a un alguacil, que condujo al hombre hacia las urnas. Desconcertado, el patán recogió sus fichas y votó, aunque no había oído una sola palabra de ninguna declaración. Golondrina observó cuando soltó el disco: usaba el pulgar y otros cuatro dedos para manejar la ficha, así que su voto era un misterio.

Se echó el último voto. El actuario y su asistente vaciaron la urna y se pusieron a contar mientras se entregaba otro conjunto de fichas a cada jurado. Se inició la votación por la segunda acusación, impiedad, mientras se hacía el recuento de la primera. Golondrina observó con curiosidad mientras el actuario terminaba la cuenta, fruncía el ceño, y exigía un nuevo recuento. Por esta causa, los jurados aguardaron un tiempo inusitadamente largo mientras sus estómagos gruñían y la luna llena asomaba por las ventanas.

Al fin el actuario entregó a Políclito una tablilla de plomo con el recuento de votos por ambas acusaciones. El arconte miró al actuario como para asegurarse de los números. El actuario asintió con la cabeza. Políclito miró a Macón.

—Que el acusado se ponga de pie.

XXIII

Macón se puso de pie. Con la posible excepción del arconte, parecía ser el hombre más abatido de la sala.

—En lo concerniente a la primera acusación, el incumplimiento del juramento prestado a la Asamblea, el jurado encuentra al acusado, Macón hijo de Agatón, inocente. Los votos son 251 contra 249.

La cólera de los jurados estalló en la sala. Unos culpaban a los demás, muchos alzaban la mano para negar, otros se acusaban con el dedo. Déuteros casi se cayó del banco cuando un jurado se levantó a sus espaldas, gritando que el voto estaba amañado. Otro alzó las manos al cielo.

—¡Los dioses nos guarden de la ira de los macedonios! —exclamó con gesto implorante.

Pronto los alguaciles alzaron sus garrotes y varios hombres se desplomaron mientras dos ciudadanos se batían a duelo con cuchillos. Pasó un rato hasta que se restauró el orden.

Golondrina guardó silencio durante el tumulto. Sólo una vez había visto un recuento más reñido que éste. Macón quedaba exculpado por un margen de dos. Cinco años antes Golondrina había participado en un juicio por corrupción que terminó 251 a 250, y el arconte había aportado el voto que rompía el empate.

—Al margen de todo, debemos hablar con ese pastor —le dijo a Déuteros.

—En lo concerniente a la segunda acusación, impiedad —anunció al fin Políclito —, el jurado encuentra al acusado inocente. Los votos son 309 a 191. Actuario, libera a los jurados.

Los quinientos salieron a la calleja. Todos llevaban su paga —siete óbolos recién acuñados— en la mano. A pesar de la hora tardía, varios vendedores del ágora estaban disponibles. Un hombre se paseaba vendiendo agua de un odre con grifo que cargaba sobre la espalda. Otro pregonaba pan que llevaba en un saco aceitoso, mientras que un puñado de mujeres de varias edades merodeaba en la penumbra de los alrededores, llamando con murmullos insinuantes.

Algunos se fueron directamente a tabernas que se especializaban en atender a jurados del tribunal. Los demás rodearon al desconcertado Macón, palmeándole los hombros, dándole la mano, pidiéndole que bebiera con ellos.

—Cuéntanos, ¿eran tus propias palabras? —preguntó uno.

—¿Demóstenes escribió el discurso?

—Demóstenes no habría sido tan inepto —replicó Macón.

—¿Alguien ha visto a Esquines?

—¡Creo que se marchó por la puerta del fondo! Con su reputación, después de tantos juicios, sufrir tamaña derrota frente a un aficionado…

Escudriñando la muchedumbre, Golondrina llegó a ver al pastor. Alguien había

dejado el cordero sujeto a una estaca frente al tribunal; el hombre ya había gastado parte de su paga en agua para la criatura enferma. Golondrina tocó al campesino con el bastón mientras el cordero lamía agua de sus palmas unidas.

—Amigo, cuéntanos: ¿oíste algo del caso?

—Creo que no te concierne, amigo mío.

Golondrina arrojó un óbolo al suelo. El otro miró la moneda, la acercó con el pie.

—Por si no lo viste, yo estuve… ausente… todo el día.

—¿Y cómo votaste?

Silencio. Golondrina le mostró otra moneda.

—¿Estás seguro de que quieres pagarle de nuevo? —preguntó Déuteros.

—Mañana se juzga otro caso… y también el día siguiente. Necesito conocer su respuesta.

Una vez que el cordero terminó de beber, el pastor se secó las manos en la túnica harapienta.

—Me encantaría aceptar tu dinero, pero nadie me explicó las reglas —dijo—. No recuerdo qué ficha arrojé. No lo recuerdo en absoluto.

XXIV

Después de su exculpación, vieron a Macón jaraneando con sus simpatizantes. Atraía a tanta clientela que la taberna permaneció abierta hasta la madrugada. El cantinero tenía una hija bonita que llenaba las jarras, y servía la anguila asada y el vientre de cerdo con tal celeridad que todos olvidaron las privaciones sufridas durante el juicio. Golondrina y Déuteros llegaron a la juerga poco después del comienzo, y el primero compró a los jurados varias rondas de tinto de Tasia. Al parecer, sus caudales eran inagotables.

—¿Dónde guardas todo ese dinero, Golondrina, que puedes tratarnos con tanta generosidad?

—No te agradará saber dónde guarda el dinero —advirtió Déuteros.

—Dado que estás aquí —comentó otro jurado—, ¿debemos suponer que estuviste de acuerdo con el veredicto final?

Golondrina sonrió.

—Si me conocieras personalmente, amigo mío, no supondrías semejante cosa. Pero en este caso tienes razón. Tuve algo que ver con esta feliz ocasión.

—¿Tenías un veredicto en mente cuando llegaste al tribunal, o te convenció algo que dijo Macón?

Una vez más, Golondrina se encontró obligado a tratar de hallar sentido a lo que habían oído ese día. Esta vez, sin embargo, el acusado estaba entre quienes lo miraban. Ante la pregunta del veredicto que prefería originalmente, miró de soslayo a Déuteros, que estaba concentrado en llevar el sedimento del vino al borde de la copa.

—No os mentiré. Conociendo la índole de las acusaciones, y la relevancia del juicio, Déuteros y yo vinimos al tribunal con la intención de votar «culpable». Sólo teníamos en mente la necesidad de no dar a los macedonios ninguna excusa para atacar a la ciudad. En cuanto a la sabiduría de esta opinión, nos enteraremos en el futuro próximo. En todo caso, el mérito de obligarme a examinar con mayor profundidad las cuestiones aludidas, el problema que Alejandro nos presentó a todos, pertenece sólo a Macón. No fue ninguna frase en particular. En cambio, me convenció de que el destino de los hombres como él y el destino de la ciudad no se pueden diferenciar. Atenas consiste en hombres como Macón.

Todos alzaron las copas, y hubo murmullos de solemne aprobación. Macón mantuvo la copa en alto más tiempo que los demás, mientras escrutaba las grietas carnosas que contenían los ojos de Golondrina. El segundo, entendiendo que se requería cierta modestia, pasó a emular la fascinación de Déuteros con las heces del vino.

—¿Pero qué hay de Alejandro? Ahora que has oído lo que dijo Esquines y luego Macón, ¿quién crees que capturó mejor la verdad sobre ese hombre?

Golondrina frunció el ceño.

—Si cometiera la tontería de pretender que tengo la respuesta a esa pregunta, no merecería el desconcertante interés que todos tenéis en mi opinión.

—¡Venga! —gruñó el otro jurado—. Aunque te conocemos sólo en el tribunal, es bien sabido que tienes una opinión sobre todo.

—De acuerdo. Si queréis oírme decir algo sobre él (aunque sólo puede ser una verdad parcial, y en cierto modo una perogrullada), helo aquí: en tiempos como éstos, cuando todo parece disminuido, los griegos añoran el heroísmo directo de Aquiles. Alejandro tuvo el mérito de tratar de satisfacer esa necesidad. Pero ni siquiera Aquiles podía inventar al oponente digno que le daría fama. Eso es un don de la Fortuna. Alejandro no tuvo tanta suerte. Debió recorrer medio mundo para encontrar a su Héctor. La necia exaltación de Darío, de Poros, de competidores muertos como Ciro y Jerjes, es prueba de su fracaso. Si los acontecimientos no hubieran intervenido, apuesto a que aún hoy estaría buscando.

Ante estas palabras, nadie alzó la copa, y Macón clavó los ojos en la mesa. Esta reacción, mucho más que el ferviente asentimiento anterior, obligó a Golondrina a continuar.

—Pero si queréis oír algo que sé con certeza —dijo—, comprended esto: los macedonios nunca aceptarán un veredicto judicial con el que disienten tanto. No está en su experiencia.

Esta advertencia iba dirigida a Macón. Éste, por toda respuesta, guió a su séquito por el resto de los vinos de Quíos, y luego de Lesbos. Habían llegado a uno de cosecha local cuando alguien se puso a cantar el peán que entonaban los soldados antes de Queronea. Los ojos de Macón se llenaron de lágrimas, y se unió al canto tres veces hasta que la voz se le quebró, gastada tras un día de discursos. Concluido el canto, el grupo estrelló las copas contra la pared. El tabernero sonrió, sumó el coste de las copas a la cuenta, y pidió que trajeran otra ánfora del sótano.

En la calle remoloneaban los dos macedonios que habían presenciado el juicio desde la galería de espectadores. Había otro hombre con ellos, pero permanecía en las sombras. Mientras la luz gris llenaba el cielo del este, miraron la Acrópolis para ver cómo apagaban las lámparas en el propileo. Cuando los bebedores se fueron tambaleándose de la taberna, alzaban antorchas prestadas sobre la cabeza. Los macedonios permanecieron ocultos mientras señalaban la figura de Macón a su compañero de cara afilada. Él asintió, luego se quedó detrás mientras los macedonios desaparecían en el laberinto del Kerameikos.

Las pensiones aceptables no eran comunes en el centro de Atenas. Había un buen establecimiento cerca de los tribunales, a cargo de un médico corintio. Estaba más allá del extremo oeste de la Estoa Pintada, hacia la puerta de Dipilon. Un hombre de la importancia de Macón sólo podía alojarse allí.

El jefe de los conspiradores estaba ascendiendo en el mundo: sería su primer trabajo para los macedonios. Como Macón tenía fama de ser un soldado recio, y Cara Afilada detestaba los riesgos, invitó a un par de amigos para cometer el acto. Estos

acompañantes eran rufianes como los que suelen merodear por los caminos de las afueras. Habían matado gente, aunque en general era el efecto lateral del robo de un buen manto o un par de botas acordonadas. Los tres convinieron presentarse vestidos del mismo modo: sombreros de ala ancha calados hasta los ojos, túnicas cubiertas con mandiles de cuero de carniceros. Si planeaban bien la huida, saldrían por el barrio de las curtidurías justo cuando empezara el día de mercado. Para entonces, los tres llevarían un mandil ensangrentado.

Nadie los detuvo en la puerta de la pensión. Esperando que Macón estuviera en una de las mejores habitaciones, lejos de la calle, atravesaron el pasillo con los cuchillos envainados. Mientras se aproximaban a la última puerta del corredor, oyeron que alguien cantaba en un idioma desconocido. Sin duda esa habitación albergaba a un extranjero. Golpearon la habitación contigua, desenvainando las armas y ocultándolas detrás de la espalda.

Un hombre abrió la puerta. Era un joven de mejillas pintarrajeadas, y un vestido le colgaba del hombro.

—¿Sí? —preguntó.

—Queremos hablar con Macón —dijo Cara Afilada.

—¿Quién?

Apartó al joven de un empellón. En el interior, alguien se acurrucaba bajo una manta. Cara Afilada indicó a sus hombres que rodearan el catre. Apartando la manta con la punta de la daga, encontró al aterrado y canoso cliente del muchacho.

El viejo estaba pálido y temblaba. Alzó la vista sin decir nada, y su respiración era más audible con cada exhalación.

—¿Macón?

—No soy Macón.

Cara Afilada notó que el canto de la habitación contigua había cesado. Maldiciendo su suerte, condujo a sus hombres a la puerta contigua. Al hallarla trabada, la arrancaron de sus frágiles goznes. Lo que vieron los paró en seco.

La habitación apestaba a perfume. Escrutando el humo, vieron un pequeño brasero redondo con la llama aún encendida. Cara Afilada entró y miró la mesa donde bailaba el fuego: junto al brasero había un plato de especias molidas que parecían incienso y ramillas descortezadas.

—Esta rama huele como albaricoque —dijo uno de los asesinos, un granjero desposeído—. Y esto es pistacho.

Cara Afilada revisó desganadamente el lugar, pero era evidente que su presa se había escapado. La cortina de la ventana estaba descorrida; no había rastros de una capa gruesa, así que Macón se la debía de haber llevado consigo. Regresó a la mesa, y notó que había un trapo de algodón blanco en el suelo. Lo recogió. El trapo tenía dos cordeles unidos, como si estuviera destinado a sujetarse sobre la cara o el cuello.

—¿Qué es todo esto?

—No sé —dijo Cara Afilada—. Consigue un saco para las especias.

Después de embolsarse el incienso y adueñarse de todo lo que tuviera algún valor, los asesinos guardaron el botín bajo los mandiles. Con los cuchillos ocultos y el sombrero calado sobre la cara, se escabulleron. No se llevaron el pequeño amuleto de arcilla de Macón, un disco alado, símbolo de Ahura Mazda, pues no le dieron valor. Dejaron que la llama de agradecimiento que él había encendido se extinguiera sola.

Epílogo del autor

En este retrato de Alejandro y su mundo he procurado permanecer fiel a los datos más conocidos. Estos datos, sin embargo, no siempre resuelven los interrogantes más interesantes de su extraordinaria vida. Los fabulistas históricos suelen sentirse atraídos por las lagunas y misterios del tema que abordan, los huecos donde la verdad puede estar perdida, olvidada o escondida. En este caso, opté menos por la verdad literal que por la verosimilitud.

Modifiqué adrede, pues, el tiempo y el lugar de varios sucesos de la vida de Alejandro. Muchos de estos elementos tienen fundamento en ciertos hechos, pero han sido magnificados más allá de la versión telegráfica que nos ofrecen las fuentes antiguas; otros sucesos no ocurrieron, aunque tendrían que haber ocurrido. Ciertos acontecimientos (como el asedio de Aornos) fueron excluidos porque los temas que ilustran están cubiertos en otra parte. Invito a los lectores que deseen ver la historia completa (en la medida en que se la conoce) a consultar las fuentes originales o las biografías especializadas.

Además de los textos antiguos (las historias de Arriano, Curtio Rufo y Plutarco; la *Anábasis* de Jenofonte; los discursos forenses de Demóstenes y Esquines; la exposición de procesos legales en Licias, Antífono y Apolodoro; referencias procedentes de Heródoto, Ateneo, Estrabón, Diodoro, Plinio, etcétera), varias fuentes modernas fueron útiles en nuestra investigación. Entre muchas otras, éstas incluyeron las monografías sobre Alejandro escritas por Robin Lane Fox, Mary Renault y Michael Wood, y trabajos sobre la vida en la Grecia antigua como los de Robert Flaceliere, Robert Garland, Sarah Pomeroy y James Davidson (cuyo delicioso *Courtesans and Fishcakes* recomiendo). Si hay alguna precisión en mi descripción de los zoroástricos, el mérito corresponde a la erudición de Mary Boyce; las imprecisiones son culpa mía. Las obras de J. K. Anderson y Victor Davis Hanson fueron invalorables para abordar las batallas de infantería en el siglo IV antes de Cristo. Recurrí a los libros de ciertos viajeros modernos que recorrieron el Oriente cercano (como *Narrative of Various Journeys in Balochistan, Afghanistan, and the Panjab*, de Charles Masson, 1842) para visualizar la ruta de Alejandro tal como era en la Antigüedad. Agradezco al profesor Joannis Akamatis de la Universidad Aristotélica de Tesalónica por una tarde esclarecedora en sus excavaciones de Pella, y al profesor David Hollander de la Iowa State University por sus comentarios sobre mi manuscrito.

Algunos querrán saber qué sucedió en Atenas después de la muerte de Alejandro. La facción antimacedonia, impulsada por el infatigable Demóstenes, exhortó a la ciudad a resistir contra Antípatro, el regente macedonio de Grecia. El resultado fue el aciago conflicto que se conoce como la Guerra de Lamia. Al principio las cosas anduvieron bien para Atenas: tras encontrar líderes idóneos que habían asimilado las

lecciones de Queronea, los atenienses y sus aliados obligaron a los invictos macedonios a retirarse. El regente se atrincheró en la ciudad de Lamia, y estaba a punto de ser vencido cuando algunos veteranos macedonios de las guerras persas regresaron para romper el asedio. Los griegos siguieron peleando, y derrotaron a los macedonios una vez más, hasta que Antípatro los llevó a la batalla por última vez cerca de la ciudad tesalia de Cranón. Los macedonios triunfaron, aunque sin destruir el ejército aliado. La revuelta terminó a raíz de un viejo problema de los griegos: la incapacidad para permanecer unidos frente un adversario común. Desmoralizados por un enemigo que era imbatible en el mar y cada vez más fuerte en tierra, los aliados griegos se distanciaron. En ese momento, Atenas prácticamente dejó de existir como potencia autónoma.

El libro adolece de su cuota de errores. Pero así como no todos lo que vagabundean están perdidos, no todas las imprecisiones son yerros. Los puristas pueden objetar, por ejemplo, que yo haya simplificado el estado de la política ateniense, incluido el acto de transformar al Esquines histórico (390-*circa* 314 a. C.) en un desembozado apologista de los macedonios. La pregunta más relevante, sin embargo, es si ese hombre podía ser adulador cuando le convenía. La respuesta es sí.

Los lectores de inclinación forense notarán que el procedimiento judicial que se describe no se parece a las prácticas actuales. Más aún, muchos modernos que consultan la bibliografía judicial de la Atenas clásica se sorprenden de que los rumores, habladurías, irrelevancias y difamaciones fueran rampantes en ese germen del racionalismo occidental. Los oradores recurrían con frecuencia al insulto; por ejemplo, en 346, en el juicio de Timarco, Esquines acusó a Demóstenes, patrocinador político del acusado, de usar ropa interior femenina. En el tribunal popular que describo, la Heliaia, la prueba, el descubrimiento y el examen de los testigos eran asombrosamente informales. Cuando la fiscalía y la defensa finalizaban sus argumentaciones, los jurados debían exponer su dictamen de inmediato, sin mediación de deliberaciones ni negociaciones. Aunque no puedo afirmar que cada detalle del procedimiento que describo sea atinado (pues muchos pormenores se desconocen), es probable que los atenienses de la época hubieran reconocido el procedimiento descrito aquí como típico de sus tribunales.

¿Podría haber alguna verdad en la versión de Macón de que Arrideo era el «arma secreta» de los macedonios? Aunque se sabe que el hermanastro de Alejandro estaba presente en la marcha, las fuentes son notablemente parcas en lo concerniente a su comportamiento durante los doce años de la campaña asiática. Sospecho que tuvo mayor participación de la que conceden los historiadores oficiales. Sería interesante conocer la naturaleza exacta de su deficiencia mental. Lamentablemente, es posible que nunca recobremos este aspecto de la historia. Como el contexto de evolución psicológica era muy diferente en la Antigüedad, no está claro si las clases de trastorno (o las clases de cordura, llegado el caso) que se observaban entonces eran las mismas que se observan entre los modernos. La verdad sobre Arrideo puede ser mucho más

extraña que el autismo que sugiero aquí.

La estructura de la novela pone de manifiesto que me parece infructuoso tratar de encontrar al Alejandro «real». Alejandro ha sido un tema siempre popular en los estudios clásicos, pero la investigación se dificulta porque el hombre dejó pocas pruebas directas que los arqueólogos puedan descubrir. Los nuevos desarrollos en nuestra comprensión de Alejandro derivan principalmente de la relectura de los textos antiguos, todos los cuales son secundarios, tardíos, e ideológicamente tendenciosos en un sentido u otro.

Los que busquen la clave de la caída de Alejandro también se sentirán defraudados. A mi entender, aquello que lo detuvo no es tan interesante como aquello que lo impulsaba. Aunque Alejandro obviamente disfrutaba de construir y administrar cosas, el opio de la conquista, el afán de domar lo nuevo, llegó a dominar su corta vida. Quién sabe qué hubiera logrado si se hubiera valido de sus otros talentos.

Las autoridades debatirán por largo tiempo la significación de los logros atribuidos a Alejandro, entre ellos sus innovaciones militares, la fundación de Alejandría, la difusión de la cultura griega en una vasta área, el modelo de monarquía divina que legó a los soberanos helenistas, romanos y posteriores, el sueño de un imperio multirracial, etcétera. Quizá la implicación menos valorada de su carrera, sin embargo, sea la percepción —desde las honduras de la mentalidad antigua— de que esos logros míticos no tienen por qué ser obra de un dios, sino del ingenio, la perseverancia y la visión de un limitado ser humano. En este sentido, su historia es moderna.